

Prisciliano de Compostela

Novela

Ramón Chao

A Ignacio Ramonet

*La vida es un juego de oca.
Cuanto más tiras y avanzas,
Antes que a nadie te toca,
El final que desagrada.*

*Dicen que la oca es boba.
No habrás de creer a los tontos:
Pues la oca mira hacia atrás
Indicándote el retorno.*

J.W. Goethe

I

Monto y arranco a las diez de la mañana, un día cubierto de agosto, muy sorprendido de la naturalidad con que empieza mi capricho. Qué puede encontrar por esos campos de dios un tipo como yo, ni Eneas ni Marco Polo, de edad antediluviana y en un escúter de ocasión. Desafío, búsqueda de lo sobrenatural, impulso telúrico... Qué va. Viajo por viajar. El día en que llegue a algún sitio la comedia habrá terminado, finita, y del norte al sur, de abajo arriba, en tanto me muevo vivo, divago...

Subiendo por el bulevar de Montparnasse me salté varios semáforos, recapacito cuando me quiere frenar el del cruce con el bulevar Raspail. Miro a la derecha, a la izquierda, por si los guardias y de un tirón a la Puerta de Orleáns.

En la encrucijada, un mar de indecisiones. Me meto o no me meto. Una vela al Diablo, otra a Dios y adelante por la autopista del Sur, para dejarla pronto, decidido a tomar siempre carreteras secundarias.

Despacio; a modo, expresión de mi tierra: con tantos empalmes de hormigón y metal, autovías y periféricos, un mínimo descuido y te encuentras en Burdeos, vuelvo a decirme, tan cierto es que a un viajero solitario se le exacerba la dualidad y tiende a delirar con su otro yo.

Dirección Fontainebleau. Por lo menos dos kilómetros de curvas y cuestas. En homenaje a Buñuel me detengo cosa de media hora al lado de Barbizon. A principios de los setenta asistí al rodaje de *La Vía Láctea*. Me había traído José María Berzosa, acólito de Prisciliano. Laurent Terzieff sale de peregrino y Jean-Claude Carrière es el mismísimo hereje.

Empieza a lloviznar.... Despacio. La semana pasada me pusieron en el motor aceite de cuatro tiempos. Tranqui, me afirmó el mecánico. Ándate con ojo y la próxima vez que te lo pongan de dos. Arrecia la lluvia. Conforme, igual le echo aceite de oliva, más sano, sabroso y barato.

Fue un nubarrón veraniego, seguido de calor húmedo y amagos de voluptuosidad. El paisaje se dilata en matices dorados. Aminoro la velocidad para adentrarme en los olores del campo. Silba el aire, música celestial. Según los pitagóricos Dios es un sonido. Mozart. *Voi che sapette...* Eufórico, hasta me olvido de mi propio nombre. Si me salen los gendarmes o alguien me lo pregunta, soy capaz de soltarles cualquiera salvo el que me pusieron al nacer.

Se me ocurre que nunca hubo viajero digno de mención que no haya bautizado a su montura. Cuando en el año dos mil y pico de ave le cuente este viaje a mis nieto s ¿cómo quieres que te tomen en serio, si les dices que saliste en una Vespa Cosa... ?

Sin equiparme con ellos, ya quisiera, pienso en Rocinante de don Quijote, en Bucéfalo de Alejandro y en Babieca del Cid; tampoco sueño con emular al Che Guevara, cuando adolescente y ya visionario apodó Poderosa a su mobylette.

Paso varios kilómetros buscando nombres que puedan reflejar la transformación de la Vespa, porque, según estaba diciendo, debe llevar uno acorde con su nueva función. De transportarme por calles polutas de París ha pasado a solazarme

en parajes bucólicos. Me viene a la mente Silvina Ocampo; así se llamará, diosa de bosques y campiñas, Silvina, suave como el viento que me acaricia los oídos, ilumíneme.

Con un nombre tan apropiado, la Silvina alada brinca, planea, vuela, atrás quedan temores y supersticiones. Delante, una Castilla rica y verde, la Beauce, antaño bosque druídico. Además de los olores, otro deleite: bocanadas ondulantes de aire, bandera arrulladora, frescas al entrar en las umbrías, cálidas volviendo al sol.

Ni un alma en el entorno. Por esta carretera - abanico abierto a los cuatro vientos - ha subido durante siglos un océano de cabezas... Acelero, olvidándome del aceite. Tranqui, me repitió tantas veces el fulano aquel...

Dan ganas de saborear las sensaciones. Cierro los ojos. Cinco o seis segundos cuando más. Viento, ráfagas, Silvina se bambolea, enloquece el gobernalle. Estos días ha habido un naufragio en Brest con una barbaridad de ahogados. Paro a Silvina, le quito el parabrisas, remedo de vela, y lo dejo nuevo del trinque en el arcén; a otro le hará buen avío.

Queda vapor a ras de tierra, me deslizo sobre nubes, cuando, al coronar un cerro, aparecen las torres irreprochables. A los inquilinos del coche de atrás, con radio, teléfono y cinturón de castidad, les salen como en una tarjeta postal. A mí en pantalla panorámica.

Al acercarme a Chartres la catedral se va perdiendo en una maraña de calles angostas y empinadas. A esto se añade multitud de direcciones prohibidas y callejones sin salida, en número tal que no soy hombre para desenredarlas sin infringir las normas de circulación.

Una vez en la explanada, dejo a Silvina contra un poste. Mochila al hombro me acerco a la estatua del obispo Fulbert y a un grupo de italianos; descalzos los pobrecillos, con lo que pica la grava y arden los adoquines.

Las catedrales hay que verlas de cerca, está diciendo el cicerone. En la Edad Media no existían grandes espacios. Las ciudades se apiñaban en torno a las catedrales. Estas servían de refugio y de centro de reuniones. Echan a andar hacia el monumento.

Desde cerca pueden apreciar las esculturas, los matices de las piedras... Aunque el tío me resulta una pizca doctoral, los sigo, a distancia, prudente, no quiero perder ningún detalle ni que me tomen por un intruso. Suman unas cincuenta personas, mujeres, hombres y algunos críos. Cuando no queda nadie fuera dejo cerrarse el portalón; lo vuelvo a abrir, con sigilo, me asomo, oigo de nuevo al maestro:

Nos hallamos en la primera catedral gótica de Francia, anunciadora de las de Laon, escolástica, Amiens, enciclopédica y Bourges, hagiográfica. Esta es la catedral de la razón. Sus arquitectos, sus carpinteros, sus canteros la adornaron con signos del zodiaco y escenas heterodoxas de la vida de Jesús. Adeptos de la filosofía neoplatónica, aplicaban los números de Pitágoras y la geometría de Euclides; dominaban la astrología y sabían de memoria los Evangelios apócrifos. Las corporaciones de artesanos ocuparon los lugares más visibles para divulgar sus mensajes, miren ustedes a su derecha - volvemos la vista en coro - relegando los vitrales donados por los obispos allá en lo alto, donde casi no se ven. Y ojos arriba.

Mi integración en el grupo sería completa si no desentonaran las sandalias. Me las quito para concentrarme, ahondar en la sensación pura, captar los fluidos que pasan por debajo de la catedral. El guía ordena que nos apiñemos en medio de la nave: aquí estaba la fuente - señala con el índice una losa gastada - la fuente sacra y portentosa que bañaba los pies de una escultura druídica de mil años antes del calendario gregoriano. Era la virgen negra Belisama de los druidas. Tras la invasión del cristianismo la llamaron Virgo paritura. El guía pone en sus palabras ese énfasis de los predicadores

con sentencias latinas. Se cuenta que el jefe de los druidas carnutos, llamado Priscus, entregó solemnemente esta imagen a Roma, y con ella su reino.

Poco a poco alcanzamos el meollo del laberinto del suelo. Nos hubiéramos metido en él de rodillas, como hacían los fieles antes de que un obispo pusiera bancos para impedirlo, nos cuenta el guía.

En este espacio circular hacían peregrinaciones los ocultistas. Recorrían de rodillas más de doscientos sesenta metros. Si no se extraviaban en los vericuetos, tardaban una hora en llegar al centro, lo mismo que para recorrer una legua a pie. Por eso se llama la legua.

Se ha poblado la nave de comitivas, grupos e idiomas. Se oyen comparaciones de esta catedral con las de Canterbury, Burgos y Batalha, eso que la última quedó inconclusa. Los hombres de estas nuevas hornadas llevan bermudas; las mujeres van respetablemente descubiertas. Habrán venido a refugiarse del calor. Qué pasaría si hicieran lo mismo unas cuantas decenas de africanos clandestinos.

Las dos de la tarde. Me sube al recuerdo una ensalada de milamores con menudillos que años atrás me sirvieron en el restaurante, saliendo de la catedral, a la izquierda.

Vuelvo a calzarme las sandalias, salgo del laberinto y me dirijo allí sin haber discernido el misterio de la divina inescrutabilidad. Tal vez me concentré algo de más en el azul Chartres de los vitrales. Estas construcciones góticas, y más aún las barrocas, están concebidas para la distracción: " Por eso es bueno lugar solitario, y aún áspero, para que el espíritu sólida y derechamente suba a Dios no impedido ni detenido en las cosas visibles ", divinamente dicho por el santo poeta.

Desde una cabina telefono a Sara, Sarita. La hubiera traído, pero claro, le teme a la moto y se fue en avión a Mallorca con unas amigas. La tranquilizo, todo sobre ruedas con Silvina. Oye, con quién vas. Bueno, con el escúter, la Vespa... ejen... Recuerdas, Sara, el pasaje de El Quijote, lo del rucio de Sancho, rocín antes...

Qué metedura de pata. No hay modo de convencer a mi mujer. Llamo a la oficina, y cuando media hora después llego al restaurante, me topo con los italianos sentados a la mesa y ni un sitio libre. El dueño me agencia uno al lado del guía, hombre bonachón, aunque enjuto y de mi edad, con notoria ascendencia en el grupo. Todos vegetarianos. Sometido al menú místico, he de satisfacerme con ensalada monda y lironda, sin hígados ni torreznos.

Pues venimos de Florencia, me explica él sin haber sido interrogado; además, me cargan las confianzas: vamos al Finisterre galaico por el camino hollado por millones de peregrinos ansiosos de ver en qué paraba el mundo, qué simas había al terminar el continente. Y van todo el rato descalzos, me atrevo a preguntarle. Acaso no temen malos tratos en las iglesias, igual que al bienaventurado San Juan de la Cruz, por no llevar ni tan siquiera calcetines. Casi se me enfada. Cómo podríamos captar el magnetismo del camino de las estrellas, si no descalzos.

Desde hace miles de años, insiste, mucho antes de los desplazamientos a Compostela para adorar a Prisciliano, las almas inquietas de Europa iban al Finisterre siguiendo la Vía Láctea. En cada lugar sagrado levantaban templos, transformados después en iglesias. Permítame decirle: ninguna superstición causó tantos estragos como los que provocó la católica. Según algunos, compensó las obras destruidas con otras que inspiró. Si a usted le parece bien ese razonamiento, haga lo posible para que se beneficien las religiones naturales que resurgen ahora.

De todo el sermoneo sólo me queda el nombre de Prisciliano. Ese personaje que me persigue desde la infancia. Se lo explico a mi a látere.

En el comedor familiar de la Fonda Veiga hacían sobremesa teológica curas de misa y olla, tratantes de ganado, capadores de cerdos y mi padre, dueño de lo que por megalomanía llamaba hotel. A menudo se abordaba el tema del fantasma de Clavijo. Y al final mi padre, grandilocuente y vencedor, se permitía traer a colación nada menos que a Unamuno : " Un hombre moderno, de espíritu crítico, no puede admitir, por católico que sea, que el cuerpo de Santiago el Mayor esté en Compostela ". Así de rotundo está escrito en *Andanzas y visiones de España*. Y eso que don Miguel era una suma de perplejidades " concluía el intelectual casero.

Tenía razón su padre, amigo mío, exclama el signore, visiblemente compenetrado con el autor de mis días. Ha de saber usted que en el libro del Génesis, Jacob, que es lo mismo que Santiago, es el Suplantador. Dos veces ocupó el lugar de su hermano Esaú; una apoderándose de su progenitura, y otra usurpando la bendición de su padre Isaac, cuando éste se encontraba viejo y ciego. Se había puesto pieles de cabritos en las partes en que no tenía vello, para semejar a su hermano.

No lo sabía, pero resulta muy evidente, y si Santiago es el Suplantador en los Evangelios divinos, cuanto más no será en la Historia humana.

Téngalo en cuenta siempre. Nadie dudaba de la eternidad del muro de Berlín y fíjese ahora. Otros muros caerán.

Pero hay una cosa, reverendo Girólamo - me atrevo a llamarle como los otros comehierbas - que tal vez me pueda aclarar usted. Se trata de un pasaje de *La vía láctea* de Buñuel. Cuando Laurent Terzieff trata de viajar a dedo: al no parársele un coche, maldice al conductor y el coche va y se estrella contra un árbol. Coincidencia, sin duda.

El reverendo Girólamo sonríe, se inclina, reflexiona un instante y apostilla: compárela con un pasaje del Evangelio de santo Tomás. Recuerde: " Otra vez, Jesús atravesaba la aldea, y un niño que corría chocó en su espalda. Y Jesús, irritado, exclamó: 'No continuarás tu camino'. Dicho y hecho: el niño cayó redondo. Y los padres del niño muerto fueron a encontrar a José, y se le quejaron, diciendo, 'Con semejante hijo no puedes habitar con nosotros en la aldea. Debes enseñarle a bendecir y no a maldecir, porque mata a nuestros hijos'.

Bueno, le aclaro al maestro Girólamo, se trata de milagros crueles, propios de un niño todopoderoso que no ha alcanzado el uso de razón. Eso arguía Borges, me replica, más sabihondo que yo, pero no es aceptable: primero, el crío Jesús tenía que haberse arrepentido; y luego, resucitar a su amiguito. Si desea usted llegar al fondo de esa película habrá de aprender la historia de los gnósticos y leer el Evangelio de santo Tomás. Era el preferido de Prisciliano. Precisamente, excelentísimo señor; hace un momento pensé que mi padre hablaba a menudo de ese personaje, pero machacando siempre la misma cantilena. Qué me puede contar usted de su vida.

El signore saca a relucir una sonrisa entendida. Menea varias veces la cabeza, de arriba abajo; como cuando los pianistas, antes de un recital, repiten tres veces por dentro los primeros compases de la pieza, y luego les sale bordada.

- Prisciliano - empieza a contar - nació hacia el año 345 en Rudum-dela, no lejos de la colina de las mujeres sabias. El reverendo dobla cuidadosamente la servilleta, poniendo entre paréntesis la tisana.

"Esta ciudad de Callaecia había sido fundada por los grovios en tiempos inmemoriales. Era la más rica del conventus lucense. El santuario del dios Lugo la superaba tal vez por la circunferencia de sus murallas, mas no por la dulzura del clima ni por la diplomacia de sus habitantes."

Girólamo me dirige una mirada interrogativa. Muestra la delicadeza de quien teme resultar pesado, como si me preguntara : Quiere usted que siga. Con otra mirada lo animo a proseguir.

- Rudum-dela está asentada en el litoral. Por la parte interior abundaban en aquel entonces campos de centeno, robledos, higueras y otras plantaciones generosas. Sus dos calles revestían suma importancia estratégica, porque bordeando los caprichos de la costa empalmaba una con la Ruta de la Plata, o vía llana, mientras la otra iba recta al muelle, del cual zarpaban barcos rumbo a las islas Casitérides.

"Mansiones particulares, edificios públicos, termas y gimnasios; todo coincidía cerca. El aforo del hipódromo resultaba suficiente para los habitantes. Melodías de flautas y cantos de doncellas compensaban en el teatro la invasión de maraña y matorrales en el circo.

" Carecen de base las conjeturas sobre los orígenes egipcios de Prisciliano. Alguien se los atribuyó porque uno de sus ancestros se había educado en Menfis. Sin embargo, consta en los archivos comunales que sus dos líneas remontan a sacerdotes de Iria Flavia. Jamás se enorgulleció Prisciliano de su raigambre, como suele hacer la gente sine nobilitate. A menudo evocaba a sus ancestros con admiración, mas no con miras a despuntar; de hecho siempre trató a su prójimo como si en nada le fuera superior

" Todos los habitantes y la tierra visibles desde la colina pertenecían a su padre: montes, fragas, doscientos esclavos en las minas de oro e innumerables castros diseminados por los valles. En la villa de Cayo Aurelio, así se llamaba el padre, pulían sus talentos músicos y poetas, antes de dispersarse para hacer llorar los alrededores con sus cantigas. En cambio, él se deleitaba con juegos de caza y corceles traídos de la Bética, y lejos de enterrar su fortuna en las ergástulas, la arrojaba como granizo sobre los miserables.

" Son incontables las muestras de su dedicación al prójimo : ayuda a los humildes, acogida de extranjeros, desfloración de adolescentes; todo cuanto un hombre imbuido de la causa de Dios puede realizar en pro de su semejante lo cumplía él. Lo cual, unido a su independencia, a las soluciones que aportaba a los litigios, lo hizo merecedor del aprecio de galaicos y romanos.

" Cuando nació Prisciliano, el padre, en el colmo de la felicidad, convocó en su palacio a astrólogos y adivinos para sacar el presagio de aquel niño. Los astrólogos y los adivinos removieron la arena de la playa y trazaron sus figuras en ella, recitando las fórmulas apropiadas. Al cabo le revelaron: este niño desdeñará la riqueza y los alimentos no bastarán para saciar su apetito; el bienestar de su infancia no lo conservará más tarde y vivirá cuarenta y cinco años, pero existirá eternamente.

" Una nodriza persa lo tomó a su cargo: el baño, los pañales, la forma de arroparlo en la cuna, todo parecía estar programado por aquella clepsidra humana. A los cinco años, el niño ya tenía el espíritu de un hombre maduro. No se satisfacía con un simple muñeco; sus juguetes favoritos habrían de ofrecer resistencia a su constante afán de victoria.

" Pronto llamó la atención por su carácter taciturno. Como ignoraba el arte de prodigar vanas palabras, solía guardar silencio; mas si tenía algo que decir, era oportuno y discreto."

Qué más le podría contar de Prisciliano...

Hábleme de su educación, de su forma de ser...

- Por ejemplo, que cuando le ganaba la melancolía, sólo hallaba consuelo en brazos del desencanto. Al oír silbar a los mirlos para llamar a los muertos, se pegaba a la verja del cementerio, hasta que el último pájaro enmudecía en un castaño. A menudo

se entretenía con aves parleras del Nilo. Amaestradas por él, graznaban : " Prisciliano es Dios ", sin saber otro estribillo. Lanzábalas al aire para que propalaran al mundo esta buena nueva; una vez arriba, las aves volvían a entonar sus cantos naturales.

" Cayo Aurelio estaba al tanto de todo lo que acontecía a su hijo. Lo defendía cuando su madre le reprochaba algunas de sus rarezas. Sacudía la cabeza, y con expresivo tono susurraba que su corazón ya había presagiado lo que se vislumbraba ahora en ciertos detalles nimios: su hijo no pensaría ni se conduciría jamás como cualquier otra criatura humana.

" Prisciliano no pudo asistir a la clase de párvulos, debido a una extraña dolencia". Se le ensombrece el rostro al narrador. " De repente, la cara se le cubría de ronchas, de surcos violentos y colorados, el pecho se le anublaba, abultaba y encogía en toses sofocadas. A estos síntomas se le añadían neuralgias, la sensación de que un torno le oprimía las sienes. Los físicos le recetaron baños de agua fría, seguidos de enérgicas fricciones con estropajo. Esta cura le aportaba, a lo sumo, un alivio de horas, caramente pagado con la repetición de los accesos de tos, aún más violentos."

Me da que esta frase la leí en algún lugar.

- Con esta enfermedad y un maestro del pueblo vivió los años más dichosos de su juventud, y bien pudiera decirse de su vida. Su maestro era un eunuco del mundo cristiano, ojos color de los nomeolvides y pelo humoso. En los momentos de perplejidad, solía enroscar un mechón alrededor del pulgar. Amaba a los pobres, a cuyo cuidado se dedicó siempre, e impartía lecciones no sólo en su casa, sino en las plazas y calles cuando veía a los niños jugando."

Ah, sí, la frase es de Lezama Lima.

" Por las mañanas, no más despertarse, Prisciliano llamaba a un esclavo y le mandaba abrir el balcón de par en par; se levantaba con presteza, ansioso de ver a su maestro. El esclavo le llevaba una palangana de agua tibia y se la vertía en las manos. Luego se iban los dos a la escuela - cargando el esclavo con los libros - sin desayunar, pero mataban el hambre con bollos de centeno comprados por el camino.

" La biblioteca del eunuco contenía cientos de pergaminos diseminados en los anaqueles. Marco Aulio, así se llamaba el maestro, solía encaramarse en una escalera a la búsqueda de libros antiguos. Cuando daba con uno, lo arrojaba desde lo alto sobre la mesa. Retumbaba la casa toda, levantándose una nube de polvo de la cual salían dos o tres arañas azoradas. Prisciliano atrapaba a los bichos y los metía en una caja perforada con diminutos agujeros.

" Según bajaba del tablado, Marco Aulio salía a respirar al huerto contiguo; pronto cedía a las súplicas de su alumno para que leyera en voz alta ciertos libros desempolvados: traducidos seis siglos antes de la lengua indígena al latín, contenían relatos de los celtas y de la religión druídica, recetas a base de hierbas para diversas enfermedades, así como un cuadro de árboles y arbustos bajo cuya sombra cada tribu debía enterrar los depósitos de granos, oro y armas, cuando se viera obligada a abandonar la aldea." Esta frase de por lo menos seis líneas, obliga al reverendo a respirar hondo...y encadena.

" Aquella biblioteca era un observatorio donde se juntaban tierras, mares, ciudades, islas, humanos... Su maestro leía mientras él soñaba. "Vas a hacer un viaje, le prometía ; vas a llegar hasta las últimas estrellas del cielo; vas a hurgar en los campos y en ellos darás con las piedras escondidas; hablarás con todos los animales del aire, del mar y de la tierra e interrogarás el oro, el diamante y los pedruscos subterráneos. Todos los días lo harás, porque no creó Dios las cosas para dejarlas ociosas. No están fijos los astros y los planetas; el mar se alza de uno a otro lado y tampoco la tierra está parada.

Lo que se consume, ella lo renueva y lo reforma en el acto. Así, del mismo modo que en el exterior de la tierra se trabaja para producir algo, su matriz trabaja para engendrar.”

" Has de saber, proseguía el maestro ante su alumno deslumbrado; el firmamento es un libro, y a cada criatura le corresponde un signo en la criptografía celeste. Como con las estrellas, Dios tiene con cada alma su intención determinada y las conduce por sus caminos. Aprenderás a leer en las galaxias. A cada letra le corresponde una estrella en el cielo. Venus, la primera en salir es la a. Cástor y Pólux son la c y la h, que tienden siempre a unirse... "

Girólamo se calla para beber un trago de tila mentolada. Le descubro manchas blancas en la cara, debe ser vitíligo, una despigmentación. Esto no tiene remedio, me precisa entre dos tragos. Parece ser, en Cuba... Diantre, adivinó mi pensamiento. Cuando termina de beber, reanuda el relato.

- Absorto en aquella contemplación, Prisciliano escrutaba en la alta noche el ritmo medido de los astros, soñando con cantar en un extenso poema las maravillas de la naturaleza y de la mente infinita que la anima. Su mirada se enredaba en las constelaciones persiguiendo las estrellas fugaces, inquirendo en el seno confuso de la Vía Láctea. ¿Quién vive en esos mundos? ¿Qué formas tienen sus hombres? ¿Cómo son los animales y la vegetación? No los vemos, ni tampoco la milésima parte de la existencia, le explicaba su maestro. Piensa en el viento cuando arranca de cuajo los árboles, levanta montañas en el mar y estrella navíos contra los rompientes. Nadie ha visto ese viento que hace rugir las cavernas, y, quién lo duda, existe. Ahora bien, concluía invariablemente el eunuco: "Por mucho que te ejercites, por mucho que leas, nunca olvides que estás en agraz. El que se cree totalmente fruto maduro ignora que el árbol, cuanto más verde, más lozano. Jamás te sientas fruto maduro para ir de cabeza al capazo."

" A los nueve años, el niño había acumulado tantos conocimientos de astrología, que la noche de las calendas de enero escribía todo lo acontecería en el año entrante. Su madre Eudoxia empezó a inquietarse.

- Esta criatura se está volviendo un poco rara, le insinuó un día al maestro; deberíais salir de ese observatorio sombrío.

"Se lo había dicho serenamente, a sabiendas de que entraba en un terreno resbaladizo.

- Sí; es muy propenso a la fábula. Trataré de que se concentre, que estudie más.

" No se dio por vencida la madre:

- Tal vez necesite más ejercicios físicos y menos concentración. La biblioteca, se me antoja, es demasiado insana para alguien que, cómo decirlo, no posee las mismas facultades físicas que los otros niños.

" Una ley promulgada por el emperador Juliano vino a reforzar la posición de la madre. Inspirada por el neoplatónico Máximo de Efeso, cambiaba el modo de nombramiento de los profesores. Hasta entonces había estado a cargo de las autoridades locales, y tendrían que ser sometidos al emperador. Poco después, un nuevo edicto apartaba a los maestros cristianos de las escuelas."

El camarero trae la cuenta en un platillo. Desde hace rato Girólamo juega con una tarjeta de crédito dorada. La pone encima del platillo y sigue hablando:

- El edicto partía de un espíritu cívico. Juliano trataba de frenar el monopolio que ejercía la Iglesia en la enseñanza. Pero, en este caso, fue nocivo para Prisciliano. Su querido eunuco fue sustituido por un gramático llegado ex profeso de Roma, cuyo mutismo podría citarse como ejemplo de elocuencia. Su labor se limitó a enseñarle a leer, a escribir... y a colmar de oro su tasega. Le hacía empuñar el estilete; una vez bien

asido, le guiaba la mano con la suya sobre la cera ya dibujada, llevándolo a reproducir al final él solo el abecedario.

" En declamación, elegía un texto en verso o en prosa, se lo daba a leer una vez, y él debía repetirlo con las mismas cadencias, con las mismas rimas, pero con palabras distintas. De esta forma pensaba enseñarle el lenguaje adecuado para cada situación y para cada personaje: los niños con inocencia, los viejos con sensatez, las mujeres con ternura, los héroes gallardamente y los campesinos con tosquedad.

- ¡Qué tontería!, lo aleccionaba su antiguo maestro cuando se encontraban a escondidas. Según mis revueltos conocimientos, a menudo los niños hablan con sensatez, los viejos sin ton ni son, las mujeres con aspereza y los campesinos sabiamente. ¡Y cuántos héroes blasfeman en el momento de morir! "

En el comedor sólo quedamos Girólamo y yo. Salimos. Los peregrinos aguardan en el autobús. Nos volveremos a ver, me asegura él, con un abrazo toscano del que me cuesta trabajo zafarme.

Otra vez en la Vespa - Silvina, habré de acostumbrarme - por carreteras vecinales rumbo a Tours. Estrechas, a veces sinuosas, invadidas por la vegetación, algunas ni en el mapa están. Huele a estiércol. Mis padres tenían un hotel en Reigada - ya lo dije, cruel Alzheimer - con agua corriente en los cuartos y un retrete para todos, pero la mayoría del pueblo vivía en promiscuidad con cerdos, cabras, vacas y caballos como en tiempos prehistóricos, emanando del revoltillo este mismo tufo de tojo macerado en el excremento de las bestias. Dulce reminiscencia de niñez.

Debería inventarme un motivo plausible para cuando me pregunten las razones de este viaje. Con el reverendo florentino ya me he visto en aprietos. Por cierto, qué bello su relato sobre Prisciliano, aunque tirando a lo hagiográfico; pero sólo por la historia del eunuco mereció la pena comer como un conejo.

Si se debe sinceridad al lector, he de confesar que voy a España a sacar el carné de conducir A2 para todas las motos. Ahora tengo el A1, sólo para motos 125. Ya intenté conseguir dos veces en Francia el A2, y en ambas me estrellé cuando la prueba de velocidad, un crimen legal. En cambio en España está tirado. Me presento en Lousada con mi Silvina, dos o tres vueltas como de broma y me dan un permiso de verdad. El cuento de la lechera concluirá con un decreto de la Unión Europea dando validez a mi carné en todos los países y *usque ad aeternitatem*.

Agarro la D-156. A los cinco minutos se enciende el chivato de los frenos. Ya empezó a parpadear en París, sin que le haya hecho caso: no se lanza uno a la aventura con seguro de vida, revisión del vehículo, tarjeta de crédito y teléfono móvil. La única precaución fue pagar la cotización anual a la Asociación por el derecho de morir dignamente. Si me estrello contra un árbol y caigo con un médico comprensivo, tal vez no salga hecho un Millán Astray. Seguiré a modo lento hasta que la luciérnaga se harte de incordiar.

La Beauce continua dorada, interminable. En tiempos pretéritos, la paja se amontonaba en pacas, unas puntiagudas, otras más chatas, según el pluviómetro, como farfullan en la tele. Era otra belleza; la de ahora reside en la disposición de las pacas por el campo, como grandes manchones de fuego sucio o esculturas de Chillida. Qué fuerte, este aizkolari. Quiere vaciar la montaña sagrada de Tindaya para hacer una obra de arte. No ha cambiado. Hace cuarenta años, un día de garden party, él y Palazuelo protagonizaron un happening en la Ciudad Universitaria de París. Entre los dos intentaron arrojar por la ventana del Colegio de España a Jordi Anguera, yerno de

Gargallo, y al pintor Xavier Valls, porque éstos querían izar la bandera catalana. Como no pudieron tirarlos, aquellos dos franquistas los molieron a golpes.

El olor áspero de cereal recién segado se mezcla con el de las madre selvas, dulzón, que crecen en los lindes. En medio del campo y entre los vientos, diviso una torre sutil, rosada, rasguño en el cielo. Su ángulo se inscribe en el horizonte, todo de vegetación, donde no asoma pueblo alguno. La raya celeste aporta a este paisaje una leve indicación humana y pronto la iglesia nos habla de una ciudad resumida en torno suyo. Ya, más de cerca, el templo mantiene al abrigo de su gran manto sombrío, en medio del campo y contra los vientos, los lomos grises de las casas.

Un cartel : "Combray de Marcel Proust". Uno puede leer varias veces los primeros capítulos de *A la recherche du temps perdu*, dejándose llevar por la magia de la escritura, sin percatarse de que en el fondo de todo texto hay una verdad; escondida a dos horas de París, y mucho menos en una buena moto. Con perdón, Silvina.

Combray sigue triste; triste como sus calles con graves nombres de santos : calle de San Hilario, calle del Suplantador... La casa de la tía Léoncie. Hay un museo. Abren a las cuatro y media; por una ventana puedo ver el salón donde el pequeño Marcel jugó al amor burgués.

Dejo a Silvina en la plaza, delante de una pastelería donde venden las auténticas magdalenas para recuperar el tiempo perdido, sic. De las casas, construidas con piedra negruzca del país - escalones en la entrada y tejados en punta - emana ese olor de cocina que a veces subía al recuerdo del Proust ya mayor, tan intermitente y tan cálido como entonces.

En balde busco la vieja hostería del Pájaro Herido. Me pregunto por qué me viene a la memoria un recital a principios de los años cincuenta, en el conservatorio de Madrid de la calle de San Bernardo. Christian Ferras y Pierre Barbizet tocaban la Sonata para violín y piano de Cesar Franck : si do # la sol # fa # mi... Tenía yo catorce años, llevaba más de la mitad de mi vida estudiando solfeo y piano. Era la primera vez que asistía a un concierto. Descubrí aquella noche que no oía música, sino do #, re, mi, fa #, sol #, la, sol #, fa #, mi... ¿ La sonata de Vinteuil ? Ahora, en Combray, el reloj de san Hilario da las dos de la tarde. Y volviendo a la sonata de Vinteuil, no se puede amar la música viendo su esqueleto, ni la pintura escrutando las pinceladas, como tampoco apreciar un plato analizando todos sus ingredientes.

Entro en la iglesia. Su interior no es hermoso conforme a los cánones; no obstante, *nihil obstat*, estamos en un templo y predico el empleo del latín, la distribución de los bancos, tan viejos, tan raros le da esa cualidad apreciable de naturalidad y distinción. No debo dejar mucho tiempo a Silvina suelta, con la mochila amarrada simplemente con elásticos: o acortar las visitas o llevarme los bultos encima, como hice en Chartres, porque se cuelan allí incontables rateros entre los turistasy aquí no hay ladrones, sólo plagarios.

La instalo delante de un bar. Desde el interior podré vigilarla mientras tomo café. Hojeo el periódico local *La Nouvelle République du Centre-ouest*, de este catorce de agosto. Empiezo por la última página (para la lectura soy musulmán), y en ella encuentro una historieta gráfica, como impone don Fernando Lázaro Carreter que se llame a los cómics. Se ve a san Martín cenando con sus discípulos. El de su derecha le sopla :

" L'évêque arien Ithace d'Ossuna, qui a l'oreille de l'empereur Maxime, a juré la perte de Priscillien. Il a obtenu de l'empereur qu'un synode se tienne cet été à Bordeaux, qui convaincra Priscillien de magie et signera son arrêt de mort !

- Qui est ce Priscillien? demande Martin.

- C'est le fondateur d'une secte d'ascètes installée près de Cordoue. Le concile de Saragosse a déjà condamné il y a cinq ans Priscillien et ses disciples pour pratiques hétérodoxes...."

Firma el texto un tal Pierre Yves Proust. Acepto sin sobresalto las dos coincidencias, ganado desde hace tiempo, tantas cosas inexplicables han ocurrido en mi vida, por una suerte de indiferencia ante la magia que no deja lugar a la superstición.

Le pido el recorte a la tabernera, explicándole que si Proust que si Prisciliano que si tal y que si es cosa de meigas: me toma por un chiflado. Todavía no lo han leído todos los clientes, se disculpa. Qué carajo le interesa Prisciliano a sus clientes. No se lo dije, claro, y bastante enojado llamo a la redacción del periódico. Me dan el teléfono del autor de la historieta dibujada, denominación que también goza del visto bueno académico.

A Proust le sorprende mi llamada. No se trata de una broma, le digo, insisto, demostrándole, gracias al relato de Girólamo, un conocimiento del hereje mucho mayor que el común de los mortales. No le gusta nada de nada lo de hereje.

Es hereje, me replica, según el punto de vista de sus enemigos. En su época, al no haber cánones, era imposible deslindar la frontera entre la ortodoxia y el camino errado. Fue el primer eclesiástico ejecutado por el brazo secular. Vivió en el siglo IV, lo eligieron obispo en Avila y lo decapitaron en Tréveris, ciudad alemana en la que nació Karl Max. Entre otras cosas, creía en los principios del Bien y del Mal, en la batalla entre el Diablo y Dios, predicaba el ascetismo, aceptaba a las mujeres en el sacerdocio y luchó contra la corrupción de la jerarquía. Poco más le puedo decir.

Al parecer, tampoco le agrada que le haya perturbado la paz doméstica. O será timidez. Yo sigo con la opinión heterodoxa legada por mi padre, y él se esfuerza en no contradecirme:

Bueno, sí; se puede considerar que fue un precursor de los albigenses, de Savonarola y de Lutero, pero en realidad poco se sabe de su vida. He investigado mucho para escribir el texto y creo que se atiene a la realidad histórica.

Le propongo vernos en Tours, donde vive; que tomemos un té y me cuente algo de Prisciliano, la continuación al menos del relato de Girólamo. Accede a regañadientes. Se va de fin de semana y me concede tres cuartos de hora, si estoy en la estación de Tours a las cinco en punto de la tarde.

Silvina no me falla : apaga las luces de mal agüero, se apresura cuanto puede y a las menos cinco reconozco a Proust porque ambos exhibimos el periódico de la historieta. Empieza disculpándose. Poco podrá decirme del tema que nos ha reunido. Tendría que hablar con el historiador que lo ayudó. De su profesión comprendo algo así como enfermero en un hospital psiquiátrico infantil. Tras el descargo, se va directamente al grano:

- Las secuelas de la reforma administrativa de Diocleciano, a principios del siglo IV, afectaron en sumo grado a todo el Imperio. Para gobernar con más eficacia su inmenso territorio, el emperador había reducido la extensión de las provincias, aumentando al mismo tiempo su número hasta cien. Al frente de cada provincia se nombraron funcionarios onerosos para la ciudadanía. Cayo Aurelio, el padre de Prisciliano, salvaguardó su inmensa fortuna con una aparente sumisión a Roma. Gracias al codiciado oro de Callaecia, sobornó a patricios y funcionarios, consiguiendo ser designado senador por decisión imperial ".

Recuerdo el túnel perforado por los romanos en Orense para desviar el curso del río Sil; el Montefurado. Se veía desde la ventanilla del tren que en mi niñez me llevaba de Lousada a Madrid. Las minas de Cayo Aurelio.

- Puso al servicio del Imperio su hacienda - corta mis pensamientos Pierre-Yves Proust - así como su ejército privado, compuesto por campesinos y esclavos,. Hasta entonces, sus huestes le habían servido para protegerse contra robos y bandolerismo. A cambio, Roma lo autorizó a reclutar soldados mediante el pago de una cantidad simbólica. Cayo Aurelio mandó construir galpones donde guardar miles de escudos, pilas de corazas, montañas de yelmos, celadas, cimbras, espadas y armas arrojadizas; todo acicalado y reluciente para la soldadesca.

"Erizadas de lanzas, entraban las legiones en los pueblos como un huracán a removerlo todo: los sacerdotes huían con los objetos sagrados; los ricos se arruinaban en rescates desmesurados; las mujeres caían en la preñez y su descendencia en la esclavitud. Pero al llegar al río Limia, los legionarios sentían un miedo sagrado, porque sus aguas producían el olvido de las familias, de la patria, y por si fuera poco, causaban la muerte."

Cómo no voy a comprender yo el terror de las legiones. Aparte del peligro que entraña acercarse a un mar proceloso, quién va a dejar Milán, Roma o París para adentrarse en Galicia, región de vida difícil, triste para vivir en ella si no es su tierra.

- Las cohortes instalaron sus cuarteles en el castro de Rudum-dela. En cuanto llegaron, Prisciliano sintió una remisión de la enfermedad. Dejando la espada de madera, el tirador, el arco y las canicas, emprendió con la falange los primeros titubeos de la vida castrense. Desfilaba con ritmo viril al son de las trompetas; lo subían en caballos de madera hasta montar con igual pericia por la diestra y por la siniestra; aprendió a nadar y levantó escudos de sarga el doble de pesados que los verdaderos. Ningún adolescente le ganaba lanzando piedras, a mano o con hondas al modo de los baleares, y un maestro de esgrima le enseñó a manejar la espada y el estoque.

"Ocurría esto cuando era gobernador de Callaecia Aconio Catulino, allá por los 360 de la encarnación del Señor. Se abatió entonces sobre aquella tierra una hambruna como los más ancianos no recordaban. Las zonas costeras soportaban la escasez gracias al fruto del mar, mientras las regiones montañosas carecían de todo. El trigo enviado por Roma caía en manos del frumentario, hombre experto en explotar la miseria. Se había endeudado para comprar su nombramiento y habría de sacar dinero de las bolsas ajenas. Igual que Verres en Sicilia, llevaba siempre consigo una acusación que acarrearía la pena capital e incautación de bienes para el dueño de un campo bien cultivado o de una mansión envidiable.

Lo primero que hizo fue decretar un alza general de impuestos. Puso a subasta las propiedades más importantes, recomendando que en beneficio del pueblo y del Imperio se les asignaran precios bajos, comprándolas acto seguido su testaferro. La corrupción, el nepotismo llegaron a tal extremo, que el delegado de Roma vendía nombramientos sin contar: apenas se instalaba un funcionario, tenía que dejar el puesto al siguiente en la lista de espera.

"Cayo Aurelio se rebeló: ningún agente del prefecto ni del gobernador debería ejercer más presiones sobre los galaicos; era ya digno de encomio que se pagasen las tasas ordinarias, y ni con la tortura podrían recabar nuevos tributos. Adelantándose al mandamiento del emperador Juliano, quitó las cercas de sus posesiones para que los indigentes tomasen los frutos caídos. En su casa había mesa frugal, siempre suficiente para muchos, y nunca faltaba el caldo de nabizas tan caro a la pobrería. Distribuyó dinero a los encausados, para que a nadie se desahuciara y vivieran todos al abrigo de imposiciones disfrazadas de nombres detestables.

"No obstante, hubo quienes se escaparon al monte, poniéndose bajo el mando de antiguos gladiadores. Estos, sin ser numerosos, constituían grupos desalmados, diestros en el manejo de las armas y carentes de principios morales. Su coraje innato crecía al

ver como por un sorbo de vino o un trozo de pan se les unían trabajadores de las minas de oro, descubriéndoles depósitos secretos.

"La aparición de estas bandas en un lugar tan remoto como Callaecia inquietó sobremanera a Roma. Aún no habían sido sofocadas las revueltas populares de los bagaudas de las Galias, capitaneados por Eliano y Amando, cuya fuerza residía en los esclavos y en los colonos de las fincas, unidos a la baja plebe ciudadana; antes bien, este movimiento se había extendido por Hispania y Lusitania.

"Temerosos de la nueva actitud de Cayo Aurelio y del ejército a su mando, el frumentario y el prefecto elevaron sendas instancias al César para que fuera inscrito entre los *clarissimi viri* y abandonara su tierra. Una sinecura. Los *clarissimi* se contaban entre los funcionarios mejor pagados del Imperio. Sus ingresos podían alcanzar ciento veinte mil piezas de oro al año, mientras que los de un áulico en Constantinopla eran de mil, los de un mercader sólo de doscientas y los de un campesino de cinco miserables piezas al año. "

Pierre-Yves Proust ha sobrepasado el tiempo previsto. Se lo señalo, a riesgo de quedarme otra vez con un relato trunco. Llega su mujer con una criatura en brazos, por cierto muy lindas las dos. Sobre todo la mayor. Divina, con ese vestido estampado de flores rojas bajo un fondo blanco, de modo que su cuerpo de curvas finas se insinúa bellamente. Vaya a Confolens y pregunte por Henri Coursaget, me grita él, y ya en el AVE van los tres.

Silvina me espera con alegría resignada y penitente. Rediola, cuantos bultos lleva encima. Pese a los chivatos que enciende para llamar la atención, le estoy tomando cariño. A ella también le deben de fastidiar ciertas manías de su amo. Gajes de la promiscuidad, y que no se queje: acabo de comprarla en la puta rúa por cuatro francos y con once mil kilómetros en los neumáticos (edad a la que empiezan a renquear las mulas), a un capitán de artillería que sólo la sacaba los domingos para el ligue. Tal vez como compañeros de viaje no seamos ideales él uno para el otro. Quién sabe, a lo mejor hacemos buenas migas. Metidos en la aventura, más vale llevarnos bien y tener la fiesta en paz.

Ahora nos aburrirnos : kilómetros y kilómetros sin perro ladrador, a nuestro ritmo esto parece *Easy rider*, dos tipos extraviados por las llanuras del *far* centrooeste. Ya me abruman los miles de kilómetros, por lo menos mil quinientos hasta Lousada. Y los de vuelta. Me tienta batirme en retirada; a tiempo estoy de meter a Silvina en el tren y regresar a París, pero me salva Bergamín : aunque no vayas a ninguna parte, no te quedes en el camino; se empieza por creer y se acaba por dudar, hay que empezar de nuevo...y sigo adelante.

Al fin, una mujer asomada a la ventana. Un ser viviente, qué milagro. Por aquí debe de pasar un vehículo a cada muerte de obispo. Me paro delante de la casa. Para ir a Château-Renault, por favor. El rostro amarillo de la mujer está picado de viruelas. Bien mirado, la gangrena le ha carcomido la nariz, qué aspecto tan monstruoso. Encima de ser muda, no quita los ojos de Silvina. Pues qué se cree, señora. Tan moto es como una Hardley Davidson. Al cabo, su amabilidad se expresa con gruñidos. Otra vez por dónde cae Château-Renault le pregunto y menea la molondra. Es o está muy gorda, e imposible calcular su edad. Se acerca un vecino, debe de andar por la cuarentena, ojos de sapo, lengua estropajosa, rostro empapado de alcohol. Muy lejos, le entiendo el gesto, no el tartamudeo. Ni izquierda ni derecha, sólo un brazo vago. Qué dos especímenes, santo dios, y me largo pitando de esta especie de parque humanoide.

Llegamos Silvina y yo a las cinco a Tours, ciudad conservadora y cristiana. En la oficina de turismo me atiende una joven exclusivamente consagrada a la información religiosa. A Silvina la dejé fuera. La chica me da toda clase de mapas y prospectos de la ciudad, en la cual san Martín es omnipresente: liceo, iglesia, avenida, calle y callejón sin salida san Martín; seguro que habrá algún *sex-shop* clandestino con cilicios marca " El ermitaño ". Por cierto, ya me agradaría ponerme uno esta noche; no como hacía en el internado Guillermo Gómez, que se lo ataba en el sexo lacio y al empalmarse alcanzaba los éxtasis de santa Teresa. Un poco más flojo se consigue, pese a todo, un placer digno de los dioses.

Calle Real, Torres del Reloj y de Carlomagno, templo románico de san Julián, rebosante de leyendas y poderío; la casa de Tristán, con recuerdos de Walter Scott. Aquí se situaba la torre donde moraba el espíritu del rey Hugo. En ella se reunían los protestantes a mediados del siglo XVI, por lo cual les pusieron el nombre iniciático de hugonotes. Es la última vez que utilizo una guía turística del siglo pasado. Lo juro.

Dejo otra vez a mi montura en la calle para entrar en la librería religiosa que me indicó la chica de turismo. Quiero comprar algo sobre cualquier celebridad local, excepto su ex alcalde Jean Royer. El dependiente, sin la menor pinta de religioso, más bien de hermana de la caridad, me recomienda la *Vita Martini* de Sulpicio Severo, así como un artículo de la revista *Méthodes*, titulado *Martín et l'affaire priscillianiste*. Otra coincidencia. No me inmutó y charlamos. A la hora del cierre tomamos cita para mañana.

Nos vamos a dormir a un hostel de esos que carecen de consideración por la arquitectura local y lograrían deprimir hasta al guardameta del Alcoyano. A mí me dan una habitación aséptica en el segundo piso; a Silvina un rincón mugriento en el garaje. No me siento cansado ni me duelen los riñones o la columna vertebral, como había vaticinado la gente amiga.

Qué luz la de ayer, cuando llegué: un crepúsculo en rojo vivo, presagio de la mañana de hoy. Me levanto a las siete y voy directo en busca de Silvina para salir hacia Marmoutier. Debí de dormir mal. Ni caso al arranque electrónico. Veinte pisotones al pedal, lo mismo; zarandeos, empujones, al cabo se despierta amodorrada. En la recta kilométrica que atraviesa la ciudad podría ponerse a noventa o cien, pero va como una borrica, sin importarle mi impaciencia ni las inyecciones del acelerador.

A su paso por Marmoutier, el Loira rodea la montaña que impone su margen, traza un semicírculo, sigue el vallejo por su lado norte y el propio río, saliendo del cauce, forma un lazo natural.

Esperaba encontrarme con gentío, visionarios orando y frailes afanados en divinos gorjeos. Créase o no, es artículo de fe que un día corriente como hoy subió María en cuerpo y alma al cielo, portento digno de los satélites más sofisticados. Qué va. Un desierto. Ni tan siquiera ese pobre miserable a cargo *ad eternum* del convento, comida y alojamiento, en recuerdo del menesteroso salvado por Martín.

Se abre la puerta lateral. Una mujer con un perro; tras ellos un cura de sotana, con el calor imperante. La mujer tiene como treinta años, rostro puntiagudo y ese andar hierático que, entre otras enseñanzas, la educación católica confiere a sus funcionarias.

Buenos días, la saludo, encadenando para que no se me escurra, dígame si hay alguna ceremonia para festejar la milagrosa Asunción de la Santísima Virgen al cielo. No; no hay nada previsto. Adusta y correcta. Además articula como pisa, firme, sin traspies. No me puedo creer que los monjes no celebren un día tan señalado como el de hoy. Aquí no hay monjes, parece lamentar la monja. Fue un convento de religiosas y sólo quedamos dos; una, muy viejecita la pobre; y yo, su enfermera.

Monja y enfermera, miel sobre hojuelas. Qué no me hubiera sugerido a mí, de joven. El cura se acerca para formar trío, cuarteto con Silvina y quinteto con el perro. Se llama don Fernando; pronuncia don con acento latino, y luego suelta un Rodríguez, González o García, cualquier apellido ordinario. Negro, impertinente, el perro corre a husmear a la monjita. Disimulamos el cura y yo, mientras la miramos de reojo dando vueltas, más vueltas y revueltas, al ritmo de las incursiones caninas.

Por qué no arrojarlo a pedradas, propone el cura impiadoso blandiendo un bastón. Bajo las medias de lana, en pleno verano, las piernas de la sor apetecen, codiciables. El perro abandona la falda gris y salta a olfatear la negra de su agresor. Por debajo lleva pantalones. Ambivalente: o falda o calzones. Cómo pretende ser ministro de Dios con esas pintas.

Usted es, viajero, un manoseador de lo sagrado, me suelta cuando me extraño de que en el convento mantengan a dos personas, enfermera y capellán, para una sola pensionista. Luchan contra el desempleo eclesiástico. La vieja estaría mucho mejor en una residencia y esta chica viviendo su vida.

Qué no dije. Se encoge de hombros y me dirige una mirada torva.. Señor cura, váyase usted con Dios, que de existir y ser superman, resolvería el problema del paro y no nos haría cargar con tamaño peso en la conciencia.

Por supuesto, no le dije nada de esto, pero qué quieren ustedes que se piense en moto, tanto tiempo sin compañía, aburrido... Pues tonterías, bobadas, sandeces.

Solos los dos, salvo las presencias muda del perro y silenciosa de Silvina, le pregunto a la monja, por decir algo, que de cuando data la abadía. Da medio paso atrás y se apoya en la verja, lo que tomo como una apelación a la desorientada ternura de hombre sin asiento.

- San Martín fundó esta abadía a mediados del siglo IV, empieza, muy formalista. Millones de abejas y casi tantos anacoretas fijaron aquí su morada. Muchos de ellos, ricos y de estirpe noble, habían abandonado los placeres mundanos para gozar de la vida monacal con su prelado. Los que huían de Egipto y se aplicaban los flagelos de San Antonio, modelo de eremitas, contaban con el beneplácito de Martín. En cambio, la Iglesia los trataba como a enemigos: su vida austera, retirada, su rechazo de la riqueza, eran fermentos demoledores del edificio que frente al Imperio pagano estaba construyendo la jerarquía eclesiástica.

La sor, caray, no es tan oficialista como yo presumía. De pronto mira el reloj de faltriquera. Debe visitar a una pareja de ancianos y anda corta de tiempo. Intento retenerla. Debía de ser todo un hombre, ese Martín, le suelto como un agente oficioso de Satanás, y ella cae en la tentación de evocar a su legionario:

- Nació en Panonia y fue soldado romano antes de convertirse al cristianismo. Famoso por su valor, no vaciló en enfrentarse al poder imperial ni en cortar su capa en dos para compartirla con un pordiosero. Su gesto candoroso e irreflexivo - ambos tiritaban de frío - provocó variadas disquisiciones. Si los uniformes pertenecían al Imperio, un soldado no podía hacer de su capa medio sayo. Sus hagiógrafos adujeron que al incorporarse a la legión, Martín ya había pagado la mitad de la prenda. Faltaba por saber si había hecho caridad con la parte que le pertenecía o con la del Estado, poniéndose a cavilar sesudos padres de la Iglesia sobre un párrafo del código teodosiano que aborda el tema de la indumentaria castrense, tan acertadamente, que Martín pasó de corrupto a santo.

Vaya con la religiosa posconciliar. No comulga con ruedas de molino. Se ha ido deslizado hasta sentarse en el muro de ladrillos. Me acerco. Por aquí habrá algún convento fundado por san Martín en el cual vivan ayatolas. Miro a sus ojos risueños. Vaya usted a Ligugé, me desvía repentinamente azorada. Allí hay una abadía de monjes.

Saliendo a la izquierda, tome otra vez a la izquierda la dirección de Langeais. Y echa a andar de prisa, sin tan siquiera despedirse. La disculpo, pensando en los viejos. Dudo, espero, arranco a Silvina y me pongo a su altura. Va a llegar con retraso. Si me permite la llevo. Me mira recelosa. Permanece un momento contemplándome. Sin duda la tranquiliza la expresión de errante desamparo de mi mirada. Ignorante del mundo y sus peligros, ni por pienso se le ocurre quitarse las alas. Como prestidigitador la palomita del sombrero, extraigo del asiento un caso providencial. Mis palmas rozan la piel suave de su mentón al ponérselo y siento un hálito de mar y alcanforada sacristía.

Inicio, mantengo una marcha constante, regular, evitando acelerones. Al doblar una calle, la religiosa francesa me sujeta por la cintura - qué manitas tan dulces - y aprieta los dientes blancos, parejos, de perrita sana. Por el retrovisor veo sus ojos negros y su boca sorbiendo el aire, entregada al viento como Teresa al dardo del angelote. El Tentador no se entromete. Yo, rogando a Dios la aparición de un conejo o un erizo que la incite a agarrarme y su cuerpo gloriosamente reencarnado tenga algo gordo que confesar en el valle de Josafat.

Llegamos a la cita con antelación. Ella declina mi propuesta de café, cerveza o por lo menos un kir, que todo creyente digno de ese nombre debería aceptar, por haberlo inventado un canónigo de Dijon. La dejo en el asilo de ancianos. Antes de separarnos, me gustaría saber su nombre, para no olvidarlo en la vida. Por el amor de Dios, dígame su nombre de verdad, no una de esas hipérboles de sor Tal o Cual de las Sagradas Visceras de Fulano o de Mengana. Me llamo sor Nathalie del Sagrado Corazón de Jesús, María y José, me confirma como si hubiera adivinado mis recelos. Natalinda, exclamo gozoso. Qué ha dicho. Oh, nada, perdone. Su nombre en español y sin apellidos morbosos.

Solo y añorante me voy al " Gallo dorado ", bar del centro donde el librero apostólico me espera desde las diez de la mañana. Me disculpo. Así somos los latinos. Irrebatible. Me dice que está preparando una tesis sobre Sulpicio Severo, uno de esos estudios de los cristianos de hoy, metidos a sociólogos y economistas.

Empieza con el clásico parangón entre el Imperio romano y el yanqui; me calcula el poder adquisitivo del denario en relación con el euro, y despliega una lista de productos superfluos que invadieron la sociedad romana (animales exóticos, prendas de seda, ajuares de plata...) en vísperas de la caída del Imperio, comparándolos con las ofertas de la FNAC.

Este hombre es una verdadera *Encyclopaedia universalis*. Nadie mejor para hablarme de Prisciliano, dónde y cómo vivía en Roma durante el exilio dorado de su padre. Se lo pregunto y es como si colocara la flecha en el icono correspondiente, pulsara dos veces el ratoncillo y se pusiera en funcionamiento el cederróm:

- En Roma, la familia de Cayo Aurelio vivía en una residencia suntuosa del monte Palatino, reservada a los senadores. Los médicos habían aconsejado al paterfamilias un lugar sano para su hijo, enfermo de asma como el Che. Me da que a este librero le gustan los lugares comunes. Y entonces los jardines del Palatino ocupaban una gran extensión. Cayo Aurelio notó en seguida que los senadores formaban una casta hermética. A los de provincias, los mantenían al margen de sus cenáculos. Hombre honrado y justo, Cayo Aurelio se escandalizaba de que la mayoría de ellos abandonaran sus creencias paganas para entregarse al cristianismo; por esta perfidia se hacían con cargos religiosos y políticos para los cuales no estaban capacitados.

" Prisciliano asistía a las clases de Octaviano Porfirio, prefecto de la ciudad y mediocre poeta. ¡Cuántas humillaciones sufrió con este pedagogo! Como modelo de

conducta, proponíales las huellas de quien brillara y descollase en verborrea, maña irrefutable para alcanzar honras humanas y falsas riquezas.

" Mientras Prisciliano languidecía en la escuela, su padre refugiábase a la sombra de las catacumbas, que los cristianos habían abandonado para instalarse en palacios. Convirtiéndose en defensor apasionado del paganismo. En las plazas, en las calles y hasta en las lonjas de mercaderes y en los mentideros de ociosos que eran las iglesias, con fe de neófito entablaba disputas con los galileos, como llamaba a los seguidores de Cristo. Incrementósele igualmente el ya muy acendrado amor a su tierra, unido a la valorización tal vez excesiva de sus orígenes y de sus antepasados. A su hijo esclarecíale cuando caminaban por el ágora :

- Fíjate bien, Prisciliano; fíjate en esa gente de ojos oscuros y tez grasienta, agitada, parlanchina, exuberante. Fíjate ahora en ti: eres reservado; tu piel es clara y tus ojos azules. Ellos son mediterráneos; tú eres celta. Procedes del norte; eres un elegido. Ellos pueden burlar las leyes de los humanos, la única que conocen. Tú no: por nacimiento has de obedecer a órdenes más elevadas que las impuestas por los reyes o los pueblos.

" Cuando en 363 subió Joviano al poder, envió un mensaje a los gobernadores, obligándolos a observar los diez mandamientos de la ley de Moisés, e imponiendo sanciones a quien no lo hiciera. Una sola mirada de amor era castigada por el legislador evangélico con la tortura. Ciertos grupos de paganos, entre ellos el de Cayo Aurelio, opusieron a estas medidas. Rebosó sangre pagana en los pozos de las iglesias; obispos muy estimados por sus virtudes, como los de Nicomedia y Cízico imponían la comunión por medio de un artefacto de madera, empujando el pan consagrado por el garguero de las víctimas. Púdose ver incluso la cruz de Cristo encabezando la marcha de las legiones hacia Nísibis y Antioquía.

" Aun en este marco, Cayo Aurelio considerábase investido por el espíritu del paganismo para preservar su doctrina, porfiando de tal suerte, que los cristianos se juntaron para formarle tribunal. El senado de Constantinopla envió a Temisto, panegirista oficial de los emperadores. En beneficio del acusado, Temisto arguyó que en los últimos reveses de la fortuna, tanto el paganismo como el cristianismo habían sido traicionados por prosélitos indignos, que sin rubor pasaban de la iglesia al templo y de los altares de Júpiter a la comunión cristiana. "El clarísimo Cayo Aurelio - clamó Temisto ante los jueces- es el símbolo de la persecución llevada a cabo por los cristianos contra los paganos, hasta el punto de que éstos creen prudente raparse las barbas y disimular sus pensamientos."

" Añadió que el acusado había adquirido el concepto de la religión y del libre albedrío sin la influencia de nadie, sólo con la lectura de libros helenos. Tan convincente fue que el tribunal admitió en pro del reo lo espontáneo y sincero de sus palabras. Dándolo por loco, fue confiscada buena parte de sus haberes y a él enviáronlo a Callaecia con toda su familia.

" Cayo Aurelio siguió con sus prédicas e Callaecia, pese a que un nuevo edicto hubiese anulado el anterior. Acusado otra vez, no lo juzgaron en público, sino ante un tribunal eclesiástico. Condenaron a llevar una pata de gallo colgada de la toga y a vivir permanentemente recluido, con recargo de misa y sermón, seguía contradiciendo al orador si disentía de su plática. Un tercer juicio obligolo a cargar día y noche con un costal de arena en las espaldas al que se le retiraba cada año un cuarterón de peso. Cuéntase que al cabo de cinco lustros Cayo Aurelio elevose como una pluma al viento..."

El librero sigue parloteando y tomando cervezas. Yo no aguanto ni la primera, ya he bebido tres y empiezan a marearme los elevose, considerábase y enviáronlo. Las

nubes que me enturbian los sentidos sólo dejan penetrar la imagen de la monjita soñada. El librero coloca cincuenta francos encima de la mesa y esfúmase, oportuno, discreto.

Delante todo recto, ni montañas ni desniveles. El sol acaba por enjugar la niebla meona, y andando de vagar, otra expresión de mi tierra, susurra la brisa, el viento silba tenue, sedante, música sideral que la recién asumpta María estará salmodiando en el coro de serafines; en cambio ayer, camino de Chartres, entre el vendaval y la avispa que se metió debajo el casco, se me armaba en el laberinto un barullo de mil pares de diablos.

A la media hora de bonanza me doy cuenta de que Natalinda me ha indicado el camino al revés: Langeais se va alejando a mi espalda.

Nada se debe esperar de las esposas de Cristo y nunca desandar lo andado. Adelante. Cruzando el Loira por un puente levadizo me interno en una campiña sosa, sin relieve, para dirigirme a Langeais por la orilla izquierda del río.

Tufos de corteza húmeda, de musgo fresco antes de entrar en Richelieu, pueblo limpio y apacible. Podría resignarme a pasar dos o tres días aquí, y dar los frenos a arreglar. Julien Gracq ha descubierto las cortinas de estos ventanales de estilo Luis XIII. Detrás descubrió un dédalo de corrales, cobertizos, bombonas de butano y jaulas de conejos. Los bastiones aristocráticos, colonizados por pequeños burgueses, exhiben la sórdida mezquindad del hábitat moderno. El tiempo para el examen de conducir está más que contado y, por supuesto, aquí no hay concesionario de Vespa. Me toca seguir y andarme con ojo.

Muy decidido a llegar de una tacada a Poitiers, cruzo un lugar de nombre insólito en una región cuya arquitectura y cuyo paisaje han quedado estancados en el Renacimiento : La Belle Indienne. Cuatro casas, dos a cada lado de la carretera. Sus inquilinos ejercen las labores a escondidas, se ocultan en los bosques una vez lustradas las fachadas, podados los arbustos, recortados los parterres.

Un cartel a mi derecha: " Fiesta del trigo "; a mano con pintura roja en un cartón. En un claro del bosque veo un tropel como de cien personas, aprieto el pedal malditos frenos, tardan más de cincuenta metros en detenerme; al fin Silvina se para y me dirijo hacia el grupo con la sensación de adentrarme en un terreno vedado.

La gente habla en torno a tiendas de lona y madera, botellas de sidra, queso, foie-gras, todo muy bien dispuesto en mesas de caballetes. Enfrente, protegida del sol por un roble, una tarima con mantel blanco. A sus pies un cromo de la virgen enmarcado, oculto por grandes haces de mies. Me mantengo a distancia durante los primeros minutos, curioso y azorado: fingiendo timidez para avanzar unos metros más.

Los altavoces berrean zortzicos vascos, cascada de pleonasmos. Sube un cura a la tarima, *ipso facto* convertida en altar. Me incorporo al grupo con pleno derecho canónico : todo dios puede asistir a las ceremonias proselitistas, incluso los incrédulos como yo. Mientras tanto, el ministro de Dios, estola sobre la camisa, se despacha con un oficio taquigráfico, saltando del introito a la comunión, del dominus vobiscum al *ite missa est*. El Vaticano lo explota, es párroco de Lencloître, oficia ora aquí, ora allá y en varios lugarejos más. Ni eso o absuelve: una misa, carajo, es una misa; cada parte que omite es iniciática y se le supone un misterio. Un *digest* del oficio divino, *the best of* lo echan todo a rodar. Por qué habrán traducido la liturgia a las lenguas romances, si en latín ya estaba todo oscurísimo.

Cuando baja el tonsurado del pedestal le pregunto si el oficio, en medio de la naturaleza y entre brazadas de espigas, más que ceremonia ortodoxa es latría a Ceres o a Cibeles. Gracias por haber asistido a la Santa Misa, responde el feriante de liturgias; media vuelta, dejándome con la boca abierta. Me pongo a tirar fotos y se me acerca una

de las participantes al acto. Se han olvidado de traer un fotógrafo. A ver si puedo suplirlo. Sobre todo fotos de las gavillas, cuyas espigas ha mezclado ella. Saco mi leica desechable y obedezco: un carrete entero desde todos los puntos de mira y hasta de rodillas, a lo Depardon. Me las mandará. Con mucho gusto, señora; y palabra, no he visto en mi vida gavillas como las suyas. Pero dígame de qué va esta romería.

Los habitantes de La Belle Indienne se empeñaron en restablecer este un culto ancestral a la naturaleza. Tuvieron que vérselas con el obispo, con las autoridades regionales, con las fuerzas vivas, pero al final el pueblo ganó.

Mientras la señora me habla desaparece el oficiante y con él la mayoría de los fieles. Ya le estoy dando al *starter* electrónico de Silvina, cuando una anciana me invita a quedarme. No le haga caso al cura, hijo mío, me aconseja esta nueva centenaria, al tiempo que sus pasos, mis pasos, me van llevando, nos van llevando hacia un grupo de seis o siete personas. No tan exuberante como la trenzadora de mieses, su rostro angular, su voz gutural y monocorde me resultan familiares; me da la impresión de haberla visto y oído antes, sin que logre situarla en algún momento de mi pasado.

Me presenta a los otros miembros del corrillo; nadie me pide cuentas: ni quién soy, ni cómo me llamo, ni con quien me acuesto ni con quien me levanto, si con la virgenmaría o con el espíritusanto. Les declino mi nombre y oficio, mínima concesión a la cortesía, guardándome mucho de referirles los motivos de mi viaje. Qué pensarán de mí si les confieso que estoy peregrinando miles de kilómetros en escúter con la frívola intención de sacar un carné de conducir por arte de birlibirloque.

Nos alejamos todos a un lugar profuso de árboles centenarios, por entre los cuales serpentea un arroyo. Resaltan los rumores del bosque céltico con las pisadas del grupo, en el cual se reverencia a mi anfitriona. Yo sigo cohibido entre ellos, en aquella hermosa fraga y en medio de tanto silencio. Me repongo preguntando lo que se le ocurriría a cualquiera, el origen del topónimo de La Belle Indienne.

- Algunos le dirán, empieza mi vecino, un tipo con una pipa hedionda, que hubo aquí otrora una tienda donde vendían el celeberrimo tejido denominado “indienne.” Nuestra verdad es una larga y triste historia. La ceremonia de antes conmemora el bicentésimo cuadragésimo aniversario del Gran Trastorno, como llamamos al exterminio de nuestros antepasados los acadienses.

No me cabe la menor duda, sir. Por el lenguaje ya presumí que esta gente sale de un pretérito olvidado.

- Algunos de ellos vinieron a estos lugares, prosigue el desconsiderado fumador, a Lenclôtre y a Archigny-La-Puy, un burgo a unas leguas de aquí, donde siguieron practicando sus hábitos a escondidas. Entre los que regresaron se contaba una india de incommensurable hermosura, llamada Evangelina en recuerdo de la damisela del poema de Longfellow.

Evangelina, la india hermosa, suspira un contertulio, como si tuviera el cadáver delante.

- Rumoreábase que estaba endemoniada - prosigue el contaminador- porque llevaba siempre en las manos el Albert. Los que escondían a en sus casas ese libro negro eran denunciados. Todos los herreros lo tenían. Evangelina era malquista del pueblo, porque guardaba la mentalidad de su tribu. Ya sabe usted que a los acadienses nos acogieron pésimamente en Francia.

“Un Viernes Santo, Evangelina se empecinó en ir a danzar con tres amigas. Un muchacho animaba la fiesta soplando en un birimbao. Estaban danza que te danza, cuando irrumpió en el salón un caballero harto distinguido, todo vestido de negro. Insistió en bailar con la más hermosa e invitó a la india. Al empezar la mazurca,

Evangelina sintió un calor penetrante en cada lugar en que ponía la mano su pareja. Quiso separarse de él, pero el caballero, o lo que fuera, la hizo girar y girar, cada vez más, como un torbellino, con el índice en el centro de su cuerpo. Llegó un momento en que ya nadie distinguía al hombre de la mujer. La danza concluyó con la desaparición de Evangelina, y el caballero salió atravesando la pared. Me lo refirió mi abuela, a sus ochenta y seis años. Ella lo sabía por la suya, así que debió ocurrir mediando el siglo XIX. Pero también hoy en día se producen casos semejantes. Cuéntale alguno tú, Benedicte.

El tal Benedicte se levanta. Moreno, pequeño, de ojos saltones; corre a ocupar el lugar del charlista anterior, quien vuelve a mi diestra. Yo trato de ahuyentar el humo de la pipa, pertinaz contra el manoteo; atrapado por el relato de Benedict, descuido pronto los pulmones:

- No hace mucho fui a visitar a una damisela que había pasado mes y medio extraviada en el bosque. Acontenció en el último otoño. La maleza le había desgarrado el corpiño. Por lo que se atisbaba parecía un esqueleto. Como le era insoportable dormir en un jergón, la instalaron en una especie de hamaca, pero aún así se le resquebrajaba la piel, e incluso se le formó un agujero por el cual le divisábamos el esófago. Tenía diecisiete años y un rosario entre los dedos agarrotados. El misionero que la fue a bendecir le dio una cruz negra cuyo centro, blanco, estaba adornado con un emblema como un corazón. Desde aquel momento, los huesos purulentos de la joven empezaron a curarse. Según los mirones, se notaba cómo se le iban cerrando las llagas. Fue un milagro del misionero.

Por mi tierra también ocurren cosas semejantes, les digo yo con petulancia y por no quedarme corto. Hasta tenemos un libro parecido al del maestro Albert. Se llama El Ciprianillo, y contiene las fórmulas necesarias para invocar y vencer al Diablo y a Dios.

Un tenso silencio prolonga mis palabras, como si mis amigos esperaran alguna peripecia de mi vida digna de la situación. No me resisto a contarles - qué le vamos a hacer, los viejos nos volvemos muy anecdóticos - lo último, liso y palmario: habiendo llegado a Combray sin saber muy bien por qué, me encuentro de buenas a primeras con la historia de Prisciliano, escrita en *cómics* nada menos que por Proust.

El crepúsculo está muy avanzado, las colillas empiezan a trazar círculos en el aire; yo, animado, me hallo dispuesto a sacar recuerdos y más recuerdos de la memoria, basurero del tiempo.

- Sólo los pueblos dotados de una triste historia conservan esos tesoros, rompe el silencio mi vecino, captando en mi habla lo encubierto y sacrificando una tirada de pipa.

Al oír esto, la señora principal levanta la vista al cielo. Su rostro es irreconocible: lleno de arrugas, hasta entonces encubiertas; y como caída de un antifaz benigno, se me revela portadora de un desafío oculto que tiñe toda su expresión. Permanece un momento ausente, hierática, mirando a las alturas, como una hechicera implorando iluminación a su deidad.

Comienza a hablar con frases incoherentes, casi inaudibles, en sueños o escuchando un dictado supremo, atrapando, una a una, ciertas frases sopladitas desde más allá de los confines del mundo:

- Quédate con nosotros, Viajero. Te enseñaré el Gran Libro de la Vida Te daré una lección adecuada para cada instante Pero no podrás descifrarla sino a través del Verbo de los Dioses Y aprender por el Verbo implica Sabiduría de los sentidos Escuchar con el Cuerpo implica que te Rebeles y quieras saber el porqué de las cosas No ceses la Rebelión Pero Ve porque Viendo empieza a nacer el Centro de tu cuerpo Puesto de Observación de tu Vigilia dirigirá tus miembros tus estados tus tribus y tus territorios.

Palabras tan cargadas de Sabiduría universal impresionan profundamente al Viajero. Los demás asistentes, iniciados en los arcanos, asienten con la cabeza. Miro de reojo a derecha e izquierda, buscando una escapatoria. Difícil. Y me parece grosero desconfiar de una compañía tan amena y que tanto me quiere Revelar.

La señora piensa sin duda que estoy a punto de comprenderLa, y la Verdad es que ya no puedo asustarme más.

- No te extrañe - me explica, adivinando mis pensamientos -. Siempre se teme encontrar lo profundamente deseado. Si no quieres quedarte, haz camino. En Poitiers hallarás gente que te instruya como quisiera hacerlo yo ahora.

Le arguyo no pienso pararme en Poitiers. Detesto esa ciudad por culpa de Charles Martel, ese otro clavijero que aplastó a los refinados árabes.

Es una de las Grandes suplantaciones de la Historia, reacciona ella, casi enfadada. Los árabes no traspasaron jamás la cadena pirinica. La de Poitiers fue una batalla más entre nórdicos y meridionales. Los vasconios, los aquitanos, apoyados por hordas de vagabundos, quisieron apoderarse de las tierras del norte del Loira. Pero los monjes que un siglo después escribieron la Historia, erigieron la victoria en triunfo del cristianismo contra los enemigos de su Santa Trinidad, que se habían instalado en España. De ese modo, la batalla de Poitiers se convirtió en una hazaña milagrosa y Charles Martel en héroe nacional.

Se esfuman los crujidos del campo, vuelan las aves sin aletear, e incluso mi vecino se mete, con parsimonia, la cachimba en el bolsillo.

La señora me entrega el manojo de hierbas que lleva en la mano. No lo abandones nunca, me apremia con su voz arrugada con los mismos pliegues del rostro. Como un vuelo sombrío, yo siento pasar sobre mi mente el espiritismo y tomo en silencio el ramo mojado por la lluvia. Ella abandona la posición de antes, cruza los brazos sobre el pecho convirtiéndose, así arrebuja, en una sombra milenaria.

Con gestos de sibila y resonancias cavernosas empieza el relato:

- En el castro de Rudum-dela se comentaba que Cayo Aurelio había huido a un monte cubierto de tomillo y serpol; reducto donde los invasores no habían logrado penetrar. La ley romana prohibía adentrarse por los vericuetos que llevaban a su cima. Allí oficiaban mujeres expertas en signos y sacerdotes del culto solar. Por el flanco norte, el río los protegía de las tribus vecinas; al sur se abría un risco formado por la caída de las aguas. Ningún infierno era tan temido por los lugareños como aquel clamoroso precipicio. Allí pululaban lubricanes y sabandijas, acudían raposos al acecho de cabras despeñadas y en las noches sin luna se daban cita los demonios para fornicar.

“ Prisciliano vagabundó a lo largo de ruinas que habían sido almenas y ahora formaban un misterio de murallas cubiertas de yedra. Desde el parapeto veía la explanada de la montaña. Tardó en decidirse. Le golpeaba el corazón, le entraban ganas de abandonar la búsqueda apenas comenzada.”

La señora corta el cuento; sube y baja el busto unos instantes, con ritmo de vaivén, como forzando la entrada de aire para que el órgano de su voz pueda seguir entonando:

- Se puso otra vez en marcha, a través de un laberinto de caminos. Antes de llegar a las alturas había de atravesar la falda occidental del cerro. Accedió a una ladera socavada por eremitas llegados de Egipto y por muchos de su propia tierra. Adeptos de la pereza o huyendo de las obligaciones del Estado, se unían a las comunidades de monjes. Los gentiles los acusaban de vivir de la rapiña, pese a su desprecio de los bienes terrenales y que el apetito carnal los desgarrase con crueldad; en noches serenas se les oía bramar de lujuria, uniendo sus gritos a los aullidos de los lobos hambrientos.

" Cuanto más subía el camino, tanto mayor era la espesura. Avanzando por el monte, Prisciliano descubrió una cavidad entre peñascos. Bocanadas de aire lo atrajeron con violencia hacia el interior de la gruta. Su alrededor se sumió en tinieblas, pero su vista, al igual que su voluntad, dio muestras de un gran poder de adaptación. Ante él se abría una senda; le sorprendió la cantidad de huesos esparcidos por el suelo, unos carcomidos por las alimañas, en tanto que otros, mejor conservados, yacían marfileños en nichos. El viento lo retenía o arrastraba como la mano de un cómplice, sus piernas flaqueaban; sentía el suelo poroso, sus pasos eran pasos de una sombra; despacio, un momento creyó hundirse en el lodo, ahogarse en el fango.

"Aguzó el oído con la esperanza de percibir el rumor de algún torrente o cantos de aves que lo guiaran. Un sordo cuchicheo lo animó a seguir gateando. Se insinuaron en sus palmas unos escalones pulidos en la roca, sin la más leve semejanza con los de una escalera normal. Se guió por un olor a cera de abeja y entró en un recinto. Distinguió la magnitud de los objetos, descubrió hileras de columnas y arcadas, cuya altura iba disminuyendo hasta fundirse con una vaga luz que taladraba las rocas.

" Vio a un anciano de largas guedejas, en algo parecido al Visionario, anacoreta que iba por las aldeas anunciando el fin del mundo. Llevaba encima toda la pringue del siglo y otro tanto de pasadas centurias. Arrodillado ante una mesa, pasaba por los dedos semillas ensartadas en un cordel. De pronto el viejo se levantó, salió de la estancia y volvió arrastrando a una mujer. Al llegar a la mesa, la obligó a subirse en ella y a erigirse en inmoral representación de la virginidad.

" Espiando detrás de una roca, Prisciliano vio cómo la mujer se despojaba de sus harapos; luego, guedeja tras guedeja, mostró un vellocino color de miel en el centro de una desnudez tan blanca como la de los lactantes.

" El Visionario se laceraba el cuerpo con el rosario, furiosa reprimenda, tratando de superarse a sí mismo, de evitar la caída, de huir del encarcelamiento corporal. La joven comenzó a esbozar ondulaciones que las fábulas paganas atribuyen a Leda o a Venus. " Aleja de mí, Señor, esta encarnación de la lujuria, pues todo pasa y sólo tu permaneces ", se oía decir al Visionario. Tornó la mirada hacia el lugar donde se escondía el muchacho, añadió :

- Pasó un hombre por delante de un albergue y sintió el olor de un asado. En lugar de entrar a comer, rechazó el olor, siguiendo imperturbable su camino. Para él será el reino de los cielos.

" Prisciliano salió de su escondrijo. El viejo se había callado, medio abatido por una de esas insanias que suelen afectar a los santos varones. Al fin recuperó el habla:

- Un eremita se sometió a la ascesis de no beber. Cuando más agobiaba el calor, llenaba un cántaro de agua y lo suspendía en la boca de la caverna. Un hermano le preguntó la razón de aquel suplicio : " Para que aumente mi deseo de beber, y el Señor me conceda mayores recompensas ".

-¿Quieres que rece a Dios por ti ? le propuso Prisciliano.

- No; aunque me cueste, esta lucha es enriquecedora. Ruega, en cambio, para que El te ofrezca tentaciones, pues el alma se enriquece en las refriegas.

" Se oyó un suspiro. La muchacha había alzado las caderas y sostenía los pechos con las manos, sonriendo a los dos hombres. El joven se sintió atrapado por tan fulgurante temblor, que se hincó de rodillas al lado del viejo. Azorado por la acción de los mismos sentidos, notó un olor fétido y la siniestra fiebre que desde sus profundidades más turbias le subía a la piel en vaharadas.

" El aire era cálido, mas no opresivo. Y aunque la brisa crepuscular llegaba rozando fresca, aunque húmeda pasaba por las oquedades, joven y anciano se degradaron hasta el último residuo de la continencia.

- Los métodos del enemigo son lóbregos, pero el Hijo de Dios es luz, musitó el Visionario. Fácil es, joven que has venido hasta mi retiro, vencer las tentaciones cuando no te acosa el demonio. ¿Cómo has llegado hasta mi ?

" Sin esperar respuesta, le ordenó que montase dos palos en forma de cruz y lo guiase con la linterna, advirtiéndole de las precauciones necesarias para el ascenso y el avance. Al salir de la cámara vieron a la muchacha vestida con rudos lienzos, que le daban la apariencia de una vieja. El Visionario iba detrás, tirado de la cintura por una cuerda provista de nudos, lo cual le facilitaba la marcha.

" Comenzaban a oírse murmullos de agua y temblores de hojas. Pero ni las rodillas ni el pecho ni el corazón le respondían al anciano. Ven, ayúdame, imploró mientras trataba de enderezarse. Apoyándose en el hombro de su compañero consiguió llegar al umbral de la cueva. Huye, suspiró, casi sin voz, ya sin aliento. Tropezó y dio de bruces en el suelo, saliendo de su pecho una tos violenta que le arrebató los sentidos. Y ya con un pie en el abismo, un espasmo lo desplomó por el acantilado. "

Así termina el relato la señora. Nos quedamos todos silenciosos. Un fogonazo de mechero - mi vecino con su pipa maloliente - nos vuelve a la realidad.

En la noche cerrada no se ve un acadiense a dos pasos. La señora me prohíbe salir por esas carreteras de dios sin saber dónde voy a parar. Me invita a pasar la noche en su casa, sin que me valgan las disculpas aturulladas, tanto miedo me da meterme en un cuarto seguramente lleno de redomas, bolas de cristal, mesas movedizas y murciélagos zigzagueantes.

En lugar de la temible aparición de un alma en pena, la morada de la pitonisa me reconfortó con sueños favorables. Los adioses efusivos, la impaciencia por subir en la Silvina mágica y nuestra luna de miel por la departamental 741 hacia un paisaje sin belleza ni horizontes, me colman de alborozo.

Al empalmar con la nacional 471, anagrama cifrado de la anterior, suele traer buena suerte, me recibe y adelanta a ciento veinte un diesel de treinta y cinco toneladas con remolque, tractores y barras de hierro encima.

Remolinos de polvo, humo, papeles, bolsas de plástico... En el torbellino, Silvina se defiende a bandazos entre camiones de frente y los que intentan adelantarla por la derecha. Salgo por el primer ramal, vivo y tembloroso, y voy hacia el sur de Poitiers en busca de la Botte Molle. Allí vive Maryse Renaud, profesora de la Universidad y autora de una tesis sobre Onetti, quien, para su desdicha eterna, es una mulata sin desperdicio, murió sin conocerla.

Maryse y su hija - que tampoco está nada mal; adolescente, le hubiera gustado tanto como su madre al autor de *La vida brev* - me reciben con cariño, así como el marido y padre, a quien no conocía e insiste en meter al zorro en un gallinero. El pudor, signo externo de continencia y despego, precaución que adoptamos en nuestra tierra para que no nos tomen por unos gorriones, me hace inventar citas y compromisos, cuando en realidad mi deseo es, entre otros, quedarme a dormir.

Os he venido a ver para calmarme del susto, les refiero el intento de asesinato contra mi persona en la carretera de Poitiers, y a contaros la serie de coincidencias que están ocurriendo con Prisciliano desde que salí de París. Seguro que Maryse, por su origen caribeño, me confirmará su dimensión mágica.

Aquí se conoce a Prisciliano - Maryse pronuncia el nombre como si se tratase de Martin Scorsese - porque todos sabemos de memoria la vida de San Martín. Y es normal que se publiquen libros y hasta *comics*, con toda la parafernalia de la visita del jefe de la Iglesia católica.

Vaya por Oshún. Todas mis lucubraciones esotéricas al carajo por culpa de una mulata cartesiana. Y qué saben ellos de Prisciliano. Primero tómate un café, que estás desencajado, me ordena Maryse.

Me dejan solo unos minutos. En seguida de tomar café, y de que me dieran por encajado, la mandona me propone ir a visitar el Passelourdin, una roca enorme, de doce toesas cuadradas y doce cuartas de espesor. Como Pantagruel había visto que los estudiantes se aburrían, la plantó allí, para que la escalasen y se tirasen desde arriba, comieran jamones y patés a su sombra y con una navaja tallasen sus nombres en ella; ahora le llaman *la pierre levée* y en su torno se reúnen los adeptos del druidismo. Será el lugar más adecuado para abordar estos temas, me tranquiliza Maryse. Ya me parecía a mí que, si no es bruja, el encanto de esta mulata no podía dejar impávidos a los dioses infernales.

Salimos en coche los cuatro. Muy a mi pesar, Silvina se queda en el garaje. Una buena sesión de espiritismo le hubiera venido como de rosas. Al llegar encontramos a tres muchachas sentadas a la sombra del menhir. Nos saludamos como si nos hubiéramos conocido en vidas anteriores. La más alta se llama Joëlle y las otras dos igual, Gwenoel y Gwenoel. Las tres gozan de bustos admirables. Los mejores, altos, magnificados por un escote comedido, los exhibe Joëlle. En las tres el cabello se sitúa entre el rubio y el color ceniza, y los ojos, aparte de su exaltación calenturienta, van del azul atlántico al verdoso fluvial. Más celta no se puede pedir. A mí me llaman por mi nombre y deduzco, sin sombra de vanagloria, que Maryse les ha adelantado una presentación telefónica. Prefiero anclarme en esta convicción, pues si no, sería cosa del Diablo. Nos sentamos en torno al menhir, y sin preámbulos, se alza la voz de Joëlle:

- Al salir de la gruta, el aire que tanto tiempo le faltara entró en sus pulmones, y sintió que se le abría una libertad en el pecho. El sol le pegó de frente. Entornó los ojos: fueron apareciendo matas de alhelíes y violetas salpicadas aquí y allá; más lejos, sin muestras de que mano alguna los forzara, germinaban el mimbre, la gemista y el sauce verde llorón. De simientes caídas, habían brotado castaños y robles que en honor de Júpiter se cubren de follaje. Cuatro fuentes claras regaban profusamente las plantas, sólo para imitar los jardines del Edén. Los pájaros marinos eran allí la vida de los aires. Cuando en su vuelo se acercaban al sol, sus plumajes rutilaban como si fuesen todos de mica. En medio de este paraíso se elevaban masas de granito de considerable altura. No había ninguna inscripción en ellas, ni tan siquiera figuras semejantes a las que adornan los obeliscos.

"A lo lejos, las islas Casitérides con sus tres montañas sagradas. Se ven desde ciertos lugares de Galicia como en una nube, mas cuando se quiere llegar a ellas se hunden en el agua. Según los relatos antiguos, allí todos los seres, los pájaros y los cuadrúpedos son blancos como la plata, y los palacios están contruidos con ese mismo metal."

Me entra un sobresalto. Joëlle está contando la vida de Prisciliano, a partir del momento exacto en el que lo dejó la pitonisa acadiense. Y lo hace como ella, moviendo el busto atrás y adelante, en una medida siempre igual, siempre igual, siempre igual:

- Se encaminó al pueblo, distante unos centenares de metros. Le sorprendió el silencio, pese al trasiego de hombres y animales. Cada cual erraba al albur en medio de la muchedumbre. Todos llevaban en la mano un ramo de muérdago cortado con una hoz de oro, iban vestidos de negro, los perros eran negros, los cerdos estaban pintarrajeados de hollín.

"Los hombres, la mano en el pecho, mantenían un profundo silencio y no prestaban atención a los objetos. Aunque las calles estaban empedradas con guijarros,

los ruidos salían sofocados y la gente se movía como gatos. Prisciliano podía ir y venir con entera libertad; empero no dejaban ni un momento de espiarlo. Al fin, uno de los transeúntes se dirigió a él :

- ¿Quién eres y cómo has llegado aquí ? le preguntó con un ronroneo.

- Soy hispanorromano y vengo en busca de mi padre. Me permito preguntarte quiénes sois vosotros e imploro vuestra hospitalidad.

- Me es muy fácil responderte. Esto es Irilandia. Ninguno de tu raza puede vivir aquí. El Finisterre es nuestro. Vosotros lo habéis ocupado y no hay sumisión que os satisfaga. Creáis desiertos y a eso le llamáis paz.

- Dime ahora de qué raza sois y qué derecho tenéis sobre esta tierra.

- Me es muy fácil responderte. Somos descendientes de los griegos y de los Mil de Hispania. Después de la construcción de la torre de Nemrod, cuando la confusión de las lenguas, mil de los nuestros salieron para Egipto, donde los acogió Faraón. Eran entonces príncipes de nuestra tribu Goedel Glas y Nel, hijo de Fenius. Faraón ofreció su hija Scota a nuestro príncipe Nel. Por eso nuestra tribu se llama los Scots.

- ¿ Quiénes eran los Mil de Hispania ?

- Me es muy fácil responderte. A gran distancia de la vista, mirando hacia el septentrión, nuestros ancestros descubrieron la torre de Breogán en Callaecia. Hacia ella se encaminaron nueve años después del paso de los israelitas por el mar Rojo. Si deseas saber más, puedes permanecer aquí cuarenta días y cuarenta noches. El perfume de esta flor de muérdago te servirá de alimento y su jugo de bebida .

- ¿ Qué rumbo lleva esta gente ?

- Me es muy fácil responderte. Hoy es veinticinco de abril. Nada debe ofender el suelo. Los bueyes rumian las flores de sus guirnaldas y los aperos descansan en los cobertizos. El tallo del trigo sale verde y la espiga crece en su funda protectora. Celebramos la purificación de las semillas con rogativas, procesiones y plegarias a los espíritus malignos, derramando agua lustral en torno a los pagos y dejando ofrendas en las encrucijadas.

- Parece muy poblado este lugar.

- Me es muy fácil responderte. Cada tres años viene gente de todo el reino: sacerdotes y doctores de la ley; guerreros y piratas; locos y pordioseros. A cada grupo se le da su ración de centeno, fruta y vegetales. De este modo trasmitimos los ritos de nuestros antepasados, su música, sus leyendas, los preceptos que han de regirnos en los siglos venideros.

- Tienes un brillo rojo en el pelo.

- Me es muy fácil responderte. Es la sangre de las víctimas que ofrecemos a los dioses.

- ¿Y por qué vais todos de negro?

- Me es muy fácil responderte. De un tiempo a esta parte, los nacimientos se han visto reducidos de un modo alarmante. La culpa no la tienen los timoratos ni los célibes, como tampoco los amantes del propio sexo ni de las uniones consanguíneas, muy frecuentes y rebuscadas. Los iniciados en el influjo secreto del color sobre la germinación predicán el abandono de colores gárrulos y el porte con negra vestimenta.

"En aquel territorio sagrado todo lo regían los astros; el Sol, la Luna y Venus, gemela de sí misma en la aurora y en el crepúsculo. Un calendario daba cuenta exacta de los trescientos sesenta días anuales de bonanza y de los cinco aciagos, días enmascarados.

- Dime por qué esos espectros deambulantes nunca retiran del corazón la mano derecha.

- Muy breve voy a ser en responderte: pronto lo sabrás. Y no te preocupes por tantas cosas ahora - le respondió bruscamente el sabio -. Volviendo al tono amable del principio, agregó :

- Me es muy fácil responderte. Son las almas de las criaturas razonables y de los animales que habitaron esta tierra, antes de la creación de ese ser despreciable al que llamáis Padre de la humanidad.

"La multitud se repartió en dos hileras. Hombres y mujeres mezclados. Los niños, con una copa de vino en la mano derecha, un incensario en la izquierda, desfilaban en primera fila con los sacerdotes. Estos vertían incienso, vino y vísceras de animales en las brasas de los incensarios. Al subir a los cielos el olor nauseabundo la asistencia coreaba plegarias dictadas por la tradición:

- ¡ Plaga aborrecible ! Aléjate de la planta de Ceres y deja su techumbre dorada y ondulante sobre la gleba. Permite que el astro bienhechor alimente el tallo hasta que le llegue la hoz. ¡ Inmenso es tu poder ! Nadie desea arrebatártelo, diosa infernal. Las mieses que para ti te reservas las pierde el desdichado campesino. Aparta de ellas tus manos sarnosas, aléjate de los campos y destruye lo que está hecho para destruir. Sería útil que mordieras las flechas y las espadas asesinas, antes de que ellas hieran a los hombres. Haz que brillen al sol el arado y la hoz y los sembradores puedan agradecer tu ayuda.

En cuatro meses Prisciliano aprendió a descifrar el movimiento de los astros y el vuelo de los pájaros, así como ensalmos y jaculatorias contra las enfermedades; observó la robustez de aquella gente y comprendió por qué en su mayoría llegaban a centenarios : se abstendían de mezclar de cualquier forma los alimentos, no ingerían productos calientes y gozaban de la dulzura del aire más puro, al tiempo que un frescor constante provocado por las aspersiones de rocío helado fortalecía sus cuerpos.

"Pero lo más importante es que los irilamegos vivían pacíficamente, despreciando las armas y rehuyendo los combates. Sostenían que si se dedican seis horas del día a la comida, no menos se deben reservar al amor. Sobrios y taciturnos, de palabras breves, enigmáticas, alabándose a sí mismos o vituperando a los demás, procedían siempre con metáforas sutiles. De forma brutal pasaban de la timidez a la fanfarronería, del fingimiento a la franqueza, de la ostentación al recato: el que una tarde salía a la calle como un pordiosero, se engalanaba al día siguiente con túnicas lujosas, sandalias de plata y collares de oro. Sufrían por tantos altibajos, y si tras las victorias eran insoportables, en los momentos de abatimiento carecía de límite su congoja.

"Abundaban entre ellos los poetas líricos; los bardos, así los llamaban. Solían bañarse de luna las plantas de los pies, lo cual, decían, los enfervorizaba y alcanzaban de ese modo el don de la poesía. Iban por las aldeas recitando versos, pero se oponían a escribirlos, por considerarlos de origen cósmico. En cambio, utilizaban el alfabeto griego en sus actividades humanas, muy escasas, pues evitaban cualquier contacto con los mortales. Los niños aprendían a hablar recitando poemas al son de instrumentos semejantes a la lira, lo cual les imprimía un acento melodioso y cantarín. De este modo ejercitaban la memoria, y eran capaces de recordar una cantidad asombrosa de versos.

"No permitían desembarcar en sus costas ningún artilugio mecánico. Habían protestado los poetas de la república contra los artefactos, y desde entonces, se consideraba perniciosas para el suelo del país los emblemas de la prosperidad material. En cambio cuidaban tiernamente a sus asnos, animales evangélicos que habrían de servirles para aminorar sus fatigas, tanto como para transportarlos.

“Cuando el irilamego se levantaba, lo primero que hacía era untar con aceite las durezas callosas de su asno. Si lo descuidaba, el concilio se lo quitaba y con él su último bien.

“Los bardos mantenían al pueblo alejado del mundo exterior. Cuando en los solsticios llegaban las naves de los mercaderes, nadie hablaba con ellos. Una vez descargados los productos, los mercaderes encendían una hoguera y se retiraban a las naves que los aguardaban a una milla de la costa. Al divisar el humo, los de aquí iban a la playa y dejaban pedruscos amarillos a cambio de lo que cogían, calzado, telas, baratijas. Volvían los mercaderes. Si les parecía justa la cantidad de oro, regresaban en los barcos a sus tierras. En caso contrario, permanecían alejados en las naves para que los compradores agregasen oro, y así daban varias idas y vueltas de regateo hasta cerrar el trato.

La mañana se extravía en la regularidad de la llanura, y pasan, lentos, los hectómetros. La acogida calurosa de los amigos Renaud disipó sólo en parte la sensación de violencia que me dejó Poitiers. Tendría que haberme quedado a dormir. Una carretera ligeramente ascendente bajo un sol sin relieve a lo largo de dos horas, la lentitud de su metamorfosis, la monotonía un tanto comatosa del asfalto forman parte de un viaje que empieza a resultar largo, muy largo. De tanto ir como un pingüino, se me están anquilosando las articulaciones. Venga, flexión de piernas, estirarlas, sacarlas y meterlas por los lados con miras a desentumecerlas, como hice antes de llegar a Combray : de pie, sentado, varias veces, con lo cual la baja la velocidad a cuarenta y la estabilidad de Silvina a cero.

Hace siglo y medio vino por aquí Henry James. No se puede mover uno en Francia -escribió- sin tropezar con dos grandes acontecimientos históricos, la Revolución de 1789 y la invasión alemana. Las trazas de la Revolución resaltan en mil magulladuras, cicatrices y mutilaciones, pero se borraron las de la guerra de 1870. Otra vez se encendió el chivato del aceite. Este país posee tanta belleza y dispone de tal vitalidad, que ha sabido vendar sus heridas, levantar cabeza y volver a sonreír, de forma que alejó las sombras de aquellas tinieblas. Mañana sin falta los doy a arreglar. Esto escribía Henry James en 1848. Desde entonces el nacionalismo cerril, cuando me cabreo se me disparan los pleonasmos, volvió encarnizarse Francia. Tres veces en un siglo.

Queda constancia de la segunda en Ligugé. Una estela blanca, con flores artificiales; una placa sencilla, como las víctimas que evoca:

El ayuntamiento de Ligugé en recuerdo de los soldados belgas muertos por Francia .

1914-1918. "

Subrayó el gentilicio una mano anónima, como se suele decir. Demasiado trágico para hacer chistes con los vecinos.

La entrada del convento cerrada. Ni curas ni fieles ni cristo. Voy a dar una vuelta por los vestigios de la abadía más antigua de Occidente. Rabelais fue secretario del prior. Veo de lejos la celda de Martín, el legionario que en 361 se recluyó aquí, me dijo Natalinda, pero se lo llevaron *manu militari* para empeñarlo obispo de Tours.

Sigo por calles solitarias hasta llegar a la casa donde Huysmans escribió *La catedral*. También cerrada. Como ya son las dos de la tarde, vuelvo al monumento de los incautos belgas y en su homenaje almuerzo dos huevos duros que aguantaron desde París. Voy a tomar café al bar adyacente a la abadía. Asomo la cabeza y dudo. Un

cliente aburrido. Estoy por dar marcha atrás - mi incurable timidez – pero me ve el patrón. Ni modo, adelante.

Pido un vaso de agua para tomar una aspirina contra los pedruscos renales. No soporta usted el dolor, me interpela el único cliente, con el que estoy sentado ahora y ya somos dos.

Bueno, no es que el dolor me disguste, pero a veces me pega muy fuerte, sobre todo cuando me deshidrato.

Nietzsche, me contesta, cultivaba una úlcera de estómago que tenía. Recordaba así la existencia de su cuerpo y que la materia es corrupta.

Al cabo de un rato de charla se me ofrece para enseñarme las ruinas del monasterio. El bar se queda vacío y me lleva a las excavaciones donde se encontraron vestigios de varias épocas; muralla de Napoleón III; bóveda del siglo IX; soporte merovingio, y en el fondo la celda del mismísimo Martín.

Vino tras haber colgado la espada, me cuenta. Hilario de Tours le agenció esta cueva para que parase tranquilo, pero a él le dio por hacer milagros, llenándose de anacoretas las montañas. Hasta de Egipto venían, y con ellos residuos de religiones perdidas. En Oriente los perseguían, y aquí se les soportaba gracias al carisma de Martín. Profesaban que por medio del conocimiento místico, mortificación de la carne, pureza y abstinencia, se puede adquirir el Conocimiento, que los iniciados denominamos gnosis. A la más estricta continencia añadían noches por el suelo, cilicio y mortificaciones, redondeando obras maestras de penitencia con salmos y plegarias. Lo poco que poseían era de todos, nada se compraba ni se vendía; el único esparcimiento, además de los latigazos, era el trabajo de copista, reservado a los octogenarios.

Ya empiezo a comprender por qué a este hombre le gustaría tener una úlcera como Nietzsche. Charla que te charla llegamos al lugar umbilical de la abadía, una especie de covacho. Mi anfitrión se arrodilla no más entrar. Yo no sé si hacer como él o quedar tal cual estoy. A medio camino: me inclino.

Aquí vivió el santo y aquí realizó su primer milagro. Se había ido en visita pastoral a Tours. Durante su ausencia murió un acólito sin bautizar. A su vuelta, Martín se encontró con la comunidad en lloros y al joven yacente en un camastro. Mandó salir a todos. Cuando los volvió a llamar, lo encontraron en amena conversación con el muchacho. Póngase sobre esta baldosa, donde Martín resucitó a su discípulo hace mil seiscientos años.

Me pongo. Es cierto. Me embarga emoción. Un poco más y me convierto.

Mi anfitrión me revela su oficio: conservador de la casa-museo de Huysmans. Este gran escritor vivió aquí durante tres años, me precisa, y aquí se convirtió al catolicismo. Mi abuelo llegó a conocerlo.

Me invita a visitar el museo, que es también su casa. Lo primero que veo es una biblioteca con rimeros de los libros muy tocados por la humedad. Obras de Suetonio, de Valerio Máximo y un Ovidio forrado en piel roja, con cierre de corladura y llave. La decoración es antigua, solemne. De modo, le vuelvo a lanzar el tema, que Huysmans se convirtió aquí.

Y no sólo él, me corta, iluminado, el conservador. Aquí se convirtió mucha gente. Algunos llegaron a santos, como Prisciliano.

Prisciliano. Ha dicho Prisciliano.

Sí; vino a esconderse, pues ya de joven lo perseguía la justicia. Venía de Libia recomendado por el poeta Ausonio, preceptor del futuro emperador Graciano.

Pero dígame, ahora lo interrumpo yo, qué pensaba Huysmans de Prisciliano.

Veía en él al máximo milenarista de su siglo, un hombre de épocas futuras, cuando la humanidad viva su estación dorada.

Como de mutuo acuerdo, bajo un aluvión de metáforas, nos hemos ido acercando a los sillones de cuero pelado. Ya que hemos entablado confianza, le pido que me cuente la conversión de Prisciliano:

- Llegó de Libia contaminado por el maniqueísmo. Aquí se encontró con un grupo de cristianos sumidos en fervor religioso. Sus condiscípulos, ahora profesores de renombre y con puestos importantes, se habían convencido de que la doctrina de Cristo exige pobreza y vida ascética. Tras abandonar cargos y estatutos sociales, como hicieron su maestro Elpidio y su esposa Eucrocia, repartían las propiedades entre los pobres, y alejándose de las poblaciones, habitaban en pequeñas comunidades donde complacían sus ansias de austeridad.

"El propio Martín salió a recibirlo. A modo de bienvenida le ofreció un cántaro de agua; por la noche, tras lavarle los pies, lo invitó por señas (estaban en horas de silencio llamado mayor por los monjes), a compartir puré de habichuelas con un chorrillo de aceite, yantar ritual de bienvenida. Después del ágape Martín desapareció, dejando a Prisciliano solo ante a un fraile reglado.

- Hice este viaje en balde. Mi deseo era aprender con Martín y no se digna verme.

El monje corrió a decírselo al santo.

- ¿Sabes, Martín, este joven, rico y célebre en Hispania, ha venido de lejanas tierras para conocerte y practicar el ascetismo. ¿Por qué lo ignoras ?

- Ese muchacho vive en las esferas. Yo fui legionario y hablo de cosas terrestres. Si me hubiera preguntado sobre las pasiones del alma habríamos dialogado, pero me expuso temas espirituales que ignoro.

" El monje no tardó en referírselo al invitado :

- El viejo aborrece hablar de las Santas Escrituras, pero charlará contigo si le cuentas los avatares de tu vida.

" Prisciliano comprendió que había pecado de vanidad y fue a postrarse ante Martín.

- ¿ Qué he de hacer, padre santo, para dominar esta debilidad que en todas partes me acosa ?

" Martín sonrió con indulgencia. 'Sígueme", le ordenó. Fueron al cementerio de la comunidad. Ya habían muerto diez u once monjes en los tres años de monacato; digo diez u once porque no sé si debo contar al resucitado.

" Dos de las tumbas estaban todavía frescas. La del milagro, abierta y vacía. Volviéndose hacia Prisciliano, Martín lo conminó:

- ¡Ultraja a los muertos!

" A tales horas de otoño la luz era crepuscular; las alas de los murciélagos le rozaban la cara y ya se veía algún que otro fuego fatuo. Prisciliano temblaba.

Y este señor cae en la novela gótica.

- Desconozco, reverendo padre, qué insultos pueden agradar a los muertos, contestó Prisciliano.

- Tírales cosas. De los gestos brotarán las palabras.

" Prisciliano se armó con las piedras más grandes del camposanto. Del mismo tamaño fueron los epítetos lanzados sobre las tumbas.

- Basta ya, lo interrumpió el obispo. Diles ahora cosas agradables a sus oídos.

" En la mente de Prisciliano se agitaba un torbellino. Se apoyó en un montículo y permaneció unos minutos sin pensar ni sentir. Martín esperaba complacido. Al fin, el joven se fue incorporando, ya era noche oscura y en el silencio resonó su apagada pregunta :

- Martín, amo, maestro ¿si les digo apóstoles, santos, justos, bien merecido tenéis el cielo en que os halláis, dime, serán insultantes mis gestos y halagüeñas mis palabras?

" Martín acudió a sostenerlo, pues Prisciliano estaba a punto de caer en el hoyo.

- Escucha, joven galaico, le hizo observar Martín, muy contento de sí mismo : los muertos no se han inmutado ni por tus impropiedades ni por tus zalamerías. Has de abandonar la jactancia y no te dejes encumbrar por la opinión ajena. Sé como ellos. Acepta con idéntica indiferencia la admiración y el menosprecio.

" Dicho esto, Martín fue soltando suavemente el cuerpo que sostenía en brazos, lo dejó en el suelo y volvió a su celda."

Vamos allá, me ordena el guía.

Salimos. Nos sentamos en la losa prodigiosa. Yo no estoy muy tranquilo que digamos.

- Envueltos en la calina otoñal - prosigue mi anfitrión- los aletargados sentidos de Prisciliano escrutaban el mundo cerrado de su entorno, espiaban la hora en que rompería el alba, los ruidos del campo al renacer la vida. Cuanto más se espesaba la noche, tanto más claro veía.

"La influencia sagrada de la luz empezó a dejarse sentir. Un rayo iluminó el cementerio como en pleno día y los ojos de Prisciliano vieron a un ser sin forma ni figura. De él emanaba una voz que lo llamaba por su nombre, anunciándole que una gran obra le estaba reservada; que en todas las familias, tribus, naciones y lenguas se invocaría su persona para bien y para mal, como suele suceder cuando se hace algo digno y de importancia.

" Tuvo miedo. Volvió a cerrar los ojos. ¿ No estaría soñando ? Debía de ser uno de aquellos amodorramientos prolongados que le asaltaban en la niñez. Pero no; esta vez las imágenes eran mucho más nítidas. Recordó : la voz le había dicho que en todas las familias, tribus, naciones y lenguas se invocaría su persona para bien y para mal; terribles calamidades caerían sobre la tierra antes de terminar el siglo y en su propia generación. Le preguntó cual era el motivo de la cólera divina, respondiéndole el espectro que no era otro sino la degeneración de la doctrina cristiana por la opulencia y la vida disoluta de sus dignatarios.

" Después de esta segunda o tercera revelación, ascendieron la luz y la voz; otra vez quedó atónito Prisciliano por lo que le acababa de suceder, cuando dieron en cantar los gallos empezaron a trinar los pájaros, el sol se asomó por oriente y dedujo que sus pláticas con el Ser Supremo habían durado toda la noche.

" Decidió recluirse en la celda. Al principio aceptaba que le llevaran leche, miel, pan de centeno y leña para calentarse. Su aislamiento se veía interrumpido por una oveja parida, que cada dos o tres días le acercaba la ubre a sus labios. Pero la muy lanuda se detenía sólo el tiempo preciso para nutrirlo, porque al verlo tan sofocado, debía de considerar que aquel anacoreta llegaba al umbral de la lujuria.

"Al cabo de un tiempo, quiso practicar la máxima del Evangelio, bienaventurados los que lloran, y desde entonces más rígida fue su vida. Repartía entre los monjes todo cuanto le aportaban, renunció a lo superfluo y se separó de la oveja, llegando al extremo de no aceptar sino pan negro una vez por semana.

" Salía de la celda tres veces al año, para procurarse agua y leña y se pasaba la vida rezando, hasta que Martín lo echó de la comunidad. Ya era tiempo, le aconsejó, de enfrentarse con la vida. Prisciliano lo abrazó, dando gracias a Dios por haberle permitido pasar una época de su vida con tan excelso santo y regresó a Burdeos. Eucrocio y Elpidio alabaron su determinación de luchar junto a ellos por el verdadero espíritu de Cristo.

Pero qué idea tan peregrina ha tenido Pierre-Yves Proust de mandarme a un pueblo alejado al menos dos horas en Silvina de cualquier aglomeración importante. Mi proyecto consistía en pasar por Saint Jean d'Angély. Un magnetizador que imanta como dios a dos pasos de París me dijo que allí se cruzan tres o cuatro corrientes telúricas de padre y muy señor mío.

Por mi parte, sabía que en la catedral de Angély adoran una de las cabezas de Juan Bautista, otra se idolatra en la catedral de Amiens. Además de la comparación, me atraían los ojos desorbitados por la danza del vientre con que Salomé embrujó al rival de Jesús. Eso quería, y de allí ir a Royan, cruzando la ensenada en ferry; luego, previa etapa en Arcachon para pegarme un atracón de ostras, agarrar landas abajo hasta Hendaya. Eso hubiera querido hacer, y no penetrar en este paisaje que acumula pinceladas amarillentas y se vuelve cada vez más árido.

Afloran a las montañas bloques de tiza, manadas de corderos pastan lo poco que les queda de prados y de carrascales. Poca gente, pocas casas, ningún pueblo que merezca una parada. Llevo cuarenta kilómetros en las espaldas, me tienta dar marcha atrás, pero ya decidí no volver sobre las rodadas.

Lo peor es el sol, tanto calor. Me detengo para quitarme los guantes, la camiseta, los pantalones y el casco para tener, al aire libre y al sol, la sensación de un pez en el océano. Se empieza a animar el paisaje con vacas charolesas, color de espino, color de tierra, color de vida, ignorantes de virus y en peligro de extinción.

Desnudo, salvo las partes, llego de una tirada a Confolens. Me visto rápido antes de llegar a las primeras casas y recuesto a Silvina contra un farol. A ella no la dejan entrar debido a la afluencia de gente en un pueblo que no llega a los tres mil habitantes y que ni siquiera viene en la guía Michelin. Yo he de pagar cincuenta francos a un cancerbero que por lo agresivo diríase la encarnación del tan espiritual refrán de estas tierras : " cuando las vacas coman uvas, los charoleses beberán leche".

Entro hasta corazón del pueblo por la calle del Sol, empinada, sinuosa, atiborrada de gente joven y heteróclita. Gallardetes y banderolas entre ventanas y balcones de casas opuestas, algunas con entramados, tenderetes de baratijas y esos sorprendentes indios otavaleños vendiendo los sempiternos ponchos de lana, azules, rojos oscuros. Un poco más allá un grupo de balalaikas difumina el sonido agudo de las flautas y en cada cruce, palcos improvisados, toda clase de grupos, corales, bailarines y cantantes borran la música surgida en esquinas anteriores.

Merece la pena dormir en Confolens. Sólo hay dos hoteles. En el primero no quedan habitaciones. Sí en el otro, pero con tapones para los oídos, me sugiere con sorna la hotelera de ojos dulces que encierran el misterio de dos flores del valle. En recuerdo de mi madre, diría un psicoanalista; o de mi hermana, por los pellizcos que le arreaba a una de ellas, la mofletuda, el obispo de Cunqueiredo, el caso es que me excitan pecaminosamente las hoteleras. Inclineda ante el registro de pasajeros, ésta resplandece de entrada por el escote. Me empino sobre el mostrador simulando controlar la ortografía de mi apellido. Desde el sursum corda de senos la vista alcanza, de arriba abajo, hasta el límite piloso.

Los senos me dan un estuche; lo abro : la llave de la habitación 3 y dos tapones para los oídos. Mejor dormiría con los senos, me digo, pero de todos modos no deja de ser un detalle. Los senos me proponen ayudarme a subir los bolsos al cuarto y salen del mostrador, mostrándome por la raja de la falda negra dos muslos blancos admirables. Madre mía, qué aburrida noche me espera, sin senos en la cama y con preservativos en los oídos.

Es cada vez mayor el alboroto en la calle. Toda clase de sonidos se alzan en coro con las campanas tocando a misa. En tablados actúan grupos de cuatro continentes, sólo falta Australia. Se agitan los colombianos de Medellín con una negraza de fuego; frente al gimnasio despliega su machismo inharmónico la tuna de Pamplona; los pigmeos Mayeyé de Bayanga, vestidos en taparrabos provocan la formación de grupos estupefactos de que hayan salido por primera vez de la selva profusa para debutar en un rincón estéril de Francia.

Sigo calle abajo, codeando, hasta distinguir en una flauta india el abecé de los melómanos. El sonido proviene de una iglesia románica. Delante del altar hay una orquesta de cámara. Una joven morena se afana en abarcar los inabordables registros del violín soplando en un montón de flautas. Agarra una y desaparece otra, auténtico número de prestidigitación. Tanto quemarse las cejas los luthiers de Lyon y de Cremona perfeccionando la lyra da braccio; tantas búsquedas de maderas, cuerdas y barnices llevadas a cabo por Garnieri, Amati y Stradivarius; tantos sacrilegios cometidos por el cura pelirrojo para crear un repertorio de violín (aunque estuviera a punto de alzar, si le caía del cielo una frase musical, Vivaldi soltaba la hostia y se iba a la sacristía a escribirla), y ahora nos interpretan sus Cuatro estaciones con instrumentos primitivos.

Subo otra vez, a contra corriente ahora con ánimo de llegar al servicio de prensa. Los senos me ha dicho que Henri el alquimista, a quien yo busco, es precisamente el responsable de todo este tinglado.

Este señor es un tanto megalómano. De maestro de escuela pasó a dirigir el mayor festival de folklore. Tiene siempre en los ojos una sonrisa enigmática, pero ni es el alquimista del que me habló el dibujante de tebeos ni en Confolens hay quien ejerza tal profesión o magia.

Por primera vez me abandona la suerte. Hasta Ligugé, sin esperarlo ni buscarlo, he ido reconstruyendo la vida de Prisciliano, y con ella una parte de mi pasado, mucho más importante de lo que podría imaginar. Vuelvo al hotel y se lo cuento a los senos. Necesitaría hablar con un historiador, un especialista de los años comprendidos entre el 360, cuando debió morir Cayo Aurelio, y el 375, en que Prisciliano se convirtió al cristianismo en Ligugé. Ahí se me detuvo la historia. Los senos me aconsejan ir a Burdeos. En la Universidad encontraré catedráticos de la disciplina que me interesa.

Subo cabizbajo al cuarto. Como los senos se quedaron en la recepción, me pongo las bolas cerosas y a soñar, que mañana será otro día.

Me encuentro con los senos a la mañana siguiente. Que me los encuentro es un decir; la verdad es que de niño aprendí en el hotel a mirar por las cerraduras de las habitaciones, y he estado espiando desde el pasamanos para toparme con ellos en la escalera. Tienen el cabello mojado, una sencilla bata por encima de la piel y huelen a jabón de Marsella. Siento como si en vez de alquilar un cuarto los hubiese seducido.

Salen a despedirme y me miran un rato como si fueran ellos los condenados a peregrinar en Silvina. Me aseguran que el tiempo continuará soleado, sin lluvia, agitan una mano y desaparecen en el hotel.

Mano a mano con Silvina en la carretera, y al fresco, se desenredan las ilusiones. Los senos no dejaron caer su mirada sobre mi persona, sino sobre su cliente. Pese a todo, decido volver al festival el año próximo para volverlos a desear.

Hacia las ocho de la tarde el sol palidece, se esconde tras las montañas, vuelve a lucir según los antojos de Silvina, que cabritea, sube y baja; al fin consigue que el sol se oculte a mi derecha, pero el calor, adherido a la tierra, a las piedras, al asfalto, permanece inalterable.

Aunque vaya con retraso, no quiero meterme en la noche forzando hasta Burdeos. Salí de Confolens aconsejado por la hotelera con el objetivo y la pesadilla de ir a una gran ciudad, sometiendo a la eficacia la espontaneidad hasta ahora creativa. Obedeceré a los senos, pero sin matarme.

Nada digno de ser contado me ocurrió en las carreteras rojas del mapa, vías directas y dormitivas, que me trajeron a Angoulême. Lo único es que por primera vez infrinjo las reglas pragmáticas de mi nuevo programa. La culpa fue de Balzac y de un múltiple cruce de ideas. La acción de *Las ilusiones perdidas* transcurre en esta parte alta. Quería conocer los lugares donde vivió el doctor Bianchon, crítico e indulgente con las pasiones humanas, modelo del doctor Díaz Grey. Subí tragándome metros cúbicos de óxido carbónico y no sé cuantos decibelios que me echó en la cara un autobús.

Camino por las calles que pisó Bianchon, así como el joven ambicioso Lucien Chardon y su amante Madame de Bargeton. En el mercado de la plaza compro variedad de frutos secos para el viaje.

El segundo incumplimiento del convenio firmado conmigo mismo consistió en meterme por una carretera amarilla que lleva a Burdeos, dando un rodeo por el este. Estoy a un pelo de pagarlo caro, por cuanto ya en la primera curva casi me doy el tortazo. No está mal indicada, al contrario; pero la señalización y la limitación de velocidad, así como los semáforos y no digamos las previsiones meteorológicas, han sido inventados para borregos y burgueses. Tras la curva hay una bajada, en el peralte se me fue descontrolando Silvina, sus ruedas menudas chasquearon en la grava, dio en temblar la guía y en culebrear de atrás. Por suerte no funcionaban y siguen sin funcionar los frenos, porque le pegué un pisotón al pedal y me acordé de Finlandia, adonde fui hace cuarenta años en Lambretta, eso sí que era una Silvina de primera. En las curvas con nieve y barro, lo que hacen los finlandeses es acelerar. Me descargué con un grito angustioso, pero Silvina obedecer obedeció, y los dos estuvimos a un tris de diñarlas.

Encontrar alojamiento en Bazas me lleva mucho más tiempo que el trayecto mismo, y eso por no pararme en el Relais bazadais, el primer hotel con el que me topé; semejante al de Tours y flanqueado, además, de un campamento y una estación de servicio.

Sigo de largo hasta la ciudad. Un parador del centro lo encuentro en ruinas. En otro de dos estrellas, próximo a la catedral, festejan una boda. Llegan la pareja y el séquito, con jaleo de bocinas. Qué impudicia. Dentro de un par de meses los trastos a la cabeza. A mí me aconsejan un albergue para hombres a siete kilómetros. La especialidad no me incita. Su lujo de tres estrellas, casi una vía láctea, tampoco : desentona con una bolsa peregrina.

Vuelvo a la entrada de Bazas, resignado a pernoctar entre explosiones de motores de camiones y peste de gasolina. Feliz decisión. Los dueños del Relais Bazadais ofrecen un hospedaje intermitente, cálido y exento de servilismo, la mayor manifestación de hospitalidad que se puede concebir.

Penetro la mirada por el escote de la patrona, qué manía, mientras me inscribe en el registro y oigo por radio un programa en español sobre Atahualpa Yupanqui.

Es la Radio Ephémère del festival, aclara ella, al advertir parte de mi curiosidad; empezó a emitir ayer y la cerrarán cuando termine todo. Dan los horarios de los espectáculos, hacen entrevistas locas, se oye música nueva. Para los que no podemos ir a Uzeste, es como si asistieramos .

Radio F.M. qué, le pregunto.

Es una denominación anfibológica, me explica, que puede significar Radio Efímera, Radio Efimadre, o cuando se la lleven, Radio FM (era)...

Claro, es de mi hijo, le digo, que como es medio gallego dispone de innumerables registros.

Me mira escéptica. Alta, hermosa, de unos cuarenta y cinco años, ojos negros, sonrientes. Su vestimenta se reduce a uno de esos buzos ajustados, que una cremallera cierra desde el pubis boscoso a los promontorios pectorales. Dan ganas de abrirla en canal.

Entiende usted lo que dice, lo que canta Yupanqui – inicio yo el sondeo.

Claro. Aquí el castellano lo entendemos todos. Mi abuelo me hablaba de los españoles que venían de carboneros y metían muchas palabras suyas en el dialecto gascón. Así se produjo una variante del occitano llamada gascón negro, porque lo hablaban los carboneros. No sabía usted nada de esto, concluye la hotelera en el tono ligeramente superior de la mujer que afirma la superioridad de su sexo.

Me sería muy fácil confesarle que hasta hace dos minutos ni siquiera tenía idea de la existencia de su cuerpo, mas le presento mil disculpas por mi ignorancia beocia, no viene mal con ella una frase rebuscada: vivo en París donde no cuentan mucho las provincias.

Qué palabras españolas han formado el gascón negro, recuerda usted algunas, continuo – continuo, feliz de haber encontrado un buen tema de abordaje.

Mi abuelo decía cadeira por *chaisse*, me contesta.

Cadeira es un término gallegoportugués, le aclaro muy ufano.

También decía estanca por *arrête*, prosigue y añade: pero quien se lo explicará mejor es Bernard Manciet, que ha escrito libros en gascón negro.

A la mañana siguiente salgo temprano a Bazas, ciudad que en el pasado fue una de las más importantes de esta comarca. La hundió la Revolución de 1789, al reunir sus tierras con las de Burdeos, y el modesto río Bleuve, por no ser comparable al caudaloso Gironde.

Silvina se queda en la entrada del pueblo. Camina caminando entro en la plaza mayor y subo por una explanada larguísima. A la derecha se halla la Casa astronómica, cuya fachada del siglo XVI está plagada de constelaciones, signos cabalísticos y magia oriental. Le pregunto a la encargada de la oficina si conoce el significado de los jeroglíficos. Ignorancia supina. El prospecto que me da lo hojeo durante unos minutos para demostrarle que no pedí el papelito como esos niños que lo agarran todo en las exposiciones y en las ferias. Le propongo devolvérselo en seguida de usarlo, soy muy ecologista, pero me lo regala. Es cierto que el gasto de folletos justifica la existencia de su puesto. Le pregunto dónde queda la casa de Ausonio. Ni idea. Figura en el folleto. Nunca se lo preguntaron. Me da el teléfono del cronista de la ciudad - una persona muy brillante, asegura - y además se ofrece a llamarlo. Acepto por debilidad de carácter y que, al fin y al cabo, el brillante cronista me podrá decir algo sobre el poeta Ausonio, de quien me habló el loco aquel de Ligugé.

A los quince minutos ya está el cronista en la oficina. Atrevidillo con la niña. No; empieza diciéndome, y ya no hay quien lo pare:

- Quien nació aquí fue el padre de Ausonio, un médico que vivió en el lugar que ocupa aquella casa (tiende el índice a su izquierda) antes de irse a ejercer a Burdeos. Ausonio estudió con su tío, el famoso Arborius, también poeta y profesor de retórica de gran fama. El emperador de Oriente lo invitó a Constantinopla para que le recitase sus poemas, y una vez allí lo nombró preceptor de su hijo. Si quiere conocer la vida de Ausonio lea sus poesías. Todo está en ellas, desde el amor a su tierra hasta la más impúdica manifestación de vanidad. Hoy los regionalistas lo consideran su precursor porque dedicó poemas a Burdeos y a las ostras de Arcachon. Allá ellos. En realidad,

Ausonio puso al servicio de su ambición su habilidad para la métrica. Sólo Agustín de Hipona se adaptó a los vaivenes del Imperio como él, pasando de un campo a otro en los momentos más oportunos. Así alcanzó Ausonio los laureles de poeta y Agustín la corona de santo, sin que el uno tuviera nada de lírico ni el otro de virtuoso.

Carajo, este cronista iconoclasta me gusta. Lo invito a tomar café y lo sigo escuchando como a una alcahueta.

- Los cursos de gramática de Ausonio y sus intrigas lo ayudaron a obtener el cargo de rétor, que ejerció en Burdeos durante treinta años. Luego consiguió el puesto de preceptor del príncipe Graciano y finalmente el consulado de las Galias. Por sus aulas pasaron alumnos muy famosos, pero con algunos de ellos tuvo problemas graves. Por ejemplo, su sobrino Pomponio Herculano murió a consecuencia de una bacanal. Otro, llamado Prisciliano, fue decapitado en Tréveris sin que Ausonio hiciera nada por él. También fue discípulo suyo el futuro san Paulino, quien lo abandonó al convertirse al cristianismo.

Quién me lo iba a decir. Ante mí tengo al hombre que hubiera buscado con un candil en Burdeos. Qué cierto es eso de que todo encuentro es una cita. Sabe el brillantísimo cronista algo más de Prisciliano:

- Por supuesto. Cuando desapareció su padre Cayo Aurelio, Prisciliano quedó a merced de su tía. Pero como ésta mal podía gobernar una casa cuando era incapaz de controlarse a sí misma, hubo de acudir a un individuo que, habiendo recibido tantos beneficios de Cayo Aurelio, debería mostrar un poco de gratitud. Además Claudia, la tía, lo remuneraba con largueza. Aquel bribón se llamaba Mandonio, había sido consejero de Cayo Aurelio en Roma y estaba al tanto de todas las argucias administrativas. La tía Claudia tenía un concepto duro y estricto de la moral. Por eso le resultaba insoportable que aquel sinvergüenza le robase tan descaradamente. Dudó, vaciló en quitarle sus funciones de gestor, se decidió al fin dándole una semana de plazo para abandonar sus estancias. Apareció muerta el día siguiente. Recién inhumada, Mandonio se las ingenió para alejar a Prisciliano de sus posesiones.

Sabe usted, me pregunta de sopetón el sorprendente cronista, cuál era el requisito para ingresar en el pretorio o en los servicios militares del Estado. Ni idea, pienso. Y le digo: no, señor cronista. Pues estudiar en Burdeos era la condición *sine qua non* para alternar con los miembros de los círculos más altos del poder. Y a Burdeos lo envió Mandonio, a estudiar con el profesor más solicitado de Occidente.

Ausonio, verdad.

Sí; Ausonio.

Acerté.

- Se acercaba el otoño, y a medida que avanzaban hacia el este, los días salían más grises. Alegre, Prisciliano espoleaba el caballo. Los matorrales que invadían la calzada le hablaban mientras se iba tejiendo su destino, pasaban árboles, riachuelos, lugares importantes; entre otras ciudades se detuvieron en Astorga, León, Palencia, Sahagún y Calahorra para dormir y cambiar de monturas.

"Al cabo de dos o tres clases con Ausonio, Prisciliano pensó que no podía juzgar a su maestro con las varas de su tierra. En Burdeos los creyentes practicaban una religión acorde con su confortable tren de vida y que reforzaba incluso su posición social, mientras que en Galicia el Evangelio abdicaba la letra en pro del espíritu, se despojaba de las togas exegeticas y vestía el sayal austero en sus reglas de vida. Allí se predicaba en el templo de la naturaleza, bajo la bóveda celeste y aquí frente al artesonado basilical. Prisciliano pasó de los ritos y las fórmulas enigmáticas, de los

estudios de los fenómenos ocultos, del desarrollo de las facultades dormidas, a las controversias y suasorias.

"En las clases de Ausonio tenían su asiento la elocuencia, el derecho y la teología, o la teosofía ortodoxa, con mayor precisión. Para su maestro, la ciencia del recto decir, era la ciencia del recto pensar. Le pagaban por enseñar y enseñaba lo que creía y lo que no creía, según sus conveniencias. Creía en la prosa de Cicerón y la comunicaba; no creía en la realidad del Credo y lo comunicaba también. Cuando llegó Prisciliano, Ausonio enseñaba el Credo, pues el cristianismo estaba en el poder. Al contrario que su padre, quien lo había entroncado con el mundo de los muertos, Ausonio lo persuadió de que Dios y Jesucristo formaban una sola realidad a la que estaba unido de modo tan misterioso como a los muertos de su sangre. Su padre le había enseñado la obligación señorial de la honradez y Ausonio la necesidad cristiana de la caridad. Como ambos conceptos vinieran de fuentes dispares, nadie se cuidó de juntarlos : coexistían en él sin contradicción, no fundidos, sino superpuestos.

"Constancio no veía con buenos ojos que Prisciliano se interesara en los estudios y la religión. So pretexto de rectitud y severidad, decidió cerrarle la bolsa.

- Ya estás siendo mayorcito para vivir de rentas. Has de ganarte la vida como tus compañeros, si quieres hacerte hombre."

Sabe usted cómo se las arreglaban los estudiantes para ganarse la vida, me vuelve a interrogar el inquisitivo cronista. Ante mis tinieblas, él mismo se lo explica:

- Captando alumnos para sus maestros. Se apostaban en las puertas de la ciudad y a cada nuevo estudiante que llegaba lo convencían, de grado o por la fuerza, de que se matriculase con tal o cual profesor; es decir, con quién mejor le pagase por llevárselo. Con sus dos condiscípulos ya mencionados, Pomponio Herculano y Paulino, Prisciliano se puso a trabajar para Ausonio. Varios grupos de estudiantes reclutaban alumnos para otros profesores, pero al cabo unas cuantas refriegas, el de Prisciliano acabó adueñándose del mercado. Se hicieron ricos, se volvieron célebres. Las muchachas sonreían a su paso y se iban con ellos a gastar el dinero en las tabernas.

"Todo le sonreía a Constancio. Su pupilo había dejado las clases, provocaba reyertas callejeras, comía como un glotón y a menudo tenía que llevárselo en brazos a la cama, pues no lo sostenían las piernas tambaleantes de borrachera. Luego él se paseaba ufano en compañía de Ausonio y de los censores, iba a las termas y apostaba por los mejores caballos. Sin embargo, en este 378 ocurrió un hecho que le torció los planes. Me refiero a Constancio, el preceptor de Prisciliano. ¿No se aburre?"

En absoluto, señor cronista, lo felicito; es como si lo estuviera viviendo. Continúe, por favor, continúe.

No tengo que insistir más; el apasionante cronista sigue hablando largo y tendido, pero ahora me entra el sueño y he de terminar el capítulo.

A Uzeste se va en diez minutos, todo el rato entre pinos. Diecisiete kilómetros sin cruzar un solo coche, cuatro tracción o tractor. Ni siquiera se oye un rumor de manantial. La profusión de árboles adormece el aire y el espacio.

No estaría de más un receptor de olores para bicicletas y motos. Instalado sobre la rueda delantera, iría envasando estos efluvios resinosos y los soltaría a lo largo del año : abrir el relicario y recordar el viaje enviando fragancias de madreSelva, de eucalipto, de nomeolvides a las personas queridas, en lugar de fotos glaciales, estáticas, siempre por debajo de la realidad. Silvina le pone sordina al motor y a mis tonterías y ahora vuela, es un decir, con zumbido de moscardón. Sólo una inmóvil respiración clorofílica oprime los pulmones, acostumbrados a la falta de oxígeno.

Tendría que haber escrito ayer, en fresco, la narración entera del macanudo cronista. Cuando disponga de tiempo ya habré sucumbido al mal de Alzheimer, nunca recuerdo como se escribe. Si me funciona la memoria, me refirió que cuando fue nombrado maestro del futuro emperador, Ausonio se instaló en la corte de Tréveris. Me da la impresión de que el chivato de los frenos ha dejado de parpadear. De todas formas, el lunes sin falta me los arreglan. En lo concerniente al contratiempo del gendarme de Prisciliano, se debió a que nuestro personaje se puso a estudiar con Elpidio, un ferviente y severo profesor pagano, cuyo padre era sacerdote del culto apolónico. El olor a eucalipto me ha hecho perder el hilo. Ya no recuerdo de qué más glosó en el cronista. Ah, sí:

- A la sed de trabajar y aprender, se le agregó a Prisciliano el sentimiento de su propia valía, como las clases de Elpidio lo izaran a la cumbre del saber. Si su padre viviera podría dialogar con él. Y a falta de padre con quien rivalizar, le consolaba la mirada el profesor, hecha de respeto y hasta de admiración.

Prisciliano progresaba y su tutor decaía. Constancio, en cambio, sospechaba: a medida que su pupilo se adentraba en el camino de la virtud, a él se le escurría el tesoro cuya custodia le había encomendado su hermano. El muchacho advirtió su languidez.

- Animo, señor mío. La vida corre como una rueda maravillosa que brinda siempre algo inesperado. Te prometo llevarte y Tréveris para que vuelvas a apostar con Ausonio. Nos recibirá en el palacio imperial. Incluso, tal vez consiga que veamos al emperador. Y sobre todo, iremos a visitar el anfiteatro...

- No me preocupa la marcha de Ausonio, y lejos estoy ahora de las pompas y vanidades mundanas. En estos momentos sólo me preocupas tú.

- ¿Yo? He dejado la bebida, me he recluido tras la muerte de Pomponio, dedico mis días y mi noches a mejorar mis conocimientos y mi psiché. ¿Me puedes desear algo mejor ?

-¿De qué te sirve una moral estricta si ignoras buena parte del mundo? ¿ Dónde reside el mérito de vivir como un monje si te nutres exclusivamente del bien? Si no descubres los secretos de la naturaleza, éstos se te volverán en contra.

- No te entiendo.

- Cada etapa de la vida comporta sus pruebas. Has dado un salto demasiado importante y mucho me temo que al volver con más fuerza, el péndulo te aplaste.

- Estoy seguro de mí.

- También lo están los eremitas que se recluyen en el monte, pero hasta allí van los instintos a descarriarlos. Y algunos se meten tanto en el desierto que salen de él por la otra parte. Hay una vida para vivir de joven y otra para vivir de viejo.

- Sigo sin entender.

- La prueba más difícil de este mundo es la de la carne. Tú la ignoras.

- Estoy dispuesto a vencer todos los escollos.

- A mí me mandaron aquí para velar por tu formación. He de instruirte en eso también.

"Constancio lo llevó a una fiesta de carnaval. Muchas damas acompañaban a sus maridos. Iban todos disfrazados, de modo que nadie supiera quién era su vecino.

- Ese lugar - exageró su tutor - es sumamente lujoso. A los hombres se nos admite gratis, mientras que las mujeres han de comprar sus invitaciones a sesenta sestercios cada una. Ni en Roma hallarás nada semejante, porque aquí vienen las ramera más notables de Aquitania.

"Junto con las iglesias y otros prostíbulos situados en ciudades del Imperio igualmente estratégicas, Caesaraugusta, Tréveris, Milán..., el lupanar de Burdeos era un

centro de información. A través de los sacerdotes y de las cortesanas, el ojo y la mano del emperador estaban por doquier.

" Prisciliano halló en aquel antro educación, buenas maneras e incluso tres amistades envidiables. Una joven contaba leyendas de la comarca, y otra, en sus ratos de asueto, iluminaba pergaminos. Ambas se placían allí. Los aristócratas y los profesores eran groseros y exigentes, pero fáciles de colmar. La compensación la buscaban ellas en brazos de los estudiantes, porque, aunque no pagaran, despilfarraban sus energías sin retención.

"A Prisciliano le interesó más la tercera pensionaria. No llegó hasta nosotros el nombre de esta muchacha, pero como se sabe que cantaba melodías ambrosianas al arpa céltica, la llamaré Cecilia.

" Veintidós años, aspecto de virgen florentina y pubis de oro veneciano, parecía tímida para tal oficio, pero en los momentos de voluptuosidad se le extraviaba el ojo izquierdo y le salían miradas perversas. Tres hombres se habían suicidado por ella, lo cual indujo a sus padres a clausurarla por miedo a la hecatombe.

- Tu vida se me antoja un tanto disoluta, ironizó Constancio, con una sonrisa en los labios.

" Prisciliano estaba agradecido a su tutor por haberle desvelado placeres antes ocultos. Con Cecilia, el sexo era para él un reconocimiento, un reencuentro con los seres orgánicos y animales; inmensidad del universo en la que podía confundirse."

Fue en este momento cuando el insaciable cronista llamó por tercera vez al camarero para pedirle otro café con leche y profusión de croissants. Notas de consumiciones se amontonaban en la mesa. Me iba a salir caro el capítulo del día. Tendría que darme para dos. Se llevó el tazón a la boca, sorbió un trago y lo fue saboreando como si fuera un poema de Ovidio. Lo mismo hizo con un cuerno de croissant, anacreóntico. Por un momento, mientras se limpiaba las migajas con una servilleta de papel, temí que la glotonería venciese a la historia.

Están muy sabrosos estos croissants, me farfulló. Quiere usted otro.

Estaba pensando en Cecilia, perdone. Dejó de hablarme, observamos un silencio, encendió un cigarrillo y miró suficiente hacia la catedral. Al fin, quitándose por enésima vez del morro escamas de hojaldre, siguió:

- Cecilia cayó encinta. Prisciliano tardó en decírselo a su tutor, hasta que una hemorragia de la chica lo obligó a pedirle ayuda. Constancio tomó el asunto en manos. Vivía cerca de Burdeos un físico que con infusiones y ungüentos lo sacaría de apuros. Fueron a verlo el día siguiente. En un cuarto sórdido, detrás de una mesa pringosa, y la mesa encima de una alfombra polvorienta, había un viejo chepudo, especie de gnomo que se inclinó ante Prisciliano. Con ademán brusco, le ordenó a Cecilia que se tumbara en un catre y él, el gnomo, se fue a buscar los potingues para ejercer su ministerio. Del cuarto adyacente salía una mezcla de olores a tila, menta y especias orientales nada desagradable. Volvió el enano con punzones y tenazas. Al verlo, Cecilia dejó de gemir; y volviendo los ojos a su amante le auguró que pronto saldría de aquel trance y volverían a ser felices. Esta frase la recibió Prisciliano como una despedida.

"Aquí abro un paréntesis", me advirtió el cronista. "Las leyes que regulaban el estatuto de los estudiantes eran muchísimo más severas que las de la Unión Europea con los argelinos. Al llegar a una ciudad, los estudiantes tenían que obtener permiso de residencia, empadronarse y declarar qué disciplinas iban a cursar. Las autoridades comprobaban cada mes si cumplían todos los requisitos, estudios, pago de alquileres, vida decorosa... En caso de incumplimiento, los estudiantes podían ser azotados en

público, expulsados de la ciudad e incluso desterrados a Africa o a otras provincias remotas."

No recuerdo exactamente lo que me contó el cronista respecto a Cecilia. Se me antoja que hay una contradicción entre los utensilios y los potingues; los primeros serían para un aborto y los segundos para cortar la hemorragia.

- Si la joven muere, le advirtió a Prisciliano su tutor, te verás obligado a huir lejos de aquí. Las leyes son draconianas. Por lo que pudiera suceder, te he guardado sitio en un barco que zarpa mañana para Libia. Adelantándonos a la justicia, guardas la posibilidad de volver un día.

Prisciliano asintió en silencio, convencido de que no podía ser de otro modo.

- ¿Sufre mucho ?

- Oh, sí; no hace más que gritar. Es insoportable.

" A Prisciliano le angustiaban las torturas de una persona con la que había tenido tanta intimidad; pero pronto acudió en su ayuda la común idea de que eso tenía que ocurrirle fatalmente un día, con él o con otro. Miró decidido a su tutor :

- ¿Cuándo me has dicho que sale el barco ?

Bajo la canícula de agosto, Uzeste es un pueblo fantasmal. Nada se mueve ni parece vivir aquí, donde según el censo habitan trescientas cincuenta y dos personas. La recta landesa desemboca en la Colegiata; de milagro no entramos en ella Silvina y yo, con el riesgo de espantar a los perros. Además de perros, en el interior de la Colegiata hay una señora que intenta poner una manzana en el regazo de una virgen, conforme se entra a la izquierda.

Le puedo ayudar, señora.

Ni caso. Va a buscar una silla, se encarama en ella y acomoda la manzana en los brazos de la imagen. Desde arriba me aclara: es nuestra protectora. Vengo todas las semanas a ponerle flores o frutas. Quiere que le enseñe la Colegiata : esa es la tumba de Clemente V. Me señala un sarcófago delante del altar.

Un gran hombre, le digo; creó cátedras de lenguas orientales en París, en Boloña, en Oxford, en Salamanca...

Fue un canalla . Así de tajante me responde la anciana; baja gruñendo de la silla y empieza a recoger pétalos marchitos de rosa esparcidos por el suelo. Sigue mascullando frases, sin interrumpir su tarea. Parece maestra de escuela, alcaldesa o algo por el estilo. Quién le contó a usted que fue un gran hombre, me lanza en voz alta, nada acogedora.

Bueno, trato de recuperarme, tal vez lo haya leído en Menéndez Pelayo. Fue el primer papa de Aviñon y el primero francés. Hasta entonces todos habían sido italianos y después de los papas de Aviñon, vuelta a lo mismo. Haría falta un papa africano, asiático, sudamericano, añadido para justificarme.

El de ahora es polaco y qué mas da, me replica con muchísima razón. Patrañas de los historiadores católicos, eso de gran papa. Fue un canalla, insiste. Sabe usted que pronunció una frase terrible contra unos cristianos que trataban de regenerar la Iglesia.

Matadlos a todos, Dios reconocerá a los suyos, me adelanto, para demostrarle mi erudición.

No, muchísimo peor que *caedite eos, novit enim Dominus qui sunt ejus*, grita casi la señora.

Qué. La hotelera émula de Julia Kristeva y esta anciana rival de Cicerón. En qué país estamos. Cómo vino ese papa a descansar a Uzeste, le pregunto para comprobar si tanto sabe.

Esa tumba está vacía. El malvado nació en Villandraut, a siete kilómetros de aquí y fue señor de todos estos parajes.

Son dos los perros. Observan una continencia absoluta. De vez en cuando salen a la calle y vuelven, orejas gachas y piadosos. Van de un altar a otro en silencio. Están amaestrados o no se explica. Se postran ante una imagen. Si muchos papas tuvieran sólo una décima parte de la fe en Dios que ellos tienen en nosotros, el demonio no tendría nada qué hacer en la tierra. Por algo, Domingo de Guzmán, en vez de matar con la espada, aullaba la palabra de Dios y fundó la orden de los *domini canis*, los perros del Señor.

Le ha gustado mi disertación a la señora. Por primera vez sonríe. Y le queda muy bonita la virgen, con la manzana fresca en el regazo. Su satisfacción da rienda suelta a una lección de historia:

- A principios del siglo XIV, la rivalidad entre los Orsini y los Colonna -partidarios éstos de la corte de Francia - obligaron a Benito XI a abandonar Roma. Durante años quedó vacante el trono pontificio. El 5 de junio de 1305, los Colonna vencieron a los Orsini y , por consiguiente, fue nombrado papa Bertrand de Got, arzobispo de Burdeos y candidato del rey de Francia Philippe le Bel. Fue coronado el 14 de noviembre de 1305 con el nombre de Clemente V. Durante cuatro años el séquito papal llevó vida errante por toda Francia, hasta que en la primavera de 1309 se detuvo en Aviñón, hermoso lugar, lleno de perfumes y de sol. Desde entonces Clemente V se dedicó a favorecer a los suyos con una generosidad nefasta. No ha habido en toda la historia del pontificado papa más corrupto ni más nepotista

"Lo único que se le oponía al papa de Aviñón en su carrera hacia el poder absoluto eran los Templarios. Compuesta por dos mil caballeros inmensamente ricos, se calculaba el tesoro de esta orden en cinco millones y medio de francos de oro, por lo cual se habían convertido en banqueros de príncipes y monarcas. Sus enemigos los trataron de heréticos, inmorales, impíos, acusándolos de celebrar misas negras con ultrajes a Cristo, profanación de sacramentos, superstición y brujería, como ya se había hecho con los maniqueos, con los priscilianistas, con los montanistas y otros grupos regeneradores.

"El gran papa que usted admira, añade la señora, como si Clemente V y yo comiéramos en el mismo pesebre, firmó el 2 de mayo de 1312 la bula *Ad providam* que suprimía la orden de los Templarios. Tras horribles torturas, unos ciento cincuenta acusados reconocieron haber escupido en la cruz y renegado de Cristo, haberse entregado a infames bacanales y convocado a los espíritus infernales. Todos sus bienes fueron confiscados y el Gran maestro Jacques de Molay fue quemado vivo en Notre-Dame de París. En medio de las llamas lanzó una terrible maldición : "¡ Dios no ignora que han cometido pecado conmigo. Pero pronto se abatirá toda suerte de calamidades sobre los que nos condenaron injustamente. Sabed que todos los que nos combatieron sufrirán hasta más allá de la muerte " Sus cenizas fueron aventadas en el Sena.

"La profecía del Gran Templario se cumpliría inexorablemente. Clemente V enfermó de cáncer poco después. Impotentes ante la enfermedad, los médicos le suministraron los más insólitos remedios, como esmeraldas trituradas. Tras una agonía entre vómitos y diarreas, murió en 1314 cerca de aquí, en Roquemaure, cuando se dirigía a Burdeos. Antes de morir tuvo tiempo de repartir buena parte del tesoro de los templarios entre su familia. Se le hicieron funerales solemnes en la catedral de Carpentras, donde reposó hasta que su sobrino Bertrand decidió traerlo a su tierra. El traslado se hizo en etapas cortas. Por la noche exhibían el cadáver a la plaza y quemaban a unos cuantos herejes. A Uzeste llegó el 27 de agosto, hará seiscientos ochenta y dos años pasado mañana. Su familia diezmó el pueblo, expulsando a todos los

sospechosos de herejía; y pensado que su cuerpo iba a gozar del eterno reposo, se construyó un mausoleo de mármol negro incrustado con piedras preciosas.

"Pero la profecía seguiría realizándose, implacable, siglos después : los hugonotes vinieron a saquear la sepultura, quemando sus huesos y esparciendo las cenizas en el río Ciron."

"Dante, contemporáneo de estos hechos, completó su condena mandándolo al infierno en el Canto XIX :

"Pues sucio de un pecado más tremendo / vendrá un pastor sin ley desde el Poniente / que a los dos hundirá en el hoyo horrendo. / Será nuevo Jasón y, blandamente / como el que en Macabeos al rey sedujo / seducirá al que en Francia es hoy regente ".

Es muy sobrecogedor, señora; aunque por entrar en la *Divina Comedia*, y sobre todo en el Infierno, su parte más hermosa, uno sería capaz de cometer toda clase de infamias.

Y las que no le conté para no aburrirlo. Sería muy largo.

No se preocupe, señora. Tengo tiempo. Puede usted despacharse a su gusto.

Como al principio Clemente V había formado parte de un grupo heterodoxo, en cuanto lo nombraron papa se encarnizó con los llamados herejes.

Siempre fue así, la atajo. La Inquisición estaba plagada de judíos conversos. Torquemada, sin ir más lejos. A pesar de la buena voluntad del fundador, este dominico mordía como un perro.

Lo suyo era una obsesión. Lanzó una cruzada contra Fray Dolcín de Novara, quien se había puesto al frente de un grupo llamado los hermanos apostólicos. Pretendían también ellos regenerar la jerarquía y volver al espíritu evangélico. A Dolcín lo muestra Dante Alighieri en el Canto XXVIII :

" Pues dile a fray Dolcín que corra y se arme, / tú que quizá verás el sol en breve, / si no quiere aquí pronto acompañarme, / de víveres, que, urgido por la nieve, / no por el novarés seas vencido; / que, si no, no ha de ser el triunfo leve ".

Dolcín se fortificó en el Monte Zibello. Asediado, tuvo que rendirse por hambre y fue quemado vivo en 1307. Todo esto figura en los códigos que conservamos aquí. Clemente V era un maniático y guardaba todo lo referente a herejías desde Simón Mago.

Esos documentos estarán a disposición de los investigadores.

Los puede consultar cualquiera, pero a nadie le interesa.

Me gustaría verlos.

Vaya al cafetín, me indica, allí siempre hay gente. Tan escurridiza es la señora, que me fuerza a relegar mi timidez. Insisto y se da por vencida. Cita mañana a las diez en el ayuntamiento.

Camino del cafetín me encuentro con mi hijo. Lleva al hombro un palo cimbreante, como de seis metros de largo. Pero qué es eso, Arturo.

La antena de Radio Efímera. A ver si me la dejan colocar en la punta de la Colegiata. Cubriríamos treinta kilómetros a la redonda.

Desayuno a las nueve en la terraza del Relais Bazadais, perfumada de carburantes. Café con leche, dos croissants y lección de semiología con la dueña. Me hubiera tirado la mañana en clase intensiva, pero la profe debe atender a otros clientes. Pongo en orden el día de ayer, leo un capítulo de El Quijote y me marchó temprano a Uzeste. Voy directo al autobús que le han prestado a Arturo para montar la radio efímera. Me lo encuentro enredado en cables, cintas, micrófonos, junto con el técnico Bertrand y a la periodista Sandrine. No me atrevo a hablarles, tan atareados los veo. Encima de una mesa de montaje descubro el programa del festival. Leo la declaración

de principios: creación transartística contemporánea viva para una edificación multicultural en marcha contra los centralismos los provincialismos los populismos los elitismos los carrerismos y demás cretinismos integristas clientelistas y enterradores. Carajo, Arturo, le digo a mi hijo. Pues ya debe ser difícil amoldarse a eso, dicho así de un tirón. Nique fueran revolución intergaláctica del subcomandante Marcos.

Arturo me mira, sonriente. Basta con comprender a Bernard Lubat. Tampoco debe ser fácil, le contesto. Lo vi en una emisión de tele y me parece un tipo genial.

Tengo cita con la señora. Antes de los adioses, ayer, le dije que tal vez sería conveniente mandar los documentos a Boston, a París y nunca al Vaticano, para ser analizados.

Mientras yo viva no salen de las gavetas, me juró.

No estaría de más hacerles una copia, por el caso de que se estropee el manuscrito. Vaya usted a saber... Un incendio... Podemos fotocopiarlos en el servicio de prensa del festival, insistí con pesadez.

Le repito, señor : estos legajos no salen de donde están.

Y no hubo más que hablar. Sólo accedió a que llevase un fotógrafo.

El fotógrafo llega puntal a la cita. Tomamos café y le explico de qué va la cosa. Conoce a la señora y sabe cómo lidiarla, me asegura.

Vamos a la alcaldía, situada frente a la Colegiata. El fotógrafo despliega el trípode, lo arrima a la mesa y enrosca el micro objetivo en la Nikon. Cuando todo está dispuesto aparece la señora con un montón impresionante de pergaminos. Folio tras folio, toma el fotógrafo los ochenta y siete clichés de otras tantas páginas de que consta el manuscrito referente a Prisciliano.

Están copiados en caracteres unciales del siglo quinto, sin puntuación ni espacios entre las palabras. Pero los mínimos rudimentos de paleografía autorizan a suponer que los siete legajos proceden de la misma mano. El latín que estoy reverdeciendo en el Assimil me ayuda a descifrar un colofón al pie del folio XXV, anunciando el segundo. Dice " Lo escribió Higinio de Córdoba. Sigue la carta de Hydacio. "

Ahora, revelar los filmes y traducir su contenido. El fotógrafo me promete tener las fotos listas para mañana temprano. Al despedirme de Arturo, mi hijo me anima a quedarme un par de días más. Va a llegar una periodista cubana amiga mía. Tentador, sí; alguna perspectiva cabe, pero me llama la carretera.

A las ocho de la mañana ya tiene el fotógrafo de Uzeste las fotos reveladas, tirando a buenas. Martine me permite fotocopiarlas en el servicio de prensa, así como mandárselas por fax a mi hermano. Ganas me dan de decirle a mi hermano que me envíe las traducciones adonde más le pete. Allí fatalmente las encontraré, siguiendo la lógica irracional, qué oxímoron tan bonito, de la última semana.

Sin embargo, aunque ya me siento capaz de dirigir la magia, me parece prudente no abusar de ella. Mándame la traducción del primer documento a Jaca, le digo a mi Pedro en una nota; y vamos a ver si se te olvidó el latín, como se te habrá olvidado decir misa. Porque mi hermano ha sido cura, y de haber fornicado en los confesionarios, en lugar de casarse por lo civil con una mujer divorciada, vestiría hoy la púrpura cardenalicia.

Por eso mantengo Jaca como próxima parada y fonda. Es, por otra parte, lo más sensato. Allí me he dado cita el lunes la catalana Berta, que decidió incorporarse al viaje.

Saliendo de Uzeste hacia Villandraut se empieza a quebrar el terreno; cerros y oteruelos entre montes y valles logran curvar la carretera a su antojo.

Son las doce de una mañana nebulosa. Pronto el sol se lleva, junto con el vaho, el olor húmedo y fresco. Media semana de sedentario y te entra el virus de la carretera, por algo se es hijo de hotelero; una cosa es pegarte cuatro o cinco leguas yendo y viniendo de Bazas a Uzeste, y otra, muy diferente, ir olfateando los miles de kilómetros que se extienden por delante.

Horizonte de pinos. De tanto en cuando el ronroneo del motor alborota alguna bandada de pájaros. En las cuestas abajo corto el contacto por no espantarlos.

Así voy, despreocupado por las Landas Altas, ese espacio comprendido entre las Graves de Burdeos y los confines de Marsan. Los incendios, la sierra mecánica, la invención de resinas sintéticas, la importación de corcho de Portugal y del sur de los Estados Unidos han hecho emigrar a los empleados de las familias aristocráticas, que François Mauriac describió sin piedad en sus novelas. Turismo literario. Desaparecieron los liceos, las líneas locales de ferrocarril y los autobuses. Sobre las ruinas de la antigua economía se crearon explotaciones silvícolas, algunas fábricas de papel y de cartón en Villandraut, de metales en Préchac. Sin embargo, el pino, *lou pin qu'es lou rey de la dune*, sigue abasteciendo en más de la mitad el mercado francés de resina, de la que se extrae la terebentina, el celofán y otros productos de base para la industria química. Esto se puede considerar turismo sociológico.

En cada cruce, un indicador señala nombres de pueblos; en cada pueblo, otra flecha lleva hasta un monumento románico. Como es un día de farniente, me detengo en Villandraut por ver el castillo que mandó construir Clemente V con el dinero de los templarios, según me contó la maestra. Lo bordeo por el sur, el lado más espectacular, con cuatro torres pululantes de cuervos.

Sigo hacia Pau por caminos azarosos, a veces paralelos a la Ruta de España de hace un siglo, otras metiéndome en ella. La carretera sube, la moto renquea, baja la manecilla del cuenta kilómetros y he de retrogradar hasta segunda. Debe de ser que está frío el motor. Doble embrague para meter la primera. Placer ignorado por los conductores actuales; cualquier tarado puede pasar hoy de cuarta a primera sin que cruja la caja de cambios. Con la moto, al menos con mi Silvina, se precisa aguzar el oído casi hasta el absoluto, sentir el número de revoluciones en la velocidad superior o provocarlas con un acelerón, para que coincida con el régimen inmediato inferior. Por el mínimo roce te suspendían en el examen de conducir.

Me detengo unos instantes para no quemar el pistón y estirar las piernas. Voy a la cuneta y abro la petrina. Parece un barbarismo, pero así le llamamos en Galicia a la bragueta. Baja un cuervo del tendido eléctrico y se planta frente a mí en la alambrada de espino. Me protejo los ojos con una mano. Por entre los dedos descubro en las púas una ringlera de insectos pinchados por el vientre, avispa, cucarachas, langostas y mantis religiosas. El animal pega un salto, se me revuelca el corazón y él se coloca en medio de sus presas. Me repliego, poco a poco, de espaldas; arranco de un tirón con tan mala suerte por culpa de Silvina o del nerviosismo que a los dos metros calo. Maldita Silvina, vuelvo a encenderla arranco como una tromba. Durante un buen rato me salen en bandadas, y lamento haber tirado el parabrisas antes de llegar a Chartres.

Tal como lo viví lo cuento en el colmado de Sabres. Llegué por la D-43, picado por la curiosidad. Quería ver el lugar donde transcurre *L'enterrement à Sabres*, una de las grandes epopeyas de la literatura actual. Su autor es Bernard Manciet, a quien casi nadie conoce porque se ha empeñado en cultivar esa lengua microcósmica, el gascón noir del que me habló la hotelera de Bazas.

Hasta sus treinta y cinco años, Manciet trabajó en el Quai d'Orsay. Dejó entonces la diplomacia, se retiró en su tierra como Montaigne en Perigord y allí, aquí, escuchando el viento, mirando los pinos, preparó, maduró, escribió ese poema cosmogónico de más de cinco mil versos.

Me habían dicho que Manciet vivía en Transacq , a unos minutos en moto. Me quedo con las ganas de verlo. Qué le puedo decir yo. Me dirijo al ecomuseo que anuncian en todos los cruces. Dejo a Silvina en Sabres y subo en un tren de cuento durante cinco kilómetros, hasta llegar al claro de Marquèze. Aquí se conservan edificios, molinos, modos de cultivo y aperos de labranza del siglo pasado. Un largo paseo me lleva a la carbonería. Quién me asegura que no es aquí donde los gallegos quemaban lentamente viejos troncos de los que saldría el carbón vegetal y su argot, que hoy sólo inflama a Bernard Manciet.

Deambulo ecológico tres buenos cuartos de hora de aquí para allá, encontrándome al final en la caseta del museo. Una voz de cobalto me recuerda la que escuché ayer en la radio efímera de mi hijo Arturo. Será acaso Bernard Manciet. Como que no me oye; veo el oro de su mirada verde y una sonrisa indefinible, entre la protección contra un intruso y la cordialidad. Por mi parte, oculto mi descaro diciéndole que he escuchado un poema por la radio y me parece haber reconocido la voz del recitador. Si es así, por qué escribe en gascón.

Qué pregunta tan extraña. Por qué es usted hijo de su madre.

No sabía que los gascones contestaran a una pregunta con otra pregunta, lo cual a los gallegos no nos pilla de improviso.

Hubo en el pasado una gran relación económica y cultural entre Aquitania y Galicia, me explica. Yo les debo mucho a los poetas gallegoportugueses, Mendiño, Martín Codax, Meogo... ... Sobre todo Codax.; paso horas y horas, no aclarando , sino oscureciendo su misterio. Creo que vivieron en el siglo XIII. Durante muchos años, tanto Galicia como Aquitania fueron priscilianistas. Conoce usted a Prisciliano, me interroga como un desafío.

Mi padre me hablaba a menudo de él, señor. Y desde hace una semana estoy acosado por Prisciliano y por los priscilianistas.

A Bernard Manciet se le ilumina la mirada.

Sabe usted si el Concilio de Constantinopla, contemporáneo del de Zaragoza, abordó el tema de la Santísima Trinidad. Si fuera así, Prisciliano es un innovador.

Así, de sopetón, no hubiera sabido qué decir. Pero llevo casi una semana preparando la respuesta:

Señor Manciet, el concilio de Constantinopla del año 381 reconoció como persona de carne y hueso al Espíritu Santo.

Sabe usted, interviene él, carraspeando, como para iniciar una larga demostración : que el Espíritu Santo proceda o no proceda del Padre y del Hijo; que las tres personas estén formadas de la misma sustancia; que el concilio de Constantinopla sea más o menos determinante que el de Zaragoza o el de Nicea, todavía hoy estamos en las tinieblas. Nuestro Credo galicano no nos simplifica las cosas, pues confunde naturaleza y sustancia, e inventa la bajada al Infierno, tomada de un evangelio apócrifo y de Virgilio. Creo que debemos considerar a Prisciliano como a un ortodoxo absoluto, pese a la prudencia de Roma. Su única falta fue haber sido poeta. Tal vez también fuera demasiado rico, y su influencia en Lusitania, Hispania y en Aquitania podía derivar en una separación política.

Bernard Manciet guarda silencio, como esperando un diálogo conmigo. Qué le puedo decir yo, lego todavía en asunto tan complicado. Le alargo la mano. En mí tendrá un amigo, si en algo puedo servirle.

Por qué no. Uno se va haciendo nuevos amigos y eliminando a otros. Yo elimino amigos regularmente. Algunos se usan, dejándose llevar por las debilidades que se adivinan en ellos.

Me despido de Manciet, con la promesa de enviarle libros de Codax y de poetas gallegos de hoy. Pienso en Méndez Ferrín, en José Angel Valente, en Celso Emilio Ferreiro.... Al estrecharnos las manos me advierte: tenemos largas conversaciones en perspectiva.

Africa empieza en los Pirineos. En los últimos kilómetros franceses, bajo relámpagos de una tormenta inminente, la N-134, llena de baches, estrecha, sin señalizar, me recuerda la del lado español de hace treinta años y sirve de disculpa a Silvina, que no da con un hospedaje.

Me había empeñado en dormir en Somport, el *summus portus* de los romanos, pero aAbandono ante el primer edificio que veo. Al entrar me doy cuenta de que puede ser residencia, centro de congresos o sanatorio. Deambulan parejas por el vestíbulo, gente sola, ancianos. Ni un sólo niño. Hablan quedo, con aire aburrido y grave. Paso como un ectoplasma. Unos minutos sin que me hagan caso, hasta que un conserje de pantalón negro y chaqué gris levanta los ojos del ordenador. Me ve a aterido de frío, a Silvina aguantando bajo el chaparrón, oye la tormenta que descarga con furia y el muy desalmado me notifica que no aceptan clientes por una noche. Me habilitarán el cuchitril de los trastos y eso sí, puedo correr al refectorio para reconfortarme con una buena sopa.

El comedor desentona por su austeridad con el lujo de la recepción. Me sorprende la ausencia del barullo característico de los restaurantes celtibéricos. Pronto me doy cuenta de que todos los clientes son catalanes; ceno rápido y con pasos silenciosos por un pasillo alfombrado me dirijo a la habitación. Algunas puertas entreabiertas, salas de televisión y de bingo. Voy subiendo números hasta el 34. Me cuesta abrir la puerta. La humedad. Dentro es de una sencillez monacal, salvo el retrete y la ducha, que los cenobitas hubieran desdeñado. Por lo demás, catre de madera, colgador en la puerta y ventana pequeña. La abro para disipar el tufo que me golpeó al abrir : moho, lejía y desagüe, todo promiscuo. Truena, caen rayos y centellas, y tal como estoy me tumbo a esperar las siete de la mañana.

Al despertar encuentro el cielo abierto. De la tormenta sólo quedan jirones de niebla en las alturas y algunos charcos delante del hotel, residencia o lo que sea. Me voy de lo que sea en ayunas, pero con el sinsabor del sablazo: un día completo, sin avisar y sin factura. Precios europeos sí, no hay quien nos libre. Africa dejó de empezar en estas montañas, pero quién duda que el talante picaresco persiste en el sur y será más difícil de extirpar que la convergencia en el marco europeo.

Silvina corretea por el firme liso, tomando alegremente las curvas cuesta abajo por un bosque verdoso de enebros. Me estoy deslizandohacia la aborrecible literatura descriptiva. He de ser didáctico: fermentado con maíz, centeno, malta y otros cereales, se saca del enebro un sucedáneo de la ginebra. A ver si lo acepta la CEE. Su resina se quemaba en la iglesia de mi pueblo cuando yo era monaguillo y con buen toque de incensario enviaba volutas con mensajes amorosos a las incontables vírgenes de los altares: virgen del carmen, virgen del perpetuo socorro, del pilar, del rocío, de las angustias, de las estériles, de las frías... el catolicismo tiene tantos ídolos como los paganos.

Ideas brillantes como estas surgen, según los hermanos Goncourt, cuando se le está formando a uno mierda en los intestinos. Siento retortijones que presagian,

amenazan esas precipitaciones diarreicas que me deshidratan cada vez al pasar una frontera. Salen de los montes bocanadas olorosas de las bayas. En tiempos de peste se maceraban en vinagre y servían para purificar las ropas de los afectados. Aunque contamine el ambiente impoluto detengo la carrera de Silvina para aligerar y asearme con astillas de enebro, perdonando, insuperables también como mondadientes.

Medianamente aliviado, programo con serenidad el día: desayuno en Canfranc, llegada a Jaca a las nueve en punto y derecho a Correos. Luego dejo a Silvina en un garaje y a las diez en punto me voy a la estación de autobuses a esperar a Berta.

Berta es una joven de Barcelona, veintidós años o poco más, de esas que cuando se le mete una idea en la cosca no hay quien se la quite. Baste como ejemplo: después de leer un libro sobre Onetti, se tragó en quince días la obra completa del escritor uruguayo. Sabe Dios cómo la habrá digerido, y veremos si se consubstanció con la Novia robada o con Angélica la bella. También, al terminar de leer *El Expreso del Hielo*, agarró la mochila, subió en el primer avión con destino a Colombia y de rubio teñido el pelo, pantalones cortos, la blusa un abierto compás, recorrió sola la ruta de Mano Negra, de Santa Marta a Bogotá, atravesando como Alicia en el país de las guerrillas las zonas más peligrosas del país más sangriento del universo.

Cuando Berta me propuso venir de paquete: qué va decir tu novio, le objeté. Nada, respondió, cada uno es libre, quince días de asueto nos sentarán de maravilla a los dos. Y a mí, no se lo pregunté. La víspera de salir me llamó a París para darme cita el lunes 26. A las doce de la mañana. En Jaca. Delante de la catedral. Para qué discutir.

No pasa por Biescas la carretera que prolonga la que en Francia se llamaba Ruta de España. Recordemos, ya que en la televisión unas escabechinas aplastan a otras, que hace un año, el día ocho de agosto un torrente inundó el campamento de Las Nieves : más de ochenta muertos.

Olfateando dicha pasajera en mal ajeno, me parece impúdico desviarme para ver el escenario de la tragedia; pero quién sabe, con un poco de suerte puedo asistir a la recuperación de algún cuerpo putrefacto. Me queda mucho tiempo por delante. Con la disculpa del turismo sociológico, cedo al morbo y me encamino hacia Biescas por la departamental que bordea el río Gállego, afluente del Ebro y causante de la hecatombe.

Sólo se nota vida en torno de unas cuantas caravanas desaguadas. Busco una gasolinera donde repostar y una cafetería para entablar conversación. No queda carburante en el pueblo ni en los alrededores, tantos mirones; bares, uno en la plaza. En cuanto ve llegar a un forastero, la chica del mostrador adopta la pose de la entrevistada. Como respuesta a mi súplica de café con leche, me pregunta si la he visto por televisión. *Vanitas vanitatis*. Claro que sí, le miento, y de castigo me suelta una cascada de cuentos, de chismes, de historias viles relacionadas con herencias idénticas a las de mi familia. Le falta presión a la máquina de café y ya son las nueve. Vuelvo a ponerme en marcha. Una calina emanante del río da espesura al aire. Sigo bajando treinta kilómetros entre Biescas y Jaca, ahora pinos silvestres, abetos, bosques de hayas y olores revigorizantes, sin que me abandonen los cuentos macabros de la cantinera.

Llego a Jaca a las nueve y media. Las puertas de Correos están abiertas y mandan aún las chicas de la limpieza. Me extraña no haber recibido el fax de mi hermano, lo reclamo, insisto, me despiden con un vuelva usted mañana.

Ni hablar, somos europeos y no estamos en tiempos de Larra.

La catedral se encuentra en obras, los comercios no han abierto todavía; me echo a deambular por Jaca, ciudad dura, adusta como su catedral y entro en una farmacia:

Una caja de Servetinal.

Servetinal.

Sí, señorita, Servetinal, ese-e-erre-uve de vaca- te-i-ene-a-ele, un fármaco milagroso para la acidez de estómago, los orzuelos y hasta la vejez, como el o-ka-a-ele, Okal, lenitivo del dolor cuya eficacia ensalzaban los altavoces del estadio Metropolitano y el de Chamartín, antes de merecer los apellidos reaccionarios de Calderón y Bernabéu.

Dígame qué le duele. Hoy existen productos mucho más eficaces.

Muchas gracias y salgo de la farmacia; si le contara lo que me pasa, me hubiera recetado una retahíla de compuestos químicos, que pueden cortar el desagüe por lo sano, pero no los devuelve la seguridad social y algún que otro cáncer darán.

Por su situación estratégica al pie de una cordillera fronteriza y un cruce de vías naturales de penetración, Jaca fue desde siempre centro de sublevaciones. Plinio nos describe a los jacetani prerromanos como gente guerrera, que acuñaba moneda de tipo ibérico con la inscripción *iak*. Algunos sugieren que este nombre proviene de los Compagnons Constructeurs Enfants de Maître Jacques, y que este Maître Jacques fue un arquitecto celta que participó en la construcción del Templo de Salomón. No tiene nada que ver con el matamoros. La Iglesia católica se valió de la homonimia para crear la trapallada del Suplantador. Jaca fue el último núcleo importante en ceder ante los musulmanes, en el año 715, iniciando con su inmediata resistencia una guerra civil que con breves periodos de rearme duró hasta mediados de nuestro siglo. Seguiría contando si no fueran las once y no me royera la impaciencia por volver a Correos.

Apareció el fax de mi hermano. Está fechado la antevíspera. Ni se disculpan. Los obreros me dejan entrar en la catedral, fresca y desierta. Mi hermano se habrá pasado la noche traduciendo la circular u homilía, pobre hombre. No se limitó a eso; además indagó acerca de la autenticidad y fecha del documento. Me siento en un banco y despliego el fax, tan largo como la lista de Leporello en el catálogo de las *mille tré*:

Higinio de Córdoba a Hydacio, metropolitano de Emérita Augusta

Eminentísimo entre nosotros y amable para Dios, salud en el Señor. Te hubiera enviado noticias gratas si no me tuviese abrumado el trabajo pastoral, hasta tal punto que más bien tendría que llorar en lugar de escribir. Tu santidad puede muy bien observarlo en el texto de mi propia carta, precisamente por dirigirme con tanta tristeza a quien amo tanto.

De tal manera me encuentro agitado por mundanales marejadas, que temo no poder orientar a puerto seguro la antigua y averiada nave que por ocultos designios divinos se me encomendó para que la gobernase. Unas veces las olas se lanzan por delante, otras esas mismas olas del espumoso mar se levantan por los lados y en ocasiones la tempestad persigue por detrás.

Desde los años de gracia 370, siendo cónsules Ausonio y Olybro, se halla predicando en nuestras tierras una pareja de aquitanos llamados Elpidio él y ella Eucrocía. Su propósito consiste en depurar el cristianismo, cuyo declive comenzó, según ellos, en tiempos de los apóstoles para llegar a la degeneración con nosotros, los herederos de Pedro.

Esta pareja invoca a Simón Mago, mezcla con la fe de Jesu Christo dogmas sublimes y oscuros, referentes a la eternidad de la materia, a la existencia de dos principios - el Bien y el Mal - y a la jerarquía misteriosa de lo invisible, sacados todos de la filosofía oriental e incluso de la religión de Zoroastro. Afirman que el Antiguo Testamento no es divino, por lo cual debe ser rechazado, y son sus armas los Cuatro Evangelios, que llevan constantemente en la mano y saben de memoria, por lo cual resultan tan temibles. Los

interpretan de un modo contrario a las reglas de la Iglesia e introducen subrepticamente una multitud de textos apócrifos en sus sermones, causando impresión en quienes ignoran las auténticas Escrituras. Defienden actitudes muy estrictas en cuanto a la guerra, que consideran siempre inmoral y nunca bella, justa o buena. Por eso aborrecen la máxima "ojo por ojo y diente por diente" de Moisés, y en particular detestan al hombre salvado de las aguas, porque creó al rico y al pobre robando plata y oro a los egipcios cuando el éxodo de los judíos. Ellos y sus discípulos siguen al apóstata Juliano cuando expresa : "que nuestros sacerdotes prueben su amor al prójimo poniendo gustosamente a disposición de los indigentes lo poco que poseen". Por esto abandonan riquezas y hogares, andan descalzos y se jactan de su tipo de alimentación, absteniéndose de todo lo que ha sido animado y bebiendo sólo agua. Los miembros de esta secta venden sus posesiones y haciendas a fin de engrosar el fondo común. Todos los días acuden unánimemente a la iglesia, parten el pan en las casas y toman el alimento con gran alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios en medio del general fervor del pueblo. Revelan que entonces la muchedumbre de los que creen tiene un sólo corazón y una sólo alma, y ninguno tiene cosa alguna propia, sino que lo tienen todo en común. Así no hay entre ellos indigentes, pues cuantos han sido dueños de casas o haciendas las han vendido y llevado el precio de lo vendido a los pies de sus apóstoles; y a cada uno lo reparten éstos según su necesidad. Es decir, toman en serio lo que Jesu Christo predica al joven rico : "Vende todo lo que tienes y dalo a los pobres y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme".

Ascética en sumo grado es igualmente su moral, que les prohíbe, incluso estando casados, el uso de la carne, además de imponerles una gran austeridad en las demás circunstancias de la vida. En general, condenan la intemperancia y la vanidad del clero, su apego a los bienes de este mundo y el descuido y abandono con que miran los intereses del alma. Ellos pretenden preservar sus almas de todo lo que se relaciona con la materia y lo ilusorio, que tiende a la disolución del espíritu; aborrecen la mentira, luchan contra el sueño, el olvido y la molicie del cuerpo; en todo esto se parecen más a los cínicos que a los cristianos.

Niegan igualmente la existencia del infierno: el único infierno es el que padecemos en la tierra, sentencian. No soportan la vida de los ricos y desprecian los bienes, que sólo se alcanzan, afirman, con la ayuda de nuestra Santa Iglesia. "Demasiados miserables mueren de hambre, de sed y de frío ante la indiferencia de los jerarcas, que han contaminado con vino y fornicación a todos los soberanos de la tierra", tal es su lema.

Dan a Dios lo que es de Dios, sin embargo se niegan a dar al César lo que le pertenece. Es más, incitan a los siervos a desobedecer a sus amos, abogan por la supresión de la esclavitud y atacan toda clase de poderes, afirmando que quien respeta y glorifica a un príncipe, rinde culto a Satanás.

Convencen a los catecúmenos de que en los templos viven sacerdotes demoníacos instalados por influencia o fuerza. El templo material no es bueno, añaden, porque en él no se puede orar. Se oponen a la construcción de iglesias y de monasterios que se agregan posesiones, tierras y bienes terrenales, de modo que pronto todo será de la Iglesia.

Tratan a los anacoretas de raposos tragones borrachos y viciosos en sus escondrijos. El auténtico cristiano debe, según ellos, practicar la prolijidad de las masas y compartir privaciones y miseria con los humildes.

Celebran la misa abiertamente sobre una piedra en los campos o en los mercados. En la lejana Callaacia, en la dulce Aquitania, en la montañosa Avila los bosques son templos y las piedras altares, viéndose abandonadas las capillas, sus ruinas esparcidas por los suelos y la barca de la Iglesia expuesta a un naufragio total.

Cierta cosa es, señor y padre jerárquico, que por la gracia de Dios todo hombre debe imitar en su estado a Jesu Christo, esperar su gracia viviendo con caridad, y que

nadie puede hacerlo si menospreciando este mundo no se convierte en pobre. A veces lloro porque nuestra negligencia aumenta la sentina de los vicios y viniendo la tempestad ya fuertemente en cara, las putrefactas tablas de nuestra barca suenan a naufragio.

Como de todo hay en la viña del Señor, bien pudieran existir ejemplos entre nosotros que debemos corregir o extirpar, para que por nuestras faltas no sean descarriados algunos como corderos por alimañas. La Iglesia ha tomado a los príncipes cristianos en su seno y así, evidentemente, ha ganado en poder y riqueza, en cambio, ha perdido en fuerza interior. Incontables de los nuestros, si tienen una diócesis de dos mil óbolos, no se contentan con ellos; antes bien, los utilizan para sobornar a los delegados de Roma y aumentar su riqueza y poder. Algunos otros se afanan en dejar pingües herencias a sus hijos y así gastan los bienes de la Iglesia malamente, sin que existan hoy para la Iglesia mayores lobos que los propios pastores.

Toda la Iglesia, por nuestros pecados, está llena de los que sirvieron a Roma o fueron criados allí, obispos con sus hijos, sobrinos y más parentela, gozando todos de grandes rentas; o de los que entran por ruegos como hijos de grandes por dinero o por cosa que valga cantidad, y es maravilla si llega uno por letras o vida ejemplar. Hallándose señores, estos prelados ya no se conocen, antes se hinchan en soberbia y vana gloria, dándose a comer, beber y fornicar, y tratando mal a sus súbditos y vasallos, por fortuna mejores que ellos. Y así como dinero los metió en la Iglesia, nunca buscan sino dinero, ni tienen otra vocación que acrecentar sus posesiones, que de éstas sí tienen cuidado, y no de las almas.

Turbado en medio de semejante borrasca, me veo obligado unas veces a dirigir el timón contra la misma adversidad, y otras, dando una vuelta a la nave, a evitar de soslayo la amenaza de las olas. Mas la serpiente no ha de imprimir su huella en la piedra del apóstol, sobre la cual se edificó la Iglesia, y si volvemos a la vida austera y generosa la funesta mentira, no encontrará por más tiempo cabida en el ánimo de los fieles.

Me elevo humildemente a Tu Santidad para que ejerzas vigilante solicitud por todas las iglesias y confundas con la divina palabra a los profanadores del mensaje celestial y así no proliferen los reveladores de doctrinas. No se ha de llamar apóstol al que ocupa la cátedra de los apóstoles, sino a quien cumple el apostólico oficio. Del que obrare en contrario ordena el Señor : "Guardad y cumplid lo que os digan los escribas y los fariseos, mas no imitéis sus obras ". Porque de los hábitos y vidas de los clérigos redundan el buen y mal ejemplo entre los pueblos, se deben regularmente corregir sus delitos tras la debida inquisición para evitar contratos usurarios y otros grandes vicios como amancebamiento, enemistades, fornicaciones, los cuales desdichadamente abundan entre nuestros hermanos.

Es gran menosprecio de la honestidad y escándalo del pueblo el que los hijos espurios de los clérigos sirvan a sus padres en la Iglesia apropiándose de diezmos y limosnas : graves y continuas querellas se elevan cada día en nuestro obispado contra traficantes de bulas y otras indulgencias, imitando a los mercaderes que el Señor arrojó del templo porque convertían la casa de oración en espelunca de ladrones. Por ende, debería vedar que tal se haga, así como en ninguna manera sean sacristanes los susodichos hijos de clérigos en las iglesias en las que tuvieren los padres servicio o en cualquier manera que sea; impedir asimismo que los clérigos dispongan de mujeres sospechosas para su servicio, que anden de noche con espadas o puñales y representen farsas y bailes en las misas nuevas y en las bodas.

En virtud de lo anterior y de la santa obediencia, ordeno, so pena de excomunión, que ninguna prédica se dé sin nuestra expresa licencia y prohibo que los clérigos de esta jurisdicción canten misa sin licencia del obispo o de su provisor u oficial tras ser

examinados en la misa y en las conductas, pesando muy juntamente sus riquezas, cordura y prudencia.

Me atrevo a pedirte que tú, a quien ha honrado Dios tanto que te ha erigido en el hombre más descollante de Lusitania; a ti, el primero y más excelente de los obispos, des la señal para estos abusos hallen pronta sanción en tus dominios y sea así loado y honrado el nombre de Dios por causa vuestra. Y si me amas, jerarca queridísimo, tiéndeme la mano de la oración en medio de estas olas. Como recompensa, podrás encontrarte más valiente en tus propias adversidades.

Me agradaría, oh reverendísimo y santísimo varón, recibir noticias de tu salud. Y suplico a la prudencia de tu paternidad, que cuando dirijas al Señor tus preces, se digne a interceder por nosotros, para que con el aroma del incienso y de la mirra sean purificadas nuestras almas del pecado, pues harto sabemos que ningún hombre surca este mar sin peligro.

Higinio, obispo de Córdoba

"Estoy terminando el segundo texto, apostilla mi hermano al final del documento. Lo mando esta tarde a la misma dirección. Un abrazo casi priscilianista. Pedro. "

Salgo de la catedral levitando. La circular pastoral, rescatada de tantos siglos atrás, ha influido como oxígeno en mi cuerpo. Donde mejor se esparce uno es en moto a setenta. Decido aprovechar el tiempo muerto, seis horas que tardará en llegar la segunda pastoral, viajando a Huesca. Visitar el Museo Provincial, las tumbas de Fermín Galán, de García Hernández; y, desde hace un par de años, el gran fresco de Antonio Saura.

Huesca está como a noventa kilómetros de Jaca. Se va por una buena carretera, secundaria en el mapa y de primerísima por la variedad de callas que la rodea.

Siguiendo la hoya de Huesca y el desierto de Las Badenas, surco campos y montañas de esta flor amarilla, olorosa, silvestre de Cataluña a Galicia. En estos finales de agosto sopla una brisa fría, no me topo ni con una iglesia entre Sabiñánigo y Lanave. El único ruido en esta región desconsolada es el jadeo de Priscila.

Priscila es la Vespa. La bauticé Silvina saliendo de París. Se trataba de un nombre circunstancial. Como ayer alcanzó la edad de la confirmación, lo he cambiado por Priscila. Obvio. Además responde a la anchura de mis sentimientos.

Nos estrenamos felices ella y yo entrando en follajes de arboledas, saliendo al campo abierto; bajando, subiendo con renovada energía hasta el puerto de Monrepos, que era etapa de los peregrinos procedentes de Tarbes y de Lourdes. Allí repostamos, ella gasolina y yo un bocadillo.

Es la enésima vez que voy a Huesca por esta carretera. La primera fue hace ya no quiero saber cuanto tiempo. Si Matusalén tiene un émulo, ése soy yo; sigo entre pinos y alcornoques por la mañana soleada. Pero ahora caigo en que el motivo de este desvío es visitar la tumba de Fermín Galán. Si me permiten se lo cuento a lo Hemingway, sin recargamientos faulknerianos.

En 1931 se había formado en España un Comité Revolucionario Nacional para derrocar la monarquía de Alfonso XIII. El capitán de infantería Fermín Galán era el responsable del levantamiento en Jaca. Galán discrepaba del Comité en cuanto a la fecha del golpe; estaba previsto para el 15 de diciembre y a él no le daba la gana de esperar. Le dio la gana de actuar por su cuenta y riesgo tres días antes. Algunos de los conjurados, entre ellos Casares Quiroga, se desplazaron de Madrid a Jaca para calmarlo. Llegaron a las tres de la madrugada y se fueron a dormir, en lugar de entrar

en contacto con él. Horas después, Galán y sus hombres asaltaron el cuartel de la Victoria. Inmediatamente publicó un bando con un sólo artículo :

"Todo aquel que se oponga de palabra o por escrito, que conspire o haga armas contra la República naciente será fusilado sin formación de causa."

Por qué les estaré contando esto. Entre tanto hemos llegado a Huesca y desde ahora les prometo callar cualquier otra descripción histórica.

Iré directo a la Diputación, a ver el fresco de Saura y al Museo provincial antes del cierre. Hay en él una mano de bronce, carcomida y elástica, el único resto de una estatua colosal del siglo dos. Es mano de pianista *avant la lettre*, con el pulgar saliente como quería mi antiguo profesor Lazare-Lévy. Mano entreabierta, de generosidad calculada, que ha debido ver Miquel Barceló a través de Picasso.

Y si en seguida voy a visitar la tumba de Fermín Galán, es por la admiración que producen los insumisos. Prefiguración del Che Guevara : en 1932 se vendían en España corbatas, pañuelos, ceniceros y cromos con el retrato de Fermín Galán. Su tumba se halla en la parte civil del cementerio de San Jorge.

"D. Fermín Galán Rodríguez. Capitán de Infantería.

4-octubre- 1899 -----14-diciembre-1930.

D.E.P. Su madre y hermanos. (Propiedad)."

A pesar de haber rechazado la absolución del cura, a Galán le pusieron una cruz en la tumba. La cruz está cubierta con una bandera republicana. Antes de la democracia los falangistas quitaban la bandera y alguien la volvía a poner. Me parece que ahora lo dejan en paz. Los restos de Angel García Hernández, el otro fusilado, se hallan en la parte católica del cementerio y nunca nadie los tocó.

Regreso a Jaca con Priscila exhausta y el tiempo justo para ir a Correos. Me están esperando, tal vez escaldados por el incidente de esta mañana. Acaba de llegar el nuevo fax de mi hermano: " Se trata de una pastoral de Hydacio de Mérida, me explica en el preámbulo, a Itacio de Ossonoba, ciudad ésta ubicada al lado de Faro en el Algarve portugués. Se ve que Hydacio estaba alarmado por los progresos de la " herejía " en el pueblo, así como por el respaldo que le daban numerosos obispos de Lusitania, Hispania y Aquitania. Ahí te va la traducción " :

Hydacio de Emérita Augusta a Itacio, obispo de Ossonoba

A Itacio, venerable obispo de Ossonoba por la gracia de Dios, Hydacio, por la misma gracia obispo metropolitano de Emérita : salud y eternos lazos de amistad.

Para que todos los fieles sepan cuán grande es la soberbia en los descarriados, te resumo las acusaciones que contra los nuevos herejes me formula Higinio, nuestro descarriado hermano y obispo de Córdoba. Sirvate esta misiva a modo de compendio de los errores de la herejía, y te encargo vigiles para que se extirpen los errores en todo el ámbito ibérico.

Conocemos las múltiples y graves herejías que últimamente se han divulgado y que como serpientes infunden veneno mortal. Todas ellas pueden fácilmente ser evitadas y vencidas, porque se descubren a primera vista. No obstante, la que ahora se insinúa hiere a los inocentes, porque mantiene íntegramente nuestro credo y con una sólo palabra emponzoña la fe de la tradición apostólica. Y sabe Dios que, aunque no compartiese sus ideas, rendiríame a su parecer si dijeran la verdad, recordando que está escrito : "Si iuniori revelatum fuerit senior taceat".

Por eso hemos de precavernos con urgencia. No hay nada que tanto conduzca a la muerte como violar la integridad de la fe bajo el disfraz de la propia fe. Así como el yeso mezclado con agua adquiere el color de la leche y engaña, de igual modo, mediante una confesión verosímil, los nuevos herejes están engañando con una tradición falsa y enemiga.

Me han revelado ahora que el cabecilla de la secta es un seglar llamado Prisciliano, un anticristo que anuncia el fin del mundo, venido del noroeste y de raza hispanorromana, si hemos de juzgar por su nombre latino, de igual suerte que los de Priscus o Priscila. En particular lo siguen las mujeres, ansiosas siempre de cosas nuevas y atraídas por la discreción y cortesanía del galaico, blando en palabras, humilde en el ademán y en el ropaje, medios propios para cautivar el amor y la veneración del sexo ingenuo.

Denunció Higinio el apóstata que Prisciliano vela mucho, es sufridor de hambre y sed, nada codicioso y sumamente parco. Son éstas cualidades de gran orgullo, pues con ellas censura nuestras formas de vida y pretende imponernos el celibato. Ya la epidemia de esta perfidia ha invadido la mayor parte de la Tarraconense y de Aquitania; y es más : algunos obispos depravados, entre ellos Instancio y Salviano, han admitido al hereje, no solamente por consenso, sino, además, bajo una especie de conjuración. No obstante, donde la semilla de abrojo ha germinado con mas profusión, es en Callaecia. Allí se predica en calles y ferias sin que haya siervo, tendero o artesano que no sea teólogo insondable. Si extraviado estás en el campo y preguntas a un esclavo tu camino, te perderá en disquisiciones sobre que, vayas adonde vayas, tu senda está trazada por la providencia. Y si en una panadería entras a comprar un bollo, te comparan la sustancia del pan con el cuerpo divino de Jesu Christo.

Sábese que Prisciliano es de familia noble, muy rico, elocuente, atrevido, erudito por la mucha lectura y adiestramiento en discurrir y disputar. Sería ciertamente un hombre feliz si no se hubiese echado a perder en Burdeos con las malas opiniones de una tal Eucrocía. Como apostilla el santo Jerónimo de Belén : "la mujer lleva al varón al infierno como la ciega conduce al ciego a la hoya".

Es Eucrocía mujer de no baja cuna, y su marido Elpidio, famoso retórico de aquella ciudad. Ambos aprendieron la execrable superstición de Marcos, venido de Egipto, discípulo a su vez de Manes y experto en el arte de la magia. Marcos llegó primero a las Galias y mancilló las tierras por las que fluyen el Ródano y el Garona, seduciendo con artes mágicas a muchas nobles mujeres. La pareja acompaña ahora a Prisciliano por la perniciosa secta de los gnósticos y maniqueos, no dudando en predicar sus patrañas en nuestro país. Con sus consejos separan a los esposos y profesan una abstinencia que no ha sido impuesta por Cristo a los hombres como precepto legal, sino concedida como gracia para elevar su dignidad.

Nada de lo que los priscilianistas incluyen en sus doctrinas lo ponen con la sencillez de la fe evangélica, sino con páfida malignidad para seducir a los sencillos. Es tan sospechoso como claro para todos que la frase que suelen enseñar, "Dios es Dios", no quiere decir que Jesu Christo haya nacido Dios, sino que ha sido hecho de Dios. Explican que cuando descendió al seno de la Virgen María, nació de ella otro distinto del que había venido. Por eso, insisten, alterada la sustancia, el estado se cambió, el orden se perdió al convertirse de Dios en hombre y de espíritu en carne. Y ciertamente toda traslación es la desaparición y muerte de lo pasado.

Se sentenció en el sínodo que los herejes aportan variantes substanciales a la teurgia y a las artes mágicas, lo cual no es de extrañar sabiendo ahora que la patria de su inspirador es Callaecia y el panteísmo no ha sido extirpado de aquellas tierras. Igualmente la superstición astrológica, más desarrollada en el priscilianismo que en ninguna de las

sectas que lo precedieron, se ve favorecida por el culto astral, hondamente enraizado en el celtismo.

En sus inicios, censuró Prisciliano algunos opúsculos de los Padres e himnos que se cantan en las iglesias. Poco a poco, su impudicia llegó a sustentar que la divinidad omnipotente está difundida de igual manera en el profeta que vaticina, en el diablo que vuela por los aires, en el ídolo venerado por los infieles y hasta en los viscosos gusanos del barro. De ahí pasa a afirmar que lejos de la Santísima Trinidad hay otras sustancias, no criaturas, sino creadoras. Y de una en otra aserción vana ha ido cayendo hasta pasar y romper toda regla.

Por nuestra parte, con el deseo de ahondar las observaciones de Higinio, hemos considerado menester, admirable prelado, introducir familiares nuestros entre sus seguidores. Así puedo explayarte sus aberrantes especulaciones y sus hábitos disolutos, que no todos conocen porque no todos han penetrado en su entorno.

En primer lugar, rechazan la jerarquía y no se sabe a ciencia cierta quién es catecúmeno entre ellos y quién es creyente. Todos tienen acceso a la liturgia y a los sacramentos, escuchan, rezan igualmente, se turnan en las funciones sacerdotales. Declaran que el hombre y la mujer han sido creados simultáneamente en dos actos distintos, por lo cual son a la vez diferentes e iguales. Por consiguiente, predicán la semejanza de sexos, basándose en el pasaje de Tomás en el cual Jesu Christo exhorta así a sus discípulos : "Cuando consigáis que el varón y la hembra sean uno solo, a fin de que el varón ya no sea varón y la hembra ya no sea hembra, entraréis en el reino de los cielos".

Ni legos ni mujeres - en el fondo canales sin agua - son excluidos del ministerio del altar; ellas participan en las ceremonias religiosas con las mismas facultades que los hombres, sin que el sacerdocio de la mujer parezca novedad a quienes han venerado a las druidesas. En un momento dado ponen novicios en los cargos; en otro, a personas ligadas por empleo secular, de forma que en ninguna parte es mas fácil el ascenso que en el campo de los díscolos, donde el simple hecho de estar, es un servicio principal. Hoy es obispo un hombre, la persona que mañana será diácona pasado mañana será lectora, la que es sacerdote hoy será laica el día siguiente.

También comparten el beso de la paz con todos los que acuden, sin importarles la diferencia con que traten los temas. Les basta coincidir en tomar por asalto la ciudadela de la Verdad.

Para ellos, todas las cosas son dobles, una contraria a la otra y recíprocamente indispensables. Reducen su doctrina a un dualismo resuelto y audaz : el Dios de la bondad y Satanás, origen del mal. Ambos principios son eternos : Satanás no es el Angel desterrado, sino el genio de la materia; o más bien, la materia misma. Aseguran que el Mal, principio de negación y de corrupción, se halla en la materia y no ha sido creado ni querido por Dios, quien, siendo un espíritu abstracto y puro, nada puede crear, ni siquiera un embrión. En suma, coexisten en la tierra el bien y el mal, complementándose y contradiciéndose como la risa y los sollozos, el agua y el fuego, la luz y las tinieblas.

Realizan el bautismo como se les antoja. Por lo común mezclan aceite y agua, que vierten sobre la frente de los recién nacidos, al tiempo que pronuncian fórmulas en lengua hebrea para impresionar a los presentes. Afirman que eso es la Redención, matizando que en nada beneficia el bautismo a los impúberes y que es preferible esperar a los quince años para suministrar este sacramento. Preparan entonces una cámara nupcial y celebran una iniciación mistérica con inmersión de neófitos desnudos, de ambos sexos, y con rogativas de este jaez : "Invoco al que está por encima de toda potencia del Padre, el llamado Luz, Espíritu y Vida, para que reine en tú cuerpo virgen". A lo cual debe responder el iniciado : "He sido robustecido, he sido redimido y redimiré yo mi alma de este mundo y de todas las cosas que le pertenecen". Llaman a esto boda espiritual, a semejanza de los conyugios

de los seres superiores. Pretenden que el Señor, a instancias de su madre, ofreció esta Redención a los hijos de Zebedeo.

No faltan quienes rechazan todo esto y afirman que es superfluo celebrar el misterio de la secreta e invisible potencia, en criaturas visibles y corruptibles. La verdadera redención consiste para ellos en el conocimiento mismo, el de la grandeza indecible que llaman gnosis.

De Jesu murmuran que no nació de virgen; que lo engendraron José y María del mismo modo que a los demás hombres. Y tienen por fantasía literaria la expresión: "Virgo terra non arabilis", pretendiendo tal imagen que el arado hiende el surco, hiriendo la tierra como el miembro viril realizaría un ultraje en la virginidad de la madre del nazareno. El era superior a todos en justicia, prudencia y entendimiento. Después de su bautismo descendió sobre El Christo bajo la figura de paloma, procedente de la potestad suprema. Entonces, comenzó a anunciar al padre ignoto y a obrar milagros. Cuando llegó el cumplimiento, el Christo levantó el vuelo de nuevo y resucitó, mientras Jesu permaneció impasible. No padeció la pasión, sino que requisaron a Simón de Cirene para llevar la cruz, pues que había tomado su figura. Y Jesús, a su vez, asumió la figura de Simón y estaba allí, mofándose de ellos.

Sostienen que Judas el Traidor conocía con precisión estas cosas, por ser el preferido de Jesu, y el único a quien éste había comunicado la gnosis. Advirtiéndole que Jesu se ocultaba y que al género humano no se le ofrecía la salvación por medio de su muerte, velando por los hombres, Judas cumplió el misterio de la traición y lo entregó a los saduceos.

Afirman que por medio de transmigraciones en los cuerpos, las almas pasan por toda clase de acciones y vidas, a no ser que alguien sumamente diligente lo realice todo de un golpe en el transcurso de una sola vida. Si alguien entre nosotros sacara a colación semejante dislate, por loco lo tomaríamos. En cambio alegan ellos que Jesu Christo se refirió a esto en la siguiente parábola: "Cuando estés en camino con tu adversario, apresúrate a liberarte de él, no sea que te entregue al juez y éste al alguacil y te envíe a la cárcel. Te aseguro que no saldrás de allí hasta haber pagado el último cuadrante".

El adversario, según ellos, es uno de los ángeles que están en el mundo, al que llaman demonio, creado especialmente para conducir las almas que perecieron. Afirman que éste es el primero de los hacedores del mundo, y que entrega las almas a otro ángel que está a su servicio para que las encierre en otro cuerpo, pues para ellos la cárcel es el cuerpo. Y la frase "no saldrás de allí hasta haber pagado el último cuadrante" la interpretan en el sentido de que nadie escapará al poder de los ángeles que crearon el mundo.

Combaten asimismo la eternidad de las penas, llegando a afirmar que el único infierno es el de la propia conciencia y que incluso el mismo demonio podría salvarse quoad substantiam, porque una vez consumida por el fuego la materia, parte accidental y maléfica, la sustancia es buena. A los que no aceptamos sus heréticas alegaciones, nos llaman comunes y eclesiásticos, mantienen que seguimos viviendo en las regiones inferiores, como si no pudiéramos elevar nuestras mentes a las alturas ni comprender los misterios que hay allí.

Lo más atractivo para el pueblo en la nueva herejía es su dimensión sideral, cuyos gérmenes encontró Prisciliano en el druidismo. Sin embargo él no se satisface con decir que los hombres obedecen al influjo de los astros, como afirman sus predecesores. Enseña que sobre los miembros del cuerpo tienen dominio los doce signos del zodiaco: Aries sobre la testuz, Tauros sobre la cerviz, Géminis sobre el pecho y así cada signo se halla dividido en treinta zonas y cada una de éstas en sesenta grados, que es como designan la parte mas pequeña y ya indivisible. En el zodiaco distinguen signos masculinos y femeninos, según

que posean naturaleza concurrente en orden al nacimiento de machos o de hembras : Aries es un signo masculino, Tauros es femenino, y así siguen divagando. Llegan incluso a subdividir cada signo en doce partes iguales y adoptan luego un procedimiento parecido al de los pitagóricos.

Este sistema de clasificación de astros es de origen caldeo, y se lo apropió el mencionado adalid en nombre de la verdad e inventa multitud de nombres para cosas que no existen, discurriendo con suma impericia y fantaseando con el arte de los astrólogos.

Tales son las doctrinas con las que Prisciliano está perdiendo a tantos hombres. Sirviéndose de las palabras de Empédocles y de Platón, adaptándolas a su conveniencia, elaboró una religión impía. Habremos de refutarla rotundamente, sin omitir ninguna de las teorías que los paganos robaron a los griegos atribuyéndolas a los discípulos de Jesu Christo y pretendiendo haberlas obtenido de El.

Confío en tu inteligencia, y una vez que hayas comprendido lo esencial, lo propales entre los que están en tu entorno, exhortándolos a guardarse del abismo de la insania y de la blasfemia contra Dios. ¿ Esa oveja roñosa pretende ser domine nuestro. ¿Cuándo se ha visto que los galaicos vengan a enseñar a los ibéricos? Ignominia sería para mí que tal rumor llegase a la diócesis de Roma; que después de haber juzgado nosotros y extirpado de raíz, con la ayuda de Dios, la herejía de Marcos de Menfis en cuanto a la celebración de la Pascua y otros errores, haya quien nos tache de herejes. Por eso te encargo que te pongas al frente de la batalla. Si obras con tibieza y no enmiendas presto este daño, heraldo saber a los demás y su reprobación será para ti ignominiosa. Endereza tú la senda de nuestros hermanos Instancio de Salamanca y Salviano de Coria, quienes están todavía con la leche en los labios y se dejan guiar por ese impío y cismático.

Nosotros, deseosos de oponernos a tal peligro, hemos desterrado a Prisciliano y a sus secuaces de nuestra diócesis. Te exhorto a que arranques tú también el mal de esa tierra tuya como proclamó el apóstol - haereticum hominem post unam et aliam commonitionem devita - de igual suerte que la monstruosidad maniquea fue erradicada de la Bética. Además, te insto a que seas tan amable de visitarme con tus misivas y asimismo me des noticias de tu comunidad, pues eres ciertamente un excelente obispo.

Sobre la molestia de la podagra que te aqueja, debo confesarte que yo también me encuentro enormemente oprimido por un constante dolor provocado por esa misma enfermedad. Nuestro consuelo será fácil si en medio de los castigos que padecemos, traemos a nuestra memoria los pecados cometidos. Así miradas las cosas, la enfermedad ya no es un castigo sino un don; porque si pecamos por el deleite de la carne, con el dolor de esa misma carne lo hemos de purgar.

Lo desasosegado que me encuentro por las actividades de los herejes y por la enfermedad te lo demuestra la brevedad de esta carta, en la cual, a quien tanto quiero, tan poco le hablo de mis asuntos personales. Si tienes algún tiempo al margen de tus obligaciones, no dejes de escribirme.

*Salud a los fieles de nuestra Iglesia. Con Dios
Hydacio. Dada el siete de agosto de 379*

Llegó Berta. Cuando me acercaba a la estación de autobuses aún subsistía la posibilidad de que en el último minuto, antes de salir de Barcelona, se le hubiera plantado su novio : por última vez te digo que si te vas con eses vejestorio no me vuelves a ver; o se percatara ella de que es mil veces más arriesgado viajar en moto con un obseso sexual que provocar a los guerrilleros del Bajo Magdalena. Lo primero que haremos, me dije, será llevar la moto a un garaje para que juzgue el mecánico.

Por lo menos, el encuentro fue puntual. Igualmente caluroso, sería mucho pedir. Casi no nos conocíamos. La imagen que desde hace año y pico se había ido difuminando

en mi recuerdo, de una chica tímida y modosa, ferviente de literatura y vestida con excesivo recato, se me derrumbó al verla de Caperucita cortifalda, blusa vaporosa y cabello azafranado. Santo Dios, cómo lo cambia a uno la aventura colombiana.

Desayunamos en el café de la estación. Llevamos la moto a un taller. El mecánico le restó importancia a la constelación del tablero de bordo. Unas gotas de loockeed y se apagaría el lucero amenazador. Eso por lo de los frenos. El que la señal del aceite se encendiera, lo atribuyó el experto al sistema electrónico de la Vespa Cosa. En los modelos anteriores uno mismo hacía la mezcla sin necesidad de ser una lumbrera. Podríamos ir tranquilos a setenta por hora en lugar de noventa; y sin peligro, a condición de formar un sólo bloque, sobre todo en las curvas.

De pronto me acuerdo de que debo llamar por teléfono a la gestoría de Irimia por lo del examen de conducir. La intromisión de Prisciliano en mi vida me está haciendo olvidar la finalidad del viaje. Me dicen que se ha presentado una complicación administrativa. Mi DNI está caducado desde hace cuarenta y tres años. Repito: quinientos dieciséis meses. Debo renovarlo, con dos fotos de ahora y fotocopia del pasaporte. Ellos me van a domiciliar en el hotel de mis padres, cerrado en el setenta y dos. Escuchen bien : unos doce mil setecientos setenta y cinco días, sin contar los febreros bisiestos. Con el resguardo de la petición podremos seguir adelante. Les mando lo antedicho; y ya, hacia las dos de la tarde, henos prestos a salir.

Bordeamos primero la Canal de Berdún, valle longitudinal de los Pirineos y primer espacio de alguna amplitud que se encuentra después de atravesar las montañas. La Canal se bifurca en dos rutas importantes; una conduce a los reinos de Navarra y Castilla, seguida por los antiguos peregrinos a Compostela; y otra, por la antigua vía, lleva a Zaragoza y al Bajo Aragón.

A mi pasajera le sorprende que tome la segunda, dejando de lado la Vía Láctea, bajo cuyas estrellas peregrinó hace dos años en bicicleta con su padre. Me llegan ráfagas de sus palabras deshilachadas por el viento. Quiere visitar el monasterio de San Pablo de la Peña: allá enderezo la guía, por caminos empinados cuyos rodeos Priscila, convaleciente y encorajinada, logra vencer a base de patinazos de embrague y frenazos: fulmina el tablero de bordo, alerta de frenos, alerta de aceite; alerta, para colmo - por tantas circunvalaciones - de gasolina. La Vespa tiene una autonomía de ciento setenta kilómetros en llano, pero con doble carga, subidas y pedruscos se queda en la mitad.

Hemos dejado la carretera que sigue el curso del Gállego, donde sobreabundan industrias químicas, fábricas de abonos, de aluminio y estaciones de servicio. Allí es donde tenía que haber repostado, antes de adentrarnos en el desierto.

Se extienden ahora delante, a lo lejos, montañas ocre de boj y de jara. Traspuestas estas montañas nos salen otras con encinas y alcornoques y en seguida otras de garriga y quejigo. Cuando al fin llegamos a San Juan de la Peña estamos cansados, muy cansados, Priscila y yo. El tercer personaje da muestras de satisfacción incongruente, como si hubiera volado en primera clase del Concorde. En vista de lo cual le asigno la tarea más ingrata: seguir escribiendo el diario del viaje.

II

Hola, amigos, soy Berta. Supongo que Mario Luis ya me habrá presentado. Vamos a ver como me sale: me planté en Jaca una hora antes de la cita con él. No había localizado a mis amigos de Huesca, así que la noche anterior tuve que dormir en una pensionucha de dicha ciudad a la que me guió un mocetón con el que había compartido autocar desde Barcelona.

Fan incondicional de los Stones, el chico, al ver que yo también llevaba walkman, se empeñó en que escuchara el último disco de sus ídolos y sólo logró a medias que me gustase. Con paciencia y cuidándome como si fuera una pobre rezagada en temas musicales (seguramente lo soy), se tomó casi dos horas para contarme que, como en todo, con las canciones también es cuestión de cariño. Creo que acabamos haciéndonos buenos colegas, aunque no quise ir a su casa a dormir.

Me ha dicho Mario Luis que relate los hechos. Que plasme mis ideas. Mis sentimientos. Que lo cuente todo con pelos y señales sin temor a la impudicia. Bueno, pues no fue hasta bajar del autocar, ya en Jaca, cuando me di cuenta de que mi atuendo no era precisamente el propio para viajar en moto durante tantas horas al día. Faldita acampanada negra. Gorra visera verde. Camiseta blanca de tirantes. Jersecillo imitación de terciopelo azul turquesa liado en la cintura. Botitas. Y mi queridísimo y poco práctico bolso bandolera.

Consciente que de la "quema" sólo se salvaban las sandalias, lo primero que hice fue buscar un supermercado y comprar un paquete de bolsas gigantes de basura que por lo menos cumplieran las funciones de chubasquero. Salí del súper algo más confiada y justo en la plaza de enfrente lo divisé a él cargadito con una bolsa de mano, el mapa y el periódico bajo el brazo y sinceramente bien equipado de los pies a la cabeza. Nos abrazamos. Era, creo, la tercera vez que nos veíamos, pero nuestra llamadita semanal, aún hoy, no nos la quita nadie, así que me sentía, de verdad, cerca de él y me moría de ganas de verlo en vivo y en directo después de más de un año de teléfono.

Reconozco que el encuentro era algo raro. Sus sesenta y su interés y mis veintipico y mi interés podían derivar en una relación poco natural, pero la protección es mutua, creo, y la balanza nunca fue catapulta.

Fuimos a tomar un café y me zampé un donuts mientras Mario Luis me enseñaba en el mapa el camino recorrido y el que nos quedaba por recorrer. Se disculpó. Había salido de París sin plan preconcebido, pero ahora quería seguir por lo que llamaba el camino de Prisciliano. En seguida me habló de este personaje, cuya vida y martirio iba descubriendo a lo largo del trayecto. A mí me daba igual. Lo hubiera acompañado a cualquier sitio y con cualquier excusa. A Monserrat andando. A Jaén en patinete. A Murcia de rodillas. Lo que me hacía ilusión era verlo a él tan ilusionado. Dispuesto a afrontar de buen grado lo que le echaran. Si eso lo había conseguido Prisciliano, pues viva Prisciliano.

Euforias aparte, la elección de metas no viene de las estrellas, sino de uno mismo y si hablar del personaje en cuestión se había convertido en su meta, estaba convencida de que algo grande tendría Prisciliano para ser entrevistado por mi amigo.

Una vez "desayunados" nos fuimos a buscar la moto, un encanto de Vespa que no protestó nunca en mi presencia, pese a que el mecánico que acababa de hacerle una revisión nos confirmara el mal estado de no sé cuantas piezas. No le hicimos caso. Mario Luis sacó del maletero unos pantalones para mí. Un chubasquero como Dios manda. Un casco. Una chaqueta. Y hasta unas gafas estilo aviador que me quedaban que ni pintadas. Poco sillín veía yo para dos personas y tantas horas. Conozco bien las

dimensiones de mi trasero, pero el posible apretujamiento confieso que no me preocupaba lo más mínimo.

Empieza la aventura. Hace fresquillo, pero agradable. Acostumbrada al encierro que nos impone en Barcelona Montjuic y el Tibidabo, la vista se me ensancha por estas llanuras. Ni el ruido de la moto. Ni el viento. Ni los coches logran hacerme callar. Son tantas las cosas que quiero explicarle y se amontonan con tanta fuerza en mi cabeza, que el pobre se va a asustar de la cotorra que lleva de paquete y a la que, esta vez sin Telefónica por medio, no podrá "colgar" en todo el día. Este hombre es para mí una especie de tutor. Ha leído mis escritos. Mis balbuceos. Conoce a los personajes de mis cuentos. A Renata. A Teresa la barbuda. Y al desconsolado novio de *Sin ti y con tus animales*. Además, me ha hecho apreciar un montón de libros, tiene en cuenta mi opinión sobre los suyos y creo que nunca se aprovechó de mi admiración ni se cargó la balanza, cosa muy propia de los intelectuales cincuentones de hoy en día. Servidora tiene una cierta tendencia a subir a los pedestales a mis maestros pero él no se dejó. Eso nos salva y nos permite hacer viajes como este. Y lo tengo delante, aquí mismo, manejando el timón de su vespita. Cómo no acosarlo con preguntas, comentarios y apreciaciones varias que llevo enganchados y que sólo puedo compartir con él.

Qué alegría. Servidora va más contenta que unas pascuas. Arriba, abajo, parada, café, tapas. Hasta poner gasolina me parece algo francamente divertido. Con tal de no irritarlo a él con mi entusiasmo. Creo firmemente que, en muchas ocasiones, las cosas son aburridas porque estamos aburridos, pero se me olvida a menudo que la euforia incontrolada de uno puede acabar con la paciencia del otro. Esa ráfaga íntima de entusiasmo se erige en reina y señora del viaje. Qué más puedo pedir. Mario Luis espera indulgente en ocasiones a que deje de reír histérica, y ese vivir cerca de las cosas es, creo, lo que mas me gusta de él.

Nos estamos acercando al monasterio de San Juan de la Peña. Mis ojos son como girasoles, mirando a derecha e izquierda. De vez en cuando miro para atrás. Me dice el conductor que un buen paquete debe permanecer estático. Bueno, pues la naturaleza ha puesto aquí unas montañas yermas y tristes, quemadas por el sol como uno de esos fondos imprecisos que pintaba Benjamín Palencia; traspuestas unas salen otras, y al cabo otras hasta lejanos términos. También me ordena el piloto que me informe, pregunte a los guías, recoja prospectos, consulte libros para contar la historia de los lugares que visitamos, metiendo de paso alguna que otra cita literaria. Vamos a ver. En san Juan de la Peña se han entrecruzado varias civilizaciones, muchos siglos de historia dejaron sus huellas, y aquí la religión y el arte encontraron nuevas expresiones.

En el puerto de Ordal el cielo está cargado. Pronto empiezan a caer relámpagos, ladera del cielo abajo, pero sin truenos. Yo ignoraba el peligro que entraña una tormenta seca y silenciosa. Es la peor. Se lo digo a Mario Luis en frases entregadas al vuelo, y como no quiero resultarle caprichosa e incordiante, me trago el miedo. El sigue acelerando, sortea con pericia los rayos que sacuden el aire a unos kilómetros de nosotros. Cada vez que vamos directos a las centellas, una curva milagrosa nos lleva al lado contrario. Sopla un viento muy fuerte que nos despliega los impermeables como velas de barco. Arrecian los relámpagos. Los cielos retumban, hasta hacerse casi inaudible el fragor. No sé por qué se me fue el miedo. Me puse a rezar a santa Bárbara como me enseñó mi abuela. Qué saben los truenos y centellas inscritos en el cielo de santa Bárbara bendita. Mientras pensaba esto, el oro del cielo ha ido perdiendo oscuridad. Al salir de una curva aclara de pronto y sale un sol resplandeciente.

Así llegamos, transidos y empapados, al oasis de Ayerbe, un pueblito surgido a lo largo de una recta. Son las dos de la tarde. Nos paramos a picar algo en una tasca de los soportales. Gente simpatiquísima. Nos toman por padre e hija. Comemos tapas

deliciosas de hígado al ajillo. Torreznos. Chicharrones que Mario Luis no ha probado nunca iguales ni en Galicia. No tienen fruta en el bar, pero el dueño llama a su hija para que nos vaya a comprar " malecotes ".

A todo esto se ha ido formando un círculo de hombres en torno nuestro. Desempeñando mi función de cronista les pregunto por la historia. Las costumbres. Las características de Ayerbe.

- Aquí, señorita, somos todos republicanos, me suelta de sopetón uno de ellos.

Me quedo un tanto perpleja. Yo tenía tres años cuando murió Franco y me crié con Juan Carlos, que me parece un tipo majo.

- ¿ Entonces aquí no quieren al Rey?

-A ese señor, me contesta el mismo de antes, lo impuso un tirano y su predecesor en el trono fue un asesino.

¿Quién habrá sido, me pongo a echar cuentas con los dedos, el último rey de mi país? Siento vergüenza por mi desconocimiento de la historia de España. Mario Luis me lanza un capote:

- Mi padre aseguraba que Alfonso XIII dimitió tras las elecciones municipales que había ganado en todo el territorio, salvo en las grandes ciudades, y que se exilió para evitar derramamientos de sangre.

- Su padre tampoco estaba muy enterado, me rebaten a mí con pocos miramientos hacia "mi padre". Pero sin agresividad.

Entra la hija del tabernero con una amiguita y cuatro " malecotes " en las manos.

- A ver, niñas, cantadles a nuestros amigos las coplas de Ayerbe, les ordena un presunto padre. Las chiquitinas dejan los malecotes encima de la barra, se colocan una al lado de otra y empieza la hija del tabernero:

*La primavera ha venido
y don Alfonso se va.
Muchos duques le acompañan
hasta cerca de la mar.
Las cigüeñas de las torres
quisieron verle embarcar.*

En la siguientes estrofas cantan a dúo:

*La primavera ha venido
del brazo de un capitán
¡ Cantad, niñas, en corro:
Viva Fermín Galán !*

Emprendemos el camino a Zaragoza. Soy bastante intuitiva, me manejo bien en las selvas y en algunas ciudades con sol, pero en cambio, mapa en mano, me armo unos líos tremendos. Desde Jaca a Zaragoza, creo que mis indicaciones (yo cargo con el mapa, mientras Mario Luis conduce, ya se sabe), son de lo más confusas. La verdad es que hasta creo que por mi culpa nos metemos en una granizada tremenda, ahora sí que caen relámpagos y chuzos como puños. Yo me atrincheré detrás del piloto y éste no se quiere parar. Me parece oírle decir que los neumáticos actúan de aislantes contra los rayos. Un desastre, "el copiloto mal equipado" resulta también un fraude a la hora de guiar, pero a Mario Luis parece importarle un carajo el rumbo exacto.

Tras bordear un canal anchísimo que debe ser el de Castilla vuelve la calma. Con sol llegamos a Villanueva del Gállego. Mario Luis recuerda que aquí viven unos

amigos del cantautor Labordeta, a quien conoció en París. Tomamos café y desde el bar nos enseñan la casa.

Da la casualidad de que en ella se encuentra Labordeta con unos amigos. Nos los presenta: Lola Albiac y su marido Juan Carlos Mainer, profesores de literatura, junto con Guillermo Fatás, catedrático de historia antigua en la universidad de Zaragoza. Cuando les contamos que venimos de Jaca por el camino de Prisciliano, Fatás nos revela:

- Claro, allí es donde se conocieron Egeria y él.

Nos miramos Mario Luis y yo. ¿Quién sale párvula ? Yo:

- ¿ Egeria?

Alto, delgado, un suspiro con gafas, pelo azafranado, Guillermo Fatás tiene pinta de sabio distraído.

- Egeria, nos explica, fue una monja gallega de muy rica familia, prima lejana del emperador Teodosio. Entre los años 381 y 385 viajó desde España a Constantinopla y Jerusalén, a Capadocia y al Alto Egipto. Escribió la primera guía de aquellos lugares, el *Itinerarium*, o *Peregrinatio ad loca sancta*. Este documento de excepcional valor filológico, histórico, antropológico y literario, todavía hoy se vende en las tiendas de Jerusalén.

- ¿Y qué tuvo que ver Egeria con Prisciliano? Vuelvo a preguntar. El profe no se hace de rogar:

- Unos dicen que fue su amante, otros aseguran que mantuvieron un amor platónico, y otros, en fin, que Egeria hubo de huir de España debido a la intransigencia de Prisciliano con todo lo que no obedeciera a su doctrina. Sería muy largo de contar.

Miro otra vez a Mario Luis. Leo en sus ojos: que lo lance. Lo hago, como si yo fuera el ama de casa:

- Por favor, señor Fatás, cuéntenoslo, no tenemos ninguna prisa. Todos parecen asentir, especialmente Lola, con su maravillosa sonrisa.

- Egeria había sido víctima de una educación demasiado severa. Caprichosa, mezcla de timidez y de arrojo, de niña sus padres trataron de aplacar su sensualidad con humillaciones y castigos. Ya adulta, cuando antes de dormir llevaba el pulgar a la boca, resurgía en su recuerdo el sabor de algalia con que se lo embadurnaban de pequeña. Desde los diez años bebía toda clase de pócimas, que le provocaban vómitos y desmayos. Le quedaron las entrañas en carne viva. Un enfriamiento, una tos vulgar le daban dolores infernales. Ni sahumeros, ni rogativas ni exorcismos la calmaban. Los físicos le auguraban tres años ms de vida. La conclusión familiar era que la niña tenía el demonio dentro. Así se comprende que le gustara tanto escribir, tal vez para dejar constancia de su paso por este mundo. Cada noche anotaba lo que le había sucedido en el día. A nadie le estaba permitido leer sus escritos. Nadie quería hacerlo, por estar dictados por el diablo.

" Egeria había convocado al obispo de Cauca por un asunto de suma importancia. Estaba sentada ante el escritorio. Toda vestida de blanco. Dos velas iluminaban el pergamino que tenía delante. En la chimenea chisporroteaban leños de sabina. La tarde se extinguía por dos ventanucos a su espalda y ella seguía escribiendo. El viejo varón entró gordo, sofocado, con el cráneo mondo en el que se reflejaba una extraña mezcla de la llama de las velas y la luz del ocaso.

- Quiero ver a Prisciliano, le exigió Egeria sin tan siquiera saludarlo.

El obispo titubeó, sorprendido y malhumorado. ¿Qué pretendía aquella caprichosilla? ¿Crearle un problema ? Acababa de recibir la pastoral de Hydacio y los ánimos episcopales andaban caldeados. Egeria no le precisó nada más. Apagó las velas,

se fue a la ventana y la abrió. La noche estaba suspendida sobre la llanura, azul y dorada. Respiró con fruición. El prelado salió a tientas de la estancia.

Todos fascinados con el relato del profesor Fatás. Si sus cursos son así, yo voy y me inscribo en la facultad de Zaragoza. Labordeta nos ofrece un carajillo. Mario Luis, más austero que Prisciliano, se inclina ante un vaso de agua y el catedrático reanuda su cuento magistral:

- Estamos en vísperas de Pentecostés. Prisciliano vivía entonces en Jaca. Aquel día celebraba los oficios en una capilla situada en el lugar donde está ahora la catedral. Dentro, unas veinte personas. Gente rica, gentiles y mercaderes. El pueblo, los peregrinos y catecúmenos de las aldeas se agolpaban en la puerta, esperando recibir la bendición del profeta. Había igualmente un gran número de soldados desertores que seguían a la comitiva de pueblo en pueblo. Pobres y en su totalidad adeptos de la bebida, no parecían tener más ambición que la de hallar alimento y cerveza. Estos, al menos, servían de escolta. Lo seguían también campesinos ignorantes. Habían oído hablar de sus poderes taumatúrgicos y arrastraban las dolencias más repugnantes.

"Llegó el obispo y le refirió a Prisciliano :

- Egeria, sobrina dilectísima del emperador Teodosio, quiere conocerte.

" No le era grato a Prisciliano el nombre de Teodosio. Lo conocía bien. Habían nacido en la misma provincia. Sin embargo ante el temor de que un origen oscuro entorpeciera su carrera, Teodosio situaba su origen en la próspera Itálica, fundada por Escipión, y no en la triste y degradada Cauca de Callaecia. De este modo hacía creer que descendía de Trajano. Además, Prisciliano censuraba la crueldad con la que Teodosio había combatido a los visigodos en los Balcanes. Tras el paso de sus hordas por el Danubio nada había quedado vivo, salvo las piedras y el cielo, consumando la desolación universal del profeta Sofonías.

- Dile a esa joven que a un hombre se le conoce por sus obras, le replicó Prisciliano al obispo.

"Cuando Egeria recibió este mensaje se cubrió de vestidos deslumbrantes, vertió sobre su cuerpo perfumes lejanos, se embadurnó de afeites, revistió el cuello con perlas y toda clase de joyas, hasta doblegar el busto bajo el peso del oro. 'He de verlo, exclamó, tengo confianza en Dios. No deseo encontrar a un hombre. Muchos hay en nuestra tierra y no abundan, en cambio, los profetas. Mandó enjaezar la mula.

"Al cabo de seis días llegó a Jaca. Prisciliano estaba predicando en la plaza :

- ¡ El amor carnal y la procreación son de esencia diabólica. La carne es la parte impura del hombre. Cuanto más se cultiva la ascesis, menos se fornicaba. Si no, el pecado vive en vosotros y no pensáis que la muerte os puede sorprender.

" Egeria se arrojó a sus pies. Alejándose de ella, Prisciliano continuó la prédica :

- ¡ Sobre vuestra cabeza, en vez de la cándida paloma que baja del Empíreo portadora de la Divina Gracia, vuela el cuervo de alas negras, donde se encarna el espíritu de Satanás. Si alguna vez recordáis el frágil barro de que somos hechos, lo hacéis como paganos : os asusta el frío de la sepultura y el manto de gusanos sobre el cuerpo que pudre la tierra, y las tablas negras del ataúd, y la calavera con sus cuencas vacías. Como vuestra alma no se purifique, seguiréis prisioneros en las mazmorras lúgubres del pecado. "

" Un suave rubor subió a las mejillas de Egeria. Aunque sonriera, en sus ojos se advertía una sombra de miedo y bajo la sonrisa asomaba el temblor de sus labios:

- Quien soy, de donde procedo y para qué he venido tú lo sabes. No soy digna de abrocharte las sandalias. No obstante, concédeme una mirada y el destino me favorecerá.

" Tras pasear sus ojos por ella, Prisciliano la sermoneó:

- El atavío de la mujer no ha de residir en el oro ni en el vestido, sino en el ornato del alma.

- Te he buscado y ahora te encuentro, imploró Egeria, desoyendo sus palabras. Llamo para que me abras y no me iré sin conocerte. Tú que proteges las plantas y bendices a los animales ¿rechazarás a una virgen ? Si mi anhelo no se cumple moriré aquí, en las puertas de la iglesia, y habrás de ocuparte al menos de mi cadáver.

" El tono, aquella forma de mirarlo, sus gestos y movimientos y quizás algo inefable que salía de ella lo envolvía como un aura, lo hería dulcemente, lo hería casi a traición; porque él creía haberse desentendido de todo lo que no fuese espíritu, y sin embargo, lo que en ella había de dulzura lo acariciaba. Quiso responderle, sonreírle para que siguiese hablando. Sus palabras y su voz le provocaban algo nuevo y profundo, una sensación creciente, turbadora. La mitad receptiva de su alma se empapó como un paño seco, en tanto que la otra permanecía alerta, analizaba, sopesaba sin contagiarse del suave terror que la primera experimentaba. Por lo general, siempre que algo lo entusiasmaba, conseguía que una parte de su ser se mantuviera al margen de la euforia. Gracias a ese hábito, que era tal vez un privilegio, siempre había podido recobrar la calma o regresar a la frialdad cuando estaba a punto de quemarse.

" Prisciliano asió el rostro de Egeria con las dos manos. Del fondo de sus perfumes emerge un olor mudo de primavera. En su tez perdura la frescura de la niñez. Nariz afilada, inquisitiva. Labios finos y alargados. Ojos verdes de naufragio.

" A punto ya de rendirse, Prisciliano se repuso con una de sus terribles frases:

- ¡ Seas quien seas, cesa de proferir amenazas inútiles! ¡ Si quieres ver el rostro de Prisciliano, míralo! Egeria mantuvo baja la cabeza. Se mordió el labio inferior. Luego dejó de morder el labio, alzó la mirada y sonrió ingenuamente. Alto, dulce, de rostro luminoso, en sus rubios cabellos lucen mechones grises. Brilla su tez como un lirio. Ningún hombre se le puede comparar.

" Con un gesto, Prisciliano le mostró el centro de la plaza:

-¡ Lo que tú deseas, ahí lo haremos!

" Ella miró a los niños, hombres y mujeres del entorno y se llevó las manos a las mejillas, sorprendida, confusa.

- ¿Qué podemos hacer ante tanta gente sin sentir pudor ni vergüenza ?

- Aleja de ti tales pensamientos, le recriminó Prisciliano. Si sientes vergüenza de los hombres ¿cuánta más no deberás tener de Aquel que escruta los rincones más oscuros de nuestro corazón!

"Egeria volvió a entornar los ojos, enmudeció un corto tiempo. Mientras callaba se obró un cambio en su rostro, trasmutado por una mueca que intentaba ser sonrisa.

-¿Cómo has osado emprender este viaje? volvió a vociferar Prisciliano. ¿Acaso para regresar a tu ciudad y poder decir : he conocido a Prisciliano ? Los caminos se llenarían de mujeres que vendrían a verlo. El Cantar los Cantares no has de interpretarlo como suena a los oídos, pues en tu interior se deslizan los atractivos que para los humanos supone el amor terrenal.

" Las palabras quedaron en el aire como humo en un frasco cerrado. En el rostro de Egeria se intensificó el dolor. Sin parar de gemir, bisbiseó:

- Si el Señor me ayuda, no consentiré que nadie venga a verte. Ruega por mí, dame tu bendición y tus consejos .

- Guarda tu corazón con toda cautela y no te dejes arrastrar por la concupiscencia. Arroja los adornos que cubren tu cuerpo. Tratar de gustar es pasión de meretriz, y si te conduces con la idea de agradar al que te observa con mirada lasciva, injurias a tu celestial esposo. Abstente de comer carne, pues es duro en extremo nutrir al

que se ha de vencer. Cambia las sedas por la rudeza del cilicio. No te bañes por gusto o por dar hermosura al cuerpo, sino cuando lo exija la enfermedad.. Si no son sometidos a freno que los embride y constriña, los sentidos desgobernados llevan por el vago campo de las fantasías. Y ahora enjuaga tus lágrimas y vete lejos de aquí, donde Prisciliano no te vea y él le rogará a Dios que aleje de él tu imagen.

" Prisciliano hubiera querido oír alguna frase de adiós. Pero Egeria permaneció en silencio cabizbaja, como si tratara de retener su imagen huidiza y desapareció ahogada en sollozos.

" Cuando Egeria se encontró de nuevo en su tierra cayó enferma de fiebre. Hasta los párpados se petrificaron en torno al iris vidrioso de los ojos. El obispo acudió a su cabecera.

- Quisiera el Señor - le explicó Egeria- que nunca hubiera ido a verlo, pues me ordenó vete lejos de mí y ahora me muero de congoja.

- ¿Acaso ignoras, excelsa Egeria, que eres mujer, y que por medio de vosotras combate el enemigo a los justos? Por eso te habló Prisciliano de tal modo.

- ¡Yo sentía aquellos ojos de brasa fijos en los míos ! No puedo olvidar lo que me ordenó, vete lejos de mí y estoy en pecado mortal y así me sorprenderá la muerte...Daban miedo sus ojos...Sus palabras, vete donde no te pueda ver las tengo clavadas en el corazón, como tiene Jesu Christo la daga en el pecho...

" Aquella rosa abierta, las frases cálidas empezaban a conmovier al obispo de Cauca, por muy anciano que fuera. Decidió abreviar la visita:

- Te traigo un mensaje de su parte. Si deseas merecer su estima lávate el rostro, que contra los preceptos divinos pintaste de rosa, de blanco y de antimonio. Te será menester compensar la risa con el llanto ininterrumpido, castigar el cuerpo para que no corra a los placeres. Así transformada, Prisciliano te pide que ensilles de nuevo el caballo y vayas a los Santos Lugares, al Egipto de los anacoretas, al Asia de los Santuarios martiriales. Tú, que sabes escribir, cuéntanos cómo viven allí los cristianos, qué poderes rigen el mundo y si los santos padres siguen siendo víctimas del Demonio."

Llegamos con bastante retraso a Zaragoza, ciudad caótica que no ha sabido crecer. Al recordar el cuadro de Velázquez y Mazo compruebo que en las recientes urbanizaciones se han utilizado materiales ajenos a la tradición. Hubiera sido tan fácil seguir con el ladrillo...

Hace mucho, muchísimo calor. Lo más sensato sería ponerse al fresco en cualquier sitio. Mario Luis me propone el Museo de Pablo Gargallo. Creo que somos los únicos visitantes y me encantan las obras de Gargallo. Con algo de atención uno puede percibir el deseo del artista de moverse al ritmo de la vida, de suscitar emociones a través de sus esculturas. Luego, visita de rigor al Pilar.

Salimos de la basílica a comer al pie de la moto unos malecotones de Ayerbe que nos sobraron, macerados por los vaivenes y el calor. Aparte de dar el espectáculo en la calle principal y dejarme las manos pringadas y enganchosas, me saben como el mejor de los manjares. Acto seguido nos ponemos los dos en plan Carvalho tras la pista de un canónigo que estudió en el Colegio Pontificio de Roma con Pedro, el hermano de Mario Luis.

A cada guardia, cura, monja, monaguillo que vemos, Mario Luis le describe a un hombre o sacerdote con sotana, sanguíneo, impulsivo, dando a entender que muy bien podría haber abandonado los hábitos, por el mismo que tenía, cuando él lo conoció, de acariciar las mejillas de las dos francesitas que acompañaban a mi amigo.

Llevamos dos buenas horas detrás de nuestro cura u hombre cuando, otras vez metidos en la basílica del Pilar, unas hermanitas susurran:

- Debe ser el padre Tal. Vive en la residencia de sacerdotes, saliendo a la derecha por esta misma acera.

Allá vamos y allí es. Está llena de cromos de murillos la habitación del cura Tal. El acaba de tener un segundo infarto y no sale de cama. Acostado me parece grandón, su pelo es rizado y tiene bastante buen aspecto. Se acuerda perfectamente de las dos francesitas que habían venido con Mario Luis a finales de los cincuenta.

- ¿Siguen tan guapas?, y acompaña la pregunta con unos cachetillos en mi mejilla catalana. Genio y figura.

- Pues sí - admite Mario Luis - como si los cuarenta años no hubieran pasado por ellas.

Hasta la sepultura, sigo pensando mientras me aprieta el carrillo izquierdo. Saca un paño de la manga y se limpia la carnosa nariz. Falta poco para que empiece a estornudar.

¿ Podría hablarnos del concilio contra Prisciliano, celebrado en Zaragoza en el siglo IV?

No sabe nada del asunto el padre Tal, pero nos remite al padre Cual, su vecino de habitación, quien tiene la suya atiborrada de libros, publicaciones y ficheros. Es un hombre o cura bajo, no debe medir más de uno cincuenta y ocho de estatura, con malos cabellos casposos y grandes orejas. Sus ojos carecen de un color determinado, son simplemente ojos y los entorna como las ardillas. Flota en el ambiente el polvo de los folios antiguos encuadrados en pergaminos, libros canónicos donde podría estudiar hasta el vicario de Roma. Se está preparando la reedición del primer volumen de la Historia de Zaragoza, editada por el Ayuntamiento y le han encargado la parte de cuando la ciudad era Caesaragusta.

Mario Luis le pide, para que yo capte de qué va la cosa, que antes de hablarnos del concilio propiamente dicho, nos describa el ambiente que reinaba entonces.

- Con mucho gusto, dice. Tal vez me queden unos años de vida y no tengo muchas ocupaciones.

- Buena nos espera, me susurra Mario Luis y el cura B empieza:

- Aquel cuatro de octubre de 380 un sol de primera hora iluminaba la sala conciliar. Hydacio estaba nervioso. Se enredaba la barba tiznada de amarillo. Se la enroscaba en los dedos. Se la metía en la boca. La chupaba. Había llegado a Caesaraugusta tres días antes, pasando las primeras veinticuatro horas boca abajo en cama con cataplasmas para las maceraciones de tanto cabalgar, y el segundo día en preparativos de sala y protocolo. No esperaba tantas reticencias de las autoridades Caesaraugustanas. El delegado de Roma se había negado a prestar el palacio. El obispo local Valerio no se decidía a ofrecer la catedral. Ambos sopesaban las consecuencias de ayudar a uno u otro bando.

-¿Por qué precisamente en Caesaraugusta? ¿No lo podías celebrar en tu feudo de Emérita Augusta?

" La reacción de Hydacio a la pregunta de Valerio consistió en erguir la espalda, descruzar las piernas e inyectar a sus ojos una fijeza de apasionada reprobación. Con gesto de hastío le explicó a Valerio, una vez más, la razón de haber elegido su diócesis para un sínodo que, ya lo vería, no era tan aventurado.

- En mi obispado los ánimos andan revueltos, en la Bética nos entorpece la actitud de Higinio el medroso - hablaba con lentitud, de modo que en sus frases surgía la tentación de terminirlas y rechazarlas, todo en uno -; Higinio, ese cobardón fue el primero en instruir la causa y anda ahora compinchado con los herejes. La Lusitania del

norte y Callaecia escapan a mi influencia y, por si fuera poco, están podridas de costumbres heréticas.

- ¿Y tuvo que ser precisamente aquí, amantísimo hermano, y no en Jaca, por ejemplo ..?

- Sí, aquí, porque Caesaraugusta es el nudo estratégico entre la Bética y Aquitania. Todas las vías pasan por esta ciudad, el aura de vuestros mártires impregna sus calles y ya Pomponio Mela atestiguó que Caesaraugusta sobrepasa en esplendor a Numancia.

- Sí, ya, claro, es cierto, farfulló Valerio como si quisiera decir algo. Los halagos no compensaban sus temores.

- Y Paulino de Nola, si hemos de creer lo que le cuenta a su maestro Ausonio - proseguía Hydacio- no se fue a vivir entre los vascones, ni a ciudades en ruinas como Bilbilis, Calagurris o Illerda, sino que eligió tu próspera ciudad.

" Valerio no paraba de menear la cabeza.

- Esto me puede acarrear serios problemas.

- No hay de qué preocuparse. Los herejes no se atreven a venir. Y los obispos presentes compartirán nuestra posición. Ya veréis de qué forma embiste Itacio de Ossozona. Le basta con oír el nombre de Prisciliano para que se lance como una catapulta. Los cabos están bien atados.

" El tercer día se lo había pasado Hydacio bebiendo tisana para calmarse. A veinticuatro horas del concilio, sólo habían llegado Auxencio de Toledo, Delfino de Burdeos, Fedabio de Agen, lo cual demuestra la inquietud que provocaba el cisma en Aquitania, y Simposio de Astúrica.

- El único digno de confianza de los cuatro es el bordelés Delfino - le advierte Valerio -; Fedabio y Auxencio ya participaron en el concilio de Ariminum hace un cuarto de siglo. Junto a Gregorio de Elvira se opusieron a la reconciliación con los arrianos. Ahora son dos viejos seniles y más valiera que se quedaran en sus predios. Fedabio presidió el concilio de Valence, en 374. Recuerda, allí decidió que los asuntos ligados a la magia no podían ser condenados por su condición de costumbres, cuando lo que queremos ahora, precisamente, es que se condene a los priscilianistas por su práctica de la magia. Por último, el radicalismo de todos ellos se traduce en integridad de vida y riguroso ascetismo, más cercano de la forma de vida del galaico Prisciliano que de la nuestra. En fin, Simposio de Astúrica es una incógnita, por estar su sede en el corazón de Callaecia. En resumen, además, sólo puedes confiar en Delfino y en Auxencio de Toledo.

- Si - Hydacio se acarició las mejillas -; Gregorio es alto, enjuto, delgado. Dios nos libre de los ascetas...

- No te fíes de Simposio de Astúrica, insisto. Toda Callaecia esta contaminada.

- Lo más grave es la ausencia de nuestro decano Himerio. ¿Quien va a presidir la reunión? se inquietó Valerio.

- Ya sé porque no viene el malvado, volvió al tema Hydacio. Anda mal con el papa por culpa del celibato y evita tomar partido mientras las cosas no se aclaren. Incluso entre los santos varones hay traidores.

- Tal vez sea mucho acusar. ¿ Traidor a quién ?

-A mí. El conoce mi situación y yo la suya. Nos apoyábamos mutuamente...

- Ah, si, ya entiendo...Se murmura que...

- Es motivo de división en la Iglesia. Numerosos obispos, presbíteros y diáconos hemos engendrado hijos o lo hicimos antes de nuestra conversión. Y ahora tenemos que esconder, no sólo a los bastardos, sino a vástagos legítimos habidos con nuestras santas esposas. Nosotros apelamos a las escrituras en defensa de nuestra situación. En contra,

el obispo de Roma va mas allá de lo dispuesto en el concilio de Elvira: establece que todos los clérigos con órdenes mayores habremos de practicar continencia desde el día de la ordenación.

- ¡Ay, Dámaso, Dámaso... ! ¡ Santo Dios, qué obispo de Roma nos diste! ¡ Cuando pienso de qué forma consiguió la herencia de san Pedro, traicionando y tal vez matando al pobre Siricio, mandando asesinar a dieciséis personas, y ahora nos viene con lecciones...!

" Eran casi las siete de la tarde. Hydacio y Valerio se sumieron en un profundo silencio. Hubieran parecido, a un eventual observador, exclusivamente ocupados en descifrar el sentido de las llamas que nacían y morían en la chimenea cuando, de pronto, Hydacio vio llegar aquel a quien con más ansia esperaba, y toda muestra de angustia desapareció de su semblante. Era Itacio, con tres sacerdotes y cuatro acólitos. Su cuerpo delgado se movía con gracia, con soltura, dentro de sus ropas de excelente calidad y corte. Una sonrisa de total sumisión le cubría el rostro. En el ínterin fueron apareciendo Audencio de Marsella, Carterio de Lucus Augusti, casado también en segundas nupcias. Y luego olvidados obispos, Eutiquio, Ampelio, Esplendonio, hasta sumar una docena. Hydacio esperaba más de cincuenta. Su primer fracaso suponía un alivio para el obispo de Caesaraugusta. Una vez contados mentalmente, Valerio concluyó que había sitio para todos en la sacristía de la basílica. El concilio sería menos aparatoso y, por consiguiente, escasamente comprometedor para él. "

Llega la enfermera con una bandeja llena de medicamentos y una especie de orinal plano. Debe servir para sabe Dios qué. Detrás de ella una monja. Nos invita a comer en el refectorio. La verdad es que a mí no me apetecerían en absoluto ni ostras ni caviar servidos entre olores de amoníaco y vejez. Aunque vinieran regados con champan. Volveremos dentro de una hora.

- Y ahora ¿adónde ir ?

- Con tal de alejarnos de la Pilarica, a cualquier parte, nos decimos el uno a la otra.

- De la Pilarica y de Agustina de Aragón, añadimos. La heroína de la independencia, que no quiso ser francesa.

- Tampoco era de aquí, le digo a Mario Luis, que no lo sabía, sino de Barcelona. Ahora la Generalitat trata de recuperarla con insistencia sospechosa.

El me refiere un cantar de los negros de Cuba:

*Desde el fondo de un barranco,
grita un negro con afán :
¡ Dios mío, quién fuera blanco,
aunque fuera catalán!*

Acto seguido se disculpa:

- Alejo Carpentier me explicó que era porque los catalanes iban por las casas cubanas cargando con muestras de tejidos, y sudaban más que los negros.

Yo le cuento la última salida de la dirigente del partido independentista catalán, no vaya a creer que me ofendió con el chiste.

- Pues la señora Rahola propuso al parlamento de la Generalitat que se retiraran del territorio catalán los toros de Soberano, símbolo centralista según ella.

Y con esta conversación tan sesuda llegamos hasta las puertas de uno de los monumentos más importantes de la ciudad. Se llama La Aljafería. Data del siglo XI, de estilo mudéjar, pero ha sido muy destrozado en el XIX, cuando lo convirtieron en cuartel.

El sol cae vertical y el calor es inaguantable. Peor que los olores mefíticos de la residencia de curas jubilados. Regresamos. El cura B ha terminado de orinar y no quiso tomar café mientras no volviéramos. Vaya por Dios. Tomar café. Quién sabe con qué estará colado. ¿Por qué no nos sigue contando el concilio de Zaragoza mientras lo preparan ? No se hace de rogar :

- Al inaugurarse la sesión, el día siguiente, los allí circunstantes se sentaron en torno a la mesa de los grandes asuntos, como si asistieran a un conciliábulo en el que su presencia careciera de razón. Se miraron unos a otros tratando cada cual de adivinar las intenciones del vecino.

" Detrás de la mesa presidencial asomaba la calva de Lucio de Tarraco, designado presidente del concilio media hora antes. El hombre, amodorrado o con la mirada perdida, llevaba un collar de pedruscos verdes como manzanas y una cruz roja bordada en la toga. Su blanda papada se derramaba en armoniosos pliegues, y sus manos, redondas y pulcras, reposaban sobre la mesa.

" Lucio de Tárraco empezó recitando la perorata preparada laboriosamente, en su lejana diócesis, con la ayuda de sus dos hijos, uno cristiano ejemplar y otro que le había salido medio heterodoxo. Un modelo de equidad:

- Queridísimos en Jesu Christo, reflexionemos por qué permite Dios que personas eminentes como Instancio, Salviano y otros varones con rangos elevados en la Iglesia, prediquen a los fieles nuevas doctrinas. Vamos a abordar este problema según la autoridad de la ley divina y del magisterio de la Iglesia, y no inducidos por nuestras ideas personales.

" Se llevó la mano a la boca, tosió dos o tres veces, dispuesto a continuar. Sí; el introito había causado impresión. Inesperado desapasionamiento, que aprovechó Simposio de Astúrica para deslizarse hacia la clemencia:

- Os quiero recordar lo que escribe Pablo en la primera epístola a los corintios : "Hermanos, si a un individuo se le cogiera en algún desliz, vosotros, los hombres de espíritu, recuperad a ese tal con mucha suavidad. Que cada cual examine su propia conducta, y tenga entonces motivo de satisfacción refiriéndose a sí mismo y no a su compañero, pues cada uno habrá de cargar con su propio bulto."

" Tal vez las últimas palabras estuvieran de más. Algunos murmullos. Hydacio e Itacio pestañearon, recordando que Valerio de Caesaraugusta había desaconsejado la presidencia de Lucio, hombre débil, que acababa de permitir la intervención de un díscolo. Ya era demasiado tarde, y ni Hydacio ni Itacio dieron ninguna otra señal de haberse sentido aludidos.

" Lucio no había terminado el preámbulo. Sólo había leído la parte de su hijo ortodoxo; le faltaba la coda del otro, el reformador. Iba a leerla cuando Carterio de Lucas Augusti pidió la palabra:

- Es necesaria la existencia de herejes para se descubra quién de nosotros es cristiano intachable. Lo cual significa que Dios no extirpa inmediatamente las herejías. Estas comportan dos aspectos benéficos. Con ellas se discierne en qué medida cada cual se mantiene firme, fiel y constante en la fe de Christo y pone ante nosotros las taras que pueden afectarnos, para que las superemos mejor.

" Hydacio estaba sentado a la diestra de Itacio. Se volvieron a mirar, asustados ahora de verdad. Sucedió lo que habían barruntado. Lucio compinchado con Simposio. Si habían venido con la intención de entorpecer el concilio, llevaban camino de conseguirlo. Por lo de pronto el obispo Carterio empezaba a dudar:

- Quisiera saber por qué la divina Providencia acepta que ciertos doctores de la Iglesia enseñen nuevos dogmas, repuso el obispo de Lucas Augusta..

- Es - intervino el presidente Lucio, citando el Deuteronomio y a su vástago - porque Jehová nuestro Dios nos está probando para saber si lo amamos con todo nuestro corazón y con toda nuestra alma. Y es sin duda gran tentación ver cómo un hombre a quien consideramos profeta y reverenciamos con respeto y amor se pone a instilar errores en la doctrina. Se tarda mucho en descubrirlo, porque conservamos por él un juicio favorable debido a sus enseñanzas anteriores. Es cierto, resulta doloroso condenar a una persona a la cual hemos estado ligados por un profundo afecto.

" Hydacio fulminó a Lucio con la mirada, orden muda de abandonar la presidencia. Es un traidor, pensó, sin considerar el problema familiar que embargaba al obispo de Tarraco. Con otra mirada conminó a Itacio a tomar las riendas del concilio para impedir divagaciones. No esperaba Itacio otra cosa. Subió a la tarima y arremetió:

- En toda circunstancia ha de manifestarse la fuerza apostólica. Algunos hombres y mujeres recorren ciudades y provincias difundiendo errores de pacotilla. Al escucharlos, el pueblo se desvía de la verdad. Cambia la riqueza de la doctrina apostólica por la despreciable novedad de la herejía. A ellos les decimos como Pablo a los gálatas: "Incluso si un ángel venido del cielo trata de evangelizaros de modo diferente a como os evangelizamos nosotros ¡fuera con él !

" Simposio de Astúrica no se amilanó. Fingiendo candidez, ignoró al nuevo presidente y siguió dirigiéndose a Lucio.

- ¿Por qué, queridísimo Lucio, aconseja el apóstol : "Como evangelizamos nosotros" y no "como evangelizo yo"? La pregunta le cayó a Lucio por sorpresa. Balbuceó:

- Quiere decir que sea Pedro, sea Andrés o sea Juan el que evangelice de modo distinto al nuestro, incluso el coro de los apóstoles en pleno. ¡Terribles palabras ! Para confirmar la fidelidad a la fe original, Pablo no se excluye a sí mismo de la condena, ni a sus compañeros de apostolado.

- Esa frase de Pablo que citas, amantísimo hermano - refutó impiadoso Simposio- puede llevarnos por el condenable camino de la heterodoxia.

" Lucio solicitó una suspensión del concilio. Quería comprobar su fidelidad con Pablo. ¿Dónde había una Biblia con la carta a los Gálatas? Valerio tenía una guardada en el palacio episcopal. Mandaron a un diácono por ella. Volvió a la media hora. Fue deletreando en voz alta hasta encontrar: " Incluso si un ángel venido del cielo trata de evangelizarnos de modo diferente a como os evangelizamos nosotros..." Lucio respiró. Su hijo había copiado correctamente. De nuevo intervino Simposio :

- Me pregunto, y os pregunto a todos vosotros: ¿es posible que los ángeles del cielo prediquen una doctrina diferente a la que les procuró la salvación ? Dicho de otro modo: una vez que se está en el cielo ¿se puede pecar ? Peor todavía : ¿ por qué no impide Dios que los que se han salvado gracias a sus obras hagan el mal ? ¡Sería el colmo de la injusticia!

El obispo de Astúrica estaba acorralando a Lucio, ya en el límite de su formación teológica. El de Tarraco, Lucio, miró desamparado a sus colegas. Vio centellas en los ojos de Hydacio, furor en los de Itacio, sorna en los de Fedabio y estupefacción en los demás. ¿Quién le echaría una mano? Abandonado por los suyos, buscó amparo en la lectura :

- No; los santos ángeles del cielo no pueden pecar. Lo que nos formula Pablo en realidad es : "Si incluso ocurriese lo que no puede ocurrir, sea quien fuere el que tratase de mudar la fe tradicional: ¡ sea anatematizado !

" Simposio sentía el tambaleo del presidente y que la orientación del concilio tornaba a su favor.

- Esas palabras - inquirió entonces con maligna ingenuidad - ¿ las pronunció llevado por una pasión muy humana o más bien por inspiración divina ? Habría que saberlo antes de continuar.

" Lucio se enjugó la frente con la punta de la toga. Volvió a empuñar el libraco : Nada de eso, repito, pues Pablo insiste con argumentos que penetran mejor en las almas ". Y leyó: "Ya dije que si alguien predica un evangelio distinto al que habéis aprendido, sea anatematizado ". Y no dice : "Si alguien os anuncia algo distinto lo que os han enseñado, sea acogido, bendecido, alabado"; si no: "sea anatematizado". Es decir, separado, arrojado del rebaño, con el fin de que la infección de una sola oveja no contamine al inocente rebaño.

- Si esto es así, como lo es - desdijo de rebote Simposio - habremos de ser consecuentes con lo que repite más adelante Pablo en esa carta.

" Se apropió del volumen y buscó con parsimonia el párrafo adecuado, pasó las hojas atrás, adelante, vuelta atrás, saboreando la impaciencia de Hydacio y de Itacio, muy decidido, en verdad, a eternizar el concilio.

- ¡Aquí está ! triunfó al fin, golpeando el tomo con la mano: "Que la libertad no dé pie a los bajos instintos. Al contrario, que el amor os tenga al servicio de los demás, porque la Ley entera queda cumplida con un solo mandamiento: "amarás a tu prójimo como a ti mismo". Y añade el apóstol, diríase que profetizando lo que ocurre en esta asamblea: "¡Cuidado, que si os seguís mordiendo y devorando unos a otros, os vais a destrozarse mutuamente".

" Hydacio se había levantado. Agitó los puños :

- ¡Simposio de Astúrica ! ¿Acaso has venido a hundir la reunión ? ¿ Quién te envía, desdichado? ¿Te espera la misma suerte que a tu amo !

" Y luego, dirigiéndose a un Lucio sobrecogido de terror, fulminó : " *Damnanda damnentur, superflua non legantur.* "

-¡Condénese lo que debe condenarse, y no se lea lo superfluo!, nos traduce el cura B al advertir nuestras miradas. Reanuda, afortunadamente en el mismo tono :

- A todo esto Simposio seguía declamando la carta a los gálatas. Entre las imprecaciones del obispo de Mérida se colaban nuevos versículos de Pablo :

- Conocidas son las acciones procedentes de los bajos instintos: arrebatos de ira, lujuria, inmoralidad, libertinaje, envidias, borracheras, orgías y otras aberraciones. El apóstol nos previno, concluyó Simposio : " Obrad según el Espíritu y no según los deseos de la carne. El fruto del Espíritu es amor, paz tolerancia y dominio de sí mismo. Contra esto no hay ley alguna. Los que son dignos del Mesías han sacrificado sus pasiones y deseos, y no entrarán en el Reino de Dios los que a ellos se entreguen ".

" Así iban las cosas ese día, allá por el dos o el tres de octubre. Cuando la sentencia estaba a punto de ser proclamada, llegó un emisario con una carta de Dámaso : " El obispo de Roma - resumió el presidente - veta expresamente que alguien sea condenado sin estar presente. La voluntad del heredero de Pedro es clara y tajante : no habrá anatema en ausencia de reo ".

" Los padres conciliares se volvieron hacia el obispo de Astúrica. Sintiéndose acusado, Simposio manifestó que no se consideraba portavoz de nadie ni interlocutor válido de los encausados. Así pues, no era posible la discusión ni la defensa. Y mucho menos, la condena.

Se pasó a considerar la indisciplina de los obispos Instancio de Salamanca y Salviano de Coria. Simposio protestó, apelando a las decisiones de Dámaso, y asqueado por las maquinaciones de la facción hydaciana, abandonó la sala.

El concilio duró dos días más En ellos se redactaron los ocho cánones finales. Fueron leídos solemnemente por Lucio de Tárraco :

- El cuatro de octubre de 380, reunidos en la sacristía de la catedral de Caesaraugusta los obispos Fitadio, Delfino, Eutiquio, Ampelio, Auxencio, Itacio, Esplendonio, Valerio, Carterio e Hydacio, fue dicho por todos: recítense las sentencias.

I. *Que todas las mujeres se separen de la lectura y reuniones de varones, sea que accedan a ellas para leer o con el deseo de aprender.*

II. *Que no se ayune en domingo, en atención al día o por persuasión de otros o por superstición, y que en Cuaresma nadie falte a la iglesia. Ni se escondan en lo más apartado de las casas o de los montes aquellos que perseveran en estas creencias, sino que sigan el ejemplo y doctrina de los obispos y no acudan a las villas ajenas para celebrar reuniones.*

III. *Si se probase que alguno no consumió en la iglesia la gracia de la Eucaristía allí recibida, sea anatematizado para siempre.*

IV. *En los veintiún días que hay entre el 17 de diciembre hasta la Epifanía, que es el 6 de enero, nadie debe ausentarse de la iglesia durante el día, ni ocultarse en su casa, ni marcharse a las villas, ni se dirigirse a los montes, ni andar con los pies descalzos, sino que asistirá a la iglesia. Los cristianos que no hicieran así, serán anatematizados para siempre.*

V. *Asimismo se declaró que aquellos que fueron separados de la Iglesia por disciplina o sentencia del obispo, no serán recibidos por otros obispos; los obispos que, sabiéndolo, lo hagan, dicho está : el que haya conculcado esto no tenga comunión.*

VI. *Si algún clérigo, por la supuesta vanidad o lujo, abandonase espontáneamente su oficio y quisiese parecer como más observante de la ley siendo monje que clérigo, debe ser expulsado de la Iglesia, de modo que no será admitido en ella sino después de mucho tiempo de ruegos y súplicas.*

VII. *Que nadie se imponga el nombre de doctor, fuera de aquellas personas a quienes ha sido concedido, según está escrito.*

VIII. *Asimismo se apostilló : Que las vírgenes que se hayan consagrado a Dios no reciban el velo hasta cumplida la edad de cuarenta años, lo cual comprobará el sacerdote.*

IX. *Por todos los obispos fue concluido: Placet.*

La asamblea designó a Itacio de Ossonoba para vigilar el cumplimiento de los puntos acordados, sentencia y normas, nos refiere el cura B. Se le encomendaba la publicación de los acuerdos, así como la notificación a Higinio de Córdoba de la excomunión pronunciada ontra él.

Nos despedimos de los dos curas, A y B ; yo, con toda clase de precauciones cuando el A me estampa un besazo baboso. Una vez en la calle ni Mario Luis ni yo tenemos especiales ganas de seguir en esta ciudad, así que, como decimos en mi tierra : "*Bon vent i barca nova...* "

Flota en el aire un hálito fresco, el hálito de finales de agosto en estos parajes y a hora tan temprana. En la autovía de Calatayud me entra un frío de mil demonios. Aprieto fuertemente mis piernas a las de Mario Luis, y con la destreza que da el afán de supervivencia, escondo el cuerpo tras su espalda. Aún así, el viento me va calando, me cala y hasta me empiezo a notar algo agarrotada. Mario Luis mantiene el tipo, pero también debe estar el pobre congelado, porque, entre otras cosas, yo llevo su vestuario de abrigo. De pronto me percató de que uno de mis antepasados, es decir, el padre de mi abuelo, era de por aquí, de la zona de Cariñena. Siendo yo una cría, mi abuela me contaba historias sorprendentes de él y me tiraba conocer los lugares de su vida.

Ni que decir que Prisciliano y Cariñena tienen tan poco en común como yo con Isabel Tocino (pon tú en las versiones francesa y gallega los nombres que mejor cuadren) pero cuando se lo digo a Mario Luis, en lugar de seguir por la E-4 agarra hacia el sur

por la nacional 330. Tanta complacencia me sorprende. ¿No será para compensar? Es capaz de pasar y hacerme pasar días a pan y agua, dormir por el suelo, las siete son las siete y no las siete y cinco. Esta mañana se puso de morros porque llegué con un cuarto de hora de retraso para la salida y por esos quince minutos me dejó sin desayuno. Se toma por Prisciliano y a mí me trata como se fuera Egeria.

A los diez kilómetros de oasis y abstinencia, la moto, con su jerga luminosa reclama gasolina, y a ella sí que le consiente todo. Nos paramos en una estación de servicio. Aprovecho para sacar de la cafetería automática un café con leche y un par de magdalenas.

Son ya las ocho. Con el cuerpo entonado, sin coches delante ni detrás, me puedo fijar en el paisaje. Es hermoso, inaccesible. Campos dejados de la mano de Dios gritan calma... si hubiera venido sola no sé si lo hubiera soportado. De la tierra todavía más soñolienta que yo salen a nuestro paso bandadas de cuervos. Oigo cantar a un pinzón, nuestro pájaro más alegre y más humilde, el primero que saluda la aurora y sabe presentirla, cuando aún en la noche los demás pájaros duermen.

Un cartel anuncia Fuendetodos a veintipico kilómetros. Tenemos el pueblo de Goya a un tiro de piedra (tal vez cinco o seis...) No podemos desaprovechar la ocasión. Dudamos un poquillo, pero al final nos decidimos. Como suele pasar cuando se toman decisiones repentinas, la aventura vale la pena. Se dirige el ojo en la dirección que se quiera, solo ve rocas y tierra roja, montañas yermas, polvorientas. En la carretera siempre ascendente, con viento contrario, va perdiendo velocidad la Vespa. Mario Luis baja una tras otra las marchas; de cuarta a tercera, cincuenta metros, de tercera a segunda hasta llegar en medio kilómetro a primera. Extenuada ella, Mario Luis frena y nos bajamos para que se enfríe la moto. Él, de un pudor subido, se aleja unos cien metros a orinar. Yo respiro a fondo viento seco, purificado por las piedras, que me rasca las entrañas. La moto, otra vez en marcha, sigue renqueando y se anima cuando la empuja el viento.

Después de casi media hora, aparece, confundido con el paisaje, el pueblecito de Goya. No sé quien dijo que la mayor parte de los genios franceses eran aldeanos o hijos de aldeanos. En España casi todos salen de las ciudades. El caso de Goya es una excepción. El sol ya está levantado de verdad y su luz fresca lo ilumina todo. El aire viene impregnado de un tibio olor a pan y a miel. En la calle juegan niños, las puertas de las casas están abiertas, pero tienen cortinas antimoscas a rayas de colores.

El museíto lo encontramos cerrado, creo que porque no le pagan a los empleados - ¡ qué país ! - ; pero nos basta con haber venido y comprar una torta de miel que nos sabe a gloria.

Al cabo de media hora empiezo a notar que mi " cuna " me espera y decidimos seguir camino. La moto baja con más desahogo, damos vueltas y revueltas a los montes por un camino en espiral, durante mucho tiempo las parcelas son irregulares pardas con algunos toques amarillos, aquí, allá, en campos de girasoles. Los gorriónes están en su gloria. Vuelan entre los árboles, como si fueran a comunicarse buenas noticias. Seguro que esto me lo corta el censor, enemigo de las descripciones intimistas. Poco a poco, el pedregal se puebla de arbustos y entramos en el gran valle de Cariñena. Viñas y más viñas. Esto sí que es objetivo.

En el pueblo, claro está, buscamos un sitio donde probar el vinillo local. Nos cuesta Dios y ayuda dar con el lugar adecuado. Terca como una mula, me resisto a entrar en el Hamburgo, un bar que haciendo honor a su nombre luce una estética teutónica muy poco conforme al entorno. Al final, bien surcado de arriba abajo el pueblo, encontramos el bar ideal. Mario Luis prueba un Cariñena que no habría

rechazado el padre Gracián, pese a su delicado estómago, y a nosotros nos parece medianejo.

Me encuentro bien. Como no tengo las menores ganas de volver a Barcelona, le sugiero al jefe de la expedición si puedo seguir más tiempo con él. Soy mujer de lejanías y por lo menos ahora sé que he de corregir mis facetas errantes, pues pocas veces resultan ser una solución por ellas mismas. Me vine dejándolo todo encharcado en Barcelona y volver significará revolver. Justo antes del viaje tuve la sensación esa de que el mundo y las relaciones afectivas son una broma enorme, y hasta mi pobre gato Paganini, al que adoro y respeto, me pareció una tomadura de pelo que endulza y ya está. O me enfado y corro el telón, pensé tras la última disputa, me visto de amianto y me lanzo mientras el cuerpo aguante, o me voy a Jaca con Mario Luis. Como "monumento-regalo" por mi ingratitud, me queda en el comedor una lavadora que no mueve ni Dios y que es carne de cuento. Mi ex novio me regaló una con más temperaturas y prometió bajarme la vieja a finales de mes...pero me largué.

Con muy buenas palabras, Mario Luis me insinúa que es preferible separarnos en Sigüenza. Allí lo espera su hijo en moto y piensa que él preferirá que vayan solos. Si a mí, justo antes de emprender el camino de la Vía Láctea con mi padre, se me hubiera enganchado una conocida de éste más joven que yo, creo que no me hubiera hecho mucha gracia. Así que lo entiendo perfectamente y opto, cobarde que soy, por ir a Burgos a un convento donde suelo retirarme. O adonde sea. Pero no a Barcelona.

Nos dicen en la tasca de Cariñena que donde hay muchos Marín, el apellido de mi abuelo, es en Aguarón. Mario Luis sube en la moto. Yo lo mismo, casi en marcha. Para Aguarón que nos vamos.

Empieza la búsqueda. Lo poco que sé de mi antepasado es que dilapidó la fortuna de su mujer en juego y prostíbulos. Con estos antecedentes entramos en el casino de Aguarón. Repito varias veces el cuento a los que van entrando, hasta que del fondo de la sala llega una voz cansina y guasona :

- ¡ Malacara, ese Marín era el Malacara ! Donde vivía era en Alpartir, no aquí.

Y nos vamos a Alpartir. Este Mario Luis es incombustible. En Alpartir la memoria del Malacara sigue viva sesenta años después de su muerte.

- Era hidalgo como un gavilán, nos dicen.

Vaya frase. Nunca oí otra tan expresiva. Siglos de cetrería y de señorío. Me enseñan su casa, llamada todavía hoy " el trinquete ", porque es tan grande que se juega al frontón en el patio. Medio Aragón era de mi bisabuelo. Me me cuentan anécdotas, como que fue a Madrid con un amigo, compró todas las entradas de un teatro de variedades y las vedettes hubieron de actuar para ellos solos. Que tenía cinco amantes : en Madrid, en Barcelona, en Zaragoza, en San Sebastián y aquí mismo la quinta, a cincuenta metros de su domicilio. A todas les puso casa. Y con chantaje infalible se tiraba a las beatas del pueblo: si no aceptaban su lecho compraría la iglesia de Cariñena para montar un convento con ramerías disfrazadas de santas. Podrían tirarse a Teresita del Niño Jesús los viejos verdes; a la de Ahumada los criptomarranos; a sor Juana Inés de Octavio Paz los más eruditos y los penitentes a la beata y ya madurita en aquella época Teresa de Calcuta. En ellas cada baturro hallaría la mujer amada, o deseada, o esperada; en fin, el prostíbulo perfecto que trató de crear Larsen en Santa María. Por eso había cola delante de su casa, y " por eso murió tan joven, roído, calcinado - nos dicen con tristeza -; por eso lo enterraron en ceremonia rápida, con monaguillos en lugar de curas. "

Y aquí estoy yo, la biznieta del personaje en cuestión, con el chubasquero enorme de Mario Luis y el casco de la moto puesto en plan de hormiga atómica, una Vespa de matrícula francesa y acompañada de mi gran amigo, visto por aquella gente

como mi marido. Nosotros observamos divertidos la situación y casi sin buscarlo nos vemos rodeados de un montón de ancianos que se pelean entre sí reclamando cada uno mayor dependencia de Malacara cuando eran jóvenes : yo le ensillaba el caballo, yo le limpiaba las botas, pues yo le lamía el culo ; no, eso no se lo oí a nadie, pero como si tal.

Desde Alpartir a Medinaceli nos acompaña el sol. Me dedico a saborear una especie de galletitas duras como la piedra. Uno tarda en deshacerlas en la boca más de cinco minutos. Por algo se llaman " paciencias ".

Maravilloso el camino de Medinaceli a Sigüenza,. Entre chopos y olmos, siguiendo el curso del Henares, adelantamos a una mula cargada de estacas. Más vieja que una vieja abadesa. Mario Luis está citado con su hijo y con Antonio Pérez a las doce. A las menos cuarto es una gozada ver los tonos rosa y cárdeno del poblado de Sigüenza. Sale en lo más alto el castillo con sus paredones blancos llenos de heridas, y unas torres anchas, recias, cuadradas, cubiertas con un airoso casquete.

Mario Luis se encuentra inmediatamente con Antonio Pérez. Yo, como una Maga cualquiera, me dedico a pasear. De la calle de la Hiedra paso a la de los Tintes, construida en muchos siglos, estrecha, deforme y con mansiones macizas.

Hay algo en los nombres de estas calles de los pueblos castellanos que te atrae y te interesa sin que sepas por qué : Travesaña Alta y Travesaña Baja, paralelas y ambas ricas en no calculados ángulos o alturas. Todas ellas, con sus paredes viejas, sus puertas destartaladas y murallas de siglos, se defienden contra la arremetida del tiempo.

Subiendo, subiendo por rincones de añejo carácter, por calles oscuras con escudos hasta en los dinteles más humildes, llego al Barrio del Castillo. A este lugar, que se abre a campos granates, tostados, no llega el ruido de motores ni el de los artefactos con que restauran la Plaza mayor, aún siendo día festivo. Llegan en el silencio las campanas llamando a misa. Suenan una, suenan dos, suenan badajadas hasta doce. Luego suenan los redobles del oficio.

La catedral de aquí se parece a la de Jaca. Bueno, en realidad, todas las catedrales del siglo XII, que estaban en lugares fronterizos, se iban construyendo a compás de la espadas cercenando cabezas de moros. Tienen algo de castillo. No se sabe qué preocupaba más a sus constructores. Si ganar el cielo o no perder la tierra.

Entro directamente en la capilla de las Reliquias. Hay un óleo titulado "La Anunciación de María " de Doménico Theotocópoulos. En diez años, entre 1604 y 1614, el Greco, lo rehizo dieciséis veces. Es uno de sus cuadros más hermosos.

Como una pánfila me veo metida en una visita comentada. El guía nos encamina por un lateral hacia el sepulcro del Doncel. ¿El Doncel ? ¡Ay de mí, ya me estoy olvidando de que tengo que contar lo que veo y lo que oigo! Se trata de don Martín Vázquez de Arce. Joven muerto en la lucha contra los moros de Granada, en el año 1486, a los veinticinco años de su edad. Según Ortega y Gasset, es ésta la escultura más hermosa del mundo. Leí en el catálogo de una exposición en el Grand Palais de París, hace unos seis o siete años, que esta escultura, por la posición del personaje, es tal vez el último ejemplo de la permanencia del arte etrusco en Europa.

Según salgo de la catedral me encuentro con una librería llamada Rayuela. También es casualidad, me digo yo, que me tomo por un personaje de Cortázar. Entro y empiezo a hablar con los encargados. Se llaman José Luis y Margarita. Les cuento las peripecias de nuestro viaje. Resulta que de aquí fue obispo Esplendonio, cuando la ciudad se llamaba Saguntia y su diócesis era una de las más importantes de Hispania. El mundo, a lo ancho y a lo largo, es un pañuelo. Y he aquí que llegan Oscar y Mario Luis, con dos sonrisas de oreja a oreja. Oscar acaba de bajar de la moto y me cae muy bien. Mario Luis vuelve de Correos, con un largo fax que le mandó su hermano Pedro:

Carta de Itacio de Ossonoba a los obispos de Hispania, Lusitania y Aquitania.

Hermanos en Jesu Christo. ¿Habrá sonado la hora de la plaga, cuando los Desatinados guían a los ciegos? Una abominable herejía, surgida en el Finisterre, se ha extendido por las vastas regiones de Occidente, hasta alcanzar las fronteras bárbaras. Se abandonan las iglesias, no se rinde el respeto merecido a los sacerdotes, reniegan de Jesús los creyentes y nuestros templos parecen sinagogas.

Bajo la apariencia de filósofos o de sabios naturalistas, se afanan los malvados en la perversión de las Santas Escrituras, atribuyendo a extrañas combinaciones de elementos materiales lo que el Señor creó. Muchos demonios expulsados del cielo presiden en el mar, en los ríos, en las selvas y en los manantiales. En el mar, los inocentes invocan a Lugo, rey de todos los ídolos; en los ríos a Dana, diosa del norte del mundo; en las fuentes a la tricéfala Minerva y en los bosques a Cernudos, el de los cuernos retorcidos. Mezclando estos ídolos con otros falsos venidos de Grecia, dan sus nombres a los días de la semana : día de la Luna, día de Marte, día de Mercurio, día de Júpiter, día de Venus y día de Saturno : pésimos dioses todos entre la gente helena.

¿Y qué decir de aquellos que veneran a los murciélagos y a los raposos ? Como afirma el sabio Salomón, Divinationes et auguria vana sunt. ¿Qué esperan esos infelices, atentos siempre al vuelo de las aves? ¿Qué es si no adoración diabólica colocar cirios en los manantiales o encenderlos en las eras, en los trivios, observar el firmamento y echar en el fuego la ofrenda sobre un tronco ? ¿Acaso no rinden culto a Satanás las mujeres, cuando tejiendo sus telas invocan a Minerva, cuando encantan las hierbas con maleficios o conjuran a los demonios por medio de ensalmos? Y empezar el año en enero en lugar de abril, ¿no significa acaso la conmemoración de la fiesta céltica de Joel ?

Estos nuevos apóstatas son pérfidos, hipócritas y actúan con disimulo. Siguiendo los malos pasos del hereje Marción, reconocen la existencia de dos creadores, uno de las cosas invisibles, al que llama el Dios bueno, y otro de las palpables, denominado por ellos el Dios del mal. Al primero le atribuyen el Nuevo Testamento, y al segundo el Antiguo. Tratan de mentiroso al autor de éste porque en el Génesis está escrito : "Del árbol de la ciencia no comerás; el día en que de él comieres ciertamente morirás ". Y aseguran que habiendo el hombre comido fruto de aquel árbol no murió, sino que fue condenado a la miseria. A nuestro Creador llaman también asesino, tanto por haber arrasado las ciudades de Sodoma y Gomorra cuanto por borrar la faz del mundo con lluvias y sumergir a Faraón y a los egipcios bajo las olas del mar. Llegan incluso a decir que nuestro Cristo, nacido terrestre y visible en Belén y crucificado en Jerusalén, fue un hombre malo. Que María Magdalena es la mujer adúltera del Evangelio, y para demostrar que fue su concubina, esgrimen el siguiente pasaje del evangelio según Felipe : " la compañera del Salvador es María Magdalena, porque Cristo la amaba más que a todos sus discípulos y solía besarla en la boca. El resto de los discípulos se sentía ofendido por ello, y le recriminaban : "Por qué la besas a ella y no a nosotros ? " Y el Salvador admitía : " Porque no os amo como la amo a ella ".

Va mas allá su osadía cuando no vacilan en afirmar que la madre de Dios es sencillamente humana. Para ellos no existe la Virgen Inmaculada, sino una mujer ordinaria, y mantienen que Jesús recibió la carne de María o que Él trajo del cielo su cuerpo, que sólo aparentaba ser carne material. Así entró en María y de ella salió sin que ella sintiera ni su llegada ni su salida.

Igualmente descreen de la cruz. No se persignan, y en sus testamentos ordenan que no les pongan el símbolo de nuestra Iglesia en las tumbas. " Si adoramos la Cruz porque Cristo padeció en ella, explican, adoremos a las doncellas, porque de una virgen nació el Señor. Si alguien ha matado a su padre a bastonazos ¿irás tú después a colgar ese

madero en las paredes de tu casa ? Si alguien cuelga a tu padre de un árbol ¿adorarás ese árbol ?

Niegan la resurrección de los muertos para comparecer en el Juicio final en carne y hueso, piernas y brazos. Cuando algún cristiano les interroga acerca de este artículo de fe, responden : "Algo he oído hablar de esto a los romanos, sin embargo no lo puedo creer. Más bien pienso que el cuerpo se descompone, se transforma en tierra, de la tierra sale en forma de plantas y va evolucionando hasta ser otra vez hombre. " Negando de tal suerte la resurrección de la carne, elaboran invenciones absurdas, aseverando que nuestras almas son esos espíritus angélicos que, precipitados del cielo por orgullo, han dejado sus cuerpos en los aires. Y esas almas, tras una sucesiva habitación en siete cuerpos terrenales, volverán a los primeros días como si al fin hubiera concluida su penitencia.

Claman públicamente que la onda del bautismo no difiere del agua de los ríos y que la hostia del Cuerpo Santo es como el pan cotidiano. Al vino de la misa le llaman vinagre y a la Sagrada Forma harina. Ridiculizan el sacramento de la comunión diciendo que Cristo, aunque fuera tan grande como las montañas pirinaicas, estaría ya consumido desde hace muchos años por todos los que lo engullen.

Especialmente las mujeres se dejan llevar por el cebo de la concupiscencia. Se trata en general de damas del rango más elevado, y sus mansiones están abiertas a todos los heréticos. En ellas se reúne gente de ambos sexos para darse a la magia y a la lujuria. Allí se pronuncian exorcismos y encantamientos, se absorben mejunjes afrodisíacos y por medio de artes quirománticas los herejes convocan a los espíritus demoníacos inductores de ensueños. No hay templo junto a cuya entrada no se levante desnudo un miembro viril, venerado allí como intérprete y artífice de lo que fue, es y será.; coronado por los frutos engendrados, mira de abajo arriba, mostrando el impulso de las cosas inferiores hacia las superiores. Este falo se encuentra en los templos más santos, no escondido en celemín, sino como anuncio y luz de candelabros. También se halla en todas las encrucijadas y en las mismas casas, porque llaman " portador del bien " al órgano genital. De esto persuaden a los necios, estableciendo una sutil distinción entre ser del mundo y estar en él. Literalmente, el que estando en este mundo no ama a una mujer hasta poseerla, no proviene de la verdad y no irá a la verdad. Por el contrario, el que es de este mundo, si ha gozado con una mujer, no alcanzará la verdad por haber caído en la concupiscencia. A veces se encierran con mujercillas; y entre abrazos y coitos, les cantan versos virgilianos.

Entregados a fondo en los placeres carnales, corrompen a las mujeres que aprenden su doctrina. Sin rebozo quitan las esposas a sus maridos que se las confían, haciéndolas sus amantes. Los hay que al comienzo tratan de cubrir las apariencias fingiendo colaborar con hermanas, mas el tiempo se encarga de denunciarlos cuando a la hermana empieza a abultarle el vientre. Sabemos que Prisciliano está amancebado a la vez con Eucrocía, esposa de su maestro Elpidio, y con su hija, la adolescente Prócula, a quien hizo abortar - con la excusa de que el hombre no debe crear materia - después de haberla dejado encinta.

De nosotros afirman que tenemos la gracia sólo en usufructo, y que nos será retirada. Por eso nos afecta el pecado. En cambio, la gracia en ellos es cosa propia, les ha sido añadida por el indecible e innominable conyugio. Por eso arguyen que a nosotros nos es necesaria la buena conducta, pues sin ella no nos podemos salvar, mientras que los perfectos y puros que ellos son se salvarán de todos modos, por ser de naturaleza espiritual. El oro arrojado en el barro no pierde su valor, aseguran. Así, las carnes sacrificadas a los ídolos no están contaminadas para ellos y son los primeros en tomar parte en todas las festividades de los paganos y en todo regocijo en honor de sus dioses.

Perpetran muchas otras acciones odiosas e impías. A los que por temor de Dios nos abstenemos de pecar, incluso con el pensamiento y la palabra, nos señalan como a

ignorantes que nada saben, mientras que a sí mismos se exaltan llamándose perfectos y simientes de elección. Llevan, en resumen, vida lujuriosa, profesan una doctrina herética y abusan del nombre de Jesús para encubrir su maldad. Su condena es justa y deben recibir el merecido de sus obras.

Como nos causa pena ver el Reino de Nuestro Señor Jesu Christo desunido y de alguna manera desmembrado por estos malvados, yo, Itacio, obispo de Ossonoba, juntamente con los prelados cuyos nombres constan abajo y con la aprobación del Obispo de Roma, juzgamos conveniente firmar entre nosotros un pacto, y ordenamos a los obispos y eclesiásticos que nieguen toda ayuda a los herejes, que no se les dé cobijo y no se comercie con ellos, ni para vender ni para comprar. En indisoluble lazo de fraternidad decretamos que de hoy en adelante, unidos en virtud de lo acordado, actuaremos con la ayuda de Dios y determinación para salvar a los fieles descarriados, cuidando del reino de Cristo con nuestra unidad doctrinal. Recordamos que no es legítimo bautizar ni celebrar un ágape sin el obispo. Separarse el obispo es separarse del propio Dios. Aparte de la jerarquía, no hay nada que pueda denominarse Iglesia.

Dada en el mes de noviembre de 1980.

Son ya las dos de la tarde. Aparece Antonio Pérez, personaje fuera de serie. Fue uno de los fundadores de la revista Cuadernos de Ruedo Ibérico, que se editaba en Francia y desempeñó un papel importante contra el franquismo. Luego se ocupó de la sección de español en la librería " La Joie de lire " de François Maspero en París.

Todo esto me lo explica Mario Luis. En aquella época yo no había nacido. Jubilado prematuramente en Cuenca, Antonio Pérez se dedica a crear *ready mades*. Quiero decir, a encontrar piedras del campo, botes de refrescos, cascos de bombillas y ladrillos de los escombros. En estos objetos humildes, menospreciados por todos, su sensibilidad descubre la forma oculta. Me dice Antonio Pérez que para describir la catedral no emplee los adjetivos rosa y cárdeno, pues ya han sido utilizados hasta la saciedad. Me da otros consejos y datos sobre la ciudad. Pero ya nos dirigimos hacia el Mesón del Doncel, donde sirven un cordero asado sabrosísimo.

Después de comer asistimos a la marcha de los dos motoristas. Antonio Pérez me lleva a la estación y ahora me despido con mucha pena de ustedes, esperando que por le menos me haya salido bien el relato.

III

A la hora canónica de vísperas salimos Oscar y yo de Sigüenza; antes, perdón, llamé a la gestoría de Irimia por mi asunto: si habían recibido la fotocopia del pasaporte, si necesitaban un recordatorio de mi primera comunión o de la confirmación. Todo está OK, me tranquilizan en gallego desde allá, basta con la fe de bautismo y ya tiene usted fecha para el examen, el 11 de septiembre a las nueve de la mañana.

Nos despedimos de Berta y Antonio, yo triste por la desaparición de mi acompañante y metiendo prisa como siempre. Oscar monta en su Yamaha 500 TX y yo en mi querida Priscila. Le ruego a mi hijo que no se me separe mucho, nos podemos perder, cuando el temor constante de un padre es el descalabro de su hijo.

Durante un tiempo, corto, Oscar mantiene unos cincuenta metros de adelanto, casco de aviador abollado, pantalones cortados por las pantorrillas, chaleco de borrego con este calor, bolso y guitarra desbordante por los lados. Menuda pinta, madre mía, como para no conocerlo en las paradas. Siento mala conciencia por haber dejado a Berta punto menos que abandonada; en cambio Silvina, sin peso trasero, despliega toda su energía. Al cabo de unos minutos vuelvo atrás la mirada para ver el trecho recorrido: la cárdena Sigüenza, la viejísima ciudad episcopal aparece rampando por la montaña, a poca distancia del talud que cierra por el lado frontero el valle.

Seguimos subiendo. Abrumada por la distancia, la mirada se pierde en el cielo y la llanura. Llegamos a la circunvalación de Atienza, llamo a Oscar, me desgañito : toma la desviación y entremos en el pueblo, uno de los más hermosos de Castilla. Ni me oye, seguimos por la España seca, la España mística, la España ocre a veces tundra, otras la Beauce y las más el Sáhara, esto que los escritores han dado en llamar Castilla y Atienza pronto será algo remoto y perdido.

A setenta de media, *tempo* muy honorable, llegamos a Torrelaguna. Oscar se detiene a repostar. Me sugiere que lo mejor es esperarnos en cada cruce, debe estar hasta las narices de someterse a mi velocidad. Estos hijos de ahora, de siempre.

Poco después de Torrelaguna terminan las grandes rectas en medio de campos áridos; entramos en la zona de los pantanos y todos los mojones kilométricos así como los indicadores señalan Madrid. Cuánto falta para Ávila, pregunto, y por dónde se va. La única dirección que cuenta en España, dondequiera uno se encuentre, es la del centro erigido en capital por Felipe II girando un compás en el mapa. De haber sido Lisboa o Barcelona ya no sería centro y otro gallo nos cantarían. Las cosas cambian, parece que con el clima. En este núcleo duro de la España seca, austera, dominadora, han sido contruidos embalses que transformaron la vida y la mentalidad de sus habitantes. Entrepeñas... Buendía... Bolarque... árboles, verdor, bañistas, desnudismo... los castellanos descubren los valores de la España verde y admiten que la nación española, fabricada con elementos disímiles a golpe de guerras civiles, no es en realidad una, lo cual añade interés a la península; que la llamada nación está compuesta por varias diferentes, y la sólo característica común de ese concepto ambiguo de lo español es su irreductible pluralidad.

Dónde estábamos, dónde estábamos antes de la irrupción de la Historia. Ah, si. Subimos la sierra por trigales amarillos que gigantescos montones de piedras interrumpen brutalmente. Contraste entre el dorado de la mies y la rudeza de las rocas. No se sabe si estas peñas han sido vomitadas por la tierra o cayeron como maldiciones de lo alto.

A las diez de la noche, tras un largo crepúsculo dorado y azul, llegamos a Ávila, directos a un hotel cuya lobreguez recuerdo; vamos a llamarle hospedaje y sucio, donde

paré años ha con une émula de Teresa. Le dije que las murallas son de carton-pâte y me quedé *in albis*. Pese a ello, mantengo que las buenas murallas, con cerca de dos mil años de antigüedad, están ni más ni menos que en Lousada.

La citada pensión, hotelucho, como diría Berta, está situada en una plaza irregular flanqueada de caserones feudales que desdeñan los turistas. Pedimos una habitación doble con una palangana, dos orinales y mucha mucha humedad. Lo más vistoso al entrar, es una deslumbrante cucaracha negra quincuagenaria, porque ya me asustó la otra vez, tumbada en una de las camas. Le pongo la bolsa encima, que Oscar no la vea y me reservo su compañía. Oscar se va de parranda por Ávila *by nigh* ; le deseo buena suerte y me quedo a leer las páginas de Berta.

A las ocho de la mañana salgo a pasear, cediendo el paso a curas y beatas - gente de condición pausada - lo único que calleja tan temprano. Me rodea un recital de campanas; algunas repicando afónicas de lejos; otras tañendo encima de mi cabeza, como ésta profunda, abacial - en una plaza silenciosa - del claustro de San José, el primer convento fundado por Teresa. Se mantiene tal como ella lo dejó, defendido del mundo por un torno y rejas erizadas.

Pienso en mi hermana Angelita, captada por la secta de los católicos cuando tenía dieciséis años. Se escapó de casa al cumplir la mayoría y desde hace medio siglo está encerrada en Salamanca. La motejaron sor Angela del Sagrado Corazón de Jesús, habla como escribía Teresa, y como ella es una santa. Hasta llegar a la santidad, las que habrá tenido que pasar. Como se fugó sin dote y mi padre la desheredó, la pusieron a hacer los trabajos más ímprobos, como fregar el suelo y asear a las ancianas. Cuando murió la organista se le arregló un poco la existencia. Eso de ir a Murcia de rodillas es un tanto hiperbólico, pero Marta escribe con mucha soltura. Eso sí, le aconsejaré que no abuse de los diminutivos. Llego a la oficina de Turismo. Cerrada, abren a las diez.

Sigo deambulando hacia la Puerta de San Vicente, flanqueada de torres oblongas y veo la catedral, que es como las de Jaca y Sigüenza, del siglo XII, mitad iglesia y mitad plaza fuerte, de ese granito gris que las hace tan tristes, todo muy bien descrito por Berta.

Vuelvo a la oficina de Turismo. De Prisciliano, ni pío ni restos. Me aconsejan que vaya al Archivo provincial. Voy : cerrado. Vuelta a la catedral. Están reparando una capilla, según se entra a la derecha. Habrá sido aquí, sobre estas losas frías, donde Teresa soportaba, de rodillas ante el confesionario, las pláticas de su confesor Pedro de Alcántara. El maestro de obras no sabe nada. Los albañiles de antes desbordaban de Sabiduría. Quiero ver por lo menos al obispo. De vacaciones. Un maestro de obras incompetente y el obispo de vacaciones. Habrase visto. Pues ya necesitarían a un buen hereje que los meta en cintura.

Ser gallego es aquí un honor, no me lo podía imaginar. Sí señor; sus antepasados construyeron las murallas y la catedral, me informa el presunto ignaro. Los habían desterrado para repoblar esta región cuando la Reconquista, y les hicieron trabajar duro. Esto lo añadió un gordo ensotinado con ribetes color violeta. Por lo menos cardenal. Sabrá quién fue Prisciliano, cómo lo eligieron obispo de Ávila, dónde vivió o dónde está el antiguo templo. Prisciliano, me suelta, no figura en los anales de nuestro episcopado. Su elección fue una sacrílega mojiganga. Era seglar, y para que tuviese más autoridad lo hicieron obispo dos obispos herejes. Las normas estipulaban que ningún obispo condenado por herejía podía presentar candidatos a la prelatura, e Instancio y Salviano habían sido condenados en un concilio celebrado en Zaragoza.

Tengo entendido, padre, excelencia, que el obispo de Roma había enviado una carta a los participantes en ese concilio, prohibiéndoles condenar a alguien en su ausencia, y ni Instancio ni Salviano estuvieron presentes en dicho concilio.

Si sabe usted más que yo para qué demonios viene a preguntarme nada. Razón tiene, y este cura en technicolor me manda literalmente al carajo.

Camino de la pensionucha me encuentro con Oscar recién bañado, fresco. Radiante. Ni que hubiera pernoctado en una suite del Ritz. No ha desayunado y tomamos un café. Me nota cariacontecido. Qué te pasa, parece inquietarse.

Que aquí nadie me quiere hablar de Prisciliano.

Bueno, y qué.

Le cuento quién fue ese señor.

Claro; no seas tan directo; invéntate algo, diles que estás haciendo un estudio sobre la historia de la diócesis de Ávila. No pueden aceptar la existencia de un obispo hereje aquí, con lo meapilas que son.

Trataré de seguir tu consejo, Oscar. Vamos al edificio de los archivos.

Está de portera, habría que decir en la recepción, una joven que por su desenvoltura, atuendo, malicia y milicia le da mil vueltas a mi ingenua pasajera de Marmoutier. Y los curas que entran y salen son todos como el pillabán de Zaragoza : quien más y quien menos le propina una azotaina. Dios mío, si así están las cosas en Ávila, qué no será en el Vaticano, en tu casa, santo Dios, llena de sangre fresca del banco Ambrosiano y de esperma estratificado de Pío XII.

El archivista llega a la una menos diez, cuando ya estaba yo medio cabreado. Es un cura como todos los curas: ni alto ni bajo, ni delgado ni grueso. Trae barba en punta, corta. Pelo cortado al rape. No revelan nada sus ojos claros y vivos. Miran como todos los ojos. La sotana que viste es pulcra, sin ribetes ni apariencias fastuosas. No desborda en palabras corteses ni toca en esquivo. Habla con sencillez. Le digo que estoy haciendo una tesis en la Sorbona sobre la historia del cristianismo en Hispania y en Lusitania en los siglos IV y V, desde el concilio de Elvira hasta el de Toledo, y miro a Oscar de reojo. Lo que más me interesa en estos momentos es la llegada de anacoretas a la península ibérica. Tal vez él me pueda ayudar.

El archivista inclina la cabeza pelada hacia la mesa. Se entrega a un juego de ojos, subiéndolos, bajándolos, un modo de forzar la memoria que a lo mejor vale contra el Alzheimer :

- Cuando se terminaron las persecuciones y los cristianos verdaderamente creyentes ya no podían testimoniar con la sangre; cuando el aluvión de oportunistas empezó a llenar las iglesias, un número elevado de fieles buscó una posibilidad de expresar la fe ya no con el martirio y la muerte, sino emprendiendo una vida de mortificaciones caras a Jesús. Entre los años 370 y 380, en todo el sur de las Galias, en Hispania y en Lusitania, esta elite de la Iglesia practicaba el desprecio de la carne por medio de la continencia y en ello se distinguía del clero oficial. Su ejemplo ponía de relieve las carencias de las autoridades eclesiásticas, quienes a su vez los rechazaban. Tuvieron que agruparse, formar asambleas, relativamente numerosas y bien organizadas, dando pie a sospechas de levantiscos.

“En realidad, los primeros anacoretas (etimológicamente, separados del grupo), procedían de Egipto y se ocultaron en la parte más inaccesible de la península, la más alejada de sus tierras, vale decir la remota Callaecia. Se trataba de un movimiento espontáneo, desorganizado, y es natural que diera lugar a todo tipo de excesos, abusos y degeneraciones. Sin duda la mayoría de los que se retiraban al monte lo hacían llevados de un ansia espiritual en busca del encuentro con lo divino. Incluso se daba el caso, no

poco corriente, de que el retiro lo llevaran a cabo familias enteras con sus siervos, cuando se trataba de gente de estatuto económico y social elevado. Aquella existencia en régimen apartado no agradaba a la jerarquía. Interesada en el control de la grey, deseaba ésta que los sacerdotes fueran intermediarios a nivel del poder. Además, aislado de todo, encerrado en su gruta o en una vieja tumba saqueada, sin más contacto que con el sol ardiente y el desierto, la mente del eremita caía en las más extrañas lucubraciones y en prácticas aberrantes, que tanto ellos como a nivel de la literatura de la época atribuían al demonio.”

Claro, le espeto al archivista. Lucas escribe que Jesús se retiró al desierto y se abstuvo de comer durante cuarenta días. Las alucinaciones espectaculares eran consecuentes. Incluso conversó con el demonio. No he debido provocarlo. Parece un buen tipo, pero me jode el constante a nivel de. Me parece gravísimo que esta expresión se haya metido hasta en los más rancios archivos. Estoy a punto de agarrar la puerta, pero me aguanto.

Si tanto sabe usted, me replica altivo, superior, qué le puedo enseñar yo, ignorante de mi.

Según tengo entendido, sigo ya en plan desafiante, en el siglo IV tuvieron en Ávila un obispo anacoreta.

Prisciliano, exclama, y sus ojos se iluminan. Casi le perdono el a nivel de. Como usted sabrá, me empieza a contar otra vez, poco faltó para que él y sus seguidores fueran condenados en Zaragoza.

Recién terminado el concilio, se reunieron todos en Eauze de Aquitania, en una gran propiedad de una de sus discípulas, llamada Eucrocia.

Sí, señor archivista; pasé por Eauze hace unos veinte días. Es una ciudad muy bonita. Supongo que habrá visitado la mansión de Ausonio y los campos donde se encontraban las heredades de Eucrocia.

Hum...

Pero qué peregrinación priscilianista está haciendo usted.

Mea culpa, padre, no salí de París con esa intención. Me voy enterando poco a poco. Y le aseguro que en Ávila no me está siendo nada fácil.

Claro, sus ojos se alumbran:

Hasta aquí han llegado los vientos esos que llaman renovadores. Para la Iglesia de hoy, sin latín ni sotana, con sacerdotes casados o amancebados, el priscilianismo es insoportable. Asoma el fuego en su mirada. Así nos va, y todas esas sectas nefastas no proliferarían si el papa dejara de tergiversar y nos impusiera el ejemplo del mártir de Tréveris.

El papa hace lo que puede, señor archivista. Yo, defendiendo a Juan Pablo II, el tirano de Natalinda. Ya le perdonó a Galileo su error de la tierra girando en torno al sol y ahora trata de rehabilitar a Savonarola. Pronto le llegará su día a Prisciliano...

No comprendo por qué lo he sacado de sus casillas.

No es lo mismo, no es lo mismo, me interrumpe. El intrínquis aquí está a nivel del Estado español.

Se levanta, gesticula con las manos y ojos desorbitados. Otra vez ha dicho a nivel de, pero ya no es cuestión de variedad idiomática. Este sacerdote puede dar mucho de sí. Por qué a nivel del Estado español, le pregunto poniéndome a su nivel.

Porque todo el tinglado de España reposa en el matamoros. Patrón de España. Tenía que haber sido nuestra santa Teresa. Incomparables. Y ahora no se puede tocar ese mito. Sabe usted que en la Biblia Santiago, Jacobo, es el Suplantador.

Sí, eso más o menos me reveló en Chartres un florentino descalzo.

Un florentino descalzo. Qué nueva orden es esa.

No lo sé. Me parecieron un si es no es heterodoxos, pero usted es historiador, da conferencias, publica tesis: pues divulgue sus creencias.

Entre la Historia y la Iglesia, señor mío, me incrimina, yo elijo la Iglesia.

Estoy de acuerdo con usted, le miento y añado una frase adaptada también de un francés, para seguir a su nivel: España bien vale un sacrificio.

Uf, lo amansé; ya puedo llevarlo a que me cuente la reunión de Prisciliano con sus seguidores en la casa de Eucrocía en Eauze, la cual iré a visitar un día, lo juro.

Me pregunto, le digo, si Prisciliano trató de ser obispo no sólo para convertirse en sucesor de los apóstoles, sino también con el fin de adquirir un poder cívico y él sigue:

- ¡Prisciliano no quería ser obispo, señor mío! ¡ Lo obligaron ! Concluido el concilio de Zaragoza, Instancio y Salviano se asustaron. Aunque no los hubieran condenado explícitamente, las acusaciones de herejía y de brujería pendían sobre sus cabezas. Pensaron que la mejor defensa consistiría en ampliar el movimiento renovador con la ocupación de nuevas sedes episcopales. En la fatídica reunión de Eauze, Instancio y Salviano propusieron que el rétor Elpidio se pusiera al frente del grupo. Elpidio gozaba de gran prestigio, tanto a nivel intelectual como por moral. Sin embargo, Elpidio prefirió tomar la vía fácil de salvación, abandonando a su esposa Eucrocía e internándose en un cenobio para vivir la experiencia ascética. Las dos figuras de los renovadores se volvieron entonces hacia Prisciliano. A él le tocaría la tarea más ardua, la de reformar la Iglesia por medio del ascetismo. Al finalizar la reunión, Instancio leyó las resoluciones tomadas:

- El emperador ha declarado herejes a todos los que no sigan el credo niceno, y ahora no existe ferocidad en la tierra que pueda compararse a la de un obispo cazando herejías, como llaman a cualquier opinión diferente de la suya. Tendremos que devolver dos golpes por uno. Sería humillante defenderse de esta manera si nuestros tiempos no estuvieran llenos de peligros.

"Nos dispersaremos por toda la geografía de Lusitania, de Hispania y de Aquitania, hasta los confines del Imperio, para atajar las maniobras de Itacio y recuperar a los descarriados.

"Tú, Latroniano, vete a los escarpados desfiladeros de Vasconia y a los nevados reductos del Pirineo. Trata de que aquella nación bárbara se forme según tu ejemplo y renuncie a sus hábitos salvajes para adoptar los nuestros. No temas endurecerte bajo sus techos de paja ni asociarte a sus instintos salvajes. Las almas puras no se contagian con el mal y el agua resbala en las plumas lisas.

"Tú, Asaribo, corre a la montañosa Calagurris y a la Bilbilis colgada de las rocas, así como a la colina en la cual reposa Illerda, donde el Ebro discurre hacia las olas tirrénicas, y convéncelos, encamina a los fieles hacia la elección de un obispo respetuoso de los preceptos de Jesu Christo.

"Tú, Armenio, llégate hasta el sur, donde nuestra desdichada Iberia se extiende sobre mares alimentando con el Betis el océano. Y tú, Prisciliano, desplázate a Ávila para ocupar la sede creada por Segundo, a quien Pedro envió para evangelizar Lusitana.

"No os demoréis en el camino. El tiempo es corto. Hablad con la gente, formad grupos de ascetas y que éstos, en cada lugar donde mande un obispo corrupto, elijan a otro que observe las normas impuestas por nuestra religión."

"A nivel de autoridad - repite machaconamente el archivista y yo agarrándome al asiento, Prisciliano tenía un inconveniente, es que era seglar. Pero en el año 380 quedó vacante la prelatura de Ávila. En aquel tiempo se nombraba a los obispos por elección popular y no por dedo pontificio. Bastaba con que el candidato fuera presentado por dos obispos de sedes contiguas y los fieles votasen. A Ávila vinieron Instancio y Salviano

para apadrinar a Prisciliano, cuya fama de hombre íntegro y brillante ya lo había precedido. Leguas antes los esperaban cientos de fieles, que los acompañaron hasta la ciudad. Delante de la iglesia había una muchedumbre heteróclita, gente de Ávila, así como multitudes de aldeas comarcanas.

“Sin embargo, un núcleo de dignatarios se oponía a su elección, prefiriendo a un tal Eudoxio, candidato de Itacio de Ossonoba. Argüían que los dos valedores de Prisciliano acababan de ser condenados en Zaragoza. Entre sus enemigos se hallaba otro tal Prudencio, a quien le correspondía officiar y hacer la presentación de los candidatos. El pueblo le impidió entrar en la iglesia. Y dentro, dada su tardanza, Instancio llevó a Prisciliano al altar, tomó en sus manos el Nuevo Testamento, lo abrió y leyó la frase encontrada al albur:

- Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.

“Tras esta lectura se elevaron clamores, quedando derrotados los del partido contrario. Todos coincidieron en que dicho salmo había sido elegido a nivel de la voluntad divina.

“El archivista se levanta con agilidad pasmosa. Otra vez a nivel de. Me atornillo al sillón. Vuelve con un libro polvoriento. Le voy a leer, me advierte, la homilía que pronunció Prisciliano en esta ocasión :

" Amantísimos hermanos en Jesu Christo. Aunque nuestra fe, desligada de cualquier impedimento de la vida, se halla libre para seguir el camino seguro a Dios de la ordenación cristiana, No obstante, puesto que zarandeada por la denigración queda mejor probada cuando se la hostiga, vimos que sería glorioso para nosotros, beatísimos sacerdotes, por más que la conciencia no nos remuerda y aun cuando, exponiendo nuestra fe en frecuentes libros, hemos condenado los dogmas de todos los herejes, y en uno de nuestros hermanos Tiberiano, Asaribo y otros, con quienes nos une la misma fe y un único sentimiento, quedaron condenados todos los dogmas que parecían ir contra Jesu Christo, y aprobados los que estaban a favor de Jesu Christo, no callar tampoco ahora, puesto que así lo queréis, igual que está escrito: " siempre prontos a dar razón de nuestra esperanza a todo el que nos la pidiere " y que es lo que esperaréis de nosotros ".

Calla el archivista y nos mira. A mí se me ha puesto la carne de gallina. Veo a Oscar emocionado. Bernard Manciet va a tener razón : a Prisciliano lo ejecutaron por poeta. Y por destructor de la sintaxis, que ni Joye ni Juan Benet ni Suso de Toro lo harían mejor. Se lo digo al archivista y sonrío. Todavía falta la cola por desollar, añade, vuelve la página y sigue leyendo :

" Dios no perdona a los tibios. No vaciléis en uniros a los díscolos. Les llaman rebeldes, hombres perdidos, ellos, que los llevaron a ser criminales. Si se han convertido en bagaudas, ¿ no será debido a las injusticias, a la corrupción la jerarquía, a las confiscaciones y rapiñas de los funcionarios del Imperio y de la Iglesia unidos, quienes, so pretexto de recaudar impuestos, se apropian de las sumas obtenidas? ".

Me apiado de este hombre, amigo del cirio y del cilicio, clarividente y sacrificado por el mantenimiento del mito del Suplantador.

No podría aplicar, le sugiero con engolamiento rotundo y pleno, la frase adaptada de Joyce : que la Iglesia muera por mí.

El hombre arquea los ojos, desorientado. Baja de tesitura.

Prisciliano ni siquiera trató de ser original, dice. Le bastó poner énfasis en el desuso de la moral y en las consecuencias negativas de tal abandono para la Verdad. Se limitó a ser un simple transmisor. Vaya usted a ver a don Uxío Romero Pose, me recomienda forzando la despedida. Es rector del seminario Mayor de Compostela. Me lo dice en voz baja, como temiendo que lo espíen. Lo iluminará mejor que nadie a nivel de la presunta herejía.

Veo a Oscar impaciente. Son las dos de la tarde y me he propuesto llegar hoy a Mérida. Nos despedimos del archivista y nos vamos a nivel de las motos.

Próxima etapa, Plasencia. Plasencia, nombre prometedor. Se lo puso Alfonso X el Sabio cuando la ciudad empezó a ser grata a Dios y a los turistas: *ut placeat Deo et hominibus*.

Salimos de Ávila yo primero, el burro delante y Oscar a cien metros detrás. Ruge un motor, me adelanta, centella, cometa perdida de vista en la altura de la cuesta donde empieza la recta tan larga como esta frase a través de encinares omnipresentes hasta Mérida final de jornada.

Ya nos encontraremos en Plasencia, espero, pienso y me resigno. Acelero tras el ingrato, pongo a Priscila Silvina; ahora la llamo doble, indiferente, variando se hace más llevadero el largo viaje. La pongo a noventa al salir en la recta de Muñogalindo, a noventa y cinco en Amavida, a tope y hasta cien, ciento cinco, ciento diez al bajar el puerto de Villatoro, tenso, dejando atrás la humedad gredosa, abriéndonos paso entre el vendaval que se arma, Priscila Silvina o la que sea y un servidor.

Una mancha, allá lejos, se agranda, se va agrandando agrandando por mi lado de la carretera; a una distancia de dos kilómetros se convierte en camión. Se pondrá a su derecha, me digo; volverá al otro lado de la línea continua, que ha empezado tras unos cien metros de rayas cortas. Se me viene encima, bajo el régimen del motor y me aparto a la derecha, pegado a la cuneta llena de grava para la carretera recién asfaltada. El camión tarda en llegar, buena señal, estará frenando, pero no se le ocurre salir de la contra vía. Diviso el semblante de mi verdugo, un joven desencajado de terror.

Sin quitar ojo de la cuneta que puede ser mi tumba abierta, evoco el florido jardín de mi chalé, maldigo el afán de aventuras me impulsó a presumir de joven cuando debería estar con gente de mi edad proveya tostándome la panza en una playa y por la grietas del tiempo y del recuerdo se desliza otro rostro desorbitado como el del camionero. A principio de los setenta había concertado yo un encuentro en mi casa de Sèvres entre José Ángel Ezcurra, director de Triunfo, el semanario más combativo de España durante la tiranía franquista, y Carrillo y Alvarez, aquí Suplantador I y Suplantador II, el primero secretario general del partido comunista español y el segundo lo mismo del gallego. El PC francés había puesto a disposición de Suplantador I un Citroën DS negro, si la memoria me es fiel. Lo conducía un viejo republicano aragonés. Al pasar la Puerta de Saint Cloud se metió a la izquierda de la raya amarilla, tal como el bastardo de este camión. Contra nosotros venía una rápida y compacta sucesión de taxis, motos, autobuses, camionetas. Aparecían y desaparecían más veloces que las aguas del Niágara merced a los golpes de timón del veterano luchador. En medio de aquella confusión me pareció como si llegado su última hora Suplantador I se arrepintiera de su pasado liso. Compañero compañero a la derecha, gritaba. Y nada más difícil para el chófer, confinado durante tantos años en la consigna contraria. Estábamos los cuatro aterrados, y más aún cuando al reaparecer los trazos discontinuos pudo volver a la derecha el conductor ortodoxo. Compañero, hay que respetar la línea, le espetó a Suplantador I, regador regado. Por eso no maldigo al camionero, vaya uno a saber por qué vericuetos de la conciencia se cometen los crímenes más aberrantes.

Uf, allá va el camión. Pasado el susto sigo despacio, respiro a fondo, que la sangre me irrigue otra vez el cuerpo. Vuelvo a descubrir el campo, de un verde raquítrico, salpicado de piedras blanquecinas. Entre ellas crecen alcornoques de ramas altas. Algunos tienen el tronco corto y recio, al rojo vivo, y los que no han sido pelados, conservan ese color tierra que también pigmenta a los habitantes de esta región, diría un escritor costumbrista.

Llego a Plasencia, despacio, nervioso por el sofocón, sin preocuparme del paradero de Oscar. Estará en un bar cualquiera de la Plaza mayor. No voy directo allá, venganza refinada. Hago tiempo visitando la ciudad de los retablos; el de Gregorio Fernández en la catedral, el de los hermanos Churriguera en la capilla del Tránsito y al fin, por mucho que le esté remordiéndole la conciencia al pobre Oscar, en homenaje a mi perdida Natalinda de Marmoutier me meto en la iglesia de san Martín, donde hay un retablo grandioso de seis paneles de Luis de Morales. En uno de ellos se ve a Martín entregándole media capa al menesteroso del cuento. Qué rácano, podría habérsela dado entera. Y aún me quedo diez minutos admirando la chisporroteante fachada norte de la catedral. Pocas cosas más mezcladas hay de estilos platerescos, salmantino, toledano, andaluz y portugués.

Aplacados el susto y la rabieta, rodeo la plaza Mayor. ¿No habrá sido aquí donde Juana la Beltraneja se proclamó reina, oponiéndose a Isabel la católica ? La corona castellana recaía en ella, como la portuguesa, y de haber sido entronizada, toda la península y toda América Latina hablarían hoy gallego. La Beltraneja perdió, y uno no puede recorrer España lloriqueando y escribiendo la Historia a su conveniencia.

Diviso la moto de Oscar, apoyada en un soportal; y a él, tan tranquilo, sentado en la terraza de una taberna. El muy cabrito está saboreando una caña de cerveza y un guiso de lo más extraño.

Tardaste mucho, pa.

Parece como si el pudor le impidiese repetir el monosílabo.

La Vespa no da más de sí. Verás cuando saque el carné y me compre una como la tuya. Nunca sabrá mi vástago que ha estado a punto de quedarse huérfano por culpa del estalinismo, la última víctima hubiera sido su papá, saldando así deslices pasados.

Qué estás comiendo.

Lo típico de aquí: lagarto en salsa verde. Exquisito.

Pido una ración de lagarto.

De verdad quieres seguir hasta Mérida... me interpela oblicuamente mi hijo.

Bueno, Oscar, es lo que habíamos previsto.

Queda lejísimos, pa. Ya lo sé. Pero más lejos está París.

Me traen mi poción de saurio.

Quítale bien los tegumentos y las escamas.

Gracias, Oscar, ya me dirás si se comen los testículos.

Qué vamos a hacer en Mérida, vuelve a la carga mi hijo, con estrategia de siux.

Va a ser un capítulo importante del libro. Cuando Prisciliano se encontró coronado obispo de Ávila, quiso desbancar a su enemigo Hydacio, obispo de Mérida y jefe de los cristianos en toda Lusitania.

Vale, eso lo entiendo. Pero eso te lo contarán igual en Galicia, o no.

Ya te dije que este viaje me da pie para describir los olores, el paisaje, la gente, anécdotas que me suceden, como en Ávila.

No te entiendo, pero bueno...

De repente siento miles de sabandijas correteando por los meandros estomacales. Me levanto.

Adónde vas.

A preguntarle al camarero si se comen las pezuñas de los cocodrilos.

Al camarero no necesito preguntarle nada. No más verme plegado me indica al fondo, a la derecha. El alivio es lento, disculpando. Pero uno nunca pierda el tiempo. Apago la luz y con el local a oscuras me concentro si voy o no voy a Mérida.

Vuelvo a la terraza con la euforia que se siente tras cualquier cumplimiento fisiológico.

Arrancamos para Mérida, Oscar.

Yo también.

Por supuesto. No te voy a dejar solo.

Estás como una chiva, pa.

Para elogios eres genial, Oscar. Pagaste.

Sí, pagué; y te acompaño si me prometes que después tiramos directamente a Galicia. Presiento que allí está mi salvación.

Repostamos los dos con la misma manguera al salir de la ciudad. Oscar paga todo el carburante, de modo que ganamos unos minutos y yo, además, cerca de dos verdes. El me sigue por esta carretera profunda, que se pierde a lo lejos, muy lejos, en una de las curvas. Ha debido de aprender la lección sin palabras que le di al llegar a Plasencia; ahora me arrepiento, pues con este calor mejor iría el pobre a ciento cincuenta en la Yamaha y no achicharrándose a mi ritmo vespasiano.

Colinas suaves, horizonte abierto, olor áspero, ríspido diría Severo Sarduy, de tierra y vegetación quemadas por el sol. Nos acercamos al embalse de Alcántara, formado por el Tajo; el Tajo, que a Portugal da vida, a España leyendas y nos alivia a nosotros del calor, hasta perderlo de vista cerca ya de Cáceres, llevándose las sensaciones verdosas.

En Cáceres ni entrar, a pesar del barrio antiguo. Circunvalamos la ciudad, de dónde me habrá venido este barbarismo, hacia el sur. Mi hijo me permite ir delante hasta la bifurcación de la carretera : Badajoz a la derecha, Mérida la otra. Pillamos ésta, y pasado el efecto de la regañina introvertida, Oscar se vuelve a tomar por un Nuvolari en dos ruedas y allá va, largándome a ojos vista.

Poco a poco entramos en tierras de regadío; entro yo, que de Oscar no sé nada: es capaz de estar ya en la plaza mayor de Mérida saboreando murciélagos a la plancha.

Llego a la antigua capital de Lusitania a las cinco. Voy directamente a la plaza. Oscar no me falla: sentado en una terraza, empuña un bock de cerveza. Por qué no has pedido tapas de murciélago, le pregunto. Preferí una ración de pulpo. Mira a quien tienes detrás, le señalo. Se vuelve. En uno de los pilares del soportal persiste en la piedra un retrato al *pochoir* del dictador Franco con el casco nazi. Tal vez en esta plaza se celebraron corridas con diestros falangistas y republicanos haciendo de toros. Paseillo, picadores, manoletina, puntilla y arrastre. Cinco minutos cada rojo y los graderíos repletos de aficionados, como en Badajoz. Vámonos, pa, a lo que tengas que hacer. Tomaremos el aperitivo en otro sitio.

Antes en moto, cuando la mañana se extraviaba en la regularidad de la llanura, yo ya había ideado la martingala : subiendo la calle que sale de esta plaza se llega al anfiteatro romano. Arriba, a la izquierda, está el museo histórico de la ciudad, un edificio moderno, que hizo famoso al arquitecto Rafael Moneo. Recuerdo que a Moneo lo conocí en Mallorca con Miguel Servera. Iré de su parte. Seguro que el director del museo histórico sabe todo lo que ocurrió en la ciudad desde su fundación.

Al bedel le pronuncio el nombre de Rafael Moneo y como si le dijera Perico de los Palotes. Entonces quiero ver al director.

El señor director está de vacaciones.

Ni que fuera obispo. Algún sustituto habrá dejado, digo yo.

Sí señor, contesta azorado por mi firmeza, pero no se halla en estos momentos.

Dónde se halla entonces.

El hombre descuelga el teléfono: Quiere verlo el señor Modelo. Y sale disparado, sin que le pueda aclarar su error. Un cleptómano llenaría el talego de amuletos y estatuillas. A los veinte minutos vuelve el bedel empujando un sillón de ruedas; sentado en el carricoche, un muchacho que tiene tanto de subdirector como yo de modélico, y no lo digo por su invalidez, sino por su extrema juventud. Se presenta : Encantado de conocerlo, señor Modelo. Aquilino Soria, para servirlo.

La diócesis de Eauze, en Francia, le digo, asumiendo el papel de arquitecto, yo, que no sé poner dos ladrillos a nivel de, me ha encargado la construcción de una catedral en honor de Prisciliano, para cuando lo rehabilite el Sumo pontífice. De modo que me estoy empapando de su vida y milagros .

Bueno, señor Modelo; en Mérida Prisciliano no llegó a hacer ningún milagro. En Salamanca sí, resucitó a una doncella. Aquí vino a desbancar al obispo titular. Mejor dicho, metropolitano, pues Hydacio era, digamos, el jefe de todos los cristianos de Lusitania.

Tengo entendido, le digo, invitándolo a contar, que la acción se decidió en Eauze.

- Sí. Salieron de Eauze, en el sur de ese país. Cuando se vio erigido en obispo de Ávila, Prisciliano quiso aplicar su norma de vida a todo el mundo. Con este fin se impuso otro objetivo: Mérida. Para conquistar el obispado practicó esa táctica que ahora llamamos entrismo. Un grupo de seguidores suyos escribió un libelo contra el obispo Hydacio, en el que se le acusaba de prácticas licenciosas. Incluso le presentaron denuncia por vivir con su esposa y tener seis hijos ocultos.

Cuando más caldeado estaba el ambiente, Prisciliano decidió iniciar una operación cuasi militar, un golpe de estado eclesiástico. Salviano obtuvo las cabalgaduras más veloces y de mejor estampa de Aquitania. Con Instancio y Salviano, Prisciliano salió de Eauze a finales de agosto de 381. A lo largo de la ruta se cruzaron con columnas de tropas en marcha, destinadas a sofocar los repetidos levantamientos de los bagaudas refugiados en Hispania. También encontraron bandas errantes formadas por desertores, que si bien eran terribles con los viajeros descuidados, se sometían al oro de un señor para servirlo con disciplina y crueldad.

"Llegaron a Jaca pasando por Canfranc y Somport a través de caminos vecinales que los vagabundos conocían bien, evitando encuentros con las legiones. Por pingües denarios se unió a ellos el bandolero Leoncio, el mayor engendro que había surgido de las ruinas del orden social en la prolongada ocupación de nuestra península.

"Corpulento, de cuarenta y tantos años, sería Leoncio un hombre atractivo si no fuera su mirada desbordante de violencia. Leoncio había formado una centuria con tantos rufianes y desertores como podía mantener con el saqueo ilimitado. En tierras palentinas había raptado a una dama vinculada al emperador. Esta dama viajaba en una lujosa carroza de seis caballos. A nadie le estaba permitido verla, y el propio Leoncio la respetaba. Resumiendo, el trío que salió de Eauze se había convertido en una partida de trescientos al llegar a Plasencia, sumando bandidos, desertores, la dama ilustre, sus edecanas y los seguidores de Prisciliano, con éste al frente. "

El minusválido corporal, que no mental como se puede comprobar, lleva diez minutos hablando y me invita a sentarme, lo cual me parece equitativo. Pide dos vasos y una botella de agua. Bebemos. Con la mirada en el vaso, observando las ondulaciones, deriva otra vez hacia el pasado.

- Las huestes de Prisciliano iban con mucho retraso, debido a factores externos : un contingente de tropas imperiales estaba realizando reconocimientos en zonas que quizá coincidiesen con su camino si seguían avanzando. De ahí que se quedasen un tiempo en Plasencia. Se pusieron en marcha un martes por la mañana. Primero, un

grupo de arqueros selectos, con orden de disparar al instante a cualquier figura en movimiento; y luego, tras un corto intervalo, el grueso de la comitiva protegía el carruaje de la dama.

"El sol salió alrededor de las once. Había disminuido la severidad del frío, y la dama, corriendo las cortinas, pudo ver que el paisaje era hermoso incluso en otoño, animado como estaba el interminable bosque por las bayas escarlatas del serbal y el oscuro verdor de la encina."

Me llevo el vaso a los labios para asimilar la última frase y me echo un trago rápido. El joven superdotado espera sin alzar la vista. Cuando termino de beber, prosigue:

- Este percance le dio tiempo a Hydacio para prepararse. Unos emisarios le avisaron acerca de las intenciones de Prisciliano. Este y los suyos llegaron a Mérida al cabo de mes y medio de viaje. Prefirieron entrar de madrugada, y con la complicidad de los guardias acamparon al pie del acueducto.

"A las seis de la mañana se les abren las puertas de Emérita Augusta. En las calles cubiertas de niebla las siluetas de los forasteros tienen algo de fantasmas. Una anciana se refugia en un pórtico por si, como parece, son seres del otro mundo.

"Se dirigen en pequeños grupos a la basílica. En el interior, monjes, guerreros, pajes, esclavos, cenobitas y villanos se confunden en las naves tar. Hydacio acaba de terminar la plática. Se produce un revuelo entre los asistentes, porque alguien avanza resueltamente hacia el presbiterio. Ambas facciones llevan las manos bajo las togas. Todos se espían con ojos ya interrogativos, ya amenazadores. Prisciliano e Hydacio observan sin pestañear. La gente empieza a agitarse. Dos seguidores de Hydacio intentan detener al intruso, pero el hombre consigue zafarse de sus manos y llega al altar, donde se acusa de media docena de pecados veniales e implora la absolución. Cuando la diestra de Hydacio termina el aleteo sobre la cabeza del pecador impertinente todos respiran aliviados. Entonces Prisciliano sube los tres peldaños del altar:

- Con la venia de vuestro amantísimo obispo Hydacio, exclama,- Prisciliano de Ávila os quiere hablar de lo que las leyes eclesiásticas dictan en cuanto a la vida de los obispos, mas también de los presbíteros y diáconos, pues todos participamos en el divino sacrificio. Nuestras manos confieren la gracia del bautismo y convocan el cuerpo de Jesu Christo. No sólo nosotros pensamos que debemos ser perfectamente castos, como lo es presumiblemente vuestro dignísimo obispo, sino que así consta en la Divina Escritura. Prisciliano va a glosar este tema: ¿ con qué autoridad un obispo o un presbítero se atreverá a exigir a una viuda o a una virgen que guarde su integridad, o con qué derecho exige que se mantenga casto el lecho, si él mismo se empeña en engendrar ? Por no haber observado este mandamiento, Adán fue expulsado del paraíso y privado del reino de los Cielos. ¿Creéis que un prevaricador puede sentarse a la mesa del Señor ?

Un párpado estremecido, el temblor de unas togas, los nudillos sin sangre de unas manos ancianas, cerradas, acusan las dianas de Prisciliano en algunas almas inocentes de los fieles, en aquellos espíritus ante los que, por primera vez, el pecado se despliega con toda su inmensidad oscura.

Los partidarios de Hydacio interrogan a su obispo con la mirada, sin que nadie se decida a intervenir. Prisciliano encadena:

- El apóstol Pablo nos dice: " No estáis en la carne, sino en el espíritu". E igualmente formula : " Los que tengan mujer deben comportarse como si no la tuvieran ". ¿Pensáis acaso que ordena eso al pueblo, mientras que con los sacerdotes y los levitas se muestra más complaciente ? No: pues acto seguido recalca : " No os ocupéis de la carne, sino del espíritu ." E insiste: " Quisiera que fueseis como yo mismo " ¿No os parece normal que los que están al servicio de Jesu Christo en la tierra observen la

misma regla ? En las Santas Escrituras está dicho que para conferir sacramentos, los elegidos deben guardar pureza.

" Prisciliano baja las gradas del altar, recogida en su mano izquierda la capa y alta la cabeza. Pasa por entre los fieles, muchos de ellos a punto de romper en sollozos. Entonces, Hydacio abandona su quietud. Saltando del coro a grandes zancadas, baja de dos en dos las escaleras y se dirige a la puerta principal. Prisciliano vuelve al altar. Cada uno ocupa ahora una extremidad del templo. Entre ellos, la multitud. Por encima de las cabezas lanza Hydacio sus palabras :

- Hemos escuchado con atención a Prisciliano. Hay que discernir, cierto es, la buena fe de la mala fe, incluso dentro de la fe. No obstante, yo le digo que si él logra practicar la castidad, no por ello debe censurar a los que siguen la vía menos elevada del matrimonio, pues " el matrimonio es honorable, y el lecho conyugal, inmaculado ", como repite el Apóstol. Y tú, admirable Prisciliano ¿no piensas que has nacido de padres casados? No desprecies la plata porque posees oro. Las personas que observan las leyes sagradas del matrimonio - no esas uniones licenciosas e impúdicas - los que recurren al matrimonio, no en fervor de voluptuosidad, sino para tener descendencia, pueden aspirar también a la salvación.

"Articula con lentitud, pronuncia con suavidad, pero al hacerlo, blande el báculo, y una sombra delgada cruza las naves como un latigazo.

- Nosotros te preguntamos lo siguiente, intachable Hydacio - insiste Prisciliano-. Si una mujer tiene comercio carnal con su esposo durante la noche, o un marido con su esposa, y a la mañana siguiente acuden a una asamblea litúrgica ¿pueden o no pueden comulgar ? .

- Inquisidor Prisciliano, el Apóstol proclama : " No os rechazéis el uno al otro para entregaros a la plegaria, si no es de común acuerdo y durante cierto tiempo. Luego, volved a la vida común para que Satanás no se aproveche de vuestra continencia ".

- Explicame, honestísimo Hydacio, qué días de la semana prescribes abstención para los casados y qué otros tienen éstos libres para comportarse a su guisa.

- Acabo de escuchar de tus labios, sarcástico Prisciliano, frases de pérvida sutileza. No seas entonado con viejas palabras. Estas fueron ya escritas. A ti toca no oler a viejo. Reafirmo lo que dije antes con palabras del Apóstol. Y añado que es obligatorio abstenerse los sábados y los domingos, porque esos días se ofrenda a Dios el sacrificio espiritual.

- La pureza no distingue el lunes del jueves, ni el martes del domingo, selectivo Hydacio y bruñidor del idioma. Si el comercio carnal es una impureza, lo es para todo el año y para toda la vida. Nosotros, sacerdotes y obispos, debemos estar siempre en estado de gracia para comunicarla a los catecúmenos. Los que viven con mujer y traen al mundo materia en forma de criatura, pueden seguir llamándose sacerdotes u obispos; sin embargo, no ostentan la dignidad que esos terminos conllevan.

- De la honradez puede salir la sequedad, y todos estamos hartos de conocer gente seca y honrada, rebate Hydacio. Cuidado con la tiesura y la mucha honra, que son trampas tendidas por el Inhumano.

En este momento se acerca al altar un joven con un pergamino en las manos. Lee con voz temblorosa:

- Ante Jesu Christo, ante el Padre celestial y ante el Espíritu Santo, que forman un sólo Dios verdadero, declaro, en nombre de la comunidad cristiana de Mérida, que nuestro pastor Hydacio oculta relaciones carnales con una mujer, de la cual tiene seis hijos, y estos hijos sufre por la conducta de su padre.

Inmediatamente, la voz estentórea de Prisciliano acalla los murmullos de la muchedumbre :

- ¿Qué pensar de los jerarcas de nuestra Madre Iglesia? ¿Por dónde se ha metido en las iglesias la pestilencia del sexo? Por este motivo, queridísimos fieles, llevados por el respeto que merece nuestra santa religión, Prisciliano os previene que el ministerio de Dios no debe ser confiado a gente de esta ralea, contaminada por la impureza y la incontinencia! ¡Ni la carne ni la sangre se apropiarán del reino de los cielos, ni la corrupción de la incorruptibilidad! ¡Los presbíteros, los diáconos, los obispos no deben rebajarse y comportarse como animales!

"Mientras hablaba Prisciliano, se fueron acercando los hombres de Hydacio, de modo que lo tenían acorralado al concluir sus palabras. La puerta de salida estaba custodiada por cuatro colosos. Hydacio levantó el brazo, se apagaron los cirios y surgieron de las sombras multitud de manos armadas. Los priscilianistas volvieron las espaldas y corrieron hacia la salida, donde se habían apostado los cuatro colosos y otros tantos gladiadores que los recibieron con rabiosa violencia.

"Prisciliano se deslizó a la zona más oscura. Solitario en el espacio vacío, por un momento se sintió abandonado de Dios. A dos pasos de él sonó un choque de espadas, saltaron chispas y a sus pies cayeron seguidores suyos a los que no tuvo tiempo de socorrer: la puerta en la que estaba apoyado se abrió y salió una mano que lo tiró de la toga hacia afuera. Volvió a cerrarse la puerta. Gracias a la luz de una antorcha, Prisciliano vio que su salvador era un arquero del bandido Leoncio. Sin pérdida de tiempo el hombre lo metió a empujones en una carroza, sentándolo en el banco trasero al lado de una mujer de gran belleza.

" La carroza arrancó como una tromba hacia la puerta de Trajano, sin que los guardias pusieron la menor traba a su salida de la ciudad, pese a las órdenes estrictas que tenían de impedir cualquier huida.

Una vez en campo abierto, el cochero apagó las antorchas que alumbraban el camino, adoptando un ritmo sosegado y guiándose por la luna. La mujer echó la cabeza hacia atrás, puso la mano a la altura del rostro de Prisciliano y fue ella quien hizo el primer movimiento, besándolo en la comisura de la boca tras un gesto rápido que hubiera parecido fortuito si no le hubieran seguido unas palabras pronunciadas a media voz : nunca, le aseguró, nunca había encontrado a un hombre al que pudiese obedecer tan ciegamente. "

No sé como agradecerle al subdirector su charla, que me viene de perillas. Así se lo digo y me despido.

Lléveme, por favor, a mi casa, me pide él, vergonzoso y humilde.

Carajo, es cierto. Son las tantas y media y el guardián se habrá ido a comer. Sin rechistar, empujo el coche cuesta arriba bajo un sol de justicia. Que le ponga un motor.

Es allí, cerca del anfiteatro, me indica. Doscientos metros más de subida y sudor, todo sea por Prisciliano y le paso los mandos a mi hijo, que empuje también él un poco. Lo dejamos en su domicilio. Por suerte vive en un bajo, y regresamos a las motos.

A eso de las cinco, salimos hacia Salamanca. Entramos en campiñas yertas, polvorientas, silenciosas. Un paseo, de no habérsenos ocurrido a los dos, igual de antropomorfos, meternos por las Hurdes, por ver si la gente sigue viviendo como nos lo pintó Buñuel.

Tomamos la N-630. A los veinte kilómetros torcemos a la izquierda hacia Oliva de Plasencia, Ahigal, Pinofranqueado, Oliva otra vez y empezamos a dar vueltas, caemos en Vega de Coria, más vueltas, Pinofranqueado, capital de las Hurdes bajas, un remanso de sosiego con su fisonomía serrana, sus grandes balcones de madera para tomar el fresco. Cuanto entramos, anocheciendo ya, parejas de enamorados, bien amartelados en

los bancos de las casas, nos dejan ver que si la situación cambió desde *Tierra sin pan*. Los amoríos en estos pueblos siguen siendo lentos. Rodeando la Peña de Francia llegamos a uno de nuestros objetivos que es La Alberca. Llena de turistas españoles. Rápido a Salamanca, para llegar hacia las doce de la noche.

Conozco tres hoteles aquí. En uno estuve con Tierno Galván, en otro con Sara, Sarita y el tercer hotel podría ser el convento de las Adoratrices, le digo a Oscar. En él vive, profesa mi hermana la santa desde hace cuarenta y cinco años, qué horror, mi vida se cuenta ya por medios siglos.

Oscar no quiere saber nada de este último parador, por más que le cuente: las Adoratrices no son monjas como las demás y por el convento pululan chicas recogidas. De niño, mi hermana me sacaba los domingos del internado en Madrid para llevarme al convento de la calle Princesa. Yo las veía tan modosas, desfilando por los pasillos con sus uniformes a rayas, cantando en coro loores a María que madre nuestra es y en el fondo barruntaba que eran unas traviatas. Me imaginaba con ellas en una divina bacanal; y ahora que estoy a punto de realizar mi sueño, Oscar prefiere que busquemos el hotel de Tierno Galván.

Es un hospedaje familiar como el de Ávila, le explico para desanimarlo, de cuando Tierno estaba aquí de catedrático. Fue hace tanto tiempo...antes de la transición, el tirano firmaba sus últimas condenas al garrote vil y Tierno Galván acababa de fundar el Partido socialista popular que hundieron Felipe González, François Mitterrand y Willy Brandt. Y aún hay que agradecer la democracia a la Internacional socialista.

Dormimos al fin en un hotel de tres estrellas cercano a la plaza Mayor. Hemos estado en él cuatro años antes Sarita y yo. El diario Le Monde me había enviado a hacer una entrevista con Gonzalo Torrente Ballester. Vine a a su piso de la Gran Vía. Su mujer Fernanda lo ayudó a levantarse del sofá para que me saludara. Me pareció tímido y afable, aunque la timidez tal vez proviniese de su profunda miopía.

Sabe usted, le dije a Torrente, que ya he escrito el texto de la conversación que vamos a mantener. Lo compuse a base de preguntas y respuestas que encontré en sus libros, en sus conferencias, en sus declaraciones públicas.

Bueno, entonces qué necesidad tenía de venir desde tan lejos.

Para conocerlo. Mejor dicho, para volver a verlo. A principios de los años cincuenta solían ir Cunqueiro y usted a la feria de capones de Reigada y se alojaban en el hotel de mi padre, que era el único decente que había en el pueblo. Por supuesto que me refiero al hotel e incluso exagero. Yo era un crío y ustedes célebres. Me impresionaban mucho.

Célebres. Qué va. Cunqueiro y yo escribíamos en la más absoluta soledad, muy alejados del famoso realismo que se llevaba en aquella época. Yo no sabía de qué se trataba y todavía es hoy el día que no lo sé, concluyó Torrente.

Iniciamos entonces un diálogo inexistente, que hoy se llama virtual, sacado de su obra.

Hoy vamos temprano Oscar y yo al convento de las Adoratrices. En el recuerdo mi hermana es una joven de dieciocho años, pianista dotada, coqueta con muchos pretendientes, y mira ahí que llega una anciana sostenida por dos muletas, un paso aquí, un palo allá, el pie donde no se resbale, piso encerado. Sin más ni más me espeta, muy caritativa ella: qué viejo estás, chuchiño, que era como me llamaba cuando yo tenía diez años. Amago un acercamiento. Al fin y al cabo es mi hermana, pero igualmente una monja medio de clausura. Me detiene, me detengo. La superiora me ha dicho que sufre una oclusión intestinal y excrementa por la boca. Que no la toque, se espanta mi hermana: está invadida por la osteoporosis y tiene los huesos como de cristal; que le

hable de lejos, hasta el eco puede romper el vaso quebradizo de su cuerpo. Con todo esto, le brilla el entendimiento. Hablamos de política. Felipe González no ha sido tan malo, les ha dado la seguridad social y la jubilación. La jubilación de qué, para qué, santo Dios. Acaso quiere volver a la casa familiar que ya no existe. Desdeña una estancia eterna en el cielo. No vive feliz entre cuatro muros con las recogidas. Y ahora que lo pienso, dónde están las traviatas. Mi querida hermana es más liberal que yo, con mis bromas de mal gusto y se entiende muy bien con Oscar. Hasta acepta la música rock, y no como mi madre, que cuando vio a sus nietos por televisión opinó, si por lo menos fuera música de la buena.

Salimos del convento convencidos de haber besado las mejillas de una santa, y frente al convento de la santa nos topamos con la estatua en bronce de Unamuno. De Salamanca era obispo Instancio, todo me lleva a pensar que hace unos mil seiscientos años vino a predicar aquí Prisciliano.

Mucho de lo que cuento es fruto de la mente; tal vez la aclaración sea superflua, pero no quiero que en ningún momento piense el lector que escribo para engañarlo. Por eso me empeño en que el milagro de que me habló el minusválido de Mérida lo cuente una persona de carne, de hueso y de absoluta solvencia. Eso estaba pensando y plaf, me pego un golpe en la frente: Torrente Ballester. Quién mejor que él. Conoce a fondo la teología, léase Don Juan, su mejor novela; escribió sobre Prisciliano y sobre Compostela, ha recibido toda clase de premios y si dura unos años más es capaz de llegar al Nobel. Y *last but not least*, es polígloto y gallego. Este último argumento es el único que convence a Oscar para dejarme tomar cita con Torrente. Lo vemos dentro de media hora.

El escritor ferrolano no cambió desde hace cuatro años. Tal vez a Fernanda le resulte más dificultoso sentarlo y levantarlo del sofá; él asegura que se le ha agravado la miopía, mas lo cierto es que lo veo estable en esa edad en la que uno se consuela como Sófocles: no hay anciano que no pueda vivir un año más ni joven que no pueda morir al día siguiente. Su memoria recuerda todos los términos de nuestra entrevista ficticia. Se me ocurre que con el mismo método puedo escribir su necrología. No tiene el menor inconveniente. Incluso se muestra dispuesto a colaborar en su redacción hasta cierto límite. Lo que me interesa por ahora es la resurrección de la doncella salmantina.

Ah, sí. Y dirige sus ojos opacos al cielo raso.

- Lucrecia, la hija del rétor de la ciudad, yacía sin hablar ni respirar. Daba la impresión de estar muerta. De nada sirvieran las pócimas del físico Andeón, las plegarias de los sacerdotes, las visitas de todo cuanto descollaba en ciencia y en brujería. Lloraron sus padres; lloraban ahora los vecinos por las penas de aquéllos, y dado su rango se proclamó sin demora el luto público.

"Llegó Prisciliano a predicar a Salamanca y antes de pronunciar el sermón quiso verla. Con los pies hacia la puerta, en una dulce infancia, la joven se hallaba inconsciente desde una noche sin luna. Ya concluyeran las libaciones rituales en honor de los dioses, las esclavas derramaban ceniza por sus cabezas, y una muchacha, al ritmo de instrumentos de cuerda, entonaba cantos lidios tristísimos de escuchar.

"Tendida sobre alfombras escarlatas, hermosa en la muerte como si reposara, sin amor y sin piedad para con los vivos, Lucrecia soñaba con la eternidad estéril. Un sudario de lino cubría su cuerpo adolescente.. Prisciliano quedó a solas con ella. Levantó el sudario. Miró de arriba abajo su desnudez. Espió en vano el latir de la sangre, el paso del aire en los pulmones.

"Anochece. Prisciliano encendió una lámpara de aceite, la posó en el suelo y dispuso en un incensario un manojo de hierbas. Cuando prendieron las hierbas volvió

cabe a la yaciente. Se inclinó hacia ella. El humo bajaba fétido, sofocante. Rozando sus labios con sus labios, en tono semejante al silbido de la serpiente...”

Torrente Ballester acompaña el relato con estelares dibujos del cigarillo. Tras una bocanada se inclina hacia mí, se me pega al oído, y en tono susurrante pronuncia las siguientes palabras:

-¡ Te conjuro, Frimost, y te ordeno por todos los nombres a los que puedas estar ligado y sometido; te reclamo, Nambrosth, por tu nombre, y por la virtud de todos los espíritus, por todos los caracteres, por el Pináculo de Salomón, por las conjuraciones judaicas, griegas y caldeas, por tu confusión y maldición ! ; Multiplicaré las penas y los tormentos día tras día y para siempre si no acudís a cumplir mi voluntad, si no os sometéis a todo lo que te pida, sin que tengais poder para dañarnos ni a mí ni a Lucrecia, tanto en el cuerpo como en el alma nuestros y de todos nuestros allegados. No os reclamo un cuerpo largo tiempo oculto por el Hades y habituado a las tinieblas, sino un alma que acaba de huir de la luz y que todavía está detenida en la primera hendidura del pálido Orco.

"Tras esta invocación, Prisciliano cargó el incensario con hojas de laurel, hizo derretir una figurilla de cera y girar un rombo mágico.”

Con su voz sinuosa y queda, Torrente Ballester musita en mi oído:

*Como el laurel se abrasará el maligno,
derretirase como cera blanda;
le ordeno que gire cual rombo inconstante
y vuelva al infierno de donde no salga.*

“Las puertas seguían cerradas. Ni una brizna de aire entraba en el cuarto. Prisciliano asió a Lucrecia por la muñeca. El pulso comenzaba a latir. Se entreabrió su boca: algo suplicó ella con voz renaciente, que Prisciliano rechazó con ternura y compasión.

- Los dioses te ordenan, Lucrecia, que no te despiertes ni hoy ni mañana, sino que permanezcas tres días en una noche continua.

"Vertió unas gotas de cera en sus labios, le volvió a cubrir el cuerpo con el lienzo y salió de puntillas. Al despedirse le dijo al padre:

- Lucrecia va a dormir durante tres días. Al cabo, despertará como cuando se emerge de un sueño sin recuerdos. No obstante, los veinte días que vivió muerta no le serán contados.

"Desde su resurrección, Lucrecia lo siguió por doquier, y todas las vírgenes anhelaban un pensamiento de aquel hombre prodigioso, gastar su juventud, antes de que se agostase, en el entorno de aquel santo.”

Es usted, querido Torrente Ballester, le revelo al cabo de un largo silencio, el padre del realismo mágico.

Conviene dejar lo cierto por lo hermoso, o lo bueno por lo dudoso, me embarulla él con una pregunta o respuesta, quién sabe; sea lo que sea, como un libro de antiguos refranes. Inventar no inventé nada, añade. El milagro de Lucrecia lo leí en las Memorias del conde Malaparuta, que me trajo Cunqueiro de Sicilia.

No ponía en duda la veracidad del relato, amigo Torrente, en absoluto; pensaba en García Márquez. Cuando le comenté la semejanza de la literatura de ustedes dos, me explicó que era normal, que todos las historias maravillosas de *Cien años de soledad* se las había contado de pequeño su abuela, que era gallega. Que estando el Caribe lleno de leyendas llevadas allá por los gallegos, es lógico que se produzca una literatura

coincidente, llena de mundos mágicos y paralelos. Y como usted es mayor que él y empezó a escribir antes, yo deduzco que el realismo mágico se inició con usted.

Se equivoca. El realismo mágico empieza con Alvaro Cunqueiro. Un silencio. Prosigue : y las novelas de dictadores, con Valle-Inclán .

Pues usted, mi querido maestro, acaba de inventar el virtual maravilloso.

Me despido y dejo a Torrente Ballester envuelto en humo, oculto por las gafas oscuras, detrás de la cuales a veces parece que no hay nadie.

La clara carretera de Salamanca a Zamora atraviesa campos del color de la espiga triguera. Nosotros hendemos nubes de vencejos de patas cortas, alas largas y gritos delirantes que patinan por el cielo veloces, hijos del aire, alegría de esta mañana de verano. Hubiera querido subir a Zamora, la bien cercada;

*los muros tiene muy fuertes,
torres no en demasía
El Duero la cerca al pie...
El resto tengo olvidado
todo por culpa de Alseimer
De memoria lo sabía,
siendo fijodalgo e infante.
Fue lo primero leído
antes de mis ocho años.
Recuerdo una escena brava
que a los niños nos gustaba.
En ella Vellido Dolfos,
vasallo del rey don Sancho.
Vellido, un traidor malvado
asesina a su buen rey
de espaldas y descuidado
cuando se había apartado
con voluntad de facer
lo que a nadie es excusado.
¡ Que de dentro de Zamora,
un alevoso ha salido.
Llámase Vellido Dolfos,
hijo de Dolfos Vellido,
cuatro traiciones ha hecho,
y con ésta ya son cinco,
si gran traidor fue el padre,
mayor traidor es el hijo !
El autor de este romance
nos da una buena lección
de algo aún no dirimido :
o innato o adquirido.
Me pasa lo que en Atienza :
A Oscar se le soltó
su inagotable impaciencia.
No veré la ciudad roja
castillo de doña Urraca,
donde el Cid Campeador,
desalmado aventurero*

*se vendía por dinero
siempre al mejor postor,
fuera Cristo o Almanzor.
¿Cómo contra su Yamaha
negra y veloz luchar ?
¿Cómo hacerlo contra un hijo
que al padre quiere matar?*

IV

A la una de la tarde, conforme entramos en la provincia de Orense cada cual por su lado, la dulce Galicia mía da la impresión de tierra saltarina por lo fresca y el verde puro de los prados; mi Galicia, cuyo olor sedante sale pronto a nuestro encuentro; Galicia, guardada en los pliegues del recuerdo, reaparece pródiga y redentora.

Ojalá que Oscar sienta lo mismo que yo. Pero, ojo: la literatura bucólica tiende a la facilonería.

Priscila juega entre humedad y olores a hierba, a musgo y a bosta de vaca. Se me encendió otra vez el *mix / oil*. Desde hace días, la montura traga casi tanto aceite como gasolina. Me lo he callado por no resultar latoso, bastante me cuesta amenizar el viaje con cuentos y chismorreos, pero vengo metiendo aceite cada cien kilómetros por lo menos. Y líquido para los frenos, ya ni calcular. Esta carretera es excelente, de piso alquitranado, con cierta aspereza a la que se agarran los neumáticos. Los emigrantes, y aquí lo han sido el ochenta por ciento de los varones, con sus ahorros, antes construían escuelas, y ahora les da por asfaltar caminos y construir chalets suizos, miniaturas de castillos del Rin, maquetas de villas romanas o imitaciones de mansiones normandas.

Allá está Oscar, parado en la cuneta, con una bolsa de plástico que le dejó Berta hecha jirones, me refiero a la bolsa, a modo de impermeable. Se encuentra en su salsa. Eso explica que el itinerario del viaje no dependa ya de mi voluntad. En esta ocasión, Oscar me obliga a parar. Ha venido a Galicia varias veces en gira y tiene amigos en todas partes. Conoce al hijo del dueño de esta abacería / tasca, en la que se amontonan sillas, mesas, clientes ruidosos; pan de maíz, de centeno, de mezcla y de trigo; bocoyes de vino del ribeiro, de la Rúa-Petín, de Albariño y de Cacabelos; tortillas de cebolla, de pimientos, de chorizo, de jamón, todo sabrosamente pringoso.

Comemos a destajo y al final no nos quieren cobrar. En cambio el dueño echa la cuenta a nuestros vecinos de mesa: los chorizos nada, que los hacemos aquí; el jamón tampoco, que los cría mi mujer, hablo de los cerdos, perdonando; las patatas de balde, tenemos el huerto detrás; el agua la sacamos con un caldero del pozo y gratis también la empanada de lamprea, que hace mi cuñada de masa crujiente y fina como manda Dios. Para que cobren algo hay que pedir una lata de sardinas, que no se pescan aquí. Total, cuarenta duros. Lo demás de gorra. Economía campesina, así les va a ellos.

Camino de Orense las motos marchan alegres, rotas las ataduras que en Castilla las unían a la tierra. Sueltan más clorofila estos árboles esbeltos, de cuyas ramas, torcidas hacia arriba después de haber caído, aguantan con tanta tozudez la nieve, pinos del Norte o así los llaman. Testaruda también, Silvinapriscila sigue con el freno de mano bloqueado. Mi hijo me está esperando en el empalme, a ver si vamos por la general o seguimos por carreteras pequeñas. Le preguntamos el camino a una niña que está alindando unas vacas. Allá en la Tierra llana tenemos este hermoso verbo, alindar, vale decir poner lindas a las vaquiñas, llevarlas a pacer, tocarles el pífano, acariciarles las ubres para que se les redondeen. La pastora no entiende que nos empeñemos en transitar por una carretera mala y montañosa, cuando acaban de inaugurar una nueva, recta y ancha.

En Orense, Oscar me lleva directamente al centro histórico. Se le ve con ganas de enseñarme mi tierra. Orense es un pequeño Compostela, más auténtico, sin tanto turista ni tunos delante de la catedral, esos pícaros disfrazados de universitarios renacentistas que ni estudian derecho ni la bandurria saben tocar.

Entramos en la Rúa Nova, calle que aún conserva rasgos de judería. En Portugal y en Galicia, hasta que llegó la Inquisición los judíos vivieron en paz y amistad con los cristianos y raramente fueron víctimas de las iras populares. Este clima de tolerancia lo comprobó George Brown. A principios del siglo XIX, durante la primera guerra carlista, don Jorgito el inglés recorrió España comisionado por la Sociedad Bíblica Británica, con el objeto de difundir el Nuevo Testamento en una edición sin notas ni aparato crítico; es decir, la Biblia protestante. Se necesita valor. Más que Bertita en Colombia. Después de sufrir mil incidentes en Castilla, entró en Galicia por los montes del Cebrero. Y en Lugo vendió toda la carga de libros que llevaba. Lo que más le extrañó a don Jorgito fue que los dos primeros ejemplares se los comprara el obispo de la ciudad.

La tolerancia de los orensanos se refleja hoy en esta calle y en esta tasca. Hemos entrado en ella a instancias del morbo mío. Desde fuera vi un retrato del tirano Franco, escoltado por José Antonio Primo de Rivera, fundador de la Falange, se lo recuerdo a los jóvenes, y por don Manuel Fraga Iribarne, presidente de la Xunta de Galicia, que es de la misma cosecha. En una vitrina interior hay expuestas y a la venta botellas de vino tinto. Las etiquetas - Reserva de España - llevan la bandera rojigualda, en las que consta el año de la producción y los retratos de los individuos de marras.

A Oscar lo paran dos o tres veces por la calle. Tú eres Oscar Veiga. Sí...y las chicas casi se desmayan. Oscar, como si nada, y a mi ni Cristo me hace caso...hasta que, cuando estábamos sentados en una terraza de la plaza de la Catedral ante unas raciones de pulpo, oigo hablar francés. Presto atención. Pillo en el aire algunas frases. Hablan de mi nueva gente, de Egeria, de Ambrosio, Agustín, Eucrocia, Prisciliano... Me disculpo por entrometerme en la conversación. Me presento. Ellos son Chocheyras, catedrático de Grenoble y Fontaine, emérito de Historia de religiones en la Sorbona, los dos con el nombre del Suplantador *malgré eux*.

Hemos venido, me explica Jacques Chocheyras, a un coloquio sobre Prisciliano que se clausuró ayer en Ferrol.

Pues fíjese que yo, desde que salí París, no he dejado de encontrarme premonitoriamente con Prisciliano, aunque el único objetivo del viaje era el de sacar un carné de conducir motos potentes.

Qué podemos hacer por usted, interviene ahora Jacques Fontaine, muy sorprendido por mi motivo de peregrinación.

Pues verás; estoy llegando al Finisterre y todavía ignoro ciertas claves.

Tiene usted suerte, me responde: andan aún por aquí Alain Tranoy y algunos más de los que participaron en el coloquio. Y a López Pereira lo encuentra usted en Compostela. Fíjese qué coincidencia, se sorprende, como si no estuviera yo acostumbrado a ellas: estamos delante de la catedral de Orense, que es muy parecida a la de Compostela. Incluso tiene una copia del Pórtico de la Gloria, hecha por un discípulo del maestro Mateo.

Y sabe usted cómo se llama la catedral, tercia el otro Jacques. Se llama catedral de san Martín, el defensor de Prisciliano. Por eso hay en Galicia muchas iglesias, ermitas y lugares llamados san Martín. Los fieles no podían rendir culto a Prisciliano, y lo hacían por procuradores. Le recomiendo que vea una escultura extraordinaria de Gregorio Fernández.

- No dejaré de hacerlo, profesor. Ahora me gustaría saber qué sucedió a raíz del intento de Prisciliano de apoderarse de Mérida.

Los dos profesores se miran, dispuestos ambos a ayudarme. Chocheyras cede la palabra a Fontaine:

- Pues veré. Por la Vía Plata, por la Vía Augusta, por la Vía Militar; de Mérida a Astúrica, de Palencia a Burdeos, de Burdeos a Eauze y de Eauze a Tréveris y Roma, se expandió rápidamente la noticia del descalabro sufrido por Prisciliano, llegando a oídos del obispo de Roma, que era el hispanorromano Dámaso. Los enemigos de Prisciliano aprovecharon su derrota. Itacio empezó a recabar apoyo de juristas y de teólogos con el fin de preparar el contraataque. Hurgando en las actas de sínodos y concilios, descubrieron que el canon LI del Concilio de Elvira anulaba la ordenación sacerdotal de quien hubiese sido maniqueo. Y, según Itacio, a Prisciliano lo habían condenado en Zaragoza antes de ser elegido obispo de Ávila. Ergo, podría ser destituido de la prelatura si se formulaba una acusación de maniqueísmo.

“ Prisciliano gozaba de un inmenso prestigio entre el pueblo. Se le atribuían toda clase de virtudes y milagros. No obstante, aquella desdichada expedición lo enemistó con la mayoría de la jerarquía eclesiástica. Y por supuesto, el poder imperial no podía aceptar el tránsito de bandas armadas por sus territorios. Sobre todo que el movimiento priscilianista había empezado a tomar carices políticos. Itacio obtuvo apoyo de los obispos de Burdeos y Tréveris, los cuales se vinieron a sumar al de Hydacio de Mérida.

Itacio se basó no sólo en el concilio de Elvira, sino sobre todo en las resoluciones del concilio de Constantinopla, en 381, convocado por Teodosio para defender la doctrina de Nicea contra los arrianos, maniqueos y paganos.

En este concilio, los eclesiásticos le señalaron a Teodosio las normas para la persecución: los obispos y presbíteros que cometiesen la atrocidad de celebrar la Pascua en día ilegítimo quedaban excluidos de las regalías y estipendios además de sufrir confiscación de su hacienda y destierro. Los delitos de maniqueísmo y de brujería se pagaban con la muerte. La prohibición se extendía a todas las reuniones de los llamados herejes : de día, de noche, en público o en secreto, en ciudades o en el campo, y todo solar o edificio utilizado para esta labor, iba a engrosar el patrimonio imperial. Para que no hubiera escapatoria, si los sospechosos podían escabullirse por algún resquicio de tal o cual ley, el emperador dispuso que dicha ley se diera por apócrifa, fraguada por la maldad y que no se aplicara.

Por favor, señor Fontaine, deje para un futuro libro o congreso las digresiones jurídicas y dígame, en palabras llanas, cómo cursaron la denuncia Hydacio e Itacio.

Lo siento, señor Veiga. Los dioses no me concedieron el don de la brevedad. Le puedo recomendar la lectura de Marcelino Amiano y de Libanius, eso para empezar. Ah, y el libro de nuestro amigo Jacques Chocheyras.

Dirijo ahora la mirada implorante a Chocheyras. Tiene que seguir :

- Itacio se desplazó a Milán para entrevistarse con Ambrosio, arzobispo y político influyente de la corte milanese. Con infundios y calumnias, logró un rescripto del emperador Graciano, cuyas resoluciones superaban incluso la solicitud de los acusadores: destierro de los falsos obispos y de sus seguidores. Esta medida fue aprobada por el obispo de Roma. Hay que decir que en asuntos de exilio, Dámaso era un recidivista: difícilmente habría conservado su augusta sede si en 366 el prefecto de Roma no hubiera decidido apoyarlo contra su rival Ursino, quien fue desterrado a cien millas de la Urbe. Y se asegura que lo mandó asesinar.

A raíz de lo antedicho, Prisciliano escribió el *Liber Apologeticus*, y luego la *Carta a Dámaso*. Un dechado de habilidad, emoción y poesía. La comenté anteayer en Ferrol. La tengo en el coche, y esta tarde le puedo dar una fotocopia.

Es que mi hijo y yo nos queremos marchar.

Pues venga conmigo. Acompañeme al coche.

Jacques Chocheyras no recuerda dónde puso el coche. Las calles del centro de Orense forman un ovillo parecido al de Chartres. Cuando le nombro esta ciudad, mi acompañante se enreda en una exégesis, laberíntica a su vez, acerca del significado de la rosácea, de los vitrales, del rayo de sol que debe penetrar a mediodía para centrarse en la losa de la catedral de la Beauce....del mensaje de los iniciados, una lección digna del reverendísimo Girólamo.

La carta de Prisciliano es bellísima, ya verá usted, me comenta.

Si encontramos el coche...

Vuelvo a la terraza al cabo de media hora, tras hacer una fotocopia del documento y despedirme de Chocheyras y de Fontaine con sendos apretones de manos.

Pedimos Oscar y yo otro café con leche y nos dedicamos a la lectura.

De Prisciliano a Dámaso, obispo de Roma

Aunque la fe cristiana, que posee el camino del símbolo dado por Dios, apetece más la gloria de creer que la de hablar, puesto que los frutos que han nacido de la verdad no precisan el ingenio de la interpretación, según el apóstol : " evita los debates sobre la ley " (Tit 3, 9), No obstante, pues que obligan las circunstancias que nos ha impuesto la injusticia levantada por medio del obispo Idacio y aunque siempre hemos jugado un papel paciente y nuestro afán ha sido sostener más bien que atacar a las personas, nos alegramos de que los acontecimientos hayan rodado de tal manera que " vengamos a declarar también aquello que creemos " ante ti, que eres el mayor de todos nosotros y que , nutrido de las experiencias de la vida, llegaste, bajo la exhortación del beato Pedro, a la gloria de la Sede apostólica, cumpliendo ante tu persona la fe de los Apóstoles, que reza : " con el corazón se cree para la justicia y con la boca se confiesa para la salud " (Rom 10, 10).

Por lo tanto, nosotros también," bautizados en Cristo y vestidos de Cristo " (Gál 3, 27), igual que creemos con el corazón la fe, sublime, sí, en la múltiple ordenación de la verdad, no obstante venerable por la unida potestad de un solo Dios, la confesamos para la salvación de todos los que fueron puestos en escándalo por la falsedad de las palabras. Pues, comoquiera que desde hace muchos años nos hubiésemos entregado a Dios, reparados con la regeneración del bautismo vivo, y despreciando las sucias tinieblas de las obras del siglo, al leer que quien ama a alguien más que a Dios no puede ser discípulo de Aquél (Luc 14, 26), elegidos ya los unos para Dios en las iglesias, y los otros esforzándose en la vida para ser elegidos, vivíamos en la tranquilidad de la paz católica.

No obstante cuando de repente surgieron disensiones, bien por una refutación necesaria, bien por el régimen de vida, o por el poder de los últimos tiempos, nosotros, que deseamos la caridad y la paz de Dios, aunque confiábamos en conciencia, temíamos, no obstante, que, como ha sucedido, la tensión de los ánimos llevase a algo que la paz eclesiástica no soportara. En medio de esto, gracias sean dadas a Dios, que es Uno y Verdadero entre todos, porque ninguno de aquellos de nosotros que ha escrito un libro ha podido hallar hasta el momento presente ni el acusador de una vida censurable, ni el juez, aun cuando la denigración no siempre caiga sobre los culpables y sí, en algunas ocasiones, sobre los pacíficos.

En otras palabras, en el concilio episcopal que tuvo lugar en Caesaraugusta, nadie entre nosotros fue tenido por reo, nadie fue acusado, nadie fue convicto ni condenado; ni a nuestro nombre ni a nuestro propósito, ni a nuestra vida le fue hecha acusación alguna; nadie tuvo, no diré necesidad de presentarse, sino ni siquiera invitación. Idacio presentó allí no sé qué conmonitorio que señalaba las reglas, por así decirlo, de conducirse en la vida. En él no fue censurado, entre sus reglas, ninguno de nosotros, especialmente gracias a una carta tuya, que prevaleció frente a los malvados, en la cual encarecías de acuerdo con los preceptos evangélicos, que no se tomase providencia alguna contra quienes estuviesen ausentes y no fuesen oídos.

Nosotros, aunque estuvimos ausentes de allí, siempre hemos advertido en las iglesias, y seguimos advirtiéndolo que se condenen, en nombre del amor y de una vida intachable y cristiana, los malos hábitos, las normas indecorosas de vivir y todo lo que pugna con la fe de Dios Cristo; no obstaculizar a aquel que, desdeñando a sus padres, prefiere amar a Dios con sus facultades libres, su dignidad y su alma antes que al siglo; no quitar la esperanza de perdón a aquellos que, si no pueden con lo que es primero, al menos se queden en segunda o en tercera posición, puesto que dado que hay muchas moradas en la casa de Dios padre (Jn 14, 2), si se mantiene incorrupta la fe en el símbolo, debe mantenerse la esperanza que hemos puesto en Cristo, aun cuando no se posea la facultad de cumplir una obra perfecta (Rom 7, 18), siguiendo a apóstol Pablo (2 Cor, 6) para enriquecer a todos los que hayan llegado a la fe de Cristo por diversa vocación de su misericordia.

De la misma manera que hemos recibido la fe la conservamos y la trasmitimos, creyendo en un solo Dios todopoderoso.

Custodiando el camino de este símbolo, condenamos todas la herejías, instituciones y dogmas, cuyo altercado produjeron no los ingenios sino las pasiones, bautizando, según está escrito, en el nombre del Padre, etcétera (Mt 18, 29) : no dice "en los nombres ", como si se tratara de varios, pues es un solo Dios venerable por su potestad trinitaria. Y aunque es prolijo recorrer los detalles y despreciable para los sentimientos cristianos hasta el hecho de repetir las doctrinas de tales miserias, decimos esto, no obstante, ante tu venerable corona, con el fin de que, si incurrimos en aquello que condenamos, seamos condenados por la propia profesión de nuestra relación. Pues ¿quién puede con oídos católicos creer que el crimen de la herejía arriana, el crimen de aquellos que dividen lo uno y que, al pretender que los dioses son muchos, manchan la luz del sermón profético, cuando no leen lo que enuncia Moisés ? (Dt 6, 4). A esto dio testimonio en el evangelio el Señor, al decir (Jn 5, 46) Afín a esta infelicidad, no quiere Fotino retener lo que ha leído (Hier 17, 5). Hablando de esto nuestro Dios a aquel que había curado de la enfermedad manifestó cómo quería que creyese en Él, diciendo (Mar 5, 19).

¿Quién puede soportar a los herejes patripasianos, cuando se lee en la Escritura ? (Jn 3, 36). Su infelicidad es tan grande que hasta la confesión de los demonios se condena, cuando en el Evangelio dice el demonio a Dios (Mt 8, 29). ¿Quién puede admitir a los ofitas? ¿Puede existir un loco que desee tener un Dios-serpiente, cuando está escrito ? (Ef 20, 2-4). ¿Quién va a desear las repeticiones bautismales de los novacianos, cuando está escrito ? (Ef 4, 5). No obstante, la infelicidad de estas sectas la conocemos, y ponemos a Dios Cristo por testigo, por los rumores de la gente, no por ninguna confrontación o disputa, pues que hasta discutir con éstos es pecado, bastándonos con saber que quien toma el nombre de una secta, pierde el nombre de cristiano.

En medio de esto, condenamos por completo a los maniqueos, que son ya no herejes, sino idólatras y maléficos, servidores del Sol y de la Luna, demonios invencibles, junto con todos sus autores, sectas, costumbres, instituciones, libros, doctores y discípulos, porque de ellos está escrito (I Cor 5, 11). Pues para nosotros, bautizados y elegidos para el sacerdocio en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, según la fe del símbolo, Jesu Christo, hijo de Dios, que padeció en la carne, es toda nuestra fe, toda nuestra vida, toda nuestra veneración.

Así pues, cuando vivíamos en esta verdad de la fe y en esta sencillez, regresó Hydacio del sínodo de Caesaraugusta, no portando nada contra nosotros, como es natural, puesto que se había despedido de nosotros cuando comulgábamos con él en nuestras iglesias y cuando nadie nos había condenado, ni siquiera ausentes, previa acusación.

Para que sepa tu venerable corona de dónde surgió el dolor de su cólera, de dónde su furor, viajando por todo el orbe llegó incluso a las iglesias: al volver del Sínodo se le constituyó en reo en medio de la iglesia y su presbítero lo demandó ante un tribunal eclesiástico. Pocos días después algunos entregaron en nuestras iglesias un panfleto en el que se le echaba en cara acusaciones peores que las que había lanzado el presbítero anteriormente. Muchísimos se apartaron de los clérigos suyos, afirmando que no comulgarían se no se purificaba el sacerdote.

Después, nosotros, reunidos, entregamos a los obispos Higinio y Simposio, cuya vida tú conoces, una carta con el siguiente texto: todo se había visto perturbado de repente; convenía ver de qué manera podía durar un arreglo de paz entre las iglesias. El rescripto estipulaba, para expresarlo con sus propias palabras: en lo que toca a los laicos, si Idacio les resultaba sospechoso, era suficiente la sola testificación de profecía católica ante nosotros; por lo demás, había que celebrar otro concilio por la paz de las iglesias; por otra parte, en el Sínodo de Caesaraugusta no se había condenado a nadie. ¿ Quién no iba a creer a nuestros colegas los sacerdotes, especialmente cuando en aquel mismo sínodo había estado presente un hombre escrupuloso, el que escribía esto, Simposio ? No obstante, estando en éstas, tomamos el propósito de marchar a la ciudad de Emérita Augusta y ver personalmente a Hydacio, propugnando la paz, y Dios es testigo, antes que la disensión.

Si fue una injuria y no un presente pretender consultarlo personalmente como a un hermano, mejor que citarlo como reo, somos reos nosotros; no obstante dado que al llegar y entrar en la iglesia se nos echó encima la masa del pueblo y no sólo no fuimos admitidos en el presbiterio, sino que incluso llegaron a golpearlos, pensamos que el que cometió injusticia fue el que nos maltrató, y no los maltratados. Mas con todo, nosotros, que anhelábamos de corazón la paz, recibimos la profesión de los laicos, que no podíamos rechazar porque era católica, y escribimos a casi todos nuestros compañeros de obispado acerca de lo que había sufrido la dignidad sacerdotal, enviándoles también un memorándum y la fe de las profesiones, sin callar tampoco que muchos de aquellos eran admitidos al sacerdocio después de la profesión. Se nos envía un rescripto en el sentido de que debía celebrarse un concilio sobre estos asuntos; había que conceder crédito a la profesión prestada, y lo mismo que la dedicación del sacerdote se halla en el sacerdocio, la elección de una candidatura, depende del pueblo. Aquel, a partir de este momento, más temeroso de lo que convenía, levanta falsas plegarias, entreteje de mentiras la verdad de los hechos y, disimulando nuestros nombres, solicita un

rescripto contra los pseudobispos y maniqueos, que naturalmente, consigue, puesto que todo el que oía a los pseudobispos y maniqueos, los odiaba. Incluso a un varón ilustre, hermano tuyo, el obispo Ambrosio, se le cuentan todas las mentiras, y cuando, tras recibir el rescripto bajo la especie de secta que ninguno de nosotros deja de condenar, se hubo lanzado contra todos los cristianos, llamando hereje junto con nosotros a Higinio, como lo declaran sus cartas enviadas a las iglesias, procurando, por lo visto, no tener jueces si difamaba a todo el mundo con distintas acusaciones, encomendamos a Dios nuestras iglesias, cuyas cartas de comunión te enviamos a ti, suscritas por todo el clero y el pueblo, y aunque pudimos venir a ti, quisimos presentarte las súplicas en ausencia, por si Hydacio tenía que echarnos en cara, exigiendo la audiencia de los sacerdotes y sin rehuir el juicio del pueblo, si él lo prefería.

Quien desea ser bien visto no teme que se le oiga sobre cualquier asunto; mas si se ha hecho con cariño o con mala intención, Dios lo juzgará, como el cuestor que, cuando defendía una querella justa, tardaba en responder. No obstante, nosotros que, en la causa de la fe no dejamos de preferir el juicio de los santos al juicio del siglo, hemos venido a Roma, no para desear mal a nadie, sino para acercarnos a ti en primer lugar para que nuestro silencio no se juzgue como remordimientos de conciencia, antes bien, con el fin de que, entregándote un memorándum de los hechos, dejásemos en claro su desarrollo y, lo que es más importante, la fe católica en que vivimos. Pues si se busca sentencia sobre nosotros respecto a ciertas Escrituras que Hydacio sacó de su biblioteca y rodeó de chismes calumniosos, nuestro anhelo es y ha sido siempre el siguiente, a saber, que todo aquello que aparece en las Escrituras presentado bajo la autoridad de cualquier apóstol, profeta u obispo, y que profetizan y predicán a Dios Cristo como hijo de Dios, y que concuerdan con el canon de los evangelios o de los profetas, no puede ser condenado. Y en cambio, aquellas cosas que sienten o hablan contra el canon o contra la fe católica, han de ser condenadas con todos sus doctores y discípulos, porque está escrito (Jn 4, 2, 3). Pues tampoco nosotros, que somos católicos, debemos ser condenados, si los herejes falsearon a su antojo las Escrituras que hablan de Dios. Sobre ellos el propio Hydacio, que, sin justificarse, prefiere la difamación mediante estas acusaciones de los que teme que sean oídos, exigió en el concilio de Caesaraugusta : "que se condene lo que haya de ser condenado y no se lea lo superfluo. "

En esto advierte tu corona que es responsabilidad de sus costumbres y no crimen nuestro si la fe de aquellos cuya sentencia es la misma sostienen que resulta diferente. Por todo lo cual, apelamos a tus venerables sentimientos, a fin de que, si la fe de nuestra profesión, según tú transmites recibéndola de los apóstoles, se fundamenta en Dios, si no faltan los testimonios de nuestras iglesias, escritos en pacíficas cartas, si no podemos ni debemos sentir otra cosa acerca de las Escrituras, si ninguno de nosotros ha sido reo, ninguno oído, ninguno presenciado en el concilio, si ninguno, cuando era laico ha sido condenado con las pruebas de la acusación interpuesta, aunque al culpable de nada sirve el sacerdocio, y el sacerdote que lo mereció cuando era laico, puede ser depuesto, nos prestes audiencia, te rogamos, porque era el mayor y el primero de todos. Haz venir a Hydacio, y si confía en probar algo sobre nosotros, que no se olvide del sacerdocio eterno, si persigue el celo del Señor hasta el final. (Is 9, 7).

Si, por gracia de tu benevolencia natural no quieres imponer a nadie la injuria que aquél nos ha impuesto a nosotros, te rogamos que mandes una carta a tus hermanos, los obispos de Occidente. Te pedimos, para no hacer mal a nadie, que se convoque un concilio, se invite a Itacio, y que las determinaciones que leyeron sin estar presentes, no los tengan en cuenta sin oírlos.

No obstante, que nadie condene a base de aprobar todo lo que Hydacio ha presentado en las cartas que envió, y que se atenga exclusivamente a la obligación de probar la acusación. Deje de temer que se le convierta en reo, porque ninguno de nosotros lo acusa; pues fácilmente perdonamos las faltas contra nosotros, si se nos pone a prueba, pues que sabemos y hemos aprendido de Vos qué es lo que conviene a un sacerdote. Lo único que deseamos es, una vez que se ha probado nuestra fe y nuestra vida en el escrito que se entregó contra los maniqueos, y una vez prestado el testimonio de los sacerdotes que intervinieron en el concilio, combatir para que, bajo el nombre de culpables, no queden en vuestros días, lo que como sabéis es un crimen, vacías las iglesias de sacerdotes católicos o los sacerdotes de iglesias.

Tu hermano en la fe apostólica. Prisciliano.

Oscar ha ido leyendo los folios a medida que yo los dejaba encima de la mesa. Esperó a que yo terminase y al final me señaló:

Oye pa, este Prisciliano era un tío muy fuerte.

Bueno, era asmático, y parece ser que siempre trató de vencer la enfermedad sobrepasándose en todos los terrenos.

No, quiero decir que era muy inteligente. Y me gusta mucho como escribe.

Sabes, Oscar, que Bernard Manciet, uno de los grandes poetas de este tiempo, sostiene que lo asesinaron precisamente por ser poeta.

No me extraña. Se ve que escribe para iniciados. Vas a dejar esas referencias de las Escrituras que pone entre paréntesis.

Pues no lo sé. Tendré que pensarlo. Los lectores son muy perezosos, tanto para ir a buscar los versículos en los Evangelios como para leer la carta si la prolongo demasiado.

Ponla en caracteres pequeños, así parecerá más corta. Además, la curiosidad lleva siempre a leer la letra menuda.

Hostia Oscar, eres más fuerte que Prisciliano.

Dormimos en Orense. Oscar tiene unos amigos frente a la estación de ferrocarril. Se empeña en ir a buscarlos. Pero no están. Llegan esta noche de Madrid y los veremos mañana. En un tugurio alquilamos una habitación sin agua corriente pero, eso sí, con una bombilla de cuarenta vatios y vista panorámica de vagones y raíles. Ya estamos a seis de septiembre. Mi examen de conducir es en principio el diez. Mañana llamo a ver si hacemos unas prácticas antes, para acostumbrarnos al circuito Priscila y yo. Oscar se va a dar una vuelta por la ciudad. Me dispongo a seguir leyendo los apuntes de Berta.

Salimos muy temprano de Orense, Oscar en coche con sus amigos y yo en moto, preferí, por no volver a buscarla y uno es joven, qué caray. Pero no se vayan a creer que mi hijo me dejó tirado. No; a mi aire. Es una de las cosas buenas que tiene. Cada cual vive su vida.

Antes de salir de Orense nos dimos una dirección dónde encontrarnos en caso de extravío. Durante los cuatro o cinco kilómetros de cuestas, de curvas, saliendo de Orense, formamos un pelotón compacto el coche de ellos, Priscila/Silvina y yo. Nosotros íbamos delante, presumiendo de motor en las curvas ascendentes, gracias sobre todo a que había niebla y camiones. Al llegar a la mediana llanura aceleraron, despidiéndose con sorna de nosotros.

Caían algunas gotas. El asfalto engrasado de diesel, caldo con agua, resultaba criminal para un vehículo de dos ruedas. Andando a modo podría haber seguido, si no fuera que arreció la lluvia. El chaparrón me cogió de sorpresa. Hube de abrigarme bajo el alero de una casa. Salió de la casa una campesina con una criatura de pecho. Me invitó a entrar. Le miré los ojos. De una extraña belleza sensual, fecunda y sagrada, más que en el físico, aunque era el vivo retrato de aquella niña, se le parecía en sus modales, en el encanto misterioso, en la ironía velada.

Aunque no siempre los recuerdos acuden puntuales a mi memoria, a veces se me agolpan de repente: era la niña con que nos encontramos Sari y yo hace unos treinta años, cuando vinimos de París a Galicia en un Dauphine. Quién se acuerda de esos coches. Estábamos hartos de baches, de curvas y de guardias civiles. Al llegar aquí nos metimos de morros en una sucursal del infierno, zigzagueando entre montículos de grava y hornos de alquitrán ardiente que cortaban la carretera. Delante de esta puerta había una bellísima criatura mordisqueando una manzana. Me paré, abrí la ventanilla y le grité algo así como por dónde coño se va a Vigo. Se metió en la casa. Salió al punto con dos manzanas para nosotros. Debía andar por los trece años y tenía el cuerpo formado y piel blanca, carne gallega abundante y apretada, ojos verdes y soñadores que lo enmudecían a uno. Comimos las manzanas y aún sigo pensando quimeras, ilusiones. Bobadas.

La cita con Oscar y sus amigos es a las doce en el puerto de Pobra do Caramiñal, donde pudo haber nacido Valle Inclán. Antes, para llegar desde aquí, era preciso bordear la ría. Se tardaba siglos. Y voy por el puente ahora, directamente a

Pontevedra por el estrecho de Rande, desde donde veo Cangas, veo Vigo, veo Redondela y veo las olas del mar.

Alcanzo la otra orilla a las once de la mañana de este ida bochornoso, con un viento en torbellino jugando en la arena. Durante diez minutos la ría de aguas azules, surcadas de tradiciones, aparece y desaparece a la vuelta de cada curva o en la cresta de algún escollo. Revuelan a millares los patos. Mi derecha está salpicada de rosas que aquí llaman francesillas y cuyo aroma impregna las ondas de una gran dulzura.

Los primeros en llegar somos Priscilasilvina y yo, como clavos a las doce; media hora después aparecen Oscar, Florencio y un timonero especializado en incursiones oceánicas.

Ya apostados en una lancha de tres motores y no sé cuantos caballos, de esas que pueden llegar al Gran Sol a recoger mercancía y no hay chalupa policial que las alcance, salimos con los nautas Oscar y yo, venturosos al insondable mar. Pegan las azules y encrespadas olas en la panza, perdemos de vista la curvísima costa, yo me caigo al suelo, me disloco la muñeca y se me rompe el reloj que me trajo de China Sari Sarita. Me llega mi última hora, a los pies de mi hijo Eneas sin que ni Zeus se entere y en una ágil planeadora que nunca tanto mereció su alado nombre. Los otros van, digo, con Palinuro al frente, a porfía hiriendo el mar y barriendo las aguas cara al anchuroso cielo. Yo siento erizárseme el pelo de espanto, y a ellos el rey Eolo peina hacia atrás y los ojos entorna. Indignantes, con magno murmurio abisal, ni me oyen gemir ni me ven echando el bofe, en trance de pasar de las ondas de alta mar a los puertos del Averno.

Al fin Neptuno se apiada de mí y avisa a Eneas. Me socorre. Gracias, Eneas, eres un padre conmigo, confieso yo con ruborosa frente. Las tirias torres veía voltear con el tiempo y la espuma me hería de sal con el bronce, le digo suplicante. Gravemente conmovido mi hijo mi pesada testa cobija en su regazo. Así me lleva al muelle y al salir del ponto veo a unos jóvenes tratando de seducir a Penélope. No vayan a creer que le cambié otra vez el. La llamo así a Priscila-Silvina porque parece como me esperara calcetando y uno de los pretendientes tuviera las manos puestas en el sillín. Nuestra presencia los espanta. Y acto seguido los anfitriones nos revelan la culminación de esta imborrable odisea: una comilona excelsa en un magnánimo restaurante de mariscos, en el puerto de Bueu. Langostas, percebes, lenguado para ellos y un caldiño para mí, que le cae muy bien a un estómago revuelto de tanto marear.

Dejando a mi primogénito con sus amigos presos todos de la gula, voy a telefonar a la auto escuela de Irimia. Llevo cinco o seis días sin darles señales de vida. Me atiende el Chafariñas. Como si lo llamase un fantasma:

Eres tú, me pregunta. Es normal que en Galicia se tutee a los resucitados.

Si hombre, soy yo; quién quieres que sea.

Creíamos que te había pasado algo.

Mira, no andábais descaminados, pero me salvó Neptuno o Posidón, no sé cuál de los dos.

Pues tendrás que mandarle un buen par de laconciños a cada uno. Y qué te ocurrió.

Un mareo de epopeya, que no hay cosa que más perturbe el vientre, perdonando, pero se me pasó con un buen caldo.

Te mareas en moto, pues buena la tenemos para el examen. Por cierto, se ha presentado una dificultad. Ella no es española.

Se corta la comunicación. Marco otra vez. Se ha cortado la comunicación, machaca Chafariñas. Me cabrean las tautologías, como si no fuera evidente que se cortó.

Quién no es española, Silvina, le pregunto.

No; la moto.

Ah, sí, bueno, Priscila.

No, no, la Vespa, hombre.

Claro, claro, pero yo sí lo soy, de modo que ella lo es por alianza.

Aquí no estamos jurídicamente tan liberados, tendrás que resignarte a serle infiel y examinarte con una de las nuestras.

Bueno, no creo que le parezca mal ni a Silvina ni a Priscila.

Pero has venido con dos. Carallo con las francesitas.

Me apena dejar al Chafariñas deslumbrado. No tengo vagar para tranquilizarlo. Tal como se han destapado las cosas en España, sus vecinas de rúa no andan a la zaga, para nada, de las colegialas parisinas.

Cuelgo y vuelvo al refectorio. Los argonautas ya pagaron la homérica cuenta. Como si hubiera zampado media docena de pimientillos picantes de Padrón, tal vitalidad muestra, Oscar arranca, parte, se me pierde al doblar una esquina; mas yo en seguirle no me arredro: me meto por una dirección prohibida y aparezco delante de él.

Ni una nube ni un soplo de viento. Este sol no es de aquí; es un sol castellano que da una falsa alegría a la gente y al paisaje. Aquí el bienestar profundo entra con nubes cargadas de grises, toda la gradación de grises; con la lluvia menuda, menudiña que impregna bosques, casas, sepulturas, campanarios y campanas. Por eso suenan tan hondo.

Llegamos a Noia, otra pequeña Compostela rebotante de misterio.

Paseando por el camposanto de la ciudad echamos de menos la leve gasa evocada por Rosalía Castro. Qué bien le hubiera venido una capa de humedad al moho de las losas sepulcrales esparcidas por el suelo, reclinadas en los muros, anónimas, con la única referencia ideográfica a sus dueños: tijeras, martillos, anclas, escaleras, cinceles...

Le leo a Oscar la guía turística : el topónimo Noia proviene de Noé y a este lugar vinieron a morir, al amainar la lluvia, algunos descendientes del barquero universal. Luego llegaron los maestros canteros del medioevo, los arquitectos, los alquimistas, todos los que desde hace milenios peregrinaron hasta el fin de la tierra y el principio del abismo en busca de la Sabiduría. Eran los descendientes del maestro Iak, el que construyó el templo de Salomón... y empalmo lo que aprendí con el guía de Jaca, cuando mi hijo todavía no estaba conmigo.

Un vistazo a la feria del libro que se celebra cada año en la Alameda. Por lo que se ve, Noia es un centro de iniciados: talismanes, tarots, almanaques cabalísticos, ciprianillos.... Sólo echo de menos la receta de la eterna juventud.

Nos sentamos en la terraza de un bar. El ambiente esotérico que se respira me lleva a referirle a Oscar algunos de los encuentros insólitos que me ocurrieron desde París. Aquí, en Noia, parece que entra al fin en mi juego. No importa, me tranquiliza, si lo que cuentas lo ha escrito Sulpicio Severo, te lo ha soplado el Espíritu Santo o lo estás soñando. Lo importante es que te salga bien.

Sabes, Oscar: la epístola que nos dio ayer Chocheyras, en realidad Prisciliano no se la envió a Dámaso. Quiso dársela él personalmente.

Tomó la ruta de Aquitania con los obispos Instancio y Salviano. Las etapas eran muy gratas para él. Una de las primeras fue Jaca, donde me esperó Berta; Jaca, feudo suyo : el obispo y todos los fieles le eran adictos. Desde allí cruzaron los Pirineos y atravesaron los viñedos. Por todas partes se les recibía con afecto. No carecían de nada. Prisciliano era una persona acaudalada, millonario diríamos hoy. Si bien Roma se había apropiado de las minas de oro de su padre, él había guardado cientos de monedas para sufragar su cruzada. Cambiaban a menudo de caballos, pagaban los servicios con generosidad, los tres iban limpios y aseados.

Llegaron a Eauze, ciudad termal donde vivían grandes potentados del Imperio. Todavía se practicaba allí el taurobolio en honor de la diosa negra Cibeles. Todas las vírgenes negras con las que te encuentras en Europa, desde Rocamadour a Montserrat, fueron en otros tiempos Cibeles.

Díme, pa, qué es el taurobolio.

Era un sacrificio expiatorio. Consistía en inmolar un toro sobre una piedra agujereada. Debajo se colocaba el oferente para ser purificado con la sangre del animal.

Qué animales; venga, sigue...

Desde esa base decidió desplazarse a Burdeos y ganarse a Delfino, obispo que había asistido al concilio de Zaragoza. En aquella reunión, Delfino se había mostrado sumamente crítico con Prisciliano. Pero los tiempos habían cambiado. A Delfino podría venirle bien la concordia, pues nuestro personaje tenía muchos seguidores en Aquitania y su causa llevaba trazas de vencer. Incomprendiblemente, Delfino se negó a recibirlo; peor aún: ordenó que fuera expulsado de Burdeos.

Prisciliano se refugió en una villa próxima a Burdeos perteneciente a Elpidio. Su antiguo profesor había muerto meses atrás. En aquella mansión vivían su viuda Eucrocia con su hija Prócula, una adolescente. Prisciliano recordará su estancia en esta villa, que bien podía situarse en Blaye, en el norte de Burdeos. Escribió más o menos esto: algunos han arriesgado su cabeza por el apóstol y a ellos no sólo él les debe gratitud, también se la deben las iglesias que ellos han recibido en sus propias casas.

Acaso tu amigo Prisciliano hablaba de sí mismo en tercera persona.

Sí; se tomaba cuanto menos por Dios.

Y luego...

Permaneció varios meses en Blaye, convirtiendo la villa en centro espiritual. Al parecer, el padre de Elpidio había sido druida, y la familia conservaba lazos con la religión ancestral. De modo que cuando se puso en marcha hacia Roma, iba acompañado por una verdadera turbamulta, formada por Eucrocia, su hija Prócula, innumerables prosélitos y una recua de admiradores de ambos sexos. En Eauze se les añadieron Instancio, Salviano y mucha más gente. Y allí fue donde se rumorea que Prisciliano hizo abortar a Prócula.

Has dicho Prócula, la adolescente.

La mismísima: unos dijeron que en realidad, la niña dio a luz en campo abierto; otros, que se provocó el parto con hierbas. Infundios, calumnias de sus enemigos. Incluso Sulpicio Severo lo da como un rumor. Te imaginas, con la diferencia de edad. Te imaginas a tu padre en semejante situación.

Con una adolescente, desde luego no.

Ni con una vejescente, hijo mío.

Bueno... y qué pasó después.

El papa Dámaso se negó a recibirlos. Cuatro años antes, el emperador Teodosio había decretado que la doctrina predicada por Pedro sería la única religión del Imperio. Por eso Dámaso se apresuró en redactar una lista con los treinta y dos anatemas contra los errores trinitarios y cristológicos. No quería líos. Si el movimiento priscilianista es obra de Dios, prevalecerá; si no, se irá desmoronando y terminará pudriéndose, le explicó a su secretario Jerónimo, el futuro santo. A Dámaso también lo nombraron santo, con fiesta los once de diciembre.

Y Prisciliano qué.

A Prisciliano lo canonizaron después de haberlo degollado; luego le retiraron la santidad. La Iglesia católica es peor que lo que fue la Unión soviética. Aún hace unos años, Pablo VI despojó de la corona a un montón de santos y de santas que sus corderos llevaban siglos adorando.

No; te preguntaba qué hizo Prisciliano.

Tuvo que ocuparse del pobre Salviano, que se le murió en Roma. Luego, llevó a cabo gestiones en medios religiosos y civiles. Entre tantos sinsabores, la llegada de Agustín significó una esperanza para él.

Agustín desembarcó en Roma procedente de Cartago para ejercer de profesor de retórica. Su fiel amigo el jurista Alipio, se había instalado meses antes en Milán para abonarle el terreno. Ya le había conseguido el cargo de profesor, pero sabía que Agustín no se contentaría con una cátedra. Aspiraba a un cargo de gobernador de provincia. Pero Agustín carecía de fortuna personal, su acento africano provocaba sonrisas condescendientes y sus modales pueblerinos desentonaban en la corte. Sin embargo, había abandonado su tierra huyendo de su madre, la terrible Mónica, dispuesto a cualquier cosa para llevar a cabo su proyecto. No le importaba que éste fuera lícito o no. Entendámonos, no le molestaba que fuera ajeno a sus opiniones. El asunto era saber qué debía hacer, a quién arrimarse y cuándo.

Para empezar, su única posibilidad de éxito residía en unirse a una de las diez grandes familias del Imperio. Para ello necesitaba una esposa, un hogar y muchos esclavos. Pero hete aquí que desde los diecisiete años vivía con una sierva cartaginesa con que la había tenido un hijo llamado Adeodato, don de Dios, cuya inteligencia le inspiraba un terror sagrado. Te estoy hablando de Agustín, Oscar. En Oriente, el gran profesor Libanio podía permitirse el lujo de vivir con su concubina sin perder cargos y honores porque Libanio era un personaje respetado y lo protegía su calidad de portavoz oficial de Antioquía. En cambio, Agustín era un don nadie.

En esto llegó de Cartago su madre Mónica, casi tan tenaz como Agripina, la madre de Nerón. Mónica se percató de que para trepar las torres de la ambición, su hijo no podía seguir con una concubina. Entonces decidió utilizar la fuerza de la codicia contra la fuerza del amor. Para izar a su hijo hasta los pináculos de la administración, para evitar que su carrera se atrancase en los claustros de Milán, el primer paso debía ser cruel y contradictorio, pues consistía en matar el amor en el corazón de su hijo.

Oye, pa, me da como que estás escribiendo una novela a lo Corín Tellado, me recrimina Oscar.

Tienes razón. Pero insisto. Mónica le hizo abandonar a su concubina para casarlo con una adolescente y futura gran heredera.

Díme cómo se llamaba, para que no estés diciendo siempre concubina.

Bueno, si ese término resulta ahora malsonante, etimológicamente es muy preciso: concubina, que se acuesta con. Como va a ser muy largo lo que te voy a contar, pidamos una cerveza para ti, y para mí agua del tiempo.

Qué rica, este agua. Claro, es de Mondariz, la que teníamos en el hotel. A veces se discutía en el comedor viejo si había que decir Mondariz o Mondáriz. Mi padre se sacaba de la manga una frase de Unamuno: Cuando perdiz sea pérdiz y nariz sea náriz, Mondariz será Mondáriz. No sé si la frase era de Unamuno o si la inventó él.

Tenía mucha imaginación tu padre, pa.

Parecido a ti, Oscar. A los seis años le contabas a los vecinos que tu madre era india.

Lo heredé de ti, que te has fabricado una ascendencia cubana, nieto de García Kholy y no sé qué más; dejémoslo y sigue con la novela rosa.

Corría el mes de febrero. En una casa del monte Palatino se encontraban Eucrocia, Instancio y Prisciliano. El anfitrión iba y venía de la puerta al salón. En este

momento los cuatro se habían acercado a la chimenea. Prisciliano alejó la silla unos metros del fuego. El humo le provocaba accesos de asma. Eucrocía se levantó. Al estar de pie, hizo un movimiento leve para componer la ropa. Era alta; por los pliegues de la túnica, al moverse, se adivinaban las líneas de su cuerpo. Cruzó las manos en el pecho y se dirigió a Prisciliano:

- Tan pronto pisó tierra romana, y tras haber recluso en Cartago a la concubina de Agustín, Mónica empezó a tejer una red de amistades para su hijo. Su fuerza vital y su poder de convicción son irresistibles. Del anciano sacerdote Simplicius obtuvo que admitiera a Agustín en su círculo, donde un día sí y otro también se reúnen veinte cristianos, hombres de poder todos, para leer y comentar a Plotino y a Porfirio.

- Mónica sedujo también a un tal Mario Victorino, que pasa los últimos años de su vida tratando de comprender el misterio de la Santísima Trinidad por medio de la lógica neoplatónica, añadió el anfitrión.

- Todo esto se sabe en Milán. No creo que sea útil hablar con Agustín. Incluso puede resultar contraproducente.

Esto lo dijo Instancio, quien añadió :

- Y ahora, esa arpía de Mónica ha emprendido el asedio del último bastión, que es Ambrosio. Será tarea ardua, pero apuesto que lo ha de conseguir.

Prisciliano no escuchaba. Estaba pensando en otra cosa. Se evadía hacia Libia, adonde lo había llevado su vida disipada en Burdeos cuando era estudiante.

Varias horas antes de llegar vio en el horizonte los acantilados y la llanura en la que se asentaba Cartago. El brazo de mar que parecía invadir la tierra era la desembocadura del río Seybuse; la pincelada verde a la izquierda, un bosque de pinos; en lo alto de la colina semicircular aparecían a un lado la ciudadela de Byrsa y la necrópolis púnica al otro.

Se mostraba a la vista la ciudad nueva, Cartago en la algarabía de los naturales, rica en bienes y con doscientos mil habitantes. Se decía que Juno a ella sola más que a todas las tierras había, pospuesta Samos, honrado. Ya se distinguían los arcos y las columnas del puerto artificial y se oían los gritos de los estibadores. Tras desembarcar, Prisciliano anduvo dando rodeos, como si todavía lo vigilaran los esbirros del prefecto.

Salió del puerto. Los muros curvados sostenían varios pisos de tiendas de togas, de sandalias, de alfombras y productos de seda traídos de Oriente. Se animó gracias a las blasfemias de los marineros, mezcladas con exhalaciones del mercado adyacente y vocerío de pregoneros, propuestas de tratantes de camellos y esclavos; olor a especias, condimentos y pescado. Al salir del mercado entró en el paseo marítimo. Unas veinte personas se protegían del calor en un esqueleto de ballena cubierto por toldos; pasó delante del teatro de seis mil plazas, y al cabo de tres días sin asearse, entró en los baños públicos.

Volvió a la calle fresco y jubiloso. La ciudad trepaba, dispersa, por una colina más allá de la llanura donde se celebraba el mercado y culminaba con las torres gemelas del santuario del dios egipcio Baal Ammon, transformado en Saturno por los griegos. Subió hacia la parte vieja de la ciudad. Le conmovió pensar que aquel enredo de terrazas y patios sombreados por palmeras, las calles sinuosas de piedras ásperas e irregulares eran obra de los fenicios y contaban más de dos siglos de existencia.

En las avenidas pobladas de acacias abundaban librerías con obras de gnósticos y de cristianos primitivos. Algunos de los pergaminos databan de más de un siglo. Se podían comprar, pese a la prohibición, gracias a la importancia que tenían en el norte de Africa los donatistas y los maniqueos.

El bullicio que lo había recibido a su llegada le parecía ahora un episodio ocurrido días atrás, de tal modo lo envolvía el barrio de la colina, remotamente ajeno a mercaderes y trapicheos. Deambulaba de librería en librería, casi de puntillas, por las vías cuyas casas unían los tejados.

Así iba, vagabundo por el laberinto callejero, cuando le llegó una voz lejana, una voz gutural que lo incitó a seguirla como un hilo de Ariadna. Cruzó el foro, admiró el templo, ahora iglesia cristiana, y siguiendo el camino de la voz entró en un caserón que había sido lavandería. El vestíbulo estaba decorado con escenas familiares de los Esciapodas, habitantes fabulosos anteriores al Imperio romano.

Se puso a escuchar detrás de una cortina que hacía la vez de puerta. La voz dejaba presagiar a un joven de veinte años. Un latín puro, brillante, adulterado a veces con expresiones populares, refranes y juegos de palabras, brotaba con naturalidad de los labios del orador. Durante unos instantes Prisciliano permaneció en un estado de ensueño, en el cual presentía los conceptos que se iban a expresar el orador y el modo de hacerlo.

- ¿Qué nos cuenta el Génesis sobre la Creación ? clamaba el orador. No nos explica, por ejemplo, por qué Dios decidió crear el mundo en tal o cual momento. ¿Por qué no lo creó antes o por qué no esperó tiempos mejores para hacerlo? ¿Cómo pudo crear Dios el cielo y la tierra si está dicho que la tierra ya existía informe e invisible? ¿Acaso vivía Dios en las tinieblas? ¿Y de dónde procede el abismo? Cuando Dios creó la luz, ¿de dónde la hizo venir? Aseguran los cristianos que Dios se llenó de alegría, como si Dios dependiera de alguien o de algo. Luego creó el día y esperó cuatro días más para sacar el sol. ¿Cómo se distinguían antes los días ?

Una pregunta de Eucrocía sacó a Prisciliano de sus pensamientos:

-¿Y tú, maestro, crees conveniente ir a hablar con Agustín?

- Prisciliano irá, afirmó Prisciliano.

Fue a la mañana siguiente, día de Pentecostés, a la iglesia de san Pedro. Desde el pórtico escuchó la misma voz que había oído años antes en Cartago.: " Amados hermanos - exclamaba - : el Espíritu Santo dispuso que hoy sea una día solemne. Su venida nos permite hablar todas las lenguas de todas las naciones. Antes, cada cual hablaba por su cuenta y Dios impuso la unidad. Pensad en los principios de la Creación. Dios creó los astros en el cielo y en la tierra los árboles y las plantas. Cuando llegó al hombre, uno sólo creó, del cual procede todo el género humano. Dios no creó dos, macho y hembra, sino uno sólo, y de este hombre sacó a la mujer. ¿Por qué lo hizo así? ¿Por qué el género humano empieza con un sólo hombre, sino porque Dios recomienda unidad al género humano?

"Igualmente, proseguía Agustín, el Señor recomienda a los apóstoles la unidad de la Iglesia. A los cuarenta días de su muerte subió al cielo. Y he aquí que, con la venida del Espíritu Santo, todos los circunstantes fueron revestidos de su fuerza y dieron en hablar en las lenguas de todas las naciones. Del mismo modo se recomienda la unidad de la Iglesia. La recomienda Cristo y la confirma el Espíritu que hoy nos llega. Mientras no esté separado del cuerpo, un brazo o una mano pueden curarse, pues los otros miembros aportarán la salud al miembro enfermo. Si amputamos ese miembro enfermo, deja de estar comunicado con la fuente de salud y con el canal que se la puede aportar. Por ello, es semejante a los sarmientos cortados de la viña, como narra Juan: "Dijo Jesús: Yo soy la viña verdadera, y mi padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleve fruto, lo cortará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto. El que en mí no permanece, será echado al fuego como pámpano, y se secará; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden. "

Prisciliano se escondió detrás de una columna. Embozado en la toga, se abandonó otra vez al recuerdo del caserón que fuera lavandería, de las palabras que le llegaban del otro lado de la cortina, años atrás, cuando estaba en Cartago : " ¿...por qué Dios creó el mundo en tal o cual momento? ¿...cómo pudo crear el cielo y la tierra si está dicho que la tierra ya existía, invisible e informe...? "

¿Sufriría alucinaciones? No podía tratarse del mismo hombre. Asomó la cabeza. Sí; idéntico rostro ovalado, calva incipiente y tal vez un poco más rollizo. La iglesia estaba llena, y diez discípulos rodeaban al orador como entonces, cuando denunciaba: "Las iglesias cristianas están llenas de avaros, borrachos, canallas, jugadores, adúlteros... " Y ahora, en Milán, Agustín prometía la muerte terrenal y el fuego eterno a sus discípulos de antaño.

Trataba de disculparlo. Pudiera ser, pensaba, que el cambio de Agustín no se debiera tanto al oportunismo como a un retorno afectivo a Mónica. Le dio lástima. Había huido de su madre y ésta lo había seguido hasta recuperarlo plenamente, convirtiéndolo a la *Ecclesia catholica mater christianorum verissima*, a la Iglesia nueva y conquistadora de Ambrosio.

- ¡Tú eres, oh santa Iglesia católica, quien por su casta fiel y obediencia sometes las esposas a sus maridos, otorgas la autoridad a los maridos sobre sus mujeres, exclamaba Agustín. Tú a los esclavos enseñas fidelidad a sus amos, tú enseñas a los reyes a gobernar por el bien de los pueblos y tú exhortas a los pueblos a someterse a los reyes!

Oye pa, me corta Oscar. Es apasionante, pero quieren llevarse las mesas.

Carallo. Ya es de noche. Llama al camarero, Oscar. Mientras, te resumo en dos palabras que Prisciliano desistió de hablar con Agustín y que el obispo de Roma se negó a recibirlo.

Llegamos a Bastavales a las dos de la madrugada. Sin cielo despejado, las estrellas brillaban con escaso fulgor. A todas ellas las ocultaban halos de turbiedad distante. Tampoco los perros ladraban con la insistencia acostumbrada. El orvallo, tan espeso, tuvimos que rasgarlo con aceleraciones y frenazos. Súmense las cuestas. Añádanse las curvas y que me equivoqué varias veces en los cruces. En dos de ellos perdí a Oscar. La tercera vez se me adelantó y lo seguí a cinco o seis metros de distancia, temiendo que me dejara solo en aquellas tinieblas del Diablo y de Dios. Nada, me trajo despacio a esta aldea de Bastavales donde tenemos nuestro cuartel general.

Nos estaban esperando los vecinos. Nuestros vecinos en este lugar perdido del municipio de Brión son esencialmente Manuela y Artemio, dos seres que habría que describir, fotografiar e incluso disecar para exhibirlos en el museo etnográfico de Galicia. "Auténticos especímenes galaicos en perfecto estado de conservación."

Artemio tiene como sesenta y cinco años, y guarda toda la sabiduría de la tierra en que nació. Es austero, ahorrador y sagaz. Cuando se hace amigo de alguien, este alguien conserva su amistad toda la vida, mientras no lo decepcione. Si uno lo decepciona, se acabó. Tendría que darles un ejemplo; a ver si vale éste, así, referente a su grado de finura: tiene un par de ovejas, que él llama "mi hacienda", y esas dos ovejas pacen todo el año en nuestro jardín, manteniendo el césped como un terreno de golf en Torremolinos. Cuando alguno de nosotros viene de vacaciones a Bastavales, Artemio lleva su hacienda a otros prados, para que no hagan de cuerpo delante de la casa. Qué van a hacer de cuerpo, Arturo. A los cinco o seis días el césped se ha convertido en maleza. Llega él con una hoz y lo deja peor que los rumiantes, pero los riñones quedar le quedan destrozados.

Manuela es lo mismo que Artemio, quitando la austeridad. Se ha pasado buena parte de su vida, sesenta y cinco años, alindando vacas y hace como diez quedó viuda.

Guarda luto, lo cual en las aldeas gallegas no significa nada. Todo el mundo va de negro. Manuela es un cascabel por su mirada, por su alegría. Oscar le descubrió su faceta más oculta: es una gran panderetista. En dos sesiones se ha adaptado al rock y estoy seguro de que un día la veremos en el Zénith de París.

Manuela y sus hijos nos estaban esperando, y no sólo ellos. Nos encontramos con el grupo *Os diplomáticos*, con la folklorista Mercedes Peón, su compañero Fernando y con Pinto, un rapero de Herbón, la aldea que da los mejores pimientillos picantes del país.

Dios y ayuda me ha costado despertar esta mañana a Oscar. Estuvo cantando y de juerga en casa de Manuela hasta las cuatro de la madrugada. Yo, en cambio, me levanté muy temprano. Desde la galería asistí al nacimiento del día, un amanecer típico gallego en el que la noche da paso a una niebla que oculta el regalo del paisaje. Minuto a minuto van apareciendo los alpendres adyacentes, las casas vecinas, las torres de la iglesia, la colina de Bertamiráns a los lejos, quedando sólo al final un reguero de vapor a lo largo del Sar. Cuando se ve el agua del río son las doce y ya me decido a despertar a Oscar. Venga, Oscar, que Pedro nos invitó a comer.

Pedro, que es mi hermano cura, aunque lleva años al margen de la institución, vive en Compostela a dos pasos del Hostal de los Reyes Católicos, de la Catedral, del palacio de Rajoy y del palacio de Fonseca, cuatro monumentos que forman una de las plazas más bellas del mundo.

La barba apostólica que se ha dejado le da un aire majestuoso. Torquemada en su juventud, Pedro ha ido evolucionando de forma milagrosa y opuesta a la mía, del tradicionalismo radical a la tolerancia absoluta. Las Silvinas y Priscilas que nos conocen a ambos afirman que el más libertino y sensual no es el que se pudiera suponer. Con Oscar se entiende muy bien, y mi hijo tiene mucha fe en la sabiduría de su tío. Por eso, nada más sentados en los sofás del minúsculo salón, mi hijo le pregunta como para comprobar la autenticidad de mis cuentos, qué le había sucedido a Prisciliano después del desaire que les dieran Ambrosio y el obispo de Roma. Pedro se levanta, coge un libro de la estantería, vuelve a sentarse; sin abrir el libro nos hace vivir el capítulo siguiente:

- Derrotados, humillados, en espera de tiempos mejores, Prisciliano y los suyos emprendieron el camino de vuelta. Salieron de Roma a principios de 383. El grupo mayoritario se quedaría en Eauze, mientras que Eucrocía, Prócula y los suyos regresarían a Burdeos. Como el emperador había vetado el regreso de Prisciliano e Instancio a sus respectivas sedes, los dos obispos decidieron intercambiarlas. Instancio iría a Avila y Prisciliano a Salamanca.

“En diez días llegaron a Milán. Los acogió un grupo de paganos, que estaba en contacto con godos infiltrados en el corazón del Imperio. Su protección les infundió esperanza. Era inadmisibile, les decían, que dos obispos se hubieran desplazado desde sus lejanas diócesis y regresaran condenados, sin tan siquiera haberse entrevistado con el obispo de Roma. Si la sociedad estaba corrupta, tanto más absurda sería su derrota.

- Y puesto que vuestros enemigos son corruptos ¿por qué no combatirlos con sus propias armas ? les aconsejaron sus anfitriones.

“Prisciliano se levantó. Dio unos pasos, silencioso. Se detuvo en el lugar más oscuro del salón. Antes de utilizar métodos reprobables quería jugar la baza de Ambrosio, hombre de acción más que intelectual, más pastor que teólogo. Ambrosio mandaba tanto como Dámaso y como Graciano Por ello la empresa era peligrosa.

- Suelas ser más desconfiado, Prisciliano, le objetó Eucrocía. ¿Ignoras que Ambrosio lucha para que los emperadores se sometan a la Iglesia y aplaude a los jueces que dictan pena de muerte contra los maniqueos ?

- Prisciliano sabe eso y mucho más. Sin embargo tanto Prisciliano como Ambrosio han sido elegidos por el pueblo cuando eran seglares, y él ha sido un promotor del monaquismo, en lo cual no estaba muy alejado de Prisciliano, replicó Prisciliano, saliendo de las sombras.

Me puedes traer un vaso de agua, le pide mi hermano a su Eucrocía. Queréis vosotros.

No, gracias, Pedro.

La Eucrocía de mi hermano llega con una botella de agua de Mondariz y cinco vasos. El Prisciliano de mi cuñada bebe, con el dorso de la mano sacude las gotas de la barba blanca y reanuda el relato:

En 378 el Concilio de Roma había obtenido que el emperador prestase su apoyo para cumplir las decisiones de los concilios. De tal modo el poder temporal tendía a convertirse en instrumento de una Iglesia que afirmaba su independencia hacia él. No obstante, Prisciliano mantuvo su decisión. Aquella misma tarde acudió al palacio episcopal. Penetró en el vestíbulo y siguió avanzando, porque a nadie se le prohibía la entrada ni había costumbre de anunciar al visitante, hasta la sala donde estaba el obispo.

“Ambrosio tendría entonces cuarenta y cinco años, era pequeño, de grandes orejas y barba negra cuidadosamente recortada para embellecer su rostro anguloso. Estaba leyendo en silencio, como solía, pues en aquella época la lectura se hacía generalmente en voz alta. Tal vez Ambrosio no quería que lo distrajeran durante ese breve tiempo en el que fortalecía su espíritu descansando del tumulto de los asuntos cotidianos; o se guardaba, temiendo que un oyente, atento y cautivado ante un pasaje un tanto oscuro, lo obligase a explicar o a discutir algunas cuestiones y que, por el tiempo empleado en ese menester, no pudiese leer tantos volúmenes como quisiera. Aunque cuidar su voz, que se le enronquecía con mucha facilidad, pudiera ser el verdadero motivo de que leyese en silencio.

De pronto Ambrosio alzó la voz y prosiguió:

- ...es nuestra voluntad que todos los pueblos sometidos al gobierno de nuestra graciosa benevolencia sigan la fe que el divino apóstol Pedro ha transmitido a los romanos. El que siga este mandamiento deberá reclamar el título de cristiano. Todos los demás, en nuestra opinión locos y dementes, habrán de enfrentarse a las represalias que judicialmente vamos a establecer, apoyados por la voluntad divina.”

Ambrosio acababa de recitar un fragmento del código teodosiano. Fuera cual fuese la intención de aquel hombre, Prisciliano sufrió su desaire como una amenaza.

Anduvo varias horas errante por las calles de Milán. No hay peor lobo como un cristiano para con otro cristiano, pensó. Abandonarlo todo, volver tal vez a Cartago. Allí, protegido por los donatistas, no lo alcanzaría la persecución de sus correligionarios.

“ Todavía lo estaba esperando el grupo de allegados cuando regresó. Le temblaban los labios. Apenas podía hablar. Trató de explicarles:

- Ni mi obra ni yo somos dignos de las esperanzas que hemos suscitado. A veces recuerdo que no he sido elegido por Dios para esta misión. Había hablado más de la cuenta. Enmudeció, nervioso, consciente de que ya no podía eludir su destino.

Instancio no dio muestras de entender lo que quería decir. Al contrario, arguyó con aparente amabilidad:

- Ya no es tu obra, Prisciliano. Es la nuestra. Todos hemos colaborado contigo. Es cierto que por tus valores personales te erigiste en nuestro guía, lo cual te da una gran responsabilidad. Por orden de Dios, hemos de seguir hasta el final.

Un muro infranqueable se alzaba ante él. Trató de esgrimir algún argumento:

- Fácil es escudarse en la voluntad de Dios, caro Instancio. ¿Quién puede saber cuál es su voluntad? Yo nunca he oído decir que Dios ordene sacrificarse en vano.

“El rostro de Instancio perdió la compostura. Su voz cambió de registro, con trémolos en las vocales:

- Ya no eres dueño de tus decisiones, Prisciliano. Hace más de tres años aceptaste el honor de ser vicario del Señor en Avila. Recuerda con qué alegría festejamos tu divina elección. Después te ayudamos a redactar el *Tractatus*, y cuando ante la grandeza del propósito y la dimensión de nuestro proyecto te sobrevino alguna vacilación te repusiste gracias a nuestro entusiasmo. Piensa que nuestra obra reconforta a miles de almas que estaban descarriadas y que debe continuar nuestra labor en pro de los que todavía siguen en las tinieblas. El derecho del pueblo al conocimiento es legítimo e inalienable. Y nosotros tenemos la obligación de aportárselo, aún recurriendo al soborno.

“En este momento entró Potamio, el discípulo predilecto de Prisciliano:

- Estaba escuchando, confesó. Creo que es una tontería no escuchar cuando se tiene ocasión de hacerlo y el tema te interesa. Naturalmente, a la gente no le gusta que alguien escuche sin haber sido invitado. Pero supongo que tampoco a los animales les agrada que los físicos los espíen, añadió sonriendo.

- ¿Oíste mucho? inquirió con reprobación Instancio.

- Llegué *in media res*, pareció lamentar Potamio.

- ¿Y a ti qué te parece? susurró Prisciliano, esperando un apoyo.

Potamio sentenció como un juez:

- A la maldad no se le puede combatir con la maldad. ¿Y quién se va a arriesgar a traer el oro? Bien sabéis que el emperador dispone de miles de informadores en todo el Imperio que son otros tantos asesinos. No obstante, todo se compra, todo se vende: los cargos administrativos, los grados militares, las jerarquías cristianas. Raro sería que no se comprase la justicia. Creo que el más corruptible es el papa Dámaso. ¿Acaso no le llaman *auriscalpius matronarum*, porque siempre anda buscando viudas para despojarlas de sus herencias?

“Al final todos convinieron en que el hombre clave en la corte, quien proponía los asuntos más delicados a Graciano y a menudo decidía en su nombre, era Macedonio, *magister officiorum* de la función pública. Era la persona culta y afable que encubría la zafiedad del emperador. El senado de Tréveris le había concedido el puesto de Protector del pueblo, lo cual lo preservaba contra toda merma de su autoridad, le otorgaba la facultad de vetar las decisiones de cualquier funcionario y le garantizaba la inviolabilidad de su persona. De esta enorme suma de poder resultaba que nunca estuviera sólo: se vigilaban sus mínimos gestos, el tono de su voz, su sonrisa, su ceño; los aduladores le abrían las puertas ceremoniosamente, alisaban los bajos de su capa, tenían siempre un vaso a mano para adelantarse a sus deseos, sin faltarles nunca el presente de un mancebo o una doncella. Lo que quizás hubiera poseído de corazón se le había empolvado con los años: él mandaba y los cobistas obedecían, los hundía o encumbraba, los enriquecía o los prosternaba en la miseria.

Varios miembros del grupo disintieron. Respaldado por los anfitriones, Instancio se empecinó. No podían dejarse juzgar y menos condenar por un tribunal de obispos disolutos y corruptos.

-¿ Crees, Instancio, que todo se puede arreglar con oro?

Se lo había preguntado Eucrocia, atenta siempre a los pensamientos de Prisciliano.

- Casi todo, afirmó el obispo de Salamanca.

- Tienes razón: casi, dudó Eucrocia. Casi nos salvamos, pero nos ejecutan. Macedonio se queda con el oro y el Imperio incauta nuestras posesiones.

- Cuento con el oro y con nuestros aliados, insistió Instancio.

Nadie, salvo Eucrocia, se opuso al soborno de Macedonio. Quién le iba a poner el cascabel al gato, utilizando una imagen vulgar, pregunta mi hermano y se autocritica, pues no suele meter frases hechas ni en los parloteos.

La mirada de Eucrocia se clavó en Instancio. Todas las demás en Prisciliano. Un voto silencioso.

Otra vez con la cruz a cuestas, Prisciliano fue a ver a Macedonio. El maestro de oficios se guardó de recibirlo. En la entrada de palacio lo acogió un secretario subalterno, adelantándole que con el mayor sigilo Macedonio le pedía doscientas piezas de oro; eran necesarias para contrarrestar las intrigas de Itacio. Sin decirle más le mostró un mensaje firmado con el sello de Macedonio, cuya autenticidad era indiscutible

La suma parecía desorbitada, convinieron todos cuando regresó Prisciliano herido, humillado.

- Será imposible reunir esa cantidad. Necesitaríamos tres meses para enviar un mensajero a Callaecia y para que regrese con el oro, si es que no lo desfalcán por el camino.

Eucrocia malvendió parte de su hacienda a un hijo de Ausonio que se encontraba en Milán. De este modo consiguieron un rescripto del emperador que anulaba la orden de exilio. Los obispos priscilianistas podían regresar a sus sedes y recuperar las tierras confiscadas. No perdieron tiempo en el camino. Al paso, confirmaron las iglesias fundadas en la Italia norteña, en la Galia aquitana, en los valles pirineos. Para Prisciliano comenzó un período fasto, que podemos situar entre mediados de 383 y finales de 384. Casi dos años en los que el ascetismo activo y entusiasta atrajo a gran número de cristianos.

Pedro se disculpa y se retira. Advierto que Oscar ha desaparecido. Vuelve Pedro. Perdona, me dice, es que bebo mucha agua y tengo que aliviarme a menudo.

Ahora se opera como si fueran amígdalas, Pedro. Sigues...

Habían transcurrido casi diez años sin haber vuelto a Callaecia. Apenas pisado su terruño Prisciliano se arrodilló para besarlo. Y levantando los brazos proclamó:

- ¡ Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último, el principio y el fin ;

Su pensamiento se detuvo en la vejez aromática del campo y comenzaron a despertar, lejanos, los recuerdos. Frente a él, la montaña, con su penacho de nubes.

- ¿Ves aquel monte? - le señaló a su fiel Potamio -. Es el Pindo de la Raíña Lupa. Lo he subido muchas veces para verla a ella. De día, descifrábamos los petroglifos; de noche leíamos nuestro futuro en las estrellas. Empero, se me antoja no haberlo visto nunca. A veces pienso que fue un sueño, o que la vida pasa sin dejar huellas, como el viento impalpable.

“El primer contacto con su tierra después de tanto tiempo fue difícil. Los dioses romanos habían ahuyentado los viejos cultos druídicos, y ahora se implantaba el dios de los cristianos. Y si algún nombre de villa recordaba la olvidada Celtia, como Goiriz, otros, más poderosos, acusaban la presencia de Roma : Lucus Augusti, Aurea, Iria Flavia, Tudis sobre el Miño...

Sólo veía desolación y miseria. Agarrado a la falda de un monte, el bosque se hallaba en idéntico estado de maraña en que lo habían encontrado los celtas. Los mismos utensilios de labranza en los alpendres; un olor igualmente grasiento impregnaba las ropas de los campesinos; el mismo viento indiferente movía sin descanso los mirtos, las retamas, expandiendo en derredor el perfume agrio de los tojos.

De súbito, el humillado suelo de su patria volvió a proporcionarle las alegrías de antaño: los árboles desprendieron frutos a sus pies; de modo espontáneo la tierra sacó flores de la maleza y los animales dejaron sus guaridas para saludarlo con regocijo.

“Ciudades enteras salían a su encuentro y obstruían los campos muchedumbres que deseaban contemplarlo. En el camino se le acercó una madre con un niño en brazos.

- En la aldea aseguran que eres Dios. Te suplico que otorgues el don de la palabra a esta criatura.

En aquel lugar tan sólo había un regato delimitado por adelfas, cuyo abundante follaje recuerda al del laurel y echa una especie de flor inodora con cáliz alargado y ligeramente rojizo, veneno para todo animal. Prisciliano hizo una pócima con unas hojas de esta planta y una pizca de eneldo. Embadurnó con ella la lengua del mudo y exclamó con voz de los abismos:

- ¡Satanás, por orden del Dios que venero, desanuda la lengua de este niño y cede tu lugar al Espíritu Santo!

Trazó en sus labios el signo de la Santa Cruz de Nuestro Señor Jesu Christo, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Levantando la cabeza al cielo declamó:

-¡Dios eterno y todopoderoso, Prisciliano te implora que apliques tu bondad en la boca de esta criatura!

“El niño esbozó unas muecas horribles, poco a poco fue balbuceando palabras inconexas y al fin pronunció el nombre de Ser Supremo. Prisciliano lo devolvió a su madre, no sin amonestar antes al crío:

- Y ahora habla con todos honesto, sin tocar en lo del sexto.

El las cercanías de Valga se arrojó a sus pies un campesino. Llevaba a su hijo en brazos, muerto y con las piernas quebradas. El hombre se alejó dejando el cadáver en el suelo. Prisciliano sacó un libro oculto bajo la túnica, y poniendo una mano sobre él profirió la invocación dominical a Surgat:

- ¡Te conjuro, Surgat, por todos los nombres escritos en este libro, que sin demora te presentes dispuesto a obedecerme, o bien que me mandes a un espíritu con una piedra blanca que me preserve de todo daño! ¡ Te requiero además para que ahora cumplas mi orden y abandones la presa inocente que guardas en tu poder!

El joven despertó de su letargo, besó los pies de su salvador y le entregó un talismán del otro mundo. Ante la muchedumbre sobrecogida de terror, Prisciliano sentenció:

-¿Quién podría con la vida si no hubiese muerte?

A todos les parecía el hombre superior a su fama. Hay quien asegura que el mudo se convirtió en émulo de Gorgias y el joven resucitado en un nuevo Koroebos, el vencedor olímpico.

“ Prendida de su hechizo, la plebe lo seguía por donde él quisiera guiarla. Una delegación de cada pueblo lo llevaba al pueblo siguiente, cada obispo lo presentaba al obispo de la diócesis vecina. Fue el primer eclesiástico vivo en cuyo honor se erigieron imágenes y altares, para el que se compusieron himnos y a quien se ofrecieron sacrificios dignos de un dios.

“Rudum-dela lo recibió con una procesión triunfal. Hubieron de ser construidas dos nuevas puertas, pues los arcos de la ciudad no eran bastante grandes para los

carruajes. En deliciosa armonía, un conjunto de músicos con flautas y caramillos lanzaba al aire caricias para el corazón del auditorio. Mujeres con vestiduras de gala, llenas de coronas primaverales, extraían de sus senos pétalos de rosa con los que alfombraban el paso de la comitiva. Tras el ágape ritual, se entonaron los viejos salmos con melodías hebraicas. Todos saludaron el regreso de su hijo predilecto, concluyendo la acción de gracias con el litúrgico Mara, Atha. Amen, que vale tanto como decir: Viene el Señor. Así sea.

Después de este preludio lírico-maravilloso de Pedro, le digo que el archisvista de Avila me ha recomendado que hable con don Uxío Romero Pose. Si la memoria me sigue asistiendo, el abulense me precisó que ese señor dirige el Seminario de Compostela. Mi hermano lo llama ipso facto y don Uxío me da cita de seguida. Estoy dispuesto para salir y en esto se oyen pasos precipitados escaleras arriba. Surge Oscar, siempre cuando menos se le espera.

Dónde te metiste, desaparecido.

Tenía cita con los Diplomáticos. Después, Xurxo me llevó a ver a un amigo suyo que se llama Felipe Senén. Un tipo formidable. Es director del Museo arqueológico de La Coruña. Le pregunté si conocía a Prisciliano y me contó las consecuencias del soborno de Macedonio.

Precisamente, Oscar, es de lo que voy a tratar ahora con el rector del Seminario. Vienes conmigo. Te lo pregunto.

Subimos a la plaza del Obradoiro por las escaleras de granito que llevan al palacio de Rajoy. Pasando bajo un arco desembocamos en la plaza donde se encuentra el monasterio de san Martín. Otra vez nuestro amigo Martín, ahora en el feudo del Suplantador. Data del siglo XVI y alberga la mencionada fábrica de curas. Tengo escrito que delante del seminario de Cunqueiredo había un veterinario cuya placa rezaba: " Se hacen curas de animales ", y alguien escribió en la puerta del seminario: "Se hacen de animales curas ".

No le veo la gracia, parece reprocharme Oscar.

Es que vosotros, hijo mío, no tenéis nada contra el catolicismo.

Bajamos por la escalera monumental. Una vez dentro, aun habiendo sido anunciados por el cancerbero, esperamos unos instantes en el claustro. Van y vienen jóvenes de ambos sexos. Tal promiscuidad en un seminario, por muy mayor que sea, me recuerda, hoy la materia gris me funciona volteriana, que delante del susodicho seminario había esta placa : " Doctor Fulano de Tal. Enfermedades venéreas. De cien casos noventa curas." Una beata que pasó por allí se santiguó y dijo : " ¡Dios mío, como está el clero! "

Este chiste es peor que el otro.

Qué quieres, Oscar, a mi edad ya no se cambia. Dime qué te contó el director del museo etnográfico.

Etnográfico no, arqueológico.

Perdona Oscar.

- Me atestiguó que armados con un rescripto de Macedonio, los priscilianistas regresaron a España y dieron completamente la vuelta a la situación. El procónsul de Lusitania, un tal Volvencio, convocó a Itacio para un juicio formal. Entre las acusaciones figuraba la calumnia, que podía ser castigada muy duramente. Itacio logró huir a Tréveris, consiguiendo el apoyo del prefecto Gregorio. Entre ambos prepararon un informe contra Prisciliano al emperador. Pero el oro de Galicia o la hacienda de

Eucrocía, no se sabe, provocó una nueva intervención de Macedonio que cortó la maniobra : el interrogatorio de los priscilianistas se haría en España; en sus tierras les sería más favorable que en la lejana Tréveris. Y más aún, se ordenó a un retén de soldados el traslado de Itacio a España. Por desdicha, el enemigo de Prisciliano tuvo tiempo de esconderse en el palacio del obispo de Tréveris, llamado Britonio. Sin duda hubiera permanecido allí mientras Prisciliano consolidaba sus posiciones, de no ser por un cambio repentino en la escena política.

Oscar se para a mirar de cerca un capitel, como en la tele cuando cortan el culebrón en su momento culminante para meterte publicidad.

Date prisa, Oscar, cuéntame lo que te dijo el director del museo ese, antes de que nos reciba el del seminario éste. Qué te dijo tu amigo.

Me explicó que el emperador Graciano se había hecho impopular por haber metido demasiados bárbaros en su guardia privada. Y que en el 383, mientras Graciano guerreaba en lo que hoy es Suiza, estalló en Gran Bretaña una revuelta. A su frente se hallaba Máximo, soldado galaico como el emperador Teodosio. Máximo era muy valiente, y los legionarios le admiraban por eso. Después de una campaña victoriosa contra los escoceses y los irlandeses, Máximo aprovechó el entusiasmo de los soldados para proclamarse emperador. Atravesó el canal de la Mancha en el 383, invadió las Galias y en Lutecia se enfrentó victoriosamente con el ejército de Graciano. A Graciano lo abandonaron sus propios hombres en Lyon. Y allí fue asesinado por el jefe de la caballería de Máximo. El obispo de Milán; creo que era Ambrosio.

Sí, Oscar, el futuro santo, ya lo conozco.

Pues bien, el futuro santo daría el espaldarazo a Máximo, consagrándolo emperador de Occidente. Entonces, me dijo el director del museo, empezó el calvario de Prisciliano.

Llega un bedel. Don Uxío nos espera. Sigue, Oscar, termina mientras subimos. Por qué fue tan desastroso para Prisciliano el golpe de Máximo, según Felipe Senén.

Argumentó que aprovechando esta circunstancia, Itacio salió de su escondrijo de Tréveris, y en un dos por tres ideó una estrategia. Por una parte, el nuevo emperador necesitaba la ayuda de la Iglesia. Y al enemistarse con Ambrosio, Macedonio se encontraba en una situación peligrosa. Le era más difícil proteger a Prisciliano

Itacio convenció a Máximo de lo provechoso que sería para él apoyarse en la Iglesia. Además, si Máximo necesitaba dinero para terminar su campaña, no tenía más que incautar el de los priscilianistas, todos gente rica. El resultado fue que en un decreto de 384, Máximo ordena al prefecto de las Galias y a los gobernadores de Hispania y de Lusitania que se apoderen de Prisciliano, de Instancio, de Eucrocía y de sus seguidores, para juzgarlos en Burdeos.

Al llegar al primer piso se corta otra vez la historia. Don Uxío Romero sale a recibirnos.

Es un hombre ágil, afable, sospecho que de tendencias priscilianistas. Su físico me evoca la imagen que tengo de Salviano (q.e.p.d) : pelo al cepillo, figura maciza, manos nerviosas. Debo ser la enésima persona que le viene con el mismo rollo. Por deferencia hacia mi hermano nos invita a sentarnos en sendos sillones de terciopelo raído. El se instala detrás de un escritorio con rascacielos de libros. Voz cansina:

- La investigación sobre Prisciliano sigue desde siempre los mismos caminos. Cada época tuvo su interés particular en resucitar a este personaje que domina buena parte de la segunda mitad del siglo IV. Preocupó y conmovió a sus coetáneos, inquietó en

los siglos inmediatamente posteriores, se proyectó como una leve sombra a lo largo de la Edad Media y resurgió en los siglos de la Reforma y de las Luces. Teólogos, filósofos, juristas, historiadores y literatos encontraron en él un motivo, cuando no una disculpa, para la apologética, y para proseguir las discusiones sobre todo tipo de controversias a las que se presta este mártir.

Desde que don Uxío empezó a hablar estoy al acecho de un respiro, de un punto, de una coma para meter baza. Este cura nos está recitando algo que sabe de memoria. Aprovecho que empieza a tragar saliva, y tal como lo pienso se lo digo. Reverendo, me da la impresión de que nos está recitando usted una conferencia o ensayo que sabe de memoria. Termina de tragar saliva. Desganado, me confirma. Sí, es cierto. Prisciliano se ha puesto de moda, por lo las religiones naturales, el New Age, el fin del siglo y otras pamplinas. La verdad, reverendo padre, le confieso al clérigo, es que si bien llegué a Prisciliano sin intenciones aviesas, ya me pide el cuerpo llegar hasta el final, y ahora me encuentro con un vacío. Qué sucedió tras la orden de arresto de todos ellos. Creo que los juzgaron en Burdeos, no sé nada de ese proceso. Qué majo eres, me tutea el curiña con una expresión familiar. Me reservas la parte más embrollada. Pero si la escuchas con atención es que llevas la cosa en serio. Reverendo padre, puede usted hablar a fondo, le prometo beberme sus palabras. Sonríe. Se anima:

- Todas las cabezas descollantes del priscilianismo acudieron a Burdeos en tanto que acusados: Eucrocía, Instancio, Salviano, Higinio, Felicísimo, Armenio, Aurelio, Latroniano, Asaribo, Tértulo, Potamio, Juan, así como el propio Prisciliano.

Y Elpidio, el marido de Eucrocía.

No; Elpidio había muerto unos meses antes.

Es cierto, lo sabía, pero me había olvidado.

"El obispo de Burdeos, reanuda el rector, se llamaba Delfino. Os advierto, se dirige a Oscar y a mi, que os vais a armar un lío con los nombres. Se parecen mucho Itacio, Hydacio, Higinio, Elpidio, Delfino...Pues bien, Delfino, enemigo mortal de Prisciliano, era un personaje insólito en su tiempo. Cuentan las crónicas que se bañaba a menudo, se afeitaba a cero la cabeza, se alisaba la piel, se limpiaba las uñas y vestía ropa de lino. Unía sus modales urbanos a una firmeza de hierro. Había asistido al concilio de Zaragoza y no estaba dispuesto a seguir tergiversando con lo que él consideraba una herejía. Por eso había puesto a disposición de los jueces la nueva catedral de Burdeos, ubicada a cuatrocientos metros del anfiteatro. Y además dirigía él mismo los interrogatorios. Dando por segura la condena de los reos decidió ganar tiempo. A Higinio y a Instancio los convocó juntos.

" Llegaron cabizbajos, silenciosos. Delfino los recibió con una sonrisa irónica. No se molestó en mostrar equidad ni en ofrecerles asiento. Con ojos severos abrió el fuego, señalando a Higinio con el índice:

- Tú fuiste el primero que denunció la herejía. No obstante, te has dejado arrastrar por el torrente de maldad.

"Higinio había asistido en su juventud a las prédicas de Marcos el Mago y de Rufus, otros que se las daban de Mesías. Podría contestar desde lo alto de su experiencia y hubiera frenado la agresividad del obispo de Burdeos. Pero era un hombre bueno, y aún en estos momentos le salió su mansedumbre proverbial.

- Es cierto que señalé a mi superior Hydacio la presencia en mi diócesis de cristianos en exceso rigurosos, mas en ningún lugar escribí el término herejía.

"Sus palabras cordiales produjeron efecto balsámico en el presidente:

- ¿Cómo un santo varón como tú pudo caer en la ignominia?.

- Después de examinar mi conducta, admitir mis faltas y conocer a Prisciliano.

"Delfino no se esperaba semejante compostura. Se había preparado para el ataque y los acusados le salían pacíficos y humildes. Cambió de táctica:

- Por tu sabiduría y tu benevolencia podrías ser la prueba de la grandeza del hereje. Es preciso que el galaico sea un gran embaucador para que todos acepteis el nombre de priscilianistas. Puesto que no hay más salvador que Jesu Christo ¿no es el nombre de cristianos el que debéis adoptar?

" Higinio se apoyó en los hombros de Instancio. Jadeando:

- Sí; reconocemos que Dios enseña la Verdad a través de su ministerio. Mas no por ello no nos denominados priscilianistas. Ese epíteto lo inventaron nuestros adversarios como injuria y por las razones antedichas lo admitimos sin sonrojo. No olvides que la palabra "cristiano" fue también un insulto con el que se pretendía ultrajar a los seguidores de Jesu Christo.

"Delfino ordenó que llevaran un sillón para el declarante. No detuvo el interrogatorio:

- Suponiendo que la elección de Prisciliano como obispo fuera válida ¿le daba potestad para reformar la Iglesia?

" Sin esperar el asiento, sostenido por Instancio, Higinio replicó:

- Si un hombre ha sido elegido por los fieles para guiar las almas en un medio disoluto debe ser leal a su juramento y predicar la fe y las buenas costumbres. Prisciliano fue elegido con regularidad, juró enseñar la palabra de Dios y lleva una vida ejemplar. Puede estar equivocado, mas nada hay en sus enseñanzas que se pueda tildar de herético. Por los demás, es fiel a sus principios. ¿Cómo le vais a preguntar quién lo autoriza a cumplir su juramento? ¿Cómo reprocharle que sea honesto y honrado?

"La calma de Higinio empezaba a sacar de quicio al presidente. ¿No llegaría la maldita silla, para que se sentara de una vez ? Delfino elevó el tono:

- ¡ El juramento de un obispo consiste en divulgar la verdad de Dios, no la de Satanás! ¡Instancio! ¿Puedes responder tú a esto?

" No debían de quedar sillas en la catedral. Instancio acomodó a Higinio en un banco de madera y dió un paso adelante. Era un hombre joven, delgado, delgadísimo, con unas orejas que se dirían las alas del Espíritu Santo. Iluminado, recitó con la dulzura aprendida de Higinio :

- Prisciliano cree en Dios y algún día creyó en sus vicarios. Pensaba que la conducta de éstos correspondería con su sagrada misión. Dios le hizo observar la vida disoluta de muchos de nosotros, y él optó por seguir otras sendas. Es nuestra obligación retractarnos si se tuerce nuestro camino. Igualmente debemos retirar nuestra palabra cuando descubrimos los errores, hubiésemos jurado lo que fuere.

" Haciendo caso omiso de los gestos del presidente, desde su alejado banco Higinio redondeó el razonamiento de Instancio:

- Ciertamente es que sólo el nombre de Jesu aporta confianza y salvación. No obstante, pueden existir otros que sirvan de discernimiento para que los fieles no sean mezclados con los de las sectas cuyas prácticas no están fundadas en la palabra de Dios. El nombre de Prisciliano sirve, justamente, para indicar que no pertenecemos a aquellos grupos que observan doctrinas ajenas al Evangelio, sino a lo que Prisciliano revela en toda su pureza.

"Delfino no podía soportar la más mínima distorsión al método oscilante que había impuesto. Un puñetazo en la mesa hizo revolotear polvo y moscas:

- ¡ Recuerdo a los acusados que sólo debe intervenir aquél a quién yo le pregunte! ¡Te toca a ti, Instancio! ¿Revela o inventa ?

" Con inocencia acaso sincera, Instancio avanzó dos pasos hacia la tarima para argumentar:

- La Verdad que nos inculca Prisciliano figura en el Nuevo Testamento. Ha sido enseñada por los apóstoles. Nosotros la adoptamos por fidelidad a la palabra de Dios, regla infalible de fe y de costumbres.

" Gesto y mirada raposeros, al vuelo Delfino concibió una trampa:

-¿Insinúas que Prisciliano es un nuevo Mesías y que su doctrina difiere de la de Jesu Christo y de sus apóstoles ?

"Instancio se deslizó con astucia:

- Puede que Prisciliano sea un hombre como nosotros, sometido a las mismas flaquezas.

- ¡No es tu vez! ¡No es tu vez! - gritó desaforado el presidente -. ¡Le toca al anciano!

"Como si no le hubiera oído, Higinio culminó los argumentos de su compañero:

- Es como una vasija elegida por el Señor para verter en ella la luz, las fuerzas espirituales y reanimar la llama del Evangelio. Hace poco el mundo estaba mortecino bajo las tinieblas y la Iglesia gemía en la oscuridad. Nada ha innovado nuestro hombre. Solamente ha purificado.

"Delfino sospechó que iba por mal camino. Otro golpe de timón en su auxilio: agarró unos pergaminos. Acariciándolos dijo, otra vez con voz empalagosa:

- A nuestras manos ha llegado este manuscrito, al que llamáis *Tractatus*. En él señaláis caminos divergentes al de la ortodoxia. ¿Cuál de los dos me lo puede explicar?

"Instancio se adelantó un poco más. Leyó las primeras frases:

- Siendo una repetición de la palabra de Dios, no comporta doctrina nueva alguna, sino excluye los puntos que fueron simplificados para que todos los entiendan. Desde esta perspectiva se habrá de analizar el *Tractatus*, y nadie podrá refutarlo con las Escrituras.

"Con mueca sibilina, Delfino asestó un sofisma:

- De lo cual se deduce que vuestro minutarario es superior a las Santas Escrituras.

- Deseamos restablecer el ministerio de la palabra divina, y no decimos la Verdad sino a los que con nosotros comulgan.

" Se armó un zipizape de preguntas, respuestas, interjecciones, llamadas al orden, imponiéndose al fin la voz caudalosa de Delfino:

- ¿Quién es el autor de ese bastardelo? ¿Puedes responder tú, Instancio?

- Su primer autor es el Soplo divino.

- Y en cuanto a su transcripción material, Prisciliano de Avila lo puso por escrito.

- ¡ No te toca a ti, amantísimo hijo de Satanás!

- Varios teólogos y obispos, entre ellos, Elpidio, Salviano y un servidor de Dios, así como Eucrocia, nos vimos llevados por nuestros fieles a elaborar un formulario de la fe, remató Higinio.

-¿Se da por clausurada la sesión!

- Después de mucho deliberar – añadió todavía el parsimonioso Higinio - encargamos la redacción final a Prisciliano, quien con la asistencia del Espíritu divino desplegó su talento para añadir belleza al lenguaje.

-¡ Guardias, centuriones, llévense a estos dos condenados!

" De pronto tronó un vozarrón en el fondo de la nave:

- ¡Traidores! ¡ Cobardes! ¿ Pensabais cometer vuestra fechoría a escondidas? ¿Por eso no me habéis invitado? ¿Tanto me teméis? ¡Los que crean confusión en la Iglesia sois vosotros, agentes de Lucifer!

" Celestial silencio. Delfino barrió la sala con la mirada y su rostro se llenó de consternación. Todos se volvieron y todos se echaron a temblar. Un hombre pequeño y rollizo, calvo y cincuentón, avanzaba atropellando todo lo que se le ponía por delante :

-¡Acabo de presenciar un acto abominable que ha acontecido en Burdeos mientras vosotros discutíais sobre nimiedades. Vuestros partidarios, los tuyos, Delfino; los tuyos, Itacio; vuestra turba enfurecida ha lapidado a Urbica, hija del gramático Urbico, joven de santa vida cuyo único pecado consistía en seguir las enseñanzas de estos inocentes!

" Delfino lo corto con fingimiento:

- Lo que pase en la calle no nos atañe ahora, caro Martín. Estamos aquí para juzgar a unos pseudocristianos. Y a ti te hemos enviado un mensajero. El camino desde Tours es sin duda largo y debe de estar lleno de peligros.

- ¡Mentira! ¡Yo he venido en cinco días a uña de caballo!

"El ex legionario seguía vociferando mientras avanzaba. Blandía el báculo como otrora hiciera con la espada.

- ¿Acaso Córdoba no está más lejos de Burdeos que Tours? ¡No obstante, el obispo Higinio se halla en el banco de los acusados! ¡Reverendos padres! ¡Encuentro en estos dos obispos la conveniente corrección doctrinal ! ¡Los tengo, además, por verdaderos siervos de Dios! ¿Por qué seguís persiguiéndolos? ¿A quién obedecéis; a Dios o a Luzbel?

"Delfino no sabía a que santo encomendarse:

- ¿No te parece insólito, insigne varón de Tours, que para divulgar su palabra, Dios haya elegido a un laico?

" Furioso, Martín se quitó la media capa, mostrando, desafiador, un pecho velludo y musculoso:

- ¿Y qué eras tú antes de ser obispo? ¡Delegado de Roma, sinecura que no quieres perder! Y yo, ¿qué era ? ¡Caballero de la guardia imperial, ocupación que abandoné al abrazar el cristianismo! ¿ Y acaso Jesu Christo no era laico, dime, imberbe canónico ¿

" Delfino comprendió su extravío:

- Son decisiones muy personales, hermano amantísimo.

" Ni la evasiva ni el tono apacible bastaron para aplacar a Martín:

- Tampoco Jesu Christo era sacerdote. Empero el Dios padre lo designó para sanear las costumbres de los fariseos. Dios suele servirse para este fin de personas aparentemente ordinarias, que no viven de su ministerio.

"En la sala se hallaba Itacio de Ossonoba, nos recuerda don Uxío, cuyo relato nos tiene subyugados a Oscar y a mi, tanto como a Berta el del profesor Fatás en Zaragoza .

-A Itacio le habían aconsejado que permaneciese callado. Su desmesura, la animadversión que sentía hacia Prisciliano podían resultar contraproducentes. Pero ¿ quién podría retener al obispo lusitano ? :

-¡Cuidado, Martín de Tours, raudo jinete y teólogo de poca monta ! ¡Estás comparando a Prisciliano con Jesu Christo! ¡Sacrilegio! ¡Pido al presidente del tribunal que seas juzgado tú también!

"Nervioso, tartamudeando al ver que el proceso tomaba carices incontrolables, Delfino recomendó a su colega Itacio:

- Calma, calma, vicario de Jesu Christo... Sigamos por el momento con Prisciliano, quien no ha hecho ningún milagro para justificar la misión sobrenatural que él mismo se atribuye.

" Furibundo, Martín dirigió sus pasos hacia Itacio. Cuando lo tuvo al alcance de la mano lo agarró por la toga, gritándole en las narices:

- ¡La mala raza y adúltera que exige milagros! Muchos de los que eligió Dios para emprender misiones en su nombre, Abdías, Miqueas, Oseas, Zacarías, Juan Bautista y otros no fueron taumaturgos. En cambio, numerosos falsos profetas lo fueron. Como resume el Deuteronomio, el Señor quiere que se juzguen los milagros por la doctrina, no la doctrina por los milagros.

- No lo dije yo, fue Delfino, acusó Itacio tartamudeando.

" Zarandeándolo bien zarandeado con la mano derecha, Martín levantó el puño izquierdo sobre la cabeza del pelele, añadiendo con amenaza de mandoble:

-¿Soy mal teólogo, prelado de pacotilla? ¿Fui un soldado cobarde, tarro de perfumes? ¡Oh, tú, parlanchín, desvergonzado, suntuoso, demasiado proclive al vientre y a la gula, como te define mi discípulo Sulpicio Severo ! ¿ Tú pides milagros? ¿Acaso no es el mayor de ellos este mismo proceso? ¿No es prodigioso que un hombre solo haya podido despertar a tanta gente en Lusitania, Aquitania e Hispania, hasta en las puertas de Roma incitándola a una vida más fraterna y austera? ¡La convicción y el número de sus seguidores es para mí un milagro!

"Y Martín refregó el puño en las narices del obispo de Ossonoba. Este, contenido a duras penas por la mirada del presidente, se desprendió de las garras del legionario, voceando:

- ¡Para mí, el milagro consiste en que un santo varón como tú defienda y juzgue honesto a un monstruo que ha prevaricado con una adolescente, la hija de Eucrocia, destruyendo luego, antes de nacer, el fruto de sus pecados!

"Con Itacio fuera de sus casillas, Martín se permitió adoptar una actitud serena:

- No ignoro, piadoso Itacio, que todos los argumentos sirven o se inventan para destruir a una persona. No obstante, a tales acusaciones cabe refutar con lo que se podría decir de cualquiera de nosotros: se puede creer en su doctrina, pero no en él.

"Delfino mandó que se retiraran los dos primeros acusados: serían desposeídos de sus sedes.

-¡ Que se presente Prisciliano !

"Prisciliano se acercó al tribunal. Despacio. Cuando estaba a dos pasos de la tarima inclinó la cabeza, permaneció un momento como orando, miró fijamente a Delfino y rebatió:

- Es cosa establecida y que por ser conforme a la razón se ha de respetar, que se examine la causa de cada uno de nosotros en el lugar donde ha sido elegido, pues cada obispo tiene fiada a sí una porción de grey y habrá de dar cuentas de sus acciones a Jesu Christo. Como no es así, Prisciliano impugna la autoridad de un tribunal que no respeta las leyes de la Iglesia y solicita ser encausado por la justicia secular.

-¡ Nunca! ¡Jamás! ¡Un sacerdote no debe ser juzgado por el poder civil ! terció de nuevo Martín con vozarrón de bajo panonio.

"Prisciliano reiteró su exigencia, pensando que Tréveris le será menos hostil que Burdeos: una vez más podía sobornar a Macedonio, y un tribunal civil se mostraría menos agresivo que éste, formado por correligionarios.

"Ninguno de sus enemigos se opuso a la petición. Delfino se descargaba de un asunto que con el asesinato de Urbica y la intervención de Martín empezaba a serle engorroso. El cálculo de Itacio fue más siniestro. La presencia de Prisciliano ante el sínodo de Burdeos implicaba su reconocimiento como obispo de Avila, mientras que la apelación a Máximo facilitaría el ataque. Un tribunal eclesiástico no tenía facultad de

dictar pena de muerte, mientras que el secular de Tréveris sí. Y así se metió Prisciliano en la boca del lobo".

Ha salido una mañana ideal para ir a Lousada. Nubes plumizas, neblina; apuesto a que la Santa Compañía aún anda por las aldeas pregonando el tránsito de un alma al otro mundo.

Priscila se despertó con el pie izquierdo, tan insoportable como Silvina cuando fuimos a Marmoutier. Arranca galbanosa, tose, carraspea y a los diez metros, pumba, calamos. Deben de ser los nervios del examen. Burla burlando y con algunos empujones llegamos a Lousada. Murallas viejas y descuidadas, curtidas de historia y encierro. En el musgo florecen primero glicinas; más tarde, en junio, racimos aromáticos de acacias; ahora, cara al otoño, de nuevo glicinas tardías.

Como es temprano hago tiempo peregrinando a la Tolda, en la ribera del Miño. Se llama así el río de Lousada, río de Galicia, nuestro río, porque en tiempo de los romanos - *Pater minius* - tenía minio. Por aquí estaban las termas. Queda un balneario de aguas ferruginosas. Tiene dos manantiales. Si las ovejas beben sólo de uno dan lana blanca; si del otro, roja; y alternando les sale la camiseta del Atlético de Bilbao.

Siguiendo con los ojos una bandada de pájaros, pienso en la última vez que vine aquí. La carretera estaba sin asfaltar. Entre piedras y baches asomaba la antigua vía romana. Mira tú, ahora se espabila Priscila, y con tantas ganas de pelea que apenas tocan los neumáticos en el suelo. Es natural que la pobre haya tenido pavor. Este clima atrae a los trasnos, a las meigas y gracias a él nos visitan las ánimas del purgatorio. A mí, valga el caso, desde que entré en Galicia, todas, toditas las noches se me aparece Prisciliano. Ojo, no es que crea en la resurrección de la carne. Ahora bien, de tanto leer, de tanto hablarme de él, de tanto pensar venir viene a mis sueños a las cinco y diez de la madrugada, como un clavo, poco antes de levantarme a orinar.

El sueño de hoy transcurrió en una mañana calurosa de agosto, cerca de mediodía según el reloj solar. Un carromato de altas ruedas llegaba lentamente a Tréveris. No; mejor dicho, tendría que escribir los sueños recién despierto; si se tarda se trabuca todo : recostada en la margen izquierda del río Mosela, Tréveris, la ciudad imperial parecía acercarse a un carruaje tirado por dos bueyes. Olía a heno y a estiércol, la muela de afilar hendía el aire y se oían cantos de labradores, felices a la vuelta del trabajo como en la piecicilla de Schumann. Una tenería se levantaba al lado de otra, y las ramas de los sauces se vertían en racimos sobre el río.

El carromato cruzó el Mosela por el puente Viejo. Gimieron los mal trabados maderos a cada vuelta de ruedas; las carpas, a flor de agua, se zambulleron al fondo, y al encajarse en sus lugares los maderos regresaban las carpas a la superficie, mientras el carro seguía hacia la majestuosa Porta Nigra. Más allá las calles eran todas un taller.

La ciudad se preparaba para festejar su centenario. Diocleciano la había erigido en capital de la Britania y de las Galias en 285, dotándola de edificios suntuosos. Ahora, el usurpador Máximo acababa de proclamarla única metrópoli de Occidente. Se estaban fabricando toldos para guarecer los teatros del sol y de la lluvia; para adornar los muros con tapices y para una marquesina destinada al foro.

Oía repicar mazas y cinceles. Una casa sí y otra también me parecía taberna o lupanar. En sus puertas se amontonan pordioseros, adivinos y sacamuelas, sin contar a los traficantes de hombres ni a los godos que se ofrecían como esclavos. También me parecía distinguir varias modalidades de griego, la lengua céltica de las Galias, el áspero dialecto de los montañeses de Iliria, los acentos melifluos y falsos de Siria y Egipto así como el incomprensible murmullo del arameo, idioma de los judíos.

Al llegar al palacio el carruaje frenó tan súbitamente que la tierra gimió bajo las ruedas. Cuatro soldados dispersaron a los curiosos; otros cuatro hicieron salir a los ocupantes, seis hombres y una mujer, todos con grilletes en los tobillos. El palacio era una fortaleza, compendio de toda la lobreguez del mundo. En sus muros se abrían ventanucos estudiados para la defensa. En la parte baja estaban las mazmorras. Desde sus mirillas los reos podían ver lo que veía el emperador y ellos eran animales exóticos para el gentío.

Vi entrar a los acusados en el vestíbulo, hervidero de generales, administradores y eunucos, cuyo número era sólo comparable al de los mosquitos en una tarde estival.

El tintineo de los grilletes impuso silencio a los mercachifles. Nada concreto, definido, sino cierta tensión, el barrunto de que algo se estaba gestando y que ese algo repercutiría en todo el territorio imperial.

Los cuatro guardias se abrían camino con las espadas. Un olor avinagrado de orines gatunos salía a su encuentro. En el palacio se llevarían a cabo las gestiones administrativas: inscripción de los acusados, procesamiento y designación de los jueces. La causa se iba a ver en lo que hoy es la basílica, una nave inmensa de ladrillo construida por Diocleciano para salón de actos.

El gentío se amontonaba afuera, tratando de forzar la barrera de soldados que protegía la entrada. Cuando se abrieron las puertas irrumpió la turbamulta.

A partir de aquí mi sueño se hizo completamente diáfano, como si lo estuviera viviendo.

Llegan los portadores de antorchas, ordenándose a lo largo de las paredes como candelabros de oscuras luminarias. Trompetas: ¡ Los jueces ! Rostros tetricos, siniestos. Los criados desplazan los asientos. El presidente es Evodio, hombre violento y severo. Delgado, alto, tieso: una lanza rematada en cabellera de extraordinaria blancura. Su tez fresca, un amanecer. Y sus cejas tan espesas como los tapices de los muros. Se dice que lleva constantemente un cilicio en el muslo y que observa los ayunos con rigor.

Los miembros del tribunal conocen de antemano la sentencia y saben la conducta que han de adoptar. No obstante, dos estenógrafos se disponen a recoger las preguntas y las respuestas, para que un mensajero se las lleve al emperador.

Un clamor anuncia la llegada de los acusados. A una señal del presidente se pone de pie el fiscal. Silencio, seguido de un murmullo de sorpresa. ¿No era Itacio el encargado de la acusación? En su lugar avanza Patricio, abogado del fisco, quien por encargo del emperador va a desempeñar tal función. Patricio coloca en la mesa un legajo con todas las partes del caso.

Cuando el presidente se dispone a dar la orden de comienzo, aparecen Potamio, Juan y Tértulo. Estos tres discípulos de Prisciliano solicitan deponer antes de que los llamen. Con palabras entrecortadas y ojos vidriosos como los de un albino, Potamio declara en nombre de los tres que Prisciliano practica actos obscenos, enseña doctrinas contrarias a la ortodoxia y proclives al maniqueísmo. Y dado que su fundador es brujo, los ritos de la secta están inficionados de malas artes, resultando sus reuniones pretexto para inclinaciones vergonzosas. Todos los reos lo han hecho, aseguran, y ellos mismos se declaran culpables de cuantas acusaciones de tal índole se formulen, implorando comprensión del tribunal para que no los torturen.

Evodio manda comparecer a Prisciliano.

Sayal blanco, cabeza hacia atrás, Prisciliano se levanta tranquilo, casi altanero.. Aún cuando no haya alcanzado el pretorio, Evodio lo interpela:

- ¿Eres tú Prisciliano de Callaecia ?

Sigue avanzando lentamente, llega ante los jueces, pide un banco, le traen el banco, se sienta se levanta, se sienta, se levanta dos o tres veces. Al fin proclama:

- A Prisciliano le sería muy fácil responderte. Mas ¿por qué un servidor de Dios debería revelar su raza y su patria, si callándose evita el pecado del orgullo ? No queda bien gloriarse de lo que somos. No obstante, Prisciliano dirá que anda por el mundo con el propio corazón por toda patria y almohada, y que no fue llamado de un lugar desconocido ni se le ha considerado ignorante. Desde su dedicación al apostolado, aspira a que su patria sea la diestra del Señor en las alturas.

Por la forma de responder del acusado todos coinciden en que se trata de un galaico genuino. El juez guarda silencio. No se atreve a proseguir el interrogatorio sobre este punto.

Prisciliano saca majestuoso un cartulario de la manga. Se lo entrega a Evodio :

- Mejor argumentación que las palabras son los escritos. En estos pergaminos figuran los temas constantes de nuestra predicación, el sumario de nuestra vida.

Evodio coteja el memorial de la acusación con los textos del encausado. Sospechoso el conocimiento exhaustivo de las doctrinas que amenazan la posición de la jerarquía... Y el interés obsesivo por temas astrológicos...casi una confesión. La causa deberá centrarse en la hechicería, mucho más reprimida que una benigna desviación doctrinal.

A la siniestra de Evodio resalta el rostro afilado del segundo juez, nariz ganchuda y parche en el cuello. No le acaba de curar un flechazo godo. Con sus hombros estrechos, su barriga prominente y una piernas escuálidas como Sardanápalo, aunque parezca extraño es maestro de caballería. Se nota que ha sido designado para controlar el proceso por la forma que tiene de mover la cabeza: mirada baja y de vez en cuando un "sí" y un "vale", como si un joven gladiador al recibir instrucciones comprendiera cada uno de los las órdenes que le dan.

Cuando le toca hablar, este pseudo juez se levanta para denunciar un vicio de forma: a él le han encomendado juzgar a seis personas y sólo ve a cinco; la sexta es una mujer. Resulta difícil convencerlo de que esta última puede ser considerada como un ser humano. El libro sagrado de las Escrituras, le explica Evodio, nos revela que Dios creó un varón y le puso por nombre Adán, designando así tanto al macho como a la hembra. Además, a Jesu Christo le llaman Hijo de hombre aunque nació de una virgen; vale decir, de una mujer.

El juez hace algunos movimientos deglutorios, llenándosele la boca de saliva. Con gesto que el mejor lanzador de escupitajos hubiera envidiado, arroja un copioso chorro a los pies de los reos.

- No lo pongo en tela de juicio, musita, al tiempo que hurga en unos pergaminos. Tras mucho ensalivarlos, se le ilumina el rostro y señala con ademán casi admonitorio un versículo que leerá con especial unción:

- Que las mujeres se callen en las asambleas, pues no les está permitido hablar. Que se mantengan sumisas como lo ordena la ley. Si quieren instruirse en algún tema, que interroguen en los hogares a sus maridos, pues no es conveniente que una mujer hable en una asamblea de tema alguno. Es cosa de Pablo de Tarso, y no estoy dispuesto a pasar por alto sus mandamientos.

La hermenéutica dura su buena media hora, sin contar los accesos de tos que afectan al primer juez. Como nadie logra refutar la cita, apuntalada por otras de Tertuliano, se decide que a Eucrocía se le aplique la misma pena que al reo más condenado.

Resuelto el intrínquis ontológico, el segundo juez emprende la tarea del interrogatorio, más complicada que la anterior. Deletrea las preguntas que lleva

escritas, una palabra aquí, otra allá, tartamudea con el labio superior muy pegado a los dientes, de modo que las consonantes se deslizan por abajo:

-¿ Eres tú Prisciliano, orgulloso y depravado?

- Prisciliano, responde Prisciliano con palabras taxativas, ya contestó a la primera parte de esa pregunta. En cuanto a la segunda, le es muy fácil responderte: Prisciliano es orgulloso y depravado.

-¿ Eres Prisciliano, pecador y charlatán?

- ¿ Quién lo podría rebatir ? Prisciliano es pecador y charlatán.

- ¡Entonces eres Prisciliano el hereje! exclama el juez, pavoneando el silogismo.

- Prisciliano no es hereje. Prisciliano acepta las primeras acusaciones, que él mismo se inflige todas las mañanas, pidiendo perdón por ellas. Mas la herejía consiste en una separación de Dios y él nunca se alejó de El. Herejes son los que aman sus posesiones sobre todas las cosas; los que tienen esclavos; los que espolian a los sencillos e incautos y apetecen honores y dignidades; los que venden objetos santos en público mercado y visitan a los enfermos por codicia y no por caridad. Unicamente, Prisciliano observa cómo los que manifiestan la verdad sobre la Tierra son juzgados por los que tienen poder sobre la Tierra.

- ¡Tus palabras, Prisciliano – irrumpe Itacio, sin que nadie pueda frenarlo - por fuera son melifluas y por dentro más amargas que la hiel ! Mezclas cosas del cielo y con las de la tierra, obras perecederas con las eternas, la luz con las tinieblas. Has de saber que existen torturas para cada miembro, y ya esperan las llamas que queman, las tenazas que arrancan y el potro que desgarran.

Interviene el tercer juez, un tipo de barbilla cuadrada, mirada vacía, aspecto triston. Tiene piel suave, sonrosada; andará por sus buenos sesenta años. Echa la cabeza hacia atrás, en una postura que absorbe la esponjosidad de la papada. Una luciérnaga atraviesa las capas de humo. El juez entorna un poco los párpados, chasquea la lengua :

- ¿Juras por la fortuna del César que vas a contestar sinceramente a todas las preguntas ?

- ¿ Te imaginas que Prisciliano va a jurar por la fortuna del César ? Prisciliano ha entrado en el cuerpo de la venerable Iglesia por medio del símbolo de Dios, es obispo de Avila y sólo rinde cuentas al Señor. Prisciliano practica una fe indisoluble en la ordenación de los Evangelios y regada por una triple fuente, no cree en ningún otro dios que Jesu Christo, hijo de Dios, quien, crucificado por nosotros, manifestó en su nombre el bautismo del perdón, predestinando desde un principio con la profecía a sus elegidos, los cuales conservan a Cristo en la carne, así como también la generación del Señor, dispuesta y expuesta en el Evangelio por medio de aquellos por los que el Señor hizo profecía de sí mismo, según está escrito por el profeta Joel: " Derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; vuestros jóvenes verán visiones y vuestros ancianos soñaran sueños ".

Deja de hablar y mira al juez que lo ha interrogado. Duerme como un bendito. Sonoros ronquidos. Evodio tamborilea con el anillo sobre la mesa para sacarlo del limbo. No insiste, pues interés reside en aplazar la sesión. El precio de los juicios solía reportar a los jueces sumas considerables. En éste les pagarían con oro galaico. Evodio se levanta y anuncia:

- Si bien en el plazo de doce siglos las leyes romanas han sufrido los vaivenes de los gobiernos y de las costumbres, y que el afán recomendable de hermanar nombres antiguos con instituciones modernas ha carcomido el conjunto de un sistema brillante, la jurisprudencia civil mantiene incólume la norma, vigente a contar de la fundación de Roma: ningún juez puede condenar soñando.

Regreso de la Tolda y me voy con mi fantasma al Hotel Méndez Núñez. Un día es un día, caray. En mi niñez, dormir en el Méndez Núñez era la mayor aspiración de todos los lucences. Mi padre me había obligado a prometerle tres cosas imposibles: que lo llevara a Cuba; que triunfara en la sala Pleyel; y por último, que habría de pagarle una noche en este hotel, que es donde los sueños son más substanciales. No pude cumplir ninguna de las tres, porque no lo soportaba, que si me hubiera dado motivos para quererlo tan siquiera una pizca no me arrastraría ahora en Vespa, sino que haría como Iturbi: vivir en Hollywood, tirarme a la Esther Williams, desplazarme en avión particular con un Stenway and son y tocar cada día en una capital diferente. Por qué estaré diciendo semejantes bobadas. Pues porque uno va en moto pensando, pensando boberías, y a veces desbarra... Quería contar que incluso a un hotel de tantas estrellas vino a verme Prisciliano.

Me desperté como un reloj a las cinco y diez y fui a tientos al cuarto de baño. Oriné en el lavabo, y no bien volví a la cama de plumas y sábanas de Holanda me trasladé a Tréveris. Como después de aligerar tardo unos diez minutos en volverme a dormir, serían las cinco y veinte de la madrugada.

No sé si han estado ustedes en Tréveris. Es una ciudad alemana de unos treinta mil habitantes, cerca de Luxemburgo y en la confluencia del Saona y del Mosela. Ya la ubican. En ella nació Karl Marx, Carlos, como le llamaban los progres en España. En Tréveris hay varios monumentos romanos a cual más suntuoso: la Porta Nigra, la Basílica, las Termas, enumerados por orden de folleto turístico; y sobre todo, el Circo, para mí lo más impresionante. Tiene un aforo para setenta y cinco mil personas sentadas, y el doble, el triple cuando había degollaciones. Se asemeja a la plaza de toros de Ronda, copiada de la misma época. Las gradas están cubiertas de hierba. En lugar de burladeros tiene unas doce celdas donde metían a las fieras antes de salir a la arena. Pero no fue allí donde encerraron a Prisciliano y a los suyos, sino en las ergástulas.

En realidad, desde hacía medio siglo no se celebraban espectáculos en el Circo. Servía exclusivamente para encarcelar a los reos y ejecutar a los condenados.

Lousada tiene la misma etimología que Lyon, León, Logroño, Locarno y Lugaut, villorio de las landas francesas. Significa bosque sagrado, hoy me da por la erudición. En ellos celebraban los druidas sus ceremonias iniciáticas, ritos de pasaje a la edad adulta. Tengo para mí que por eso han puesto el examen de conducir aquí.

La niebla, impregnada de frescor, purificó en mi sueño la sentina de aguas verdes y calladas. Venus lucía solitaria. Según entré en la celda, Prisciliano abrió los ojos. El punto luminoso seguía parpadeando en el fondo de su retina. El me miraba y no me veía. Desligado del presente, unido su destino al de la estrella, brillante entre tinieblas. El último recurso para luchar contra la degradación era aquel hilo de luz que lo ligaba al humus primigenio de su propio ser.

Sintió el rumor de la brisa marina, y los cuatro muros se abanearon como un barco. Fue adquiriendo gran paz; las náuseas provocadas por las torturas se transformaban en nostalgia de Rudum-dela, de la mansion paterna, del aroma de las cuadras, de las hileras de robles que atenuaban el barullo de la feria. De muy lejos le llegaban esas voces interiores, muy lejos en leguas y en remotos años.

Permaneció inmóvil en la obscuridad, tratando de dilatar ese momento indefinido en que los pensamientos son todavía oníricos y ya en cierto modo fisiológicos. La realidad comenzó a tomar consistencia, amenazando disipar la lejana sensación. El desentumecimiento de las manos y de los brazos se amplió en leves ondas que le invadían todo el cuerpo.

Su impotencia, su horrible soledad, la espera de una muerte incomprensible; la crueldad humana y la derrota de Dios lo sumieron en la desesperación. Recordó los sucesos de la víspera no como reales, sino como soñados. Descartaba la eventualidad de que hubieran sucedido. Sin embargo, si fueran soñados permanecían con extraña tenacidad en su memoria, y lo que más le sorprendía era que contra su voluntad y contra toda evidencia una parte de sí mismo los tuviera por ciertos.

Si al menos fuera capaz de comprender el porqué de todo esto tal vez podría admitirlo, rezongó sonriendo entre labios como si alguien observase su sonrisa y pudiera engañarlo con ella. La tortura, la muerte... ¿Por qué? ¿Para qué?

Tenía la impresión de hallarse envuelto en una farsa que sólo dejaría de serlo si admitía como verdadero el absurdo de que sus enemigos tuvieran razón.

Aceptó lo que antes le parecía imposible: Hydacio, Itacio, Ambrosio, estaban en lo cierto. Lo estaba Agustín, cuando en Cartago sermoneaba: no son bienaventurados los que lloran, sino los que gozan. Su vida se había desenvuelto por cauces equivocados. Había pecado de orgullo. ¿Cómo iba a tener razón contra todos? Incluso Martín, el santo varón ¿acaso lo defendía? Se negaba a que la Iglesia se inclinara ante el Imperio, mas en cuanto al fondo... todo había sido una gigantesca mixtificación que le impedía afrontar tanto la vida como la muerte y en una curva de la carretera me quedo sin pájaros y sin recuerdos del sueño.

La palidez del día es levemente dorada. Hace un buen rato que estoy en el kilómetro siete de la carretera de Chantada. Me ha dado cita el Chafariñas a las nueve y ya son las nueve y diez. Me habré equivocado de lugar. En medio de un curro veo un espacio alquitranado, con barras de hierro enhiestas en forma de M o de W, según como se mire. Seguro que son para las pruebas de habilidad. Un poco más allá hay unos veinte metros de raíles de ferrocarril de vía estrecha, estrechísima, entre los cuales habremos de pasar sin roce alguno. Asoma ahora el sol, pero hace fresquillo. El suelo sigue húmedo de rocío. Qué suerte, en España no hay examen de velocidad, si no me esnafraría como me pasó dos veces en Francia. Es que en España se asesina menos desde que Juan Carlos se cargó a Franco y trajo la democracia. No fue él no fue él no fue él, es que debo de estar soñando y digo tonterías. Tomo una curva a la izquierda y me vuelvo a encontrar con los pájaros y los recuerdos.

Del otro lado, en el estrecho espacio comprendido entre la cárcel y el muro de circunvalación ardía uno de los fuegos de guardia. Una sombra entraba en la celda cada vez que el centinela atravesaba la zona iluminada. A veces saltaba a la pared de enfrente, angulosa, irreal en su imprevista movilidad.

Volvieron a sus oídos los insultos de la soldadesca, sintió en la carne los ultrajes de la víspera. Al intentar dar media vuelta en el catre, las cadenas de los tobillos le recordaron su situación. Giró el cuerpo y se inclinó hacia adelante, luchando contra un acceso de tos de igual violencia que los que le atacaban de niño.

Se puso a escuchar el propio aliento. El aire le penetraba por la nariz con un rumor de cortinas corridas. Sentado en el colchón de paja, tragándose el vómito que le subía por la garganta, las manos buscaron el contacto con el amuleto y advirtió que se lo habían arrancado. Se alzó contra su destino y contra quién lo hubiera decidido. Todo le parecía absurdo: absurda la locura de la Iglesia elevada al rango de Verdad; absurdo el juicio; absurdas las torturas... mas reflexionó: era inevitable que en una sociedad decrepita y corrompida, en un Imperio que se desmoronaba, con un emperador que había usurpado el cetro por medio del asesinato y que necesitaba el apoyo de la única

institución con estructuras sólidas; era inevitable, aceptó, que todos esos intereses se concertaran para hacerlo desaparecer de la Iglesia, del Imperio y de la vida.

La lámpara que ardía en un rincón comenzó a languidecer, luego parpadeó y terminó apagándose. A oscuras, se abrió su mirada al tiempo, corporeizado en los vozarrones de los guardias, en la cadencia de los pasos, cada vez más cercanos, que no daban terminado. Del fondo de los pasillos salió una especie de aullido, y luego un verdadero concierto repugnante de insultos, blasfemias, amenazas y obscenidades.

Pero si la noche había sido para delirar, el día sería para resistir. Tras darle descanso al cuerpo laso, el chirriar del cerrojo lo sacudió como un latigazo. Su mente quedó sin recursos para otro pensamiento. La luz de las antorchas penetró por la rendija que se fue abriendo hasta dejar entrada a cuatro centuriones. La insolencia del mando, la algarabía soez de la borrachera, la presencia de Itacio al frente del pelotón lo forzaron a un guiño cuya vacilación involuntaria se amplió en abierto horror.

Aparece la muchachada. Bajan de los coches de las motoescuelas. Tímidos, nerviosos. Ni que vinieran a hacer oposiciones para registradores de la propiedad. Me miran con recelo y deferencia, no vaya a ser yo el decano de los examinadores. Los profes aparecen en las motos, todas Vespa 125 sacadas de *Vacaciones romanas* con Gregory Peck y la chica no me acuerdo. Desde entonces - hace cuarenta años - nadie las decalaminó ni les tensó el cable de los frenos ni les limpió el carburador. Así están todas, me refiero a las motos. El Chafariñas llegan a pie. La moto que me estaba destinada exhaló su último estertor dos kilómetros antes de llegar. También es mala suerte, hombre; podía haber vivido una legua más.

El Chafariñas discute para que me dejen examinar con la francesita. Más problemático que conseguir la documentación a un senegalés. Mis nietos ya serpentean entre los tréboles. Los que no sucumben en ellos, caen en la prueba de los raíles. Ya van diez varillas por tierra cuando el Chafariñas me trae la Vespa de una escuela rival. Menudo vejatorio. A Silvina, a Priscila no la han aceptado, mal que le pese a la Unión europea y aunque es una Audrey Hepburn comparada con la reglamentaria.

A ver hombre, pruébala rápido, me insta el Chafariñas, empujándome como un centurión.

Trató de justificarse: cuando nace un ser humano están grabados en él todos los actos de su vida, incluso la forma de morir. Sin embargo, él había destruido todo cuanto se le diera: Egeria, desaparecida en Oriente; Eucrocia, Latroniano...pronto decapitados. ¿Estaba determinado también todo esto? No: he sido el apóstol de Mal. Le pareció verosímil y trató de refugiarse en la oración. ¿A quién rezar? ¿Al Dios desconocido o a Luzbel, luz bella, prometeica? Adoptó el punto de vista de sus enemigos: el ser humano, como los animales, sólo aspira al bienestar; para él no hay nada más importante que la vida, y en la vida, nada más importante que el placer. Iba a argumentar a sí mismo contra premisas tan inaceptables para él, cuando un ataque de tos paralizó los silogismos; ergo fue sintiendo tamaña necesidad de dormir que no pudo sostener la cabeza y se desplomó en el colchón, jadeante, estremecido.

Anda con cuidado, que no tiene ralenti.

Según monto en la Vespa decrépita, además de las taras genéricas que expliqué antes, además de faltarle las aletas traseras, la tapa de la guantera, las gomas del acelerador y del embrague, ahora resulta que no tiene ralenti. Se me cala.

Cómo carallo hago los zigzagueos sin el ralenti, Chafariñas.

Pues acelerando todo el rato, haciendo patinar el embrague y modulando la velocidad con el freno.

De modo que tiene acelerador.

Claro, hombre.

Y embrague.

Como no va tener, qué te crees.

Andará bien de frenos.

Que sí, hombre, que sí: estamos a nivel europeo.

Ojalá, ojalá. Le echo una mirada a Prisciliña - muy cierto es que uno no aprecia en su verdadero valor lo que tiene hasta que lo pierde - y allá voy a probar esta puta moto. Cala otra vez. Menuda perspectiva. Ya te dije que hicieras patinar el embrague, me grita el catedrático. No es el momento de cabrearse. Le echo una mirada a Prisciliña. Hay, que cierto es que uno no aprecia en su verdadero valor lo que tiene hasta que lo pierde, y me lanzo a probar esta puta moto. Cala otra vez. Menuda perspectiva.

Ya te dije que hicieras patinar el embrague, me grita el catedrático.

No es el momento de cabrearse.

Oyó el llanto tenue de una voz amada. Sus miembros se debilitaron aún más y cayó aplastado por la gravedad del sueño. La voz siguió llamándolo hasta el desfallecimiento. Volvió en sí. Se arrastró a tientas hasta la pared. Aplicó el oído. Lo que le llegaba no eran suspiros ni jadeos, sino una exhalación por las fosas nasales, como si alguien, sabiéndose abandonado, se desprendiera de toda dignidad.

-¿Eres tú, Eucrocia?

- Soy yo, sierva si me llamas, lámpara cuando me miras. Tu dolor y mis pensamientos me mantienen en vela.

- ¿Por qué habré aparecido en tu vida? ¡Huye, Eucrocia, huye! Todavía queda un rastro de piedad en el alma de los carceleros. El centurión que te custodia ha cedido ante el brillo del oro. Te dará un manto y te dejará en el puente del Saona, donde te aguardan dos soldados con caballos. Te llevarán al buen Martín. Piensa que la muerte aletea sobre nuestras cabezas.

- ¡Eres obispo y sólo te pueden condenar tus pares !

- ¡Estaba escrito en el cielo con letras estrelladas!

Ponte a bien con Dios y con el Diablo.

Vaya paciencia tienes conmigo, Chafariñiñas.

Le doy al pedal. Aleluya, a la quinta se enciende. Pongo el acelerador a un cuarto y voy soltando poco a poco el embrague, poco a poco.

Milagro. *Et pur si mouve*, le grito al Chafariñas de ojos desorbitados.

Pero dónde aprendiste tú el gallego, me pregunta.

Iba a replicarle que me lo enseñó Galileo Galilei junto con las leyes de la caída de los cuerpos, pero oigo un ruido de diez latas arrastradas como las que atábamos de niños a los perros en el rabo. Miro por el retrovisor. No tiene retrovisor. Torno, media vuelta, la cabeza. Se me empieza a ondular el paisaje. Lo que me faltaba, el vértigo paroxístico. Le doy tres o cuatro vaivenes a la cabeza; las bolas del oído interno vuelven a su lugar. Y el Chafariñas, corriendo a mi lado.

Venga, hombre, no les des tantas vueltas a la cachola y acelera, que te están esperando.

Oye, esto es examen o guillotina. Lo pienso anular por vicio de forma.

Déjate de leches, que los examinadores te están de malas.

Encima. Manda truco.

Al día siguiente, en hora semejante a la del anterior, volvieron los acusados ante el tribunal. Una leve corriente transitaba por el recinto. El humo parecía que no lo notara. La tortura parecía haber grabado en el rostro de Prisciliano la sutil trama de la vida. Le temblaban las manos y los labios; parpadeaba sin cesar, pero no se presentía qué de ruinoso provocaría su desmoronamiento. Porque sus ojos conservaban su...y la voz sorprendió a todos por la sonoridad :

- Desde esta tribuna le pedimos al emperador Máximo que arbitre entre el obispo Hydacio y nosotros para que se restablezca la verdad y podamos volver a predicar las divinas palabras.

El nuevo presidente era un hombre alto nueve cuartas romanas, muy embozado de barba y grandes ojos negros. Le respondió:

-¿Qué significa, Prisciliano, tanta arrogancia ante el más elevado de los tribunales?

- Prisciliano no comprende tu pregunta. Hablas de arrogancia. ¿Dónde reside?

- En tu falta de respeto al emperador Máximo, ante quien ya se inclinan los antiguos paganos. Por amor del Señor debemos someternos a él. Tal es la voluntad divina. Dicho está: amad la fraternidad, temed a Dios y honrad al emperador.

- No es dado honrar a una criatura siendo nosotros también criaturas de Dios destinadas a compartir su esencia.

El juez de la izquierda no estaba acostumbrado a oír semejantes dislates. Se llevó las manos a la cabeza, tapándose de paso los oídos, y susurró:

- Innovaciones sumamente peligrosas que pueden corroer el Imperio.

- Nuestra misión, continuó Prisciliano, consiste en afirmar el amor de Dios y en restablecer los buenos hábitos. Llevamos cuatro años predicando con este fin. Es muy posible que no hayamos estado a la altura de la misión que nos ha sido encomendada, mas sólo hemos querido hacer el bien. Con nuestras innovaciones, el Imperio de los ciudadanos llegará a ser el reino de la humanidad.

Los mocosos se han colocado en plan de espectadores a ver cómo se rompe la crisma el abuelito este. Un milagro si aprueba. Pero yo tengo una ventaja sobre estos sádicos: fui pianista y me queda una estimable independencia de todos los miembros; puedo hacer círculos con el pie derecho hacia la izquierda y con el brazo izquierdo hacia la derecha y viceversa. Prueben a ver. Con tal habilidad no llegué a Rubinstein porque preferí joder a mi padre, pero hay de sobra para lo que me exige el Chafariñas. También aprendí el método de Walter Giesekin, que les detallo: no es necesario tocar las teclas para aprender una pieza. Basta con estudiarla mentalmente en casa, en el metro, pensar que se toca el fa con el meñique de la mano derecha, el do con el pulgar de la izquierda y así seguido, *crescendo*, matizando, hasta que uno se sienta al piano y sale la pieza sin haber dado la coña a los vecinos. Desde que llegué esta mañana he estado serpenteando mentalmente entre esas varillas. Las he sorteado veinte veces, he pasado por el carril despacio, que es como hay que estudiar el piano, hasta que aprendí los gestos y el recorrido de memoria. Y a mayores, me encomiendo a Prisciliano.

La consigna era llevar el juicio por aguas tranquilas. El presidente lo estaba consiguiendo. Una pluma que entrara por la ventana quedaría planeando en humo, oscilando entre dos ondas, lo mismo que sus palabras sobre las cabezas:

- Cuando el Imperio se tambalea, añadió alzando la voz, todos los miembros crujen. Y aunque queremos mantenernos al margen de las turbulencias, nos hallamos envueltos en la tormenta. La catástrofe que pende sobre la tierra, y la clausura misma del tiempo en este fin de siglo, no serán contenidas sino por el Imperio. Para que los

bienes de la tierra no lleguen a ser presa de bárbaros y salvajes, habremos de someterlos a la ley del emperador.

Clima apacible. Insoportable para Itacio. Embridado, miraba el tejido grisáceo del polvo. Sopló para darle animación y sin saber a quién se dirigía soltó las amarras :

- ¡ Te imploramos que defiendas nuestra causa contra este sacrílego, manchado con las impurezas de la magia ! Que Dios humille a tus plantas la cerviz de los soberbios, quiebre sus dientes, convierta en polvo y en humo la vanidad de los enemigos. Quiera Dios que el obispo metropolitano y el príncipe de la tierra, uno con la vara de la ley y el otro con el hierro, arranquen de cuajo la herejía y el ludibrio.

- ¡Hipócrita! se oyó de pronto. Una voz estentórea, un trueno arrollador. ¿Eso es lo que aprendiste de Cristo? ¿Acaso te ordenó odiar a los hermanos, a los que llamas herejes porque llevan una vida honrada, diferente a la tuya?

Martín, san Martín de Tours. Lo reconocí en el sueño por la capa. Era igualito al del cómic de Proust. A empujones y codazos, como en Burdeos, siguió acercándose al tribunal:

- ¡Culebras, generación de víboras ! ¿Cómo evitaréis el quemadero en el juicio final ? A ti, depravado Itacio, dirige mi boca las palabras del Crucificado: ¡ Ay de vosotros, letrados y fariseos, que limpiáis por fuera la copa y el plato, mientras que por dentro rebozáis de robos y desenfrenos ! ¡Con esto atestiguáis que sois hijos de los que asesinaron a los profetas!

El miedo recurrente hizo que Itacio volviera a la compostura. Se dirigió con humildad al fiscal:

- Hágase la voluntad de nuestro poderoso César. Nosotros somos sus criaturas, él nuestro padre; Dios ha querido que todos los crímenes los castigue un juez secular, no los obispos ni los dignatarios de la Iglesia. Bien dijo el de Tasso: "Que las almas obedezcan a los que ejercen el poder, pues todo poder reside en Dios. Por eso designa muy justamente ministro Suyo al juez encargado de condenar al que comete el mal ". No lo dice Pablo una sólo vez, sino que lo reitera dos o tres veces. Por esta misma razón se pagan los impuestos al César y los agentes encargados de reclamarlos ministros son de Dios.

Perdida la calma, Itacio dio en acelerar frases, en tragar palabras. El escribano sacaba la lengua. Agobiado por tanta vehemencia, dibujaba una caligrafía en seguida borrada, de modo que el porvenir dudaría de que hubiera sido grabada. Los

acontecimientos futuros, la historia posible acudía a su pluma, fugaz y liviana como los destellos del polvo que se encendían y apagaban. De pronto Itacio explotó :

-¡Tú, impetuoso torrente de maldad, monstruo perdido en las miasmas metafísicas, fétida exhalación de tu execrable dogma e inmundas teorías... y el resto de la frase estuvo constituido por obscenidades.

- Yo os digo, repuso Martín, en comparación calmado, no os entreguéis al emperador porque acaricia el vientre y no os lacera las espaldas; no confisca vuestra hacienda para daros vida, sino que os enriquece para la muerte; no os empuja hacia el camino de la libertad encarcelándoos, sino que os agasaja en sus palacios para que seáis sumisos; no maltrata vuestros pechos, sino que se aseñora de vuestros corazones; no os cercena la cabeza con su espada, sino que la perdéis por culpa del oro.

El rostro ligeramente africano de Itacio se iluminó con un fognazo enceguedor. No era un estallido de rabia, sino furia elemental que le hinchaba las venas del cuello y lo forzaba a contraer los labios en una mueca inhumana:

-¡Ay de ti, noble Lusitania! ¡Ay de ti, vieja Callaecia, que habéis engendrado a un nuevo Manes para oscurecer y destruir la fe cristiana! Agitando los brazos, golpeando el suelo con los pies, berreó:

- ¿Acaso no es vergonzoso, y disculpad la pasión que demuestro por la causa presente, ver hombres de una secta deplorable, blasfema, ilícita, insurgirse contra el emperador?

-¡Para que la Iglesia recupere el buen camino, es preciso que los reos sean entregados a un tribunal eclesiástico. En caso contrario, la muerte y la desgracia se abatirán sobre la vosotros!

El escribano transcribió estos últimos alaridos de Martín y siguió dejando constancia de la evanescente historia del mundo; por lo menos de una de las infinitas variedades de esta tragedia, cuando de repente se produjo un torbellino y se oyó un estruendoso abrir y cerrar de puertas.

Expectación en el graderío. Qué va a hacer el abuelito. Cabrones. Enciendo a la primera, como si apretara el pedal sonoro del piano. A que no os lo esperabais, mamones. Embrago, acelero, semidesembrago, freno, medio freno, vuelvo a acelerar; atrás queda una vara, freno; van dos, acelero, van tres, y así hasta terminar la M o la W, según se mire. Estupefacción general; me encarrilo a los carriles, valga la redundancia, que no está el horno para florituras. Voy, los enfilo de lejos, freno; cuando estoy a dos

metros miro el término de la línea; oteo el horizonte; cierro los ojos, todo un viaje de dos mil kilómetros desde París... y volver... pendientes de unos segundos; acelero y tiro recto: ni un sólo roce con las ruedas, si no se oiría un recital de mil pares de latas, como dije. Aún me falta la aceleración a tumba abierta y luego un frenado bestial para quedar con la rueda delantera pisando la meta.

Entreabrí un ojo; todavía era noche. Normal, un sueño que se tardaría horas en narrar y meses en escribir, dura una décima de segundo; con todo me dio tiempo a ver por dónde se iba Martín cuando salió del pretorio y lo seguí.

Salió hacia el palacio imperial bufando. Al llegar intentó detenerlo un joven regordete, triste, cuyo rostro imberbe hubiera denunciado, si fuera menester, su condición de eunuco. Tras él, Martín se llevó por delante cuatro barreras de oficiales de servicio, de empleados áulicos de diversos rangos, de guardias y centuriones que trataban de cortarle el paso.

- No se corta el paso a un legionario, chillaba.

Temblaban las columnas. El nuevo Sansón a dos centuriones les partió sus propias lanzas en las molondras, al tiempo que repetía y repetía:

- Tiene que juzgarlos un tribunal eclesiástico.

Así llegó, con una docena de guardias a cuestras, hasta la recámara del emperador. Delante de la puerta final se encontró con Macedonio, bien plantado con las piernas abiertas para bloquear la bola de catapulta que le venía encima.

- Con tales frases menosprecias al emperador, le advirtió al intruso.

- ¡Aún no lo he despreciado, *magister argentorum*!

- Y si te permito entrar ¿lo harás?

- Sí, por Dios; lo haré si al tratar con él lo hallo injusto con Prisciliano.

-¿Le vas a dar entonces una lección de justicia? ¿Acaso crees que la ignora?

- No, por Dios: para que aprenda a usarla.

- Fue precisamente haciendo así, concluyó el secretario del emperador, pues oía que Máximo se acercaba a la puerta, como nuestro santo emperador restauró la autoridad, no sin esfuerzo ni negligentemente.

En el sueño, Máximo me pareció todo lo contrario de lo que sugería su nombre. Paré mientes en lo esmirriado y enteco de su figura, en la desproporción entre los pies de plantígrado y las manos de angelote. Nadie hubiera pensado que este hombrecillo de

escuchimizada figura había levantado el ejército de Bretaña contra Graciano. Máximo se inclinó con respeto ante el intruso:

- ¡Martín de Panonia, héroe de la legión y heraldo del cristianismo, te saludo!

Martín permaneció erguido, pecho abombado, testa altiva:

- Yo también saludo al capitán rebelde que nos libró de la invasión subrepticia de los alanos. Y le aconsejo que no mancille su gloria interfiriendo en los asuntos eclesiásticos.

Me pareció, aún entre fusco y lusco, que Máximo era un soldado brutote y que esperó unos instantes a que Macedonio respondiera por él:

- La unidad política que debes realizar - insistió el secretario dirigiéndose al emperador- exige la ayuda de una Iglesia unida, tanto en su doctrina como en su administración. Decio y Diocleciano así lo han hecho, apoyándose en el viejo paganismo. La fuerza está ahora del lado de los cristianos. Gracias a ellos logró Constantino la unificación del Imperio de oriente, y merced a lo mismo Teodosio guía con loable pragmatismo los destinos de la Iglesia de Oriente. ¡ Sigue su camino ! El Dios supremo te promete perdón y te asegura una gran prosperidad. El Imperio y la Iglesia son dos flores del bien, entrelazadas por mano divina.

- Yo temo al contrario, muy piadoso emperador - habla ahora Martín - que si condenas a Prisciliano, su doctrina alcance más fuerza. Que por no despreciar su importancia actual forjemos disensiones y conflictos mayores. ¿Por qué das batalla a los ya derrotados, puesto que el combate no puede aportar una victoria ? Déjalos en manos de un tribunal eclesiástico, mantente alejado de la sangre de unos infelices. Basta con que los herejes sean expulsados de sus obispados por sentencia episcopal. Es impiedad nueva e inaudita que un juez secular se entrometa en una causa eclesiástica. Y te predigo que si persistes en mantener este juicio inicuo, serás derrotado en las próximas batallas por muchas que hayas ganado al principio. Y en una de ellas morirás. Tú también, Macedonio. ¡ En verdad en verdad os digo que si derramáis la sangre de estos justos vuestros días estarán contados ;

Máximo se puso lívido. Macedonio esbozó una sonrisa escéptica, y los dos se retiraron al despacho del emperador. Martín salió pegando portazos.

Poco después, influido por Rufo de Metz y desviado de las resoluciones suaves que preconizaba Macedonio, el emperador designó fiscal para el juicio a un hombre llamado Sartorius, de quien sólo nos queda fama de su crueldad.

Silencio sepulcral. Llega el Chafariñas:

Qué lástima, joder. Cómo carallo se te ocurre poner el pie en el suelo antes de cortar el motor, me reprochó; o al revés, no sé lo que fue, cuando esperaba felicitaciones, abrazos, besos, que bien merecidos los tenía.

Pues no sé, no recuerdo bien, Chafariñas, si lo puse de lado o de puntillas; tan grave no será, digo yo.

Cómo que no: para catearte, machiño.

Al cabo de media hora de nerviosismo cae el fallo del tribunal:

- Todos aprobados.

Se reanudó el juicio. Contando con que la condena era más que segura, el presidente Evodio había instaurado un clima grave, mas no dramático. Respaldado en el sillón, mirando a las alturas como si en ellas levitase un Máximo ecuestre, pausadamente imploró:

- Es preciso, excelso emperador, aniquilar estos hábitos aplicando las disposiciones más severas de tus edictos, a fin de que el error de la vil herejía no continúe socavando el poder de Roma. Por eso tu obligación, santo emperador, te lleva a castigarlos. La ley de Constantino, inspirada por el Dios supremo, te prescribe perseguir por todos los medios el crimen de magia y de maniqueísmo. Esta ley ya estaba escrita en el Deuteronomio, cuando acon...

El fiscal Sartorius movió sus acuosos ojos. Tenía una corta barba roja y greñas sebosas que cubrían su cráneo piriforme. Hundió la nariz en un pergamino:

- ...acon... seja...y leyó: "Si te incitare tu hermano, hijo de tu madre, tu hija, tu mujer o tu amigo íntimo, diciendo en secreto, 'vamos y sirvamos dioses ajenos que ni tú ni tus padres conocisteis', no consentirás con él, ni le prestarás oído, ni tu ojo lo compadecerá, ni le tendrás misericordia, ni lo encumbrarás, sino que lo matarás. Tu mano se alzará primero sobre él para matarle, y al cabo la mano de todo el pueblo".

Sartorius parecía tener afecto a las expresiones rebuscadas, procedentes de solitarias y añejas lecturas. Quedó muy orondo tras su preámbulo, y lo desarrolló:

- El Dios Supremo, santísimo emperador, te promete los favores de su perdón y te reserva el crecimiento de una inmensa prosperidad. Haz luego lo que El te ordena; cumple lo que te prescribe. Los felices auspicios de tu reinado han sido coronados por grandes venturas. Cuando decidiste tomar el poder gozaste del favor divino, y nunca éste te abandonó ni te abandonará si un día te topas con dificultades.

Uno de los jueces, cuyo nombre no consta en los anales, se levantó para notificar:

- Yo me abstengo, hermanos, de votar, mientras no goce de plena libertad. Me siento coaccionado. Cualquiera que sea el fallo, carecerá de valor. Yo no aceptaría, por mi parte, ser degollado en tales condiciones.

Luego paseó una mirada fría y de escasa indulgencia sobre las cabezas blancas de sus pares:

- Si lo queréis, hermanos, votad vosotros. Mas... ¿lo queréis?

Ahí residía el fondo de la cuestión. Abrumados por la gravedad del momento, ninguno de los jueces osó responder.

En medio del silencio, de la tensión, de la ansiedad, Evodio se levantó con parsimonia del sillón presidencial. Sus carraspeos sonaron como truenos. Otra vez silencio. Tomó un pergamino y lo desplegó:

- Aunque la Iglesia se hubiera contentado con un juicio eclesiástico, pues no suele recurrir a las ejecuciones sangrientas, en este caso se ve apoyada por las leyes de los emperadores para que el temor de un suplicio temporal obligue a los humanos a cultivar los remedios espirituales. Así pues, visto que estos heréticos, igualmente llamados priscilianistas, han hecho grandes progresos en Hispania, en Lusitania, en Aquitania, amenazando con expandirse por todo el orbe, pues enseñan públicamente sus errores y tratan de pervertir a los débiles, sentenciamos:

A Prisciliano, convicto de maleficio, que no ha negado haberse afanado por doctrinas maniqueas ni tampoco haber celebrado conjuros a los dioses del Averno, lo declaramos culpable y condenamos a ser degollado, así como a Felicísimo y Armenio, los cuales, siendo clérigos, se han separado de los cristianos para seguir al Impío en su doctrina y en sus prácticas.

A Latroniano por poeta y a Eucrocía por mujer les conmutamos el hacha por la espada.

También perecerán por la espada los diáconos Asaribo y Aurelio.

Instancio, que fue elegido obispo por sus pares, será deportado a la isla Scilly, más allá de las Británicas.

A Tiberiano le imponemos destierro temporal en las mismas islas e iguales condiciones que a Instancio, así como la confiscación de sus haciendas.

Lo mismo a Higinio de Córdoba.

Tértulo, Potamio y Juan, aunque despreciables, dignos son de mansedumbre, pues que antes de los interrogatorios se denunciaron a sí mismos y a sus secuaces. Serán relegados al destierro dentro de las Galias y sus haciendas confiscadas.

-¡ A las ergástulas los seis!, concluyó Evodio.

Prisciliano dio un paso adelante y se dirigió al tribunal:

- ¡Miserables! Nos haréis perder la vida presente. Empero el rey del mundo nos despertará el día de la resurrección. Pero los que habremos muerto por fieltad a las leyes de Dios gozaremos de la eternidad en su presencia..

Salieron, obedeciendo las órdenes de un destino trazado. Sólo el poeta Latroniano, levantando los ojos al infinito, pronunció una larga maldición:

- Gracias a tu humano poder haces lo que se te antoja. Sin embargo eres mortal, Evodio. No creas que nuestro pueblo ha sido abandonado por el Señor. No escaparás al castigo divino. ¡ Pronto la terrible venganza de Dios se abatirá sobre ti y sobre todos los de tu ralea y lamentarás la segunda muerte !

Chirriaron los cerrojos. Dentro de las celdas la piedra enmudeció, sin eco para los ruidos. Prisciliano lanzó un grito espantoso, cuya resonancia permaneció durante varios días en los oídos de los cancerberos.

Bastavales es un lugar del municipio de Brión, en las orillas del Sar y a medio camino entre Noia y Compostela. Su topónimo procede del latín, y es cierto que domina un amplio valle, gozando, además, de un insólito microclima. Como suele ocurrir en Galicia, esta parroquia, de unos mil habitantes, está dividida en numerosas aldeas. Las que componen Bastavales suman veinte, habitada cada uno por cuarenta o cincuenta campesinos. Es famosa por un poema de Rosalía Castro:

*Campanas de Bastavales,
cando vos oigo tocar,
mórrome de soidades...*

Salimos muy de mañana de Bemil, nuestro aldea en Bastavales. Ahora al revés: Oscar en mi Priscila y yo en la Yamaha 500, estrenando mi flamante carné.. Dan las ocho en tono morriñoso las mismas campanas que oía Rosalía de niñita, cuando para tapar la vergüenza de su padre cura la escondieron en estos pagos.

El paisaje se extiende inmóvil, el verdor del valle sigue difuminado y en paz. Pasamos por delante del cruceiro de la aldea, siempre con dos mazorcas al pie del

hombre crucificado; más allá un hórreo. Tiene una cruz delante para Dios y puntero atrás para el Diablo. Después, entre corredoiras cubiertas de parras de lado a lado, llegamos a la iglesia. De granito, como todo aquí. Bajamos la colina a rueda libre, por no espantar a las aves, altas y blancas, que vienen del horizonte.

Oscar se pone inmediatamente en cabeza - es que no puede ser segundo - y así vamos hora y media hasta Vimianzo. La Yamaha bien, pero no se me dan las japonesas. Demasiado alta para mí, me siento incómodo e inseguro. Se la devuelvo a Oscar y yo regreso al redil, con Silvina o Priscila.

Todavía no hemos desayunado y estamos destemplados. Entramos en un bar. Oscar llama por teléfono a Manuel Rivas, amigo suyo y a quien yo aprecio por sus escritos. Rivas no contesta.

Mi hijo tiene un despertar largo y agrio. Por la mañana no hay quien lo ature, como dicen aquí por cuidar a las vacas para que no se escapen de los prados. Y a uno, claro, le da por provocarlo:

Aquí puedes comer pulpo, Oscar, que no es ni más ni menos repugnante que el lagarto.

Esboza una mueca.

Esa broma ya me la gastaste en Mérida, pa.

Para nada, hijo: no pasamos por Mérida.

Cómo que no. No fue acaso allí donde me hiciste empujar el coche del minusválido.

Es cierto, uno empieza a chochear y no se acuerda ni de lo que escribe.

Vale. No te pongas así, pa, es que ya me está interesando el cuento. Le segaron las cabezas a dos o tres de ellos en Alemania. Fue así, no.

A seis. En Tréveris. No estaría mal ir allí después de este viaje.

Me gustaría acompañarte, pero cuando haya grabado el disco.

A ver si lo acabas antes del año dos mil, así podremos celebrar el milésimo sexcentésimo trigésimo centenario del regreso de las reliquias.

El qué, dímelo en cristiano.

Bueno; que hace mil seiscientos treinta años trajeron a Galicia los cuerpos de los degollados. Es muy posible que por aquí pasara la Vía número XX del Itinerario de Antonino.

Imagínate lo que sería este lugar en una mañana de octubre del año 370, con neblina y sol decreciente. Hacia aquí convergían miles de personas, rendidas macarenas por atajos riscosos, vados de ríos, noches caminando bajo la luz de las estrellas. De día descansaban, dormían en atrios, en cenobios y cuando no a la intemperie. El grupo principal salió de Tréveris, y a partir de Tours se le fueron añadiendo riadas hasta la marea final.

Los de Tréveris se levantaron al canto del gallo. Los niños madrugaron, los enfermos bajaron de los lechos; cristianos, godos y paganos acudieron al anfiteatro para inclinarse ante los restos de la matrona Eucrocia, del obispo Prisciliano, de los clérigos Felicísimo y Aurelio y del poeta Latroniano, expuestos en el mismo lugar donde habían sido decapitados tres años antes. Curiosidad y devoción, mística y morbidez.

Entre el gentío destacaban Paulino de Nola, que había sido condiscípulo de Prisciliano en Burdeos; Sulpicio Severo, cronista y asceta, biógrafo de Martín; el ermitaño Anatolio, antiguo vecino de celda de Prisciliano en Marmoutier y que proseguía camino a la santidad merced a una túnica escarlata que le había regalado una bandada de ángeles con los que mantenía conversaciones oníricas.

Oye, pa, vale; eso ya es demasiada fantasía.

Tampoco es artículo de fe como la ascensión de la Virgen en cuerpo y alma al cielo, hijo mío.

Y estaba igualmente, en una ventana junto con otros santos padres que habían asistido a la degollación, o que la habían ordenado, el anciano Filastro de Brescia, hurgón de herejías por todo el Imperio y apóstol de excentricidades exegeticas.

Con novicio temblor - acababa de recibir la prelatura de la capital - el obispo Félix recitaba salmos relativos a la muerte de Jesús, demostrando con las Santas Letras que nada sucedía que no estuviera previsto y nada se había dicho que no se hubiera cumplido. En particular, las profecías de Martín: Máximo entró en guerra con Teodosio. Detenido en Aquilea junto con su hijo Víctor, a quien había nombrado César, fueron decapitados ambos. En cuanto a Macedonio, lo dejaron maltrecho los hombres de Ambrosio cuando quiso refugiarse en la basílica de Milán.

Tras el feliz cumplimiento de estas dos profecías, Martín agotó sus poderes taumaturgicos y nunca más consiguió hacer milagros.

El nuevo emperador rehabilitó a Prisciliano y a los suyos, autorizando el retorno de los cuerpos a los lugares de origen. La Iglesia los reconoció mártires. Leída esta soflama, Félix dio el tono de un canto grave, lineal; una tras otra las voces de la

asistencia se unieron a su voz hasta que todas, en peculiar unísono, entonaran un himno como bandada de pájaros que gorjease con única conciencia.

Los cantos acompañaron a los mártires hasta el puerto fluvial. Acababa de llegar de Frigia, navegando por el Danubio y el Rin, el cuerpo incorrupto de otro Paulino, el antiguo obispo de la ciudad, quien por su avidez de riquezas y celo en la persecución de los maniqueos había sido desterrado por Constancio II. El barco estaba cargando calizo para reconstruir el foro de Adriano en Burdeos. En él partirían los sarcófagos de piedra con los gloriosos cuerpos. Los fieles irían por el antiquísimo camino de la Vía Láctea, que dólmenes e iglesias superpuestas al culto de los celtas reflejan en la tierra.

Los sarcófagos arribaron a puerto como bloques de pirámides, rodando sobre troncos. El patrón del barco, un hombre corpulento y rojizo que adivinaba las brisas, metió el índice en la boca y lo expuso al aire para ver de dónde soplaba el viento:

- ¡ Podemos zarpar esta noche !

La barquichuela se desliza Mosela arriba, remolcada a la sirga por una yunta de bueyes desde el camino paralelo a la corriente.

- ¡ Se ven las montañas blancas - vuelve a gritar el capitán -; pronto llegaremos al Rin!

Graznares de gaviotas vocingleras anuncian el gran río; al oírse el rumor de las olas, pasan los sarcófagos a un navío de alta mar. Viene de la manga aire fresco y húmedo, que riza gozoso en el agua. Felices de poder ondear libremente, sin la limitación de márgenes estrictas, las velas procuran el viento mayor. Lejos, más allá de los angostos, les espera la amistad de los cormoranes. Un viento sureste, que nace al este de Flavia Cesariana, las empuja, en noches y días reposados, a lo largo del saliente armoricano.

Con mar de bonanza pasan las islas Scilly, muy famosas, que se ven en lo abierto y no son más que minas de estaño y presidio de Higinio e Instancio. Navegando por mar abierto con la ciencia que dije llegan a Burdeos. En esta ciudad deben juntarse con los peregrinos y descargar los cuerpos de Eucrocia y Latroniano, nativos de aquella región, para darles sepultura.

Desde que los peregrinos de a pie salieran de Tréveris, ni la canícula, ni la ventisca ni las enfermedades habían impedido que se despertaran cada día con fe suficiente para seguir caminando. De noche escudriñaban el sentido de la Vía láctea; al amanecer un clérigo recitaba versículos del Evangelio sobre la resurrección del Señor. Y

con sonidos que se confundían, palabras repetidas, salmos y oraciones, reemprendían el trayecto cotidiano.

El sol quedaba atrás, dejando una estela de fuego. El día había sido caluroso, agobiante en sus horas plenas. Concluía una etapa más en la ruta hacia Finisterre. A la mañana siguiente ya estaría a la vista Burdeos.

Era Burdeos ciudad de intenso tránsito marítimo. Sus murallas casi negras contrastaban con las dunas amarillas, que de lejos semejaban medusas adheridas a la playa. Seguía allí de obispo Delfino. Los augurios de las aves, elevándose al cielo y planeando en el aire silenciosas, aconsejaban evitar la ciudad. Empero la comitiva siguió adelante.

En el cielo, nuevos colores morados presagiaban tormenta al anochecer. Y así fue: el vasto terreno polvoriento que había antes de pasar el foso se volvió charcos y lodo, lo cual retrasó la llegada.

El cortejo encontró francas las puertas de la ciudad, mas en lugar de una vida pública alegre y bulliciosa se extendía ante ellos el vacío y el silencio. No se veían luces en las ventanas, ningún soplo de vida en el aire muerto. Llegaron hasta el foro entonando himnos y se desgranaron por la urbe en busca de correligionarios que los albergaran, quedando a merced de energúmenos que salían de los portales armados de palos y lanzas. Limpias las calles de herejes, los esbirros del obispo emprendieron el exterminio de los paganos de la ciudad.

Los del barco fueron más prudentes. Dejando los sarcófagos de Eucrocía y Latroniano en la playa desierta, prosiguieron rumbo al oeste en navegación de bajura. Llegaba de popa aire fresco y húmedo. Lejos, en lo abierto, del cielo parecía caer polvo dorado. La luna estaba saliendo y esparcía su claridad sobre el gran desierto acuático.

Proa al cabo Ortegal, la tripulación se puso a descansar en los travesaños al amor de una fogata. Escuchaban el chapoteo del agua chocando contra la quilla, jugaban a las tabas y comentaban las peripecias del viaje. Contaron después leyendas de ninfas y Amazonas de la Selva negra, deslizándose al fin hacia chistes cuentos obscenos, que aquella gente no se distinguía por su medida.

Poco a poco se veló la luna, las nubes se impusieron en el nornoroeste y el mar comenzó a gruñir. Con la noche oscura se desencadenaron relámpagos, truenos, piedras encendidas. Del mar se elevaban columnas de agua que ansiaban tocar el cielo. El capitán mandó aligerar el barco. Saltaron por la borda cajas, fardos y tinajas. Nuevos relámpagos, esta vez más cerca, alumbraron a cuatro viejos marineros que bajaron al

sollado de proa dispuestos a liberar la embarcación de los sarcófagos. En cubierta estaban ya los monjes que acompañaban a los mártires oscilando entre cielo y mar, cuando vieron una luz en la lejanía.

Oye, Oscar, se está haciendo muy tarde, vámonos.

No, pa; ahora por favor termina, que está muy interesante.

-¿Qué demonios es aquélla luz? preguntó un marinero.

Consultaron la carta de marear:

-¡El faro de Hércules! ¡Brigantium! ¡Vamos allá!

Todos los obispos gallegos habían inscrito el nombre de Prisciliano en el martirologio, salvo el de Brigancio.

- Dejadnos en cualquier puerto menos en ese, imploraron los religiosos, acompañando la súplica con nuevas piezas de oro.

Los marineros aguardaron la amainada. Dejando el faro al este, enfilaron el suroeste, donde islas como dientes vigilan la entrada de las rías gallegas; islas de antiguo conocidas, de donde los esclavos arrancaban el estaño.

Las tierras de la ribera se iban tornando verdes, frondosas, con suavísimas colinas que, a lo lejos, limitan con el firmamento. A la altura de las islas Sisargas algunas bandas de pájaros acuáticos, sobresaltados en su reposo por aquella embarcación, revoloteaban de popa a proa lanzando sonidos discordantes.

Grandes peñascos sobresalían por encima de bosques escaladores de montañas; otros, agudos, asomaban su cumbre entre espuma como restos de navíos. El espejo del cielo recobró su impasible serenidad cuando los tripulantes se pusieron al reparo de una isla que es redonda y tiene alrededor canales de mucho sosiego. Pero todavía les esperaba la Costa de la Muerte, cuya fama de peligrosidad los aterraba. Aún hoy se canta:

*Santo Cristo de Fisterra,
santo da barba dourada,
axúdame a remontar
a laxe de Touriñana.*

Sigue, pa; sigue con la historia, que cantas fatal.

Rascando las bolsas, los priscilianistas consiguieron que el barco se encauzara hacia el sur. Pasaron a lo largo de Finisterre, se orientaron hacia la amplia ría de Muros, sembrada de bajíos, pero por tratarse de una embarcación de poco calado, hubieron de buscar buen abrigo en el Porto de O Son. De allí llevaron los sarcófagos al

castro de Baroña, donde se alzaba un templo dedicado a Diana, velando a los mártires durante tres días con sus noches.

Oye, pa: fuiste capaz de inventar todo esto.

No, hombre, no. Me lo contó el otro día Eduardo López Pereira, que sabe la tira de Prisciliano.

Seguimos al cabo de Finisterre.

Macanudo. Si tienes suelto paga tú.

Vale.

Al salir de Vimianzo hay una fuente; una fuente que al beber de ella se redondea el concepto del H₂O. Sabe a musgos, a penumbras; trae imágenes de monte, de helechos y de cavernas habitadas por moros y por enanos.

Levanto el gaznate para tragar, como un gorrión inexperto. Le está rica el agua, verdad, me asegura y pregunta una mujer de unos cincuenta años y aún de muy buen ver.

Riquísima, señora, es la mejor que he probado en mi vida.

Pues mire, le es la misma que en el balneario, sólo que aquí la tenemos gratis.

Que sea por muchos años, señora, y yo que lo vea. Dígame, queda lejos Finisterre. Todo depende del ánimo.

Depende del ánimo. Qué frase tan campesina y enigmática, humilde como la vida. Ni los presocráticos ni Montaigne han hablado como una paisana gallega.

Del manantial salimos eufóricos hacia Muxía, pasando por Camariñas. Priscila va alegre, nerviosa, porque vuelvo a montarla o por el frescor del aire, quién sabe. Y allá queda la buena señora, agitando una mano.

Seguimos cara a occidente por un camino bordeado de setos y acacias.

Un andaluz diría que el tiempo se ha ido arreglando. A finales de la mañana, la lluvia cedió en favor del orvallo; ahora, entre nube y nube, se asoma por trechos el sol.

No sé si será el agua o el misterio, y si ya lo tengo dicho, pero a Oscar se le ve renacer gallego de hora en hora. Está superando el bajón producido por la ruptura de su banda. Me espera en la entrada de Muxía. Pasado el muelle me guía por callejuelas de casas antiguas, encaladas, ventanas verdes y tejados húmedos, hasta una iglesia que hay encima de un promontorio. Frena, freno. Me para, me paro. Caminando sobre rocas, como el Nazareno en el mar de Galilea, me lleva hacia las olas. Anquises y su hijo,

el mundo al revés. Se sube en una piedra enorme, que debe tener nueve metros de longitud por siete de ancho y treinta centímetros de grosor. Ven, me insta, verás cómo se mueve. Vamos a ver. Me subo. La roca, imperturbable. Soy un milígramo de mosquito para ella. Debes tener algún peso en la conciencia, pa. El peso me lo carga Eneas, como si fuera yo quien ha seducido a Dido, y no él. Si yo tuviese un peso en algún lugar la piedra se movería. Ni me escucha. Trepa a la roca y la roca venga a oscilar y a emitir un sonido sordo como el roncón de una gaita. Alguna mano negra la estará tocando, le digo. Por qué no. Aquí vienen las meigas y los adivinos a consultarla desde tiempos no memorizables. El cristianismo se la apropió con una canción:

*Veño da Virxe da Barca,
veño de abalar a pedra.
Tamén veño de vos ver,
Santo Cristo de Fisterra.*

Ponle ritmo de cumbia, Oscar, quedará muy moderno. Ni me oye.

Esta roca y aquellas son el casco, la vela y el timón de la barca que trajo al apóstol Santiago.

Lo dice para cabrearme. Nos encontramos en el cabo Finisterre, le respondo malhumorado y allá lo dejo en la piedra vibrátil, mirada fija en el mar y mugir de vaca en fondo. Y como no creo en brujas, además me dan mucho miedo, me voy hacia Priscila. Estoy a punto de arrancar cuando me llama Oscar.

Oye pa, ven a ver la piedra de los cuadriles. Bueno, vamos a ver qué leches es eso.

Si pasas nueve veces por este hueco, se te endereza la columna vertebral. Va él y se arrastra a cuatro patas; entra y sale, sale y entra, entra y sale derecho como un huso.

Sabes, Oscar, yo ya no te estoy para levantamientos victoriosos. Vámonos a Finisterre.

Prodigio de la firmeza, Oscar se sienta a mi vera. Y me solicita:

Lo último que me contaste, pa, es que los religiosos priscilianistas velaron el cuerpo de sus mártires en el templo de Diana de Baroña. Después...

Los marineros aguardaron la acalmada. Bogando a contracorriente por la ría de Noia emprendieron la subida del Ulla. A la vista del monte Illicino, cerca de

Compostela, metieron los tres cuerpos en un sólo sarcófago para facilitar la subida por el camino angosto y sinuoso, entre castaños y encinas, de este pico sacro.

Se había unido mucha gente a la procesión: los obispos de toda Galicia, los fieles, los curiosos, los enfermos y las madres con sus hijos tullidos o deformes esperaban un milagro del santo que volvía a su tierra. Apoyándose en un cayado y en el hombro de un muchacho, entre cantos y muchedumbre, caminaba penosamente un anciano. Tosía, jadeaba :

- Dime cuanto queda de subir, que me canso, pues pendiente tan empinada es invencible para el cuerpo mío.

- Animo, lo arengó el muchacho. Verás que tiene tal condición esta montaña, que si bien la subida comienza penosa, se hace cada vez menos agobiante. Al llegar a la cumbre sentirás el cuerpo libre como ave en el viento.

El anciano se sentó en una piedra y puso la mano en el oído, tratando de comprender un canto confuso y dispar :

De terrena existencia

Rotos los férreos lazos

Has de volver, humana inteligencia

Con místicos abrazos

A confundirte en la divina esencia.

Sí; lo conocía muy bien. Era el himno de Asaribo, uno de los degollados que también regresaba a su tierra. En el ascenso al monte, desde donde se ve el resplandor del mar a un lado; al otro, montañas arboladas que aportan a la comarca misterio y protección, con cadencias mitológicas el gentío entonaba la melodía.

- Fueron ejecutados por herejes, y ahora son venerados como mártires.

El anciano siguió hablando consigo mismo. Ya todo eran siluetas movidas por la luz de los cirios. Se perfilaban dos niñas sujetando las manos de su madre para que no se desgarrase el pecho. Suspiros con espasmos violentos. El cortejo de teas, cruces y talismanes emitía destellos fulgurantes.

- Lo acontecido en Tréveris, prosiguió el anciano, es un triste episodio que la jerarquía trata de borrar. Un demonio burlón mudó la tragedia en sacrificio, donde los verdugos oficiaron de comparsas. Sería absurdo recordar mis penas y dolerme de la dejadez de Dios. Ahora todo parece una comedia de yerros, o puede ser que el mundo se haya vuelto loco.

-¿Pudo haber sido de otro modo? le preguntó el muchacho.

- Martín y yo tratamos de que se retractara; queríamos ganar tiempo, postergar la sentencia. Con otro emperador, nuestra fe se extendería por los dos Imperios. ¿Mas lo quería él? ¿No habrá buscado su sacrificio por encima de todo? ¡Quién sabe si no aspiraba a extirpar el mal que ensucia las cosas del mundo!

Entre las montañas serpenteaban hileras de peregrinos, llevando a la cumbre cantos y plegarias. El áspero rito, primitivo, fermentaba un brote de rebeldía, como si los espíritus se encrespasen ante la realidad del sacrificio y estallasen clamores de resentimiento.

Horas más tarde, el ataúd se bamboleaba sobre antorchas y velas de sebo. Al llegar a la cima lo expusieron en unas piedras verdeadas por líquenes milenarios.

Pa, me lo seguirás contando. Vamos ya a Finisterre, o nos perdemos la puesta de sol.

Oscar arranca como una flecha argiva en su codiciada Yamaha. Yo, en mis infinitos años recorriendo en coche y en moto toda clase de caminos, nunca vi uno tan deteriorado ni tan peligroso como éste, de piedras sueltas y charcos de profundidad variable. Debe de tener metro y medio de ancho este sendero de cabras. A lo lejos se ve el borde izquierdo cortado a pique. Supongo que el paisaje es prodigioso, tres o cuatro playas que se encadenan, minúsculas allá abajo y un poco más lejos un monumento, el cementerio de los ingleses cuyo barco encalló a finales del siglo pasado. La verdad es que lo veo todo de soslayo, mirando el paisaje por los retrovisores. No quise decirlo antes por no presumir, mas he de confesar que sufro mareos. Dicho así es nada, quién no los tiene. Yo padezco, señoras y señores, vértigos paroxísticos laterales, lo cual resulta enormemente chic. Se traduce esta jerigonza en que si de pronto giro o levanto la cabeza, como el otro día en el examen, sin haber tomado ni un dedal de orujo se me pone a dar vueltas el universo. Y con las mimas consecuencias de vómitos (perdonando), diarreas (perdonando), todo lo cual, en moto, puede provocar una precipitación fatal.

Pero no voy a morir como Anquises por estos vados galaicos duros de ciegos peñascos sin que se entere Eneas mi hijo; no : voy a adelantarlo por un atajo, pues ya, como se dice, de perdidos al río. Tragando saliva, rogando a los dioses paganos y hasta al aborrecible Jehová de los judeocristianos que no se me ponga un carro de vacas delante sigo sorteando baches para llegar a un empalme que me lleva al interior, y el rugido ronco del mar se va amainando hasta la bifurcación de Finisterre.

Ignoro por dónde me metí y qué meiga me trajo a este desparramado de piedras graníticas y rosadas. Se levantan en medio de una tierra vieja y parecen crecer a medida que uno se acerca a ellas. Es el monte Pindo, lugar sagrado como Montserrat, sólo que en el Pindo vivió la Reina Lupa y no se ha convertido a ninguna diosa egipcia en moreneta sardanera.

Estoy al lado de la playa de Carnota, y seguro que Oscar, con tanta moto y todo, aún andará por mitad de camino. Me paro en la terraza de un bar, cara al monte. El macizo entero parece un arco iris de tonos violetas, con un extremo en el azul inmenso de Finisterre y el otro entre prados y la espesura de los pinares. Nadie sabe en qué día de la Creación surgió esta montaña y por qué parece crecer de siglo en siglo. El padre Feijoo admite su carácter sacro al compararla con coros de musas, y aprueba a los antiguos que lo bautizaron por su semejanza con el Pindus de Grecia.

No pronuncia ni una palabra la dueña del bar. Me ve alelado. Manda callar a una recua de críos que le piden queso con membrillo. Aguarda el tiempo pertinente para dirigirse a mí.

En la cumbre hay un castillo en ruinas parecido a la Torre de Hércules de La Coruña, me dice. Vive gente en él desde hace miles de años. Por las noches salen a cuidar el campo y ciervos que tienen para alimentarse. Si lo ven a uno, no le hacen nada. Nosotros vamos a coger hierbas para las mujeres estériles, y si los vemos, se esconden.

Ante tal paisaje y tales descubrimientos, vuelvo la vista en torno buscando con quien compartir mi emoción, tal como hacen los niños cuando descubren algo arcano. Aparece Oscar, ágil y sonriente. Le pido a la dueña del bar que le repita a mi hijo lo que me acaba de contar a mí. Referido y terminado, agrega para los dos: saben ustedes, nosotros adivinamos cómo van a ser los doce meses del año fijándonos en los doce primeros días de enero. Gracias a eso las cosechas y los negocios nos salen bien.

Entonces seguro que su ordenador druídico ya había previsto que viniéramos a tomar un café aquí.

Si bien Bruno censura con una mueca mi humor facilón, la dueña del bar despliega su delicadeza en una sonrisa absoluta.

No nos apetece nada, ni tampoco le agradecería a ella vendernos una Coca cola. Grabo en la memoria las palabras de la dueña como si tuviera que repetirlas en La Belle Indienne : leyendas, puente, ría y posición caótica de las rocas, piedras que se hacen creación, montaña y abismo más allá del cual se extiende un paisaje inabarcable a la mirada y que aún no recibió su forma definitiva.

Pueden ser las cuatro de la tarde; la playa sigue bochornosa y un viento silbante funde en la arena todos los tonos comprendidos entre el plomo y la ceniza. Oscar quiere subir a la cima de la montaña y quedarse a dormir en el más alto de los picos. No, no y no. Me planto como se la reina Lupa se cerró ante los romanos e improviso argumentos que me aprueba la señora: frío, humedad, tormentas y que ni tan siquiera un jersey trae para pasar la noche al relente.

Decidimos tomar energías, ahora dicen ponerse las pilas, con otro café, para llegar frescos a Finisterre y resistir hasta altas horas de la noche.

Y antes de que me rinda al mal de Alzheimer quiero terminar de contarte, Oscar, lo que iba diciendo Instancio al diácono que lo acompañaba, cuando trajeron los cuerpos de los mártires a Compostela.

- Las autoridades de Tréveris habían programado los espectáculos como ensayo lúdico de los que se celebrarían en el centenario. Desde el canto del gallo las avenidas de la ciudad pertenecían a la chusma. Pasado el gallicinio se expusieron en el circo los instrumentos de ejecución: dos troncos, cuatro hachas y otras tantas espadas que los curiosos podían tocar para cerciorarse de sus buenos temple y filo.

"A la prima hora los reos fueron expuestos debajo de la Porta Nigra, en una jaula que servía para transportar leones de Numidia. A Eucrocía la asaetaban con chanzas lúbricas y a Prisciliano le increpaban, como Barrabás a Jesu Christo, que si en verdad era Mesías o profeta, pasase por entre los barrotes y se fugase con su querida. El se ocultaba en un rincón, el rostro entre las rodillas y manos en la nuca. Eucrocía boca abajo, inmóvil a su lado, las leves ondulaciones de la túnica acentuando su quietud. Felicísimo miraba al cielo, indiferente a los escupitajos y a las manos que le tiraban de la vestimenta. Latroniano y Armenio hablaban en voz baja abrazados.

Instancio seguía subiendo tras la comitiva por el monte comportelano. Pasó el dorso de la mano derecha por los arrugados labios; acarició la barba antes de iniciar un nuevo capítulo del relato, el la ejecución. Pareció que le mudara la voz. Bajando de tono, se hizo más sentida. Prosiguió:

- Tras los primeros momentos de asombro, la chusma dio en azuzarlos a través de los barrotes con largas picas cedidas por los centuriones, acorralando a los cinco en medio de la jaula, todos de pie en un haz humano. Cayeron piedras, botijos y trozos de maderos. El hostigamiento duró su par de horas. A la tercia, la gente se fue a comer a

los tenderetes callejeros donde vendían sopa caliente, tocino, pan y caracoles. A ellos los soldados les echaron un trozo de carne cruda en la jaula.

"A la hora sexta llegó la jaula al túnel de ladrillo que da entrada al circo. Metieron a los reos por separado, uno en cada una de las celdas que rodean las arenas.

"El foro empezó a llenarse, en su mayoría hombres toscos abotargados de cerveza. Muchos iban con hijos y mujeres, algunas de ellas llevaban criaturas de pecho. Sin embargo, peor que los hombres ahitos de alcohol, peor que los niños ávidos de sangre, el carcelero juró que, en tantos años que llevaba en el oficio, nunca había visto caras tan rastreras como las de Itacio, Britonio y otros jerarcas civiles y eclesiásticos; esas caras estaban consiguiendo encender en su pecho un desconocido fuego de compasión.

"Un estadio de ciento treinta pasos de largo y cincuenta de ancho tiene el Circo. La tribuna de mármol reservada al emperador, situada encima de la Gran Puerta, estaba ocupada por Macedonio. Lo protegían seis centuriones de córneos astiles rematados con hierro. A cada lado de la puerta, dos palcos con sillas curules para los caballeros y los obispos. En ellas se habían sentado los prelados Itacio, Britonio y Félix. Abajo, en lo que se llama la orquesta, se instalaron los senadores. La chusma arriba, en las graderías de madera.

"Aumentaba el griterío, reclamando a los reos y a los verdugos. Estos, que eran cuatro, estaban probando las armas en la palestra. Con el fin de enardecer aún más a la morralla, en medio de un ruido tronitonnante, dos hombres desnudos, sudorosos, subieron al palenquín levantado en medio del Circo. Uno era epiléptico, el otro alcohólico. Empezaron a acosarse. Con sendas cañas de timón atacaban y producían tan sordos como disparatados golpes sobre el palenquín. El aire húmedo los empapaba, su piel parecía una gran mancha de aceite y sus huesos crepítaban bajo una superficie oleaginosa. Toda la plebe hilarante los jaleaba: tal es la verdad. Atacándose a palos, a puñadas y a mordiscos estuvieron más de media hora, y otro tanto desangrándose, hasta que muertos los recogieron y se los llevaron a las ergástulas.

"La banda de clarines que rompió el aire no logró cubrir las vociferaciones. Salieron del podio dos esclavos arrastrando sendos troncos de confortable superficie; detrás de ellos dos verdugos, cada cual con su hacha reluciente al hombro.

" ¡Con qué júbilo fueron recibidos! La hedionda ralea respetó la tradición de vitorear a los actores que iban apareciendo. Los dos primeros eran padre e hijo. El padre, un godo de pelambre hirsuta, rojos ojos, gran vientre y uñas manos con las que

hería a los presos, rasgaba y trizaba, cumplía setenta años aquella tarde e iba a iniciar en el oficio a su hijo. ¡Ni un vencedor de cuadrigas había merecido tantos alaridos y alabanzas! En medio de una euforia más y más estrepitosa, los esclavos subieron los troncos al palenquín, colocándose los verdugos de perfil a la presidencia para que los oficiales y los obispos no perdieran detalle de la degollación.

" Una gran sombra se deslizó fuera del recodo de un pasillo encalado, donde se encontraban las celdas, y apareció una especie de gigante. Callaron los clarines. El coloso entró en un nicho y sacó a Armenio empujones. Un clamor de estruendo se elevó al entrar en el ruedo el primer condenado; entrar es un decir, pues Armenio fue arrojado brutalmente al medio del redondel; se levantó de un salto y salió corriendo a ciegas, como si emergiera de la oscuridad, buscando a tientas una puerta o creyendo que era libre el infeliz. Tropezó con un soldado que lo llevó a rastras hasta el verdugo. Armenio subió los cuatro peldaños y comenzó a hablar con ellos. En medio de un silencio repentino, recogió la toga, se puso de rodillas y asentó el cuello en el saliente del tronco. El verdugo hizo la señal de la cruz, en el nombre del padre, del hijo..., escupió varias veces en las manos, sopesó pensativo el hacha, la levantó, la hizo ondear con silbidos entrecruzados y la dejó caer lenta, suave en la nuca del condenado.

"Realizada la faena, el público festejó al degollador por su arte; cierto que con una ejecución indolora, el anciano estaba poniendo un broche de oro a su sangrienta carrera. Los gritos y las aclamaciones se prolongaron el tiempo en que el cuerpo de Armenio era arrastrado a las ergástulas por medio de una lanza ganchuda tirada por dos esclavos.

"Se decretó un descanso. Pasaron por las graderías vendedores con odres de cerveza; un descanso corto, pues había cinco ejecuciones programadas, cinco, y el crepúsculo asomaba.

"Otro clamor al salir Felicísimo, despacio, canturreando responsos, busto erguido con la mirada fija en el matachín. Avanzó con pasos cortos y tardos, sin dejar de escrutar a su ejecutor, hijo del godo y maestro.

" Fornido como su padre, el muchachote tenía una de esas caras frescas que apenas han dejado de ser infantiles. Iba a debutar con Felicísimo. Tras darle los últimos consejos, el padre se separó unos pasos del lugar de la ceremonia. Felicísimo marchó al suplicio sin guardias que lo obligasen, subió los peldaños, miró fijamente al muchacho, y tras santiguarse colocó la cabeza en el tronco con los ojos clavados en él.

"El novato escupió en las manos una sola vez, levantó sin más el hacha, se oyó un silbido rectilíneo; cuando se dispuso a bajar el hacha se volvió a encontrar con los ojos abiertos de la víctima y arrojó el instrumento contra su padre, su padre lo esquivó, lo agarró en el aire, lo descargó en la frente de Felicísimo tal y como le vino con el filo para arriba y hacha en ristre corrió tras su desfalleciente hijo, que le acababa de arruinar toda una gloriosa trayectoria de matador. Lo que sigue consta en los archivos del Circo, no es una mentira pergeñada por nosotros y los labios me tiemblan al contarla: cuando hubo vengado su honor, el verdugo fue directo a las letrinas, y agarrando el palo con estropajo que servía para limpiar los sumideros, con perdón, se lo se lo metió por la boca hasta el esófago, poniendo así un fin deshonroso a su existencia.

"Lejos de enfurecerse, el populacho se entusiasmó por aquella carnicería. En mala hora se le ocurrió pues a Macedonio suspender la función. ¡Qué idea, mandar desalojar el anfiteatro por carencia de verdugo y ordenar a los guardias que condujesen a los condenados a las mazmorras ! Los centuriones estaban borrachos, los guardias pasivos, y como obedeciendo a una señal que bien pudo provenir de los obispos, las últimas filas empujaron a las siguientes y estas a las de abajo, produciéndose algo semejante a la rotura de un dique cuyo torrente llegó hasta el *magister officiorum*, zarandeado, maltratado, golpeado.

"Uno de los energúmenos se hirió la mano al asentarle un puñetazo en la cintura, descubriendo así que Macedonio llevaba una bolsa de monedas; corrió al centro de la arena, y mostrando la bolsa al tendido, anunció que el delegado de Máximo, mediante justo estipendio, le confiaba las ejecuciones siguientes. Quién lo iba a dudar: se trataba de uno de los suplentes llamados bestiarios, siempre dispuestos a sustituir a los verdugos en caso de fatiga o repugnancia. Eran, en general, esclavos o germanos acostumbrados a luchar en el circo contra animales salvajes y tenían fama de ser individuos infames.

"A este facineroso le entregaron el pobre Asaribo. Con sus sesenta y cinco años Asaribo correteó un poco, vacilante y pesado. Miró a su alrededor con ojos de quien sospecha una emboscada. Siguió recto, sin saber adonde, hasta que se topó con la pica de un soldado. Cayó de bruces al suelo. El soldado le dio media vuelta y lentamente le hundió el chuzo en el vientre. Asaribo miró a su picador, extrañado, como si una enorme avispa le hubiese atacado con fuerza, bajó la cabeza y quedó extendido en la arena. No tenía noción de haber sido condenado a morir de tal manera. Cuando miró de nuevo fue para ver al soldado alejándose con la garrocha ensangrentada; sintió los gritos del

gentío y esta vez el asombro le hizo perder el conocimiento. Lo llevaron sin sentido al verdugo espontáneo, quien levantó los brazos al público y acto seguido, sin arte ni miramientos, impulsó el hacha con toda su fuerza, asestando el golpe con el sólo ruido del filo contra la madera.

"Delirio en los graderíos. El verdugo, ya consagrado, recogió los elogios del ruedo, ida y vuelta al lugar de su magisterio.

" La dos víctimas siguientes no serían para él. Con Eucrocía y Latroniano los jueces habían sido magnánimos: morirían a espada. Saltó al terreno un verdugo *ad hoc*. Se parecía a Fálaris, si me fío de la imagen que nos dejaron los griegos del tirano de Agrigento: pequeño, rechoncho, barbas hirsutas y ojos negros bajo cejas tenebrosas. Pese a su aspecto feroz, este Fálaris mereció un abucheo estrepitoso del público, incondicional del matachín anterior.

"Fálaris trató de igualarlo. De entrada, se lució con el poeta Latroniano. Era inútil competir en pulcritud con su predecesor. Además, la espada no se prestaba, ni tampoco era eso lo que esperaban las fieras del graderío, ávidas siempre de chorros de sangre, despedazamientos y carne machacada

"Latroniano salió parsimonioso del encerradero y caminó a la cita musitando versos sacros. Cuando alcanzó el degolladero, le agradeció al verdugo que lo librara del mundo de la materia para abrirle el del espíritu. Le citó a Marco Aurelio: "El mejor don de la naturaleza es la brevedad de la vida", eximiéndolo de antemano por el cargo de conciencia que le pudiera causar.

"El cordero ofreció la cerviz. Fálaris lanzó una carcajada acompañada de un puntapié en el vientre que tumbó a la víctima como un pelele. Lo levantó, lo volvió a tirar y a recoger dos o tres veces; entre rugidos de la concurrencia lo colocó sobre el tronco, y en lugar de asestar un golpe seco, empezó a serrarle pausadamente el cuello con la espada. El delirio de la turba se prolongó durante los diez minutos de la cercenadura.

"Empezaba a anochecer y quedaban tres ejecuciones por cumplir. Con un coraje rayano en la temeridad, Macedonio anunció que al ponerse el sol suspendería el espectáculo. Otra vez el tumulto fue bestial. La chusma saltó las barreras y se abalanzó sobre él; amparándose en la oscuridad, Macedonio burló a sus perseguidores, salvó la vida encerrándose en el apartadero dejado vacío por Latroniano.

" Coso y arenas se poblaron de antorchas, que se agolparon ante la jaula de Eucrocía. La santa viuda, rodeada de teas, comenzó a andar, más que lenta, queda, con las manos en el vientre como si cuidase de un niño. Por su tardanza fue arrastrada con

una garrocha en la nuca hasta el medio del Circo. No se le oía gritar, ni un lloro, ni un quejido. Mil personas habría en la arena, setenta mil en la gradería. Los energúmenos, los tahúres, los beodos, los tarados, los malolientes, los viejos, los desechos de la humanidad, los grasientos y los merecedores del fuego eterno llegaron a las manos por el privilegio de manosear a Eucrocía y a postremas, el placer supremo de cercenarle el gáznate con lo que fuera: navaja, hacha o espada."

Oye pa, ya no sé quien está hablando, si Instancio o tú. El que sea cae en lo melodramático.

Habla Instancio, Oscar. Te recuerdo que se lo está contando a un diácono en el Pico Sacro cuando trajeron los restos de Prisciliano a Compostela. Cómo quieres que lo cuente yo, si no estaba allí.

Vale, sigue, pero no derrames más hemoglobina.

- Una vez degollada Eucrocía, alguien propuso proseguir la velada con la cabeza de Aurelio. Advirtiendo la maniobra consistente en dejar a Prisciliano para otro día, Itacio arguyó que, no habiendo sido condenado a morir por hacha, la cabeza de Aurelio quedaría para otra sesión. Y sacaron a Prisciliano.

"Como a Egeria, a él lo arrastraron con una garrocha. La horda de borrachos había bajado el pulgar y el verdugo estaba echando aliento al filo. En esto, abriéndose camino entre aquellos hombres entregados a sus más bajos instintos, silenciosos a su paso, se acercó al altar de la degollación una anciana de pelo blanco y frágil, que había estado presenciando el acto desde la tribuna abandonada por Macedonio. El verdugo suspendió los preparativos, viendo como ella subía penosamente al palenque y se inclinaba hacia Prisciliano. Una vez ante él, se inclinó y le quitó del cuello unos pliegues de la toga que, a su entender, podrían desviar el hachazo. El verdugo se lo agradeció con una sonrisa. Prisciliano abrió los ojos, y si no lloró es porque había agotado las lágrimas. Pronunció en cambio una palabra apenas audible, que según los circunstantes fueron las últimas de su vida: *Hominum caritas et amicitia gratuita est.*

" ¿ Estaría aquella gente ahíta de violencia y de sangre ? ¿ O es que las antorchas palidecían en la noche cerrada ? Sea lo que fuere, dejaron a Aurelio para mejor ocasión, las puertas vomitaron a la calle a toda aquel maremagnum y yo me quedé con Tiberiano y con otros cofrades para velar los cuerpos de nuestros mártires. "

Del Pindo vamos contra el poniente, bordeando la costa por una carretera indigna de estos parajes. En una peregrinación se agradecen sudor y mortificaciones, y no una placentera passeggiata, pero como la FEDER de Bruselas está acabando con las vacas, le ha dado dinero a Galicia para arreglar caminos y corredoiras.

Por una pista de baile llegamos a Cee, pueblo donde se juntaban los peregrinos antes de terminar en Finisterre. Cee es uno de los enclaves habitados más antiguos de Galicia, y abundan en su entorno ruinas celtas y romanas. Había aquí un importante museo arqueológico, que saquearon las tropas napoleónicas.

Corcubión parece el origen del mundo. Su nombre surgió en una lengua anterior al vascuence, y significa Kotsko-Urbión, ensenada de buenas aguas. El mariscal Ney las embadurnó de sangre. Creo que ya va siendo de hora de dejar los datos históricos. En un bar llamado Pachanga, que tiene un pulpo en el letrero, tomamos sendos ribeiros y decidimos seguir en moto hasta la aglomeración de Finisterre. Desde allí a pie, que si no en el último tramo perdemos los resultados milagrosos.

De Finisterre al cabo o promontorio hay tres kilómetros ascendentes, que emprendemos a ritmo ligero. Son las siete pasadas y queremos presenciar el ocaso. Dejó de llover. La carretera se ha quedado desierta de coches y motos, pero la puebla mucha gente, toda de ida.

Adelantamos a campesinos, habitantes de la comarca y algunos extranjeros, no pocos con los pies descalzos. A la derecha sale un camino hacia la iglesia de san Martín. Por lo visto, me enteré por no sé quién después de hablar con Natalinda, al día siguiente de darle media capa al pobre, se le apareció Jesús a Martín y se la devolvió. Quién sabe cómo le habrá sentado al desgraciado el milagrito. El verde monte desaparece a cada paso y se van descubriendo grandes calvas rosadas en los altos de este límite devastado.

Termina la carretera. Asoma el pico del faro. Los últimos cien metros son de granito resonante, cuya solidez parece repercutir en el cráneo. Ha dejado también de orvallar y el fuerte viento se lleva las nubes al fondo del Atlántico. Nuestros acompañantes se dispersan por los numerosos senderos que hay detrás del faro. Cuando llegamos no vemos a nadie, como si hubieran seguido subiendo al cielo. En realidad van desapareciendo entre las zarzas que aquí llamamos silvas, bello nombre latino.

Las aguas del mar están tranquilas, con varios matices de verde y de azul y pequeñas ondulaciones que se cabalgan y avanzan hasta romper en espuma al pie del acantilado. Desde el faro vemos a la izquierda una larga playa con Corcubión al fondo; a la derecha Duio, ciudad medio sepultada de la que habla Estrabón. En el horizonte se

perfila el cabo Touriñán, más metido en el mar que éste de Finisterre. Arriba un cielo azul despejado. Empieza a ocultarse el sol. Las únicas nubes que quedan se han concentrado a su alrededor, con formas cambiantes y colores amarillos, rojizos y violetas.

Emprendemos la bajada por uno de los múltiples caminos pedregosos. Conforme bajamos crece el promontorio, se agranda la montaña y vamos dejando atrás, en cada saliente, en cada roca, recogidos y silenciosos en este ambiente de calma filtrada por los siglos, a los peregrinos que nos acompañaron en la última caminata.

El sol crece a medida que se hunde. Una nube en forma de caballo oculta la parte izquierda de la esfera. Sorteando grupos y parejas, llegamos al filo del agua y subimos en una de las grandes rocas en las que muere la tierra. El sol va por la mitad. Nuevos colores, ahora gradaciones de morado y añil, se extienden por la superficie del mar.

Visto desde abajo, el promontorio es un racimo humano que funde la noche en el granito. Ni un ruido. Sí, de tanto en cuando se despeñan guijarros y se oye el roce de las olas, el planear de las gaviotas. Este silencio, esta luz, muertos y resucitados, son los mismos que sienten y sintieron los que, desde hace miles de años, vienen a adorar el agua, la tierra, el fuego y la altura inmensa del éter, los cuatro elementos de todo lo que fue, todo lo que es, y todo lo que será.

La nube corrediza ha ido menguando y desplazándose a la izquierda. Sólo queda la coronilla dorada del sol. Permanecemos hipnotizados media hora bien cumplida una vez de expirado el último rayo. El aire que respiramos, la luna que nos alumbra no pueden provenir sino de más allá.

Volvemos la vista hacia atrás y descubrimos el promontorio poblado de velas encendidas, al tiempo que presentimos la aparición de una melopea tenue, monótona, sin que podamos discernir si es real o sale de nuestras alucinaciones. Las lengüecillas de fuego parpadean, avanzan, y van desapareciendo al llegar a lo alto. Nosotros, bajo el plenilunio, cerramos un peregrinaje que no es nuestro; que otro padre y otro hijo cumplieron quién sabe en qué año, en busca de sosiego y calma, del apaciguamiento de un deseo inalcanzable.

Al llegar a la planicie le pido dos cirios a uno de aquellos espectros, unna excusa para que Oscar y yo pongamos los pies en las mismas huellas de tantos como nos precedieron por este mismo camino desde tiempos remotos, nos unamos a la santa y peregrina compañía que entre cánticos sacros emprende la bajada del cerro.

En cuanto al canturreo, yo me adapto mejor que Oscar, pues le di al gregoriano macarrónico cuando era monaguillo y a veces voy a Solesmes a reverdecirlo; y él, mucho rock, mucha fusión, pero está pez cuando se trata de responsorios y música litúrgica.

De pronto oigo una voz familiar. Su tesitura de tenor me produce ese brinco, ese trémolo de la sangre, algo que trae a la memoria un instante de otro tiempo ya vivido. Le digo a Oscar que me siga. Nos acercamos a la voz cantante; y sí, es él, Girólamo el florentino dirigiendo a sus cincuenta seguidores de pies descalzos, exactamente tal como los descubrí en Chartres.

No es momento para abrazos estridentes ni tan siquiera saludos discretos. Reduzco el paso, Oscar lo mismo, dejando avanzar la procesión hasta quedarnos a la zaga. Desde aquí la imagen sobrecogedora de las llamas bajando por el sendero tortuoso, más que escena real parece obra de un cineasta demente, como las que viví en mi niñez allá por las lagunas de Cospeito.

En el pueblo de Finisterre se apagan las velas. Subimos todos, unos a sus coches y nosotros en las motos. Los italianos se dirigen a un autobús de la empresa Castromil, llamado, bautizado... Cómo. Si se lo digo se lo van a creer. *Non é ben trovato, e verissimo*: el autobús se llama Prisciliano.

Oscar lleva un par de días desaparecido. Cuando se le busca ya no está, y cuando se le encuentra ya no es él. Debe de andar por el Pindo o en Vimianzo, allá en la Costa da Morte, regenerando vida. Yo regreso esta mañana a París con mi carné de pacotilla, y mucho me temo que haya de viajar solo.

Siempre me levanto temprano en Compostela. Muy temprano, las siete de la mañana; antes, ni un gato por las calles. Como a menudo llueve, y si no llueve queda orvallo en suspensión, los sonidos resuenan en armónicos, en especial los cayados de los peregrinos.

Una de mis mayores dichas en Compostela es ir a la plaza de Abastos parándome en las cafeterías. En una pido café solo y *La Voz de Galicia*; en otra café con leche y *El País*; en la tercera chocolate con churros y *El Faro de Vigo*.

Mientras tomo el enésimo café en la terraza de un bar, me apropio del cuarto periódico del día, que es ahora *O Correo Galego*. Antes de irme a cumplir las despedidas rituales me detengo leyendo un artículo sobre la Bella Otero, cuando veo a mis

entrañables italianos por el paseo de la Herradura. Antes de verlos oí, y sigo oyendo, la voz carusiana de Girólamo; a los cuatro vientos, para que le llegue a toda su grey:

- Nos encontramos en el paseo de la Herradura, así llamado por su forma ovalada. Observen que en el medio hay un túmulo, formado por un amontonamiento de tierra, como construían sus cementerios los druidas. En la antigüedad estaba plantado de robles; todavía los hay, fíjense bien.

Tiene razón Girólamo: robles, castaños y otros árboles; habré de enterarme de qué familia botánica son.

- La herradura, encadena el guía, simboliza el eterno retorno, principio y fin, vida, muerte y renacer. Por otra parte, el hierro es de origen astral. Existe desde siempre una relación muy estrecha entre la metalurgia y la alquimia.

Me acuerdo de los acadienses. Qué razón tenía el de la pipa cochambrosa, cuando hablaba del libro de los condenados que tenían los herreros.

- En las civilizaciones primitivas, prosigue Girólamo, el oficio de herrero era sagrado y privilegio de reyes. En el Rig-veda, el creador del mundo es un herrero, símbolo de la relación entre el hierro y el cosmos. El primer hierro que el hombre conoció, fue el meteórico. Por eso, el herrero está asimilado al poeta maldito y al profeta despreciado.

Ni que decir tiene quién es, según Girólamo, el profeta despreciado.

- Para cristianizar este lugar, Diego Xelmírez, primer arzobispo de Compostela, fundó en el siglo XII una capilla con las reliquias de santa Susana, que le robó a la sede bracarense.

Este Xelmírez es una fotocopia de Clemente V. Es obvio que tampoco le cae bien a Girólamo.

Ahora esboza un ademán circular, dibujando con la vista la forma del paseo. Me embosco detrás del periódico. El grupo inicia la vuelta a la herradura por su lado izquierdo, donde abundan las especies vegetales. Permanezco en mi sitio, convencido de que, fatalmente, regresarán al punto de partida.

Al volver, pasan por delante de mí, así es, pies descalzos y silenciosos como siempre. Yo me enfrasco en la lectura del artículo sobre Carolina Otero, la mayor y más inteligente meretriz de la cristiandad, nacida a una carrerita de can de Bastavales.

Dejo veinte duros en la mesa del bar, rápido, y los sigo a distancia. Aunque me vean, seguro que no me reconocerán, ni Girólamo ni los demás, tanta gente más notable

que un servidor les habrá salido por esos camino de dios. Pese a todo, me pego a los muros, como en Chartres, esto sí que es cerrar el círculo.

Por la rúa do Vilar, con el eco ensordinado de los pies descalzos, los italianos parecen pintura de una procesión. Entran por Entrerrúas, uno a uno, debido a la estrechez de la calleja. Se paran delante del bar en el que debutó la Bella Otero, Carolina, cuando frisaba los catorce años años de su edad y la quería Valle Inclán. Y yo, pecador de mí, cerrando la marcha muy atrás, con palmoteo de chancletas.

Llegan a la Quintana. Desde la esquina de la calle Xelmírez los veo subir las gradas de granito imperdurable, y en ese espacio amplio, circundado asimismo por muros graníticos, me llega la voz de Girólamo mejor que por satélite:

- Lo que tendría que decir un buen guía a los turistas es que García Lorca escribió en gallego uno de sus más hermosos poemas, en el cual evoca el misterio de esta plaza. Se llama Quintana de los muertos, finca de los muertos. Posiblemente estuviera aquí la ciudad de Pría, anterior a Iria Flavia. Es uno de los grandes enigmas de Compostela.

"El nombre de Compostela viene del latín *compositum tellus*, que significa cementerio. Antes hemos visto un camposanto que se encontraba extramuros (me da la impresión de que me he perdido de la misa la mitad, y que Girólamo tiene un discurso circular; aunque, pensándolo mejor, debe referirse a la Herradura), y aquí estaba, en el centro de la ciudad y desde tiempos pretéritos, una necrópolis sagrada donde se enterraba a los druidas. La Quintana sirvió luego como sepultura de mártires, y aquí fueron inhumados Aurelio, Asaribo, Felicísimo y Armenio después de ser trasladados de Tréveris. De cualquier modo, esto nunca fue el Campo de la estrella, que se inventaron los partidarios del Suplantador.

Ahora Girólamo alza el tono, como enojado.

- Por eso, exclama llegando casi al do de pecho, cuando Sulpicio Severo escribe que a Prisciliano y a los suyos los trajeron para enterrarlos en un lugar de Hispania, no pudo ser sino aquí, pues Galicia era completamente priscilianista; sus obispos eran seguidores del Mártir, cuya doctrina tenía raíces tan hondas en el alma de este país que ni concilios ni anatemas pudieron impedir su extensión, como tampoco lograron extirpar las prácticas enseñadas por El. A partir del momento de su inhumación empezaron las peregrinaciones procedentes de Tréveris y de Tours, donde aún vivía el buen Martín. Después, con la invasión árabe, los cristianos necesitaban un talismán para oponerlo al genial Almanzor y se inventaron el cuento de la Suplantación.

El grupo se desplaza hacia la puerta de las Platerías.

- En esta iglesia - nos dice señalando el convento de monjas benedictinas de Antealtares o la iglesia parroquial, su gesto no es muy preciso - hay una inscripción romana que alude a la Reina Lupa, régula indígena que cuando llegaron los restos de Prisciliano autorizó que los enterraran en un monte libre del dominio romano, que dieron en llamar Libredón."

Siguen bajando la plaza hasta llegar frente a la puerta de las Platerías. Girólamo muestra con el índice una figura del siglo XII, que para mí fue siempre la representación de María Magdalena penitente.

- Esa mujer medio desnuda, con mirada perdida y un cráneo en el regazo, es La Doncella que parió un cráneo.

La doncella que parió un cráneo. Qué maravillas tenemos en Galicia. Hay tantas versiones sobre esta escultura... Yo me creí a pie juntillas la que me dieron de niño: el Dios Padre condenó a Magdalena, encinta por obra y gracia de su hijo, a dar a luz una calavera. Cabe preguntarse qué sería de la humanidad si esta mujer no hubiese abortado un cráneo. Menos mal que el Dios Padre, igual que sacrificó a Jesús, sacrificó a su nieto. Qué habría sido de nosotros si nuestro Padre hubiera tenido preferencia por uno sólo de sus hijos. No cabía en Dios tal injusticia. O uno o todos. Y si fuéramos todos, él sería tan innecesario como mi nuevo carné de conducir. Por suerte, Girólamo me sigue desasnando:

- El significado alegórico de esta imagen nos pone sobre aviso de la muerte iniciática como estado creador de una cadena reveladora del Conocimiento trascendente. La muerte no es trance pavoroso, fuente de temores e incógnitas, sino un paso fecundo hacia la Sabudiría.

Pese a que estamos en zona peatonal aparece una camioneta soltando gases carbónicos y decibelios, lo que me impide ver la imagen y oír las últimas palabras de Girólamo. Cuando se evaporan los gases y amainan las explosiones, ya están bajando por Xelmírez hacia al Obradoiro.

Al doblar la esquina la procesión se transforma en grupo compacto, dirigiéndose, más despacio, al centro de la plaza. En un lugar tan amplio me resulta imposible seguirlos a escondidas. Va Girólamo en medio del grupo, mirando todos al Ayuntamiento. Me deslizo lejos de las conferencias del guía, pegado al palacio de

Fonseca. Cuando se vuelven hacia el Hostal de los Reyes Católicos corro al palacio del alcalde. Desde aquí tampoco logro oír lo que cuenta. Al fin se colocan frente a la catedral. Esta lección sí que no me la pierdo. Avanzo a rostro descubierto, escondiendo la figura de Girólamo detrás del cuerpo de uno u otro peregrino.

Por suerte la plaza empieza a estar transitada. Amas de casa que van al mercado, guardias delante del palacio, algunos tenderetes de baratijas e incluso laúdes, bandurrias y panderetas de la tuna compostelana profanan el recinto sonoro, de lo cual los absuelvo por la confusión que originan. El grupo se detiene a unos veinte metros de las escalinatas, delante de una vendedora de botafumeiros. Girólamo exige silencio, manda incluso callar a los tunos:

- La catedral tiene una orientación de oriente a occidente. Esta puerta mira al ocaso, a Finisterre, el fin de la tierra, y el altar está enfrente. Es la síntesis de un mensaje iconográfico de los conceptos maniqueos de principio y fin, de vida y de muerte; el resumen de las ideas de Prisciliano ocho siglos antes de ser construida. Lo cual indica que al principio hubo aquí un santuario priscilianista.

Subimos la doble escalera, digo subimos porque se han entrometido tantos turistas que ya no tengo por qué ocultarme: soy uno más. Aún así, trato de alejarme del campo visual de Girólamo. Siempre detrás de él.

- En este Pórtico cada detalle es un símbolo, desde la postura de los pies, muchos en forma de X, posición de los druidas para ahuyentar a los malos espíritus, hasta la de las manos, que expresan un lenguaje para iniciados, como puede ser hoy el de los sordomudos. Percibimos también una cosmogonía con la idea de Vértice y de Centro, la reunión de los cuatro elementos de Empédocles y el símbolo del reparto del año en cuatro estaciones. El maestro Mateo conocía perfectamente el mundo oriental y aplicó su sabiduría tanto en el mensaje como en el tratamiento de los personajes. Las esculturas recuerdan el mundo iraní de Persépolis por su movimiento, por las ondulaciones de los pliegues y la posición de los pies, como dije antes. Con este lenguaje Mateo nos transmite un mensaje oriental, la presencia de la muerte y de la vida, el eterno enigma que seguirá alimentando las religiones e inspirando a los poetas. Al mismo tiempo observamos una intercomunicación casi circular, a veces triangular, en las miradas de los personajes. Fíjense en Daniel, tan angelical, que parece sonreír con cierta ironía o malicia por la gran copia de peregrinos que vienen a adorar al Suplantador y que, sin saberlo, a quien en realidad rinden culto de dulía, es a Prisciliano.

Nos miramos unos a otros. No podemos impedir que la sonrisa de Daniel descienda a nuestros labios. Girólamo insiste:

- Analicen ahora las miradas de tipo geométrico; noten su relación con el mundo astral. Cuando se pone el sol, los rayos penetran hasta el altar por la puerta de Finisterre, puerta de la Muerte, y el sol vuelve a dar en el oriente, por donde aparecerá Cristo el día del Juicio final. O sea, que aquí tenemos otra vez la dialéctica maniquea : Alfa, Omega; Vida, Muerte; Principio y Fin.

Este conjunto fue construido a finales del siglo XII. En el arco central, como figura, en torno a la que se ordenan las restantes, vemos a Cristo en Majestad rodeado de ángeles con incensarios, de evangelistas con sus símbolos, las herramientas de la Pasión y los veinticuatro ancianos del Apocalipsis con vihuelas y zanfoñas. Observen que algunos llevan botijos en las manos. Son, naturalmente, las redomas de los alquimistas.

- ¿Quién fue el maestro Mateo? pregunta una joven recién salida de la adolescencia; incluso desde aquí se le ven las erupciones pustulosas del rostro. Pero le agradezco la pregunta.

- Poco se sabe de su procedencia. Unos dicen que nació en Galicia, otros que era aquitano por la semejanza de esta catedral con la basílica de san Sernin de Toulouse; y otros que italiano, por los instrumentos de los músicos, desconocidos aquí. De lo que no cabe dudar es de que, como todos los maestros inspirados por el constructor del Templo de Salomón, llamado Iak, Mateo fue arquitecto y escultor iniciado en la expresión secreta de los símbolos. El edificó la cripta, levantó un coro y un claustro que se perdieron, y en esta catedral logró una de las obras cumbres del espíritu humano.

"Miren ahora las columnas de enfrente: del lado de la Epístola pueden ver a Marcos y a Lucas; en la central y en el mismo lado, a Juan el Bautista, y enfrente a Esther, de quien se dice que es la Reina Lupa cuyos pechos, profusos en demasía, mandó cercenar el cabildo.

"Por último, del lado del Evangelio, encontramos a Job y a Judit. En los ángulos superiores, los diez ángeles trompeteros. Esos monstruos que muestran las fauces bajo las columnas expresan el pensamiento del maestro Mateo: los pecados capitales, sostenes del mundo y de la vida. Sin embargo, su innovación más genial fue esculpir a los músicos en movimiento. Se miran dos por dos, dándose el tono para templar los instrumentos. Recuerden que según los presocráticos, Dios es un sonido. Ningún otro portal en el mundo refleja este momento de la organización del caos a partir de la música surgida de la nada para erigirse en expresión sublime de la divinidad: el bien triunfa sobre el mal,

la luz sobre las tinieblas, el cosmos sobre el caos. Dualismo maniqueo, como todo en esta catedral priscilianista.

Rosalía Castro, gran poeta gallega, captó como nadie el sentido del grupo escultórico que tenemos delante:

*O sol poniente, polas vidreiras
Da soledade, lanza serenos
raios que firen descoloridos
da Gloria os ángeles i o Padre Eterno.
Santos e apóstoles - védeos - parece
qu'os labios moven, que falan quedo
uns c'os outros, e alá na altura
d'o ceo a música vai dar comenzo
pois os groriosos concertadores
tempran risoños os instrumentos.*

- ¿Qué simboliza la parte intermedia ? pregunta esta vez el rubicundo angelical que está a mi lado. En todo grupo siempre sale un inocente preguntando lo que uno no se atreve.

- Representa la vida de las viejas religiones, la del Nuevo Testamento y la Iglesia de los condenados para que los veinticuatro ancianos anuncien la tercera parte del pórtico, que es la del Cosmos. Se trata de una progresión, desde el Caos del origen de la Puerta, pasando por la ascesis, hasta llegar al Cosmos, representado por el rosetón; vale decir, el Dios geómetra del Universo. Ya ven ustedes que esto es puro pitagorismo, puro priscilianismo.

- Y por todas partes la concha. ¿ Qué usurpación ! irrumpe airada una joven morena de rostro afilado.

- Así es, Silvana, le contesta mi maestro Girólamo. Y yo pienso que , en efecto, la chica se parece a Silvana Mangano de *Arroz amargo* diosa de cereales y sensual como Exeria o la Reina Lupa. Sí; Silvana pudo muy bien haber sido priscilianista.

- La concha, nos explica Girólamo, reproduce el esquema de la pata de la oca, con sus tres dedos. Por su carácter de ave peregrina que reparte su vida entre el agua y la tierra, la oca es signo de iniciación. Las antiguas culturas la consideraban el Ave Fénix, capaz de renacer de sus propias cenizas cuando en su peregrinación era abrasada por el sol. Tal atribución simbólica la convirtió en imagen de todo lo que conduce a la

meta de la doctrina ocultista. En Oriente fue guía de sabios bajo la figura del Kâlahamsa; en Occidente tiró de la barca en la que los caballeros del Grial navegaban al encuentro con lo sagrado.

"Todos ustedes han jugado a la Oca sin saber que se entregaban a una práctica iniciática. Este juego divulga la hermética Tabla de Cebes, que contiene los diálogos ético-morales de este discípulo de Sócrates. Piensen ahora que cuando el dado cae en una casilla en la que se encuentra el ave, y avanza hasta la siguiente - de oca en oca y a mí me toca - el jugador se va acercando al término de la espiral. En cambio, cuando caen en la casilla de la muerte, vuelven a empezar; es decir, que de la muerte se vuelve a la vida. Es el principio del eterno retorno. Y piensen que el camino de la Vía Láctea, desde los Pirineos al Finisterre, está jalonado de topónimos que se refieren a la oca o a alguna de sus variantes: el ánade, el ganso, el ánsar, el pato. Piensen en los montes de Oca, con su culto ancestral a Nuestra Señora de Oca; en el valle de Ansó; en el río Oja; en San Esteban de Oca; en Santa María de Loyo, l'oie, en francés; en Valdueza, valle de la Oca. Todo indica que este juego nació para los adeptos que habrían de emprender el Camino como parte fundamental de la búsqueda del Conocimiento.

"Si observamos las figuras del juego, veremos que en él se hallan los riesgos que deberá afrontar el peregrino: cárcel; aguas contaminadas de las que nos habla Aimery Picaud; muerte, así como castigos. Al final el triunfo, Gloria eterna."

Los argumentos de Girólamo parecen irrefutables. Le voy a enseñar a jugar a la Oca a Jaimito. Pero en un tablero antiguo, no de estos que traen patos sinsorgos yanquis. Tal parece que Girólamo haya adivinado otra vez mis pensamientos. Vuelve cinco casillas atrás:

- Y ahora - va modulando *in crescendo*, tanto el volumen de la voz como la tesitura y los gestos de las manos - ¡y ahora, repito, de símbolo de los alquimistas la concha pasó a ser el logotipo del Suplantador y de la Shell Oil Company!

Nos lleva del otro lado del Pórtico, cabe una estatua que mira al altar mayor. Entramos. No hay canónigos en el coro ni acólitos en el presbiterio ni música de órgano ni salmos. Descansa la oración para dar paso a la piedad.

- Mateo se esculpió a sí mismo en dura piedra arrodillado frente al altar. Pudo haberse colocado entre las figuras más gloriosas. Sin embargo eligió un lugar oscuro, de espaldas a su propia obra. A esta imagen le llaman *O santo dos croques*, el santo de los coscorrónes. Es tradición que un golpe con la frente en la suya provoca inteligencia. Y

no andan descaminados, pues es éste un hábito semejante al de andar descalzos, como se nos reprocha a los seguidores de Prisciliano, para extraer energía de la tierra.

Nos ponemos todos en cola delante de maestro Mateo. Vamos chocando uno por uno la testuz contra la suya. Sin sentido de la medida, como siempre (cuando murió mi abuela fui el único hermano que la besó en los labios, tal como ordenó mi padre, quedándose los demás a unos centímetros de su piel) le arreo un cabezazo y me arden cirios, arden millares de cirios en la cabeza como estrellas del firmamento.

Vuelvo en mí cuando los peregrinos están transponiendo una puerta tan exigua que impone un amago de genuflexión. Los alcanzo comulgante y pensativo. Solamente la resonancia de mis chancletas degrada la sacralidad del recinto. Nadie me mira, nadie me va a censurar : quito las sandalias y las escondo debajo de la camisa.

Llegamos a la cripta. Sobre una sencilla mesa de piedra sin arrequives ni requilorios reposa un sarcófago que recuerda los antiguos relicarios. Alta, incrustada en la sombra, una estrella de oro pende sobre la urna.

Mis compañeros se arrodillan, Girólamo el primero y yo el último, qué le voy a hacer, no puedo quedarme de pie en medio del grupo. Ahora parece que me ve, Girólamo; me ve descalzo, de rodillas y no hace ningún aspaviento, como si hubiera recorrido yo los mil quinientos kilómetros con ellos. Creo detectar en sus labios una sonrisa que me ilumina durante la media hora que permanezco arrobado.

Vuelvo como entre nubes a casa de mi hermano. Cedo el paso a un tullido, doy veinte duros a un ex yugoslavo, firmo un documento contra el sida y compro un casete a los tunantes, impulso irreprimible de mi felicidad.

La Vespa me espera cabizbaja en la rúa das Hortas. Le beso el asiento, húmedo aún de rocío. Ya ves, hijiña. Hemos llegado a Compostela pero nos falta el regreso. Oscar está en trance de resurrección y tendremos que volver solos. Qué te parece. Si hasta aquí ha sido un juego de niños, nos queda un camino largo, largo de recorrer, y tú y yo sabemos que ahora comienza la parte más dificultosa del viaje.

Terminado en Son Adelfas, Isla de Mallorca, el 12 de agosto de 1998.

Oyó el llanto dulce, suave, de una voz amada. Tratando de responder, se aflojó su cuerpo y cayó aplastado por la gravedad del sueño. La voz siguió llamándolo hasta el desfallecimiento. Volvió en sí. Se arrastró a tientas hasta la pared. Aplicó el oído. Lo que le llegaba no eran suspiros ni jadeos, sino una exhalación por las fosas nasales, como si alguien, sabiéndose abandonado, se desprendiera de toda dignidad.

-¿Eres tú, Eucrocía?

- Soy yo, sierva tuya si me llamas, lámpara tuya cuando me miras. Tu dolor y mis pensamientos me mantienen en vela.

- ¿Por qué habré aparecido en tu vida? ¡Huye, Eucrocía, huye! Todavía queda un rastro de piedad en el alma de los carceleros. El centurión que te custodia ha cedido ante el brillo del oro. Te dará un manto y te dejará en el puente del Saona, donde te aguardan dos soldados con caballos. Te llevarán al buen Martín. Piensa que la muerte aletea sobre nuestras cabezas.

- ¡Eres obispo y sólo pueden condenarte los obispos!

- ¡Estaba escrito en el cielo con letras estrelladas!

Ponte a bien con Dios y con el Diablo.

Vaya paciencia tienes conmigo, Chafariñiñas.

Le doy al pedal: aleluya, a la quinta vez se enciende; pongo el acelerador a un cuarto y voy soltando poco a poco el embrague, poco a poco: milagro *et pur si mouve* le grito al Chafariñas de ojos desorbitados. Dónde aprendiste tú el gallego, me pregunta. Iba a replicarle que con Galileo Galilei cuando me enseñó las leyes de la caída de los cuerpos, pero oigo un ruido de diez latas arrastradas, como atábamos de niños a los perros en el rabo. Miro por el retrovisor. No tiene retrovisor. Torno, media vuelta, la cabeza. Se me empieza a ondular el paisaje. Lo que me faltaba, el vértigo paroxístico. Le doy tres o cuatro vaivenes a la cabeza; las bolas del oído interno vuelven a su lugar. Y el Chafariñas, corriendo a mi lado. Venga, hombre, no les des tantas vueltas a la cachola y acelera, que te están esperando. Oye, esto es examen o guillotina. Lo pienso anular por vicio de forma. Déjate de leches, que los examinadores te están de malas. Encima. Manda truco.

Al día siguiente, en hora semejante a la del anterior, volvieron los acusados ante el tribunal. Una leve corriente transitaba por el recinto. El humo parecía que no lo notara. Prisciliano sentía su caricia en el rostro. La tortura lo había envejecido y parecía haber dilacerado en él la sutil trama de la vida humana. Le temblaban las manos y los labios; parpadeaba sin cesar, y no se sabía qué de ruinoso revelaba su próximo desmoronamiento. Aún así, sus ojos claros no habían perdido brillo, y sus palabras demostraron que la destreza habitual no lo había abandonado:

- Desde esta tribuna le pedimos al emperador Máximo que arbitre entre el obispo Hydacio y nosotros para que se restablezca la verdad y podamos volver a predicar en nuestras diócesis las divinas palabras.

Su voz sorprendió a todos por la sonoridad y potencia. El nuevo presidente era un hombre alto nueve cuartas romanas, muy embozado de barba y grandes ojos negros. Le respondió:

-¿Qué significa, Prisciliano, tanta arrogancia ante el más elevado de los tribunales?

- Prisciliano no comprende tu pregunta. Hablas de arrogancia. ¿Dónde reside?

- En que para nada respetas al emperador Máximo, ante quien se inclinan ya los antiguos paganos. Por amor del Señor debemos someternos a él. Tal es la voluntad divina. Dicho está: Amad la fraternidad, temed a Dios y honrad al emperador.

- No es dado honrar a una criatura siendo nosotros también criaturas de Dios destinadas a compartir su esencia.

El juez de la izquierda no estaba acostumbrado a oír semejantes dislates. Se llevó las manos a la cabeza, tapándose de paso los oídos, y susurró:

- Innovaciones sumamente peligrosas que pueden corroer el Imperio.

- Nuestra misión - continuó arguyendo Prisciliano - consiste en afirmar el amor de Dios y en restablecer los buenos hábitos. Llevamos cuatro años predicando con este fin. Es muy posible que no hayamos estado a la altura de la misión que nos ha sido encomendada, mas sólo hemos querido hacer el bien. Con nuestras innovaciones, el Imperio de los ciudadanos llegará a ser el reino de la humanidad.

Los mocosos se han colocado en plan de espectadores a ver cómo se rompe la crisma el abuelito este. Un milagro si aprueba. Pero yo tengo una ventaja esencial sobre estos sádicos: fui pianista y me queda una estimable independencia de todos los miembros; puedo hacer círculos con el pie derecho hacia la izquierda y con el brazo izquierdo hacia la derecha y viceversa. Prueben a ver. Con tal habilidad no llegué a Rubinstein porque preferí joder a mi padre, pero hay de sobra para lo que me exige el Chafariñas. También aprendí el método de Walter Giesekin, que les detallo: no es necesario tocar las teclas para aprender una pieza. Basta con estudiarla mentalmente en casa, en el metro, pensar que se toca el fa con el meñique de la mano derecha, el do con el pulgar de la izquierda y así seguido, *crescendo*, matizando, hasta que uno se sienta al piano y sale la pieza sin haber dado la coña a los vecinos. Desde que llegué esta mañana he estado serpenteando mentalmente entre esas varillas. Las he sorteado veinte veces, he pasado por el carril despacio, que es como hay que estudiar el piano, hasta que aprendí los gestos y el recorrido de memoria. Y a mayores, me encomiendo a Prisciliano.

La consigna era llevar el juicio por aguas tranquilas. El presidente lo estaba consiguiendo. Una pluma que entrara por la ventana quedaría navegando en humo, oscilando entre dos ondas, lo mismo que sus palabras bogan sobre las cabezas:

- Cuando el Imperio se tambalea - añadió el presidente, alzando la voz - todos los miembros crujen. Y aunque queremos mantenernos al margen de las turbulencias, nos hallamos envueltos en la tormenta. Sabemos que la terrible catástrofe suspendida sobre la tierra y la clausura misma del tiempo que nos amenaza en este fin de siglo con horribles calamidades, no están contenidas sino por la tregua acordada al Imperio. Para que los bienes de la tierra no lleguen a ser presa de bárbaros y salvajes, habremos de someterlos a la ley del emperador.

Clima apacible, insoportable para Itacio. Embridado, miraba el tejido grisáceo del polvo. Sopló para darle animación y soltó las amarras, sin saber a quién se dirigía:

- ¡ Te imploramos que defiendas nuestra causa contra este sacrílego, manchado con las impurezas de la magia ! Que Dios humille a tus plantas la cerviz de los soberbios, quiebre sus dientes, convierta en polvo y en humo la vanidad de los enemigos. Quiera Dios que el obispo metropolitano y el príncipe de la tierra, uno con la vara de la ley y el otro con el hierro, arranquen de cuajo la herejía y el ludibrio.

- ¡Hipócrita! - se oyó -. Voz estentórea, trueno arrollador. ¿Eso es lo que aprendiste de Cristo? ¿Acaso te ordenó odiar a los hermanos, a los que llamas herejes solamente porque llevan una vida diferente a la tuya?

Era Martín, san Martín de Tours; lo reconocí en el sueño por la capa. Era igualito al del cómic de Proust. A empujones y codazos, como en Burdeos, siguió acercándose al tribunal:

- ¡Culebras, generación de víboras ! ¿Cómo evitaréis el quemadero en el juicio final ? A ti, depravado Itacio, dirige mi boca las palabras del Crucificado: Ay de vosotros, letrados y fariseos, que limpiáis por fuera la copa y el plato, mientras por dentro reboáis de robos y desenfrenos. ¡Con esto atestiguáis que sois hijos de los que asesinaron a los profetas!

El miedo recurrente hizo que Itacio volviera a la compostura; se dirigió con humildad al fiscal:

- Hágase la voluntad de nuestro poderoso César. Nosotros somos sus criaturas, él nuestro padre; Dios ha querido que todos los crímenes los castigue un juez secular, no los obispos ni los dignatarios de la Iglesia. Pablo *dixit*: "Que todas las almas obedezcan a los que ejercen el poder, pues todo poder reside en Dios. Por eso designa muy justamente ministro Suyo al juez encargado de condenar al que comete el mal ". No lo dice Pablo una sola vez, sino que lo reitera dos o tres veces. Por esta misma razón se pagan los impuestos al César y los agentes encargados de reclamarlos ministros son de Dios.

Perdida la calma, Itacio dio en acelerar frases, en tragar palabras. El escribano sacaba la lengua, agobiado por tanta vehemencia. Los acontecimientos futuros, la historia posible, acudían a su pluma, tan fugaces y tenues como los destellos del polvo que se encendía y apagaba como una escritura en seguida borrada, de modo que el porvenir dudaría que hubiera sido grabada. De pronto Itacio explotó, sin saber muy bien a quien se dirigía:

-¡Tú, impetuoso torrente de maldad, monstruo perdido en las miasmas metafísicas, fétida exhalación de tu execrable dogma e inmundas teorías... y el resto de la frase estuvo constituido por obscenidades.

- Yo os digo, repuso Martín, en comparación calmado, no os entreguéis al emperador porque acaricia el vientre y no os lacera las espaldas; no confisca vuestra hacienda para daros vida, sino que os enriquece para la muerte; no os empuja hacia el camino de la libertad encarcelándoos, sino que os agasaja en sus palacios para que seáis sumisos; no maltrata vuestros pechos, sino que se aseñora de vuestros corazones; no os cercena la cabeza con su espada, sino que la perdéis por culpa del oro.

El rostro ligeramente africano de Itacio se iluminó con un fogonazo enceguedor. No era un estallido de rabia, sino furia elemental que le hinchaba las venas del cuello y lo forzaba a contraer los labios en una mueca inhumana:

-¡Ay de ti, noble Lusitania! ¡Ay de ti, vieja Callaecia, que has engendrado a un nuevo Manes para oscurecer y destruir la fe cristiana! Agitando los brazos, golpeando el suelo con los pies, berreó:

- ¿Acaso no es vergonzoso, y disculpad la pasión que demuestro por la causa presente, ver hombres de una secta deplorable, blasfema, ilícita, insurgirse contra el emperador?

-¡Para que la Iglesia recupere el buen camino, es preciso que los reos sean entregados a un tribunal eclesiástico. En caso contrario, la muerte y la desgracia se abatirán sobre la vosotros!

El escribano transcribió estos últimos alaridos de Martín y siguió dejando constancia de la evanescente historia del mundo; por lo menos de una de las infinitas variedades de esta tragedia, cuando de repente se produjo un torbellino y se oyó un estruendoso abrir y cerrar de puertas.

Expectación en el graderío. Qué va a hacer el abuelito. Cabrones. Enciendo a la primera, como si apretara el pedal sonoro del piano. A que no os lo esperabais, mamones. Embrago, acelero, semidesembrago, freno, medio freno, vuelvo a acelerar; atrás queda una vara, freno; van dos, acelero, van tres, y así hasta terminar la M o la W, según se mire. Estupefacción general; me encarrilo a los carriles, valga la redundancia, que no está el horno para florituras. Voy, los enfilo de lejos, freno; cuando estoy a dos metros miro el término de la línea; oteo el horizonte; cierro los ojos, todo un viaje de dos mil kilómetros desde París... y volver... pendientes de unos segundos; acelero y tiro recto: ni un sólo roce con las ruedas, si no se oiría un recital de mil pares de latas, como dije. Aún me falta la aceleración a tumba abierta y luego un frenado bestial para quedar con la rueda delantera pisando la meta.

Entreabrí un ojo; todavía era noche. Normal, un sueño que se tardaría horas en narrar y meses en escribir, dura una décima de segundo; con todo me dio tiempo a ver por dónde se iba Martín cuando salió del pretorio, y lo seguí.

Salió hacia el palacio imperial bufando. Al llegar intentó detenerlo un joven regordete, triste, cuyo rostro imberbe hubiera denunciado, si fuera menester, su condición de eunuco. Tras él, Martín se llevó por delante cuatro barreras de oficiales de servicio, de empleados áulicos de diversos rangos, de guardias y centuriones que trataban de cortar el paso. No se impide la entrada a un legionario, chillaba Temblaban las columnas. El nuevo Sansón a dos centuriones les partió sus propias lanzas en las molondras, al tiempo que repetía y repetía: Tiene que juzgarlos un tribunal eclesiástico. Así llegó, con una docena de guardias a cuestas, hasta la recámara del emperador. Delante de la puerta final se encontró con Macedonio, bien plantado con las piernas abiertas para bloquear la bola de catapulta que le venía encima.

- Con tales frases menosprecias al emperador, le advirtió al intruso.
- ¡Aún no lo he despreciado, *magister argentorum*!
- Y si te permito entrar ¿lo harás?
- Sí, por Dios; lo haré si al tratar con él, lo hallo injusto con Prisciliano.
- ¿Le vas a dar entonces una lección de justicia? ¿Acaso en la idea de que la ignora?

- No, por Dios: en la idea de que aprenda a usarla.
- Fue precisamente haciendo uso de ella - concluyó el secretario del emperador, pues oía que Máximo se acercaba a la puerta - como nuestro santo emperador recuperó para sí el Imperio y restauró la autoridad, no sin esfuerzo ni negligentemente.

En el sueño, Máximo me pareció todo lo contrario de lo que indicaba su nombre; paré mientes en lo esmirriado y enteco de su figura; en la desproporción entre los pies de plantigrado y las manos de angelote. Nadie hubiera pensado que este hombrecillo de escuchimizada figura había levantado el ejército de Bretaña contra Graciano. Máximo se inclinó con respeto :

- ¡Martín de Panonia, héroe de la legión y heraldo del cristianismo, te saludo!
- Martín permanecía erguido, pecho abombado, testa altiva:
- Yo también saludo al capitán rebelde que nos libró de la invasión subrepticia de los alanos. Y le aconsejo que no mancille su gloria interfiriendo en los asuntos eclesiásticos.

Me pareció, aún entre fusco y lusco, que Máximo era un soldado brutote y que esperó unos instantes a que Macedonio respondiera por él:

- La unidad política que debes realizar - insistió el secretario dirigiéndose al emperador- exige la ayuda de una Iglesia unida, tanto en su doctrina como en su administración. Decio y Diocleciano así lo han hecho, apoyándose en el viejo paganismo.

La fuerza está ahora del lado de los cristianos. Gracias a ellos logró Constantino la unificación del Imperio de oriente, y merced a los mismo Teodosio guía con loable pragmatismo los destinos de la Iglesia de Oriente. ¡ Sigue su camino ! El Dios supremo te promete su perdón y te asegura una gran prosperidad. El Imperio y la Iglesia son dos flores del bien, entrelazadas por mano divina.

- Yo temo al contrario, muy piadoso emperador - habla ahora Martín - que con el pretexto de la condena, la doctrina de Prisciliano alcance más fuerza; que no habiendo sabido despreciar su importancia actual forjemos una disensión y un conflicto mayores. ¿Por qué das batalla a los ya derrotados, puesto que el combate no puede aportar una victoria mayor? Déjalos en manos de un tribunal eclesiástico; mantente alejado de la sangre de unos infelices: basta con que los herejes sean expulsados de sus obispados por sentencia episcopal. Es impiedad nueva e inaudita que un juez secular se entrometa en una causa eclesiástica. Y te predigo que si persistes en mantener este juicio inicuo, serás derrotado en las próximas batallas, por muchas que hayas ganado al principio, y en una de ellas morirás. Tú también, Macedonio. ¡ En verdad en verdad os digo que si derramáis la sangre de estos justos vuestros días estarán contados ;

Máximo se puso lívido, Macedonio esbozó una sonrisa escéptica, y los dos se retiraron al despacho del emperador. Martín salió pegando portazos. Poco después, influido por Rufo de Metz, y desviado de resoluciones más suaves que preconizaba Macedonio, el emperador designó fiscal a un hombre llamado Sartorius, de quien sólo nos queda la fama de su crueldad.

Silencio sepulcral. Llega el Chafariñas: Qué lástima, joder. Cómo carallo se te ocurre poner el pie en el suelo antes de cortar el motor -, me reprochó; o al revés, no sé lo que fue, cuando esperaba felicitaciones, abrazos, besos, que bien merecidos los tenía. Pues no sé, no recuerdo bien, Chafariñas, si lo puse de lado o de puntillas; tan grave no será, digo yo. Cómo que no: para catearte, machiño.

Al cabo de media hora de nerviosismo cae el fallo del tribunal : todos aprobados.

Se reanudó el juicio. Contando con que la condena más que segura, el presidente Evodio había instaurado un clima grave mas no dramático. Respaldado en el sillón, mirando a las alturas como si en ellas levitase Máximo ecuestre, imploró pausadamente:

- Es preciso, santo emperador, aniquilar estos hábitos aplicando las disposiciones más severas de tus edictos, a fin de que el error de la vil herejía no continúe socavando el poder de Roma. Por eso tu obligación, santo emperador, te lleva a castigarlos. La ley de Constantino, inspirada por el Dios supremo, te prescribe perseguir por todos los medios el crimen de magia y de maniqueísmo. Esta ley ya estaba escrita en el Deuteronomio, cuando acon...

Sartorius movió sus acuosos ojos; tenía una corta barba roja, y greñas sebosas cubrían su cráneo piriforme. Hundió la nariz en un pergamino:

- ...acon... seja...y leyó: "Si te incitare tu hermano, hijo de tu madre, tu hija, tu mujer o tu amigo íntimo, diciendo en secreto, 'vamos y sirvamos dioses ajenos que ni tú ni tus padres conocisteis', no consentirás con él, ni le prestarás oído, ni tu ojo lo compadecerá, ni le tendrás misericordia, ni lo encumbrarás, sino que lo matarás. Tu mano se alzará primero sobre él para matarle, y al cabo la mano de todo el pueblo".

Sartorius parecía tener afecto a las expresiones rebuscadas, procedentes de solitarias y añejas lecturas. Quedó muy orondo tras su preámbulo, y lo aumentó:

- El Dios Supremo, santísimo emperador, te promete los favores de su perdón y te reserva el crecimiento de una inmensa prosperidad. Haz luego lo que El te ordena;

cumple lo que te prescribe. Los felices auspicios de tu reinado han sido coronados por grandes venturas. Cuando decidiste tomar el poder, gozaste del favor divino, y nunca éste te abandonó ni te abandonará, si un día te topas con dificultades.

Uno de los jueces, cuyo nombre no consta en los anales, se levantó para notificar:

- Yo me abstengo, hermanos, de votar, mientras no goce de plena independencia. Me siento coaccionado. Cualquiera que sea, el fallo carecerá de valor. Yo no aceptaría, por mi parte, ser degollado en tales condiciones.

Luego paseó una mirada fría y de escasa indulgencia sobre las cabezas blancas de sus pares:

- Si lo queréis, hermanos, votad vosotros. Mas... ¿lo queréis?

Ahí residía el fondo de la cuestión. Ninguno de los jueces, abrumados por la gravedad del momento, osó responder.

En medio del silencio, de la tensión, de la ansiedad, Evodio se levantó con parsimonia del sillón presidencial. Sus carraspeos sonaron como truenos. Otra vez silencio. Tomó un pergamino y lo desplegó:

- Aunque la Iglesia se hubiera contentado con un juicio eclesiástico, pues no suele recurrir a las ejecuciones sangrientas, en este caso se ve apoyada por las leyes de los emperadores para que el temor de un suplicio temporal obligue a los humanos a cultivar los remedios espirituales. Así pues, visto que estos heréticos, igualmente llamados priscilianistas, han hecho grandes progresos en Hispania, en Lusitania, en Aquitania, amenazando con expandirse por todo el orbe, pues enseñan públicamente sus errores y tratan de pervertir a los débiles, sentenciamos:

A Prisciliano, convicto de maleficio, que no ha negado haberse afanado por doctrinas maniqueas ni tampoco haber celebrado conjuros a los dioses del Averno, lo declaramos culpable y condenamos a ser degollado, así como a Felicísimo y Armenio, los cuales, siendo clérigos, se han separado de los cristianos para seguir al Impío en su doctrina y en sus prácticas.

A Latroniano por poeta y a Eucrocía por mujer les conmutamos el hacha por la espada.

También perecerán por la espada los diáconos Asaribo y Aurelio.

Instancio, que fue elegido obispo por sus pares, será deportado a la isla Scilly, más allá de las Británicas.

A Tiberiano le imponemos destierro temporal en las mismas islas e iguales condiciones que a Instancio, así como la confiscación de sus haciendas.

Lo mismo a Higinio de Córdoba.

Tértulo, Potamio y Juan, aunque despreciables, dignos son de mansedumbre, pues que antes de los interrogatorios se denunciaron a sí mismos y a sus secuaces. Serán relegados al destierro dentro de las Galias y sus haciendas confiscadas.

- ¡A las ergástulas los seis!, concluyó Evodio.

Prisciliano dio un paso adelante y se dirigió al tribunal:

- ¡Miserables! Nos haréis perder la vida presente. Empero el rey del mundo nos despertará el día de la resurrección. Pero los que habremos muerto por fieldad a las leyes de Dios gozaremos de la eternidad en su presencia..

Salieron, obedeciendo las órdenes de un destino trazado. Sólo el poeta Latroniano, levantando los ojos al infinito, pronunció una larga maldición:

- Gracias a tu humano poder haces lo que se te antoja. Sin embargo eres mortal, Evodio. No creas que nuestro pueblo ha sido abandonado por el Señor. No escaparás al castigo divino. ¡ Pronto la terrible venganza de Dios se abatirá sobre ti y sobre todos los de tu ralea y lamentarás la segunda muerte !

Chirriaron los cerrojos. Dentro de las celdas la piedra enmudeció, sin eco para los ruidos. Prisciliano lanzó un grito espantoso, cuya resonancia permaneció durante varios días en los oídos de los cancerberos.

Bastavales es un lugar del municipio de Brión, en las orillas del Sar y a medio camino entre Noia y Compostela. Su topónimo procede del latín, y es cierto que domina un amplio valle, gozando, además, de un insólito microclima. Como suele ocurrir en Galicia, esta parroquia, de unos mil habitantes, está dividida en numerosas aldeas. Las que componen Bastavales suman veinte, habitada cada uno por cuarenta o cincuenta campesinos. Es famosa por un poema de Rosalía Castro:

*Campanas de Bastavales,
cando vos oigo tocar,
mórrome de soidades...*

Salimos muy de mañana de Bemil, nuestro aldea en Bastavales. Ahora al revés: Oscar en mi Priscila y yo en la Yamaha 500, estrenando mi flamante carné.. Dan las ocho en tono morriñoso las mismas campanas que oía Rosalía de niña, cuando para tapar la vergüenza de su padre cura la escondieron en estos pagos.

El paisaje se extiende inmóvil, el verdor del valle sigue difuminado y en paz. Pasamos por delante del cruceiro de la aldea, siempre con dos mazorcas al pie del hombre crucificado; más allá un hórreo. Tiene una cruz delante para Dios y puntero atrás para el Diablo. Después, entre corredeiras cubiertas de parras de lado a lado, llegamos a la iglesia. De granito, como todo aquí. Bajamos la colina a rueda libre, por no espantar a las aves, altas y blancas, que vienen del horizonte.

Oscar se pone inmediatamente en cabeza - es que no puede ser segundo - y así vamos hora y media hasta Vimianzo. La Yamaha bien, pero no se me dan las japonesas. Demasiado alta para mí, me siento incómodo e inseguro. Se la devuelvo a Oscar y yo regreso al redil, con Silvina o Priscila.

Todavía no hemos desayunado y estamos destemplados. Entramos en un bar. Oscar llama por teléfono a Manuel Rivas, amigo suyo y a quien yo aprecio por sus escritos. Rivas no contesta.

Mi hijo tiene un despertar largo y agrio. Por la mañana no hay quien lo ature, como dicen aquí por cuidar a las vacas para que no se escapen de los prados. Y a uno, claro, le da por provocarlo:

Aquí puedes comer pulpo, Oscar, que no es ni más ni menos repugnante que el lagarto.

Esboza una mueca.

Esa broma ya me la gastaste en Mérida, pa.

Para nada, hijo: no pasamos por Mérida.

Cómo que no. No fue acaso allí donde me hiciste empujar el coche del minusválido.

Es cierto, uno empieza a chochar y no se acuerda ni de lo que escribe.

Vale. No te pongas así, pa, es que ya me está interesando el cuento. Le segaron las cabezas a dos o tres de ellos en Alemania. Fue así, no.

A seis. En Tréveris. No estaría mal ir allí después de este viaje.

Me gustaría acompañarte, pero cuando haya grabado el disco.

A ver si lo acabas antes del año dos mil, así podremos celebrar el milésimo sexcentésimo trigésimo centenario del regreso de las reliquias.

El qué, dímelo en cristiano.

Bueno; que hace mil seiscientos treinta años trajeron a Galicia los cuerpos de los degollados. Es muy posible que por aquí pasara la Vía número XX del Itinerario de Antonino.

Imagínate lo que sería este lugar en una mañana de octubre del año 370, con neblina y sol decreciente. Hacia aquí convergían miles de personas, rendidas macarenas por atajos riscosos, vados de ríos, noches caminando bajo la luz de las estrellas. De día descansaban, dormían en atrios, en cenobios y cuando no a la intemperie. El grupo principal salió de Tréveris, y a partir de Tours se le fueron añadiendo riadas hasta la marea final.

Los de Tréveris se levantaron al canto del gallo. Los niños madrugaron, los enfermos bajaron de los lechos; cristianos, godos y paganos acudieron al anfiteatro para inclinarse ante los restos de la matrona Eucrocia, del obispo Prisciliano, de los clérigos Felicísimo y Aurelio y del poeta Latroniano, expuestos en el mismo lugar donde habían sido decapitados tres años antes. Curiosidad y devoción, mística y morbidez.

Entre el gentío destacaban Paulino de Nola, que había sido condiscípulo de Prisciliano en Burdeos; Sulpicio Severo, cronista y asceta, biógrafo de Martín; el ermitaño Anatolio, antiguo vecino de celda de Prisciliano en Marmoutier y que proseguía camino a la santidad merced a una túnica escarlata que le había regalado una bandada de ángeles con los que mantenía conversaciones oníricas.

Oye, pa, vale; eso ya es demasiada fantasía.

Tampoco es artículo de fe como la ascensión de la Virgen en cuerpo y alma al cielo, hijo mío.

Y estaba igualmente, en una ventana junto con otros santos padres que habían asistido a la degollación, o que la habían ordenado, el anciano Filastro de Brescia, hurgón de herejías por todo el Imperio y apóstol de excentricidades exegeticas.

Con novicio temblor - acababa de recibir la prelatura de la capital - el obispo Félix recitaba salmos relativos a la muerte de Jesús, demostrando con las Santas Letras que nada sucedía que no estuviera previsto y nada se había dicho que no se hubiera cumplido. En particular, las profecías de Martín: Máximo entró en guerra con Teodosio. Detenido en Aquilea junto con su hijo Víctor, a quien había nombrado César, fueron decapitados ambos. En cuanto a Macedonio, lo dejaron maltrecho los hombres de Ambrosio cuando quiso refugiarse en la basílica de Milán.

Tras el feliz cumplimiento de estas dos profecías, Martín agotó sus poderes taumátúrgicos y nunca más consiguió hacer milagros.

El nuevo emperador rehabilitó a Prisciliano y a los suyos, autorizando el retorno de los cuerpos a los lugares de origen. La Iglesia los reconoció mártires. Leída esta soflama, Félix dio el tono de un canto grave, lineal; una tras otra las voces de la asistencia se unieron a su voz hasta que todas, en peculiar unísono, entonaran un himno como bandada de pájaros que gorjease con única conciencia.

Los cantos acompañaron a los mártires hasta el puerto fluvial. Acababa de llegar de Frigia, navegando por el Danubio y el Rin, el cuerpo incorrupto de otro Paulino, el antiguo obispo de la ciudad, quien por su avidez de riquezas y celo en la persecución de los maniqueos había sido desterrado por Constancio II. El barco estaba cargando calizo para reconstruir el foro de Adriano en Burdeos. En él partirían los sarcófagos de piedra con los gloriosos cuerpos. Los fieles irían por el antiquísimo camino de la Vía Láctea, que dólmenes e iglesias superpuestas al culto de los celtas reflejan en la tierra.

Los sarcófagos arribaron a puerto como bloques de pirámides, rodando sobre troncos. El patrón del barco, un hombre corpulento y rojizo que adivinaba las brisas, metió el índice en la boca y lo expuso al aire para ver de dónde soplaban las brisas:

- ¡ Podemos zarpar esta noche !

La barquichuela se desliza Mosela arriba, remolcada a la sirga por una yunta de bueyes desde el camino paralelo a la corriente.

- ¡ Se ven las montañas blancas - vuelve a gritar el capitán -; pronto llegaremos al Rin!

Graznares de gaviotas vocingleras anuncian el gran río; al oírse el rumor de las olas, pasan los sarcófagos a un navío de alta mar. Viene de la manga aire fresco y húmedo, que riza gozoso en el agua. Felices de poder ondear libremente, sin la limitación de márgenes estrictas, las velas procuran el viento mayor. Lejos, más allá de los angostos, les espera la amistad de los cormoranes. Un viento sureste, que nace al este de Flavia Cesariana, las empuja, en noches y días reposados, a lo largo del saliente armoricano.

Con mar de bonanza pasan las islas Scilly, muy famosas, que se ven en lo abierto y no son más que minas de estaño y presidio de Higinio e Instancio. Navegando por mar abierto con la ciencia que dije llegan a Burdeos. En esta ciudad deben juntarse con los peregrinos y descargar los cuerpos de Eucrocía y Latroniano, nativos de aquella región, para darles sepultura.

Desde que los peregrinos de a pie salieran de Tréveris, ni la canícula, ni la ventisca ni las enfermedades habían impedido que se despertaran cada día con fe suficiente para seguir caminando. De noche escudriñaban el sentido de la Vía láctea; al amanecer un clérigo recitaba versículos del Evangelio sobre la resurrección del Señor. Y con sonidos que se confundían, palabras repetidas, salmos y oraciones, reemprendían el trayecto cotidiano.

El sol quedaba atrás, dejando una estela de fuego. El día había sido caluroso, agobiante en sus horas plenas. Concluía una etapa más en la ruta hacia Finisterre. A la mañana siguiente ya estaría a la vista Burdeos.

Era Burdeos ciudad de intenso tránsito marítimo. Sus murallas casi negras contrastaban con las dunas amarillas, que de lejos semejabán medusas adheridas a la playa. Seguía allí de obispo Delfino. Los augurios de las aves, elevándose al cielo y planeando en el aire silenciosas, aconsejaban evitar la ciudad. Empero la comitiva siguió adelante.

En el cielo, nuevos colores morados presagiaban tormenta al anochecer. Y así fue: el vasto terreno polvoriento que había antes de pasar el foso se volvió charcos y lodo, lo cual retrasó la llegada.

El cortejo encontró francas las puertas de la ciudad, mas en lugar de una vida pública alegre y bulliciosa se extendía ante ellos el vacío y el silencio. No se veían luces en las ventanas, ningún soplo de vida en el aire muerto. Llegaron hasta el foro entonando himnos y se desgranaron por la urbe en busca de correligionarios que los albergaran, quedando a merced de energúmenos que salían de los portales armados de palos y lanzas. Limpias las calles de herejes, los esbirros del obispo emprendieron el exterminio de los paganos de la ciudad.

Los del barco fueron más prudentes. Dejando los sarcófagos de Eucrocía y Latroniano en la playa desierta, prosiguieron rumbo al oeste en navegación de bajura. Llegaba de popa aire fresco y húmedo. Lejos, en lo abierto, del cielo parecía caer polvo dorado. La luna estaba saliendo y esparcía su claridad sobre el gran desierto acuático.

Proa al cabo Ortegal, la tripulación se puso a descansar en los travesaños al amor de una fogata. Escuchaban el chapoteo del agua chocando contra la quilla,

jugaban a las tabas y comentaban las peripecias del viaje. Contaron después leyendas de ninfas y Amazonas de la Selva negra, deslizándose al fin hacia chistes cuentos obscenos, que aquella gente no se distinguía por su mesura.

Poco a poco se veló la luna, las nubes se impusieron en el nornoroeste y el mar comenzó a gruñir. Con la noche oscura se desencadenaron relámpagos, truenos, piedras encendidas. Del mar se elevaban columnas de agua que ansiaban tocar el cielo. El capitán mandó aligerar el barco. Saltaron por la borda cajas, fardos y tinajas. Nuevos relámpagos, esta vez más cerca, alumbraron a cuatro viejos marineros que bajaron al sollado de proa dispuestos a liberar la embarcación de los sarcófagos. En cubierta estaban ya los monjes que acompañaban a los mártires oscilando entre cielo y mar, cuando vieron una luz en la lejanía.

Oye, Oscar, se está haciendo muy tarde, vámonos.

No, pa; ahora por favor termina, que está muy interesante.

-¿Qué demonios es aquélla luz? preguntó un marinero.

Consultaron la carta de marear:

-¡El faro de Hércules! ¡Brigantium! ¡Vamos allá!

Todos los obispos gallegos habían inscrito el nombre de Prisciliano en el martirologio, salvo el de Brigancio.

- Dejadnos en cualquier puerto menos en ese, imploraron los religiosos, acompañando la súplica con nuevas piezas de oro.

Los marineros aguardaron la amainada. Dejando el faro al este, enfilaron el suroeste, donde islas como dientes vigilan la entrada de las rías gallegas; islas de antiguo conocidas, de donde los esclavos arrancaban el estaño.

Las tierras de la ribera se iban tornando verdes, frondosas, con suavísimas colinas que, a lo lejos, limitan con el firmamento. A la altura de las islas Sisargas algunas bandas de pájaros acuáticos, sobresaltados en su reposo por aquella embarcación, revoloteaban de popa a proa lanzando sonidos discordantes.

Grandes peñascos sobresalían por encima de bosques escaladores de montañas; otros, agudos, asomaban su cumbre entre espuma como restos de navíos. El espejo del cielo recobró su impasible serenidad cuando los tripulantes se pusieron al reparo de una isla que es redonda y tiene alrededor canales de mucho sosiego. Pero todavía les esperaba la Costa de la Muerte, cuya fama de peligrosidad los aterraba. Aún hoy se canta:

*Santo Cristo de Fisterra,
santo da barba dourada,
axúdame a remontar
a laxa de Touriñana.*

Sigue, pa; sigue con la historia, que cantas fatal.

Rascando las bolsas, los priscilianistas consiguieron que el barco se encauzara hacia el sur. Pasaron a lo largo de Finisterre, se orientaron hacia la amplia ría de Muros, sembrada de bajíos, pero por tratarse de una embarcación de poco calado, hubieron de buscar buen abrigo en el Porto de O Son. De allí llevaron los sarcófagos al castro de Baroña, donde se alzaba un templo dedicado a Diana, velando a los mártires durante tres días con sus noches.

Oye, pa: fuiste capaz de inventar todo esto.

No, hombre, no. Me lo contó el otro día Eduardo López Pereira, que sabe la tira de Prisciliano.

Seguimos al cabo de Finisterre.

Macanudo. Si tienes suelto paga tú.

Vale.

Al salir de Vimianzo hay una fuente; una fuente que al beber de ella se redondea el concepto del H₂O. Sabe a musgos, a penumbras; trae imágenes de monte, de helechos y de cavernas habitadas por moros y por enanos.

Levanto el gaznate para tragar, como un gorrión inexperto. Le está rica el agua, verdad, me asegura y pregunta una mujer de unos cincuenta años y aún de muy buen ver.

Riquísima, señora, es la mejor que he probado en mi vida.

Pues mire, le es la misma que en el balneario, sólo que aquí la tenemos gratis. Que sea por muchos años, señora, y yo que lo vea. Dígame, queda lejos Finisterre. Todo depende del ánimo.

Depende del ánimo. Qué frase tan campesina y enigmática, humilde como la vida. Ni los presocráticos ni Montaigne han hablado como una paisana gallega.

Del manantial salimos eufóricos hacia Muxía, pasando por Camariñas. Priscila va alegre, nerviosa, porque vuelvo a montarla o por el frescor del aire, quién sabe. Y allá queda la buena señora, agitando una mano.

Seguimos cara a occidente por un camino bordeado de setos y acacias.

Un andaluz diría que el tiempo se ha ido arreglando. A finales de la mañana, la lluvia cedió en favor del orvallo; ahora, entre nube y nube, se asoma por trechos el sol.

No sé si será el agua o el misterio, y si ya lo tengo dicho, pero a Oscar se le ve renacer gallego de hora en hora. Está superando el bajón producido por la ruptura de su banda. Me espera en la entrada de Muxía. Pasado el muelle me guía por callejuelas de casas antiguas, encaladas, ventanas verdes y tejados húmedos, hasta una iglesia que hay encima de un promontorio. Frena, freno. Me para, me paro. Caminando sobre rocas, como el Nazareno en el mar de Galilea, me lleva hacia las olas. Anquises y su hijo, el mundo al revés. Se sube en una piedra enorme, que debe tener nueve metros de longitud por siete de ancho y treinta centímetros de grosor. Ven, me insta, verás cómo se mueve. Vamos a ver. Me subo. La roca, imperturbable. Soy un milígramo de mosquito para ella. Debes tener algún peso en la conciencia, pa. El peso me lo carga Eneas, como si fuera yo quien ha seducido a Dido, y no él. Si yo tuviese un peso en algún lugar la piedra se movería. Ni me escucha. Trepa a la roca y la roca venga a oscilar y a emitir un sonido sordo como el roncón de una gaita. Alguna mano negra la estará tocando, le digo. Por qué no. Aquí vienen las meigas y los adivinos a consultarla desde tiempos no memorizables. El cristianismo se la apropió con una canción:

*Veño da Virxe da Barca,
veño de abalar a pedra.
Tamén veño de vos ver,
Santo Cristo de Fisterra.*

Ponle ritmo de cumbia, Oscar, quedará muy moderno. Ni me oye.

Esta roca y aquellas son el casco, la vela y el timón de la barca que trajo al apóstol Santiago.

Lo dice para cabrearme. Nos encontramos en el cabo Finisterre, le respondo malhumorado y allá lo dejo en la piedra vibrátil, mirada fija en el mar y mugir de vaca en fondo. Y como no creo en brujas, además me dan mucho miedo, me voy hacia Priscila. Estoy a punto de arrancar cuando me llama Oscar.

Oye pa, ven a ver la piedra de los cuadriles. Bueno, vamos a ver qué leches es eso.

Si pasas nueve veces por este hueco, se te endereza la columna vertebral. Va él y se arrastra a cuatro patas; entra y sale, sale y entra, entra y sale derecho como un huso.

Sabes, Oscar, yo ya no te estoy para levantamientos victoriosos. Vámonos a Finisterre.

Prodigio de la firmeza, Oscar se sienta a mi vera. Y me solicita:

Lo último que me contaste, pa, es que los religiosos priscilianistas velaron el cuerpo de sus mártires en el templo de Diana de Baroña. Después...

Los marineros aguardaron la acalmada. Bogando a contracorriente por la ría de Noia emprendieron la subida del Ulla. A la vista del monte Ilicino, cerca de Compostela, metieron los tres cuerpos en un sólo sarcófago para facilitar la subida por el camino angosto y sinuoso, entre castaños y encinas, de este pico sacro.

Se había unido mucha gente a la procesión: los obispos de toda Galicia, los fieles, los curiosos, los enfermos y las madres con sus hijos tullidos o deformes esperaban un milagro del santo que volvía a su tierra. Apoyándose en un cayado y en el hombro de un muchacho, entre cantos y muchedumbre, caminaba penosamente un anciano. Tosía, jadeaba :

- Dime cuanto queda de subir, que me canso, pues pendiente tan empinada es invencible para el cuerpo mío.

- Animo, lo arengó el muchacho. Verás que tiene tal condición esta montaña, que si bien la subida comienza penosa, se hace cada vez menos agobiante. Al llegar a la cumbre sentirás el cuerpo libre como ave en el viento.

El anciano se sentó en una piedra y puso la mano en el oído, tratando de comprender un canto confuso y dispar :

De terrena existencia

Rotos los férreos lazos

Has de volver, humana inteligencia

Con místicos abrazos

A confundirte en la divina esencia.

Sí; lo conocía muy bien. Era el himno de Asaribo, uno de los degollados que también regresaba a su tierra. En el ascenso al monte, desde donde se ve el resplandor del mar a un lado; al otro, montañas arboladas que aportan a la comarca misterio y protección, con cadencias mitológicas el gentío entonaba la melodía.

- Fueron ejecutados por herejes, y ahora son venerados como mártires.

El anciano siguió hablando consigo mismo. Ya todo eran siluetas movidas por la luz de los cirios. Se perfilaban dos niñas sujetando las manos de su madre para que no se desgarrase el pecho. Suspiros con espasmos violentos. El cortejo de teas, cruces y talismanes emitía destellos fulgurantes.

- Lo acontecido en Tréveris, prosiguió el anciano, es un triste episodio que la jerarquía trata de borrar. Un demonio burlón mudó la tragedia en sacrificio, donde los verdugos oficiaron de comparsas. Sería absurdo recordar mis penas y dolerme de la dejadez de Dios. Ahora todo parece una comedia de yerros, o puede ser que el mundo se haya vuelto loco.

-¿Pudo haber sido de otro modo? le preguntó el muchacho.

- Martín y yo tratamos de que se retractara; queríamos ganar tiempo, postergar la sentencia. Con otro emperador, nuestra fe se extendería por los dos Imperios. ¿Mas lo quería él? ¿No habrá buscado su sacrificio por encima de todo? ¿Quién sabe si no aspiraba a extirpar el mal que ensucia las cosas del mundo!

Entre las montañas serpenteaban hileras de peregrinos, llevando a la cumbre cantos y plegarias. El áspero rito, primitivo, fermentaba un brote de rebeldía, como si los espíritus se encrespasen ante la realidad del sacrificio y estallasen clamores de resentimiento.

Horas más tarde, el ataúd se bamboleaba sobre antorchas y velas de sebo. Al llegar a la cima lo expusieron en unas piedras verdeadas por líquenes milenarios.

Pa, me lo seguirás contando. Vamos ya a Finisterre, o nos perdemos la puesta de sol.

Oscar arranca como una flecha argiva en su codiciada Yamaha. Yo, en mis infinitos años recorriendo en coche y en moto toda clase de caminos, nunca vi uno tan deteriorado ni tan peligroso como éste, de piedras sueltas y charcos de profundidad variable. Debe de tener metro y medio de ancho este sendero de cabras. A lo lejos se ve el borde izquierdo cortado a pique. Supongo que el paisaje es prodigioso, tres o cuatro playas que se encadenan, minúsculas allá abajo y un poco más lejos un monumento, el cementerio de los ingleses cuyo barco encalló a finales del siglo pasado. La verdad es que lo veo todo de soslayo, mirando el paisaje por los retrovisores. No quise decirlo antes por no presumir, mas he de confesar que sufro mareos. Dicho así es nada, quién no los tiene. Yo padezco, señoras y señores, vértigos paroxísticos laterales, lo cual resulta enormemente chic. Se traduce esta jerigonza en que si de pronto giro o levanto la cabeza, como el otro día en el examen, sin haber tomado ni un dedal de orujo se me pone a dar vueltas el universo. Y con las mimas consecuencias de vómitos (perdonando), diarreas (perdonando), todo lo cual, en moto, puede provocar una precipitación fatal.

Pero no voy a morir como Anquises por estos vados galaicos duros de ciegos peñascos sin que se entere Eneas mi hijo; no : voy a adelantarlo por un atajo, pues ya, como se dice, de perdidos al río. Tragando saliva, rogando a los dioses paganos y hasta al aborrecible Jehová de los judeocristianos que no se me ponga un carro de vacas delante sigo sorteando baches para llegar a un empalme que me lleva al interior, y el rugido ronco del mar se va amainando hasta la bifurcación de Finisterre.

Ignoro por dónde me metí y qué meiga me trajo a este desparramado de piedras graníticas y rosadas. Se levantan en medio de una tierra vieja y parecen crecer a medida que uno se acerca a ellas. Es el monte Pindo, lugar sagrado como Montserrat, sólo que en el Pindo vivió la Reina Lupa y no se ha convertido a ninguna diosa egipcia en moreneta sardanera.

Estoy al lado de la playa de Carnota, y seguro que Oscar, con tanta moto y todo, aún estará por mitad de camino. Me paro en la terraza de un bar, cara al monte. El macizo entero parece un arco iris de tonos violetas, con un extremo en el azul inmenso de Finisterre y el otro entre prados y la espesura de los pinares. Nadie sabe en qué día de la Creación surgió esta montaña y por qué parece crecer de siglo en siglo. El padre Feijoo admite su carácter sacro al compararla con coros de musas, y aprueba a los antiguos que lo bautizaron por su semejanza con el Pindus de Grecia.

No pronuncia ni una palabra la dueña del bar. Me ve alelado. Manda callar a una recua de críos que le piden queso con membrillo. Aguarda el tiempo pertinente para dirigirse a mí.

En la cumbre hay un castillo en ruinas parecido a la Torre de Hércules de La Coruña, me dice. Vive gente en él desde hace miles de años. Por las noches salen a cuidar el campo y ciervos que tienen para alimentarse. Si lo ven a uno, no le hacen nada. Nosotros vamos a coger hierbas para las mujeres estériles, y si los vemos, se esconden.

Ante tal paisaje y tales descubrimientos, vuelvo la vista en torno buscando con quien compartir mi emoción, tal como hacen los niños cuando descubren algo arcano. Aparece Oscar, ágil y sonriente. Le pido a la dueña del bar que le repita a mi hijo lo que

me acaba de contar a mí. Referido y terminado, agrega para los dos: saben ustedes, nosotros adivinamos cómo van a ser los doce meses del año fijándonos en los doce primeros días de enero. Gracias a eso las cosechas y los negocios nos salen bien.

Entonces seguro que su ordenador druídico ya había previsto que viniéramos a tomar un café aquí.

Si bien Bruno censura con una mueca mi humor facilón, la dueña del bar despliega su delicadeza en una sonrisa absolutiva.

No nos apetece nada, ni tampoco le agradaría a ella vendernos una Coca cola. Grabo en la memoria las palabras de la dueña como si tuviera que repetirlas en La Belle Indienne : leyendas, puente, ría y posición caótica de las rocas, piedras que se hacen creación, montaña y abismo más allá del cual se extiende un paisaje inabarcable a la mirada y que aún no recibió su forma definitiva.

Pueden ser las cuatro de la tarde; la playa sigue bochornosa y un viento silbante funde en la arena todos los tonos comprendidos entre el plomo y la ceniza. Oscar quiere subir a la cima de la montaña y quedarse a dormir en el más alto de los picos. No, no y no. Me planto como se la reina Lupa se cerró ante los romanos e improviso argumentos que me aprueba la señora: frío, humedad, tormentas y que ni tan siquiera un jersey trae para pasar la noche al relente.

Decidimos tomar energías, ahora dicen ponerse las pilas, con otro café, para llegar frescos a Finisterre y resistir hasta altas horas de la noche.

Y antes de que me rinda al mal de Alzheimer quiero terminar de contarte, Oscar, lo que iba diciendo Instancio al diácono que lo acompañaba, cuando trajeron los cuerpos de los mártires a Compostela.

- Las autoridades de Tréveris habían programado los espectáculos como ensayo lúdico de los que se celebrarían en el centenario. Desde el canto del gallo las avenidas de la ciudad pertenecían a la chusma. Pasado el gallicinio se expusieron en el circo los instrumentos de ejecución: dos troncos, cuatro hachas y otras tantas espadas que los curiosos podían tocar para cerciorarse de sus buenos temple y filo.

"A la prima hora los reos fueron expuestos debajo de la Porta Nigra, en una jaula que servía para transportar leones de Numidia. A Eucrocía la asaetaban con chanzas lúbricas y a Prisciliano le increpaban, como Barrabás a Jesu Christo, que si en verdad era Mesías o profeta, pasase por entre los barrotes y se fugase con su querida. El se ocultaba en un rincón, el rostro entre las rodillas y manos en la nuca. Eucrocía boca abajo, inmóvil a su lado, las leves ondulaciones de la túnica acentuando su quietud. Felicísimo miraba al cielo, indiferente a los escupitajos y a las manos que le tiraban de la vestimenta. Latroniano y Armenio hablaban en voz baja abrazados.

Instancio seguía subiendo tras la comitiva por el monte comportelano. Pasó el dorso de la mano derecha por los arrugados labios; acarició la barba antes de iniciar un nuevo capítulo del relato, el la ejecución. Pareció que le mudara la voz. Bajando de tono, se hizo más sentida. Prosiguió:

- Tras los primeros momentos de asombro, la chusma dio en azuzarlos a través de los barrotes con largas picas cedidas por los centuriones, acorralando a los cinco en medio de la jaula, todos de pie en un haz humano. Cayeron piedras, botijos y trozos de maderos. El hostigamiento duró su par de horas. A la tercia, la gente se fue a comer a los tenderetes callejeros donde vendían sopa caliente, tocino, pan y caracoles. A ellos los soldados les echaron un trozo de carne cruda en la jaula.

"A la hora sexta llegó la jaula al túnel de ladrillo que da entrada al circo. Metieron a los reos por separado, uno en cada una de las celdas que rodean las arenas.

"El foro empezó a llenarse, en su mayoría hombres toscos abotargados de cerveza. Muchos iban con hijos y mujeres, algunas de ellas llevaban criaturas de pecho. Sin embargo, peor que los hombres ahitos de alcohol, peor que los niños ávidos de sangre, el carcelero juró que, en tantos años que llevaba en el oficio, nunca había visto caras tan rastreras como las de Itacio, Britonio y otros jerarcas civiles y eclesiásticos; esas caras estaban consiguiendo encender en su pecho un desconocido fuego de compasión.

"Un estadio de ciento treinta pasos de largo y cincuenta de ancho tiene el Circo. La tribuna de mármol reservada al emperador, situada encima de la Gran Puerta, estaba ocupada por Macedonio. Lo protegían seis centuriones de córneos astiles rematados con hierro. A cada lado de la puerta, dos palcos con sillas curules para los caballeros y los obispos. En ellas se habían sentado los prelados Itacio, Britonio y Félix. Abajo, en lo que se llama la orquesta, se instalaron los senadores. La chusma arriba, en las graderías de madera.

"Aumentaba el griterío, reclamando a los reos y a los verdugos. Estos, que eran cuatro, estaban probando las armas en la palestra. Con el fin de enardecer aún más a la morralla, en medio de un ruido tronitante, dos hombres desnudos, sudorosos, subieron al palenquín levantado en medio del Circo. Uno era epiléptico, el otro alcohólico. Empezaron a acosarse. Con sendas cañas de timón atacaban y producían tan sordos como disparatados golpes sobre el palenquín. El aire húmedo los empapaba, su piel parecía una gran mancha de aceite y sus huesos crepitaban bajo una superficie oleaginosa. Toda la plebe hilarante los jaleaba: tal es la verdad. Atacándose a palos, a puñadas y a mordiscos estuvieron más de media hora, y otro tanto desangrándose, hasta que muertos los recogieron y se los llevaron a las ergástulas.

"La banda de clarines que rompió el aire no logró cubrir las vociferaciones. Salieron del podio dos esclavos arrastrando sendos troncos de comfortable superficie; detrás de ellos dos verdugos, cada cual con su hacha reluciente al hombro.

" ¡Con qué júbilo fueron recibidos! La hedionda ralea respetó la tradición de vitorear a los actores que iban apareciendo. Los dos primeros eran padre e hijo. El padre, un godo de pelambre hirsuta, rojos ojos, gran vientre y uñas manos con las que hería a los presos, rasgaba y trizaba, cumplía setenta años aquella tarde e iba a iniciar en el oficio a su hijo. ¡Ni un vencedor de cuadrigas había merecido tantos alaridos y alabanzas! En medio de una euforia más y más estrepitosa, los esclavos subieron los troncos al palenquín, colocándose los verdugos de perfil a la presidencia para que los oficiales y los obispos no perdieran detalle de la degollación.

" Una gran sombra se deslizó fuera del recodo de un pasillo encalado, donde se encontraban las celdas, y apareció una especie de gigante. Callaron los clarines. El coloso entró en un nicho y sacó a Armenio empujones. Un clamor de estruendo se elevó al entrar en el ruedo el primer condenado; entrar es un decir, pues Armenio fue arrojado brutalmente al medio del redondel; se levantó de un salto y salió corriendo a ciegas, como si emergiera de la oscuridad, buscando a tientas una puerta o creyendo que era libre el infeliz. Tropezó con un soldado que lo llevó a rastras hasta el verdugo. Armenio subió los cuatro peldaños y comenzó a hablar con ellos. En medio de un silencio repentino, recogió la toga, se puso de rodillas y asentó el cuello en el saliente del tronco. El verdugo hizo la señal de la cruz, en el nombre del padre, del hijo..., escupió varias veces en las manos, sopesó pensativo el hacha, la levantó, la hizo ondear con silbidos entrecruzados y la dejó caer lenta, suave en la nuca del condenado.

"Realizada la faena, el público festejó al degollador por su arte; cierto que con una ejecución indolora, el anciano estaba poniendo un broche de oro a su sangrienta carrera. Los gritos y las aclamaciones se prolongaron el tiempo en que el cuerpo de

Armenio era arrastrado a las ergástulas por medio de una lanza ganchuda tirada por dos esclavos.

"Se decretó un descanso. Pasaron por las graderías vendedores con odres de cerveza; un descanso corto, pues había cinco ejecuciones programadas, cinco, y el crepúsculo asomaba.

"Otro clamor al salir Felicísimo, despacio, canturreando responsos, busto erguido con la mirada fija en el matachín. Avanzó con pasos cortos y tardos, sin dejar de escrutar a su ejecutor, hijo del godo y maestro.

"Fornido como su padre, el muchachote tenía una de esas caras frescas que apenas han dejado de ser infantiles. Iba a debutar con Felicísimo. Tras darle los últimos consejos, el padre se separó unos pasos del lugar de la ceremonia. Felicísimo marchó al suplicio sin guardias que lo obligasen, subió los peldaños, miró fijamente al muchacho, y tras santiguarse colocó la cabeza en el tronco con los ojos clavados en él.

"El novato escupió en las manos una sola vez, levantó sin más el hacha, se oyó un silbido rectilíneo; cuando se dispuso a bajar el hacha se volvió a encontrar con los ojos abiertos de la víctima y arrojó el instrumento contra su padre, su padre lo esquivó, lo agarró en el aire, lo descargó en la frente de Felicísimo tal y como le vino con el filo para arriba y hacha en ristre corrió tras su desfalleciente hijo, que le acababa de arruinar toda una gloriosa trayectoria de matador. Lo que sigue consta en los archivos del Circo, no es una mentira pergeñada por nosotros y los labios me tiemblan al contarla: cuando hubo vengado su honor, el verdugo fue directo a las letrinas, y agarrando el palo con estropajo que servía para limpiar los sumideros, con perdón, se lo se lo metió por la boca hasta el esófago, poniendo así un fin deshonoroso a su existencia.

"Lejos de enfurecerse, el populacho se entusiasmó por aquella carnicería. En mala hora se le ocurrió pues a Macedonio suspender la función. ¡Qué idea, mandar desalojar el anfiteatro por carencia de verdugo y ordenar a los guardias que condujesen a los condenados a las mazmorras ! Los centuriones estaban borrachos, los guardias pasivos, y como obedeciendo a una señal que bien pudo provenir de los obispos, las últimas filas empujaron a las siguientes y estas a las de abajo, produciéndose algo semejante a la rotura de un dique cuyo torrente llegó hasta el *magister officiorum*, zarandeado, maltratado, golpeado.

"Uno de los energúmenos se hirió la mano al asentarle un puñetazo en la cintura, descubriendo así que Macedonio llevaba una bolsa de monedas; corrió al centro de la arena, y mostrando la bolsa al tendido, anunció que el delegado de Máximo, mediante justo estipendio, le confiaba las ejecuciones siguientes. Quién lo iba a dudar: se trataba de uno de los suplentes llamados bestiarios, siempre dispuestos a sustituir a los verdugos en caso de fatiga o repugnancia. Eran, en general, esclavos o germanos acostumbrados a luchar en el circo contra animales salvajes y tenían fama de ser individuos infames.

"A este facineroso le entregaron el pobre Asaribo. Con sus sesenta y cinco años Asaribo correteó un poco, vacilante y pesado. Miró a su alrededor con ojos de quien sospecha una emboscada. Siguió recto, sin saber adonde, hasta que se topó con la pica de un soldado. Cayó de bruces al suelo. El soldado le dio media vuelta y lentamente le hundió el chuzo en el vientre. Asaribo miró a su picador, extrañado, como si una enorme avispa le hubiese atacado con fuerza, bajó la cabeza y quedó extendido en la arena. No tenía noción de haber sido condenado a morir de tal manera. Cuando miró de nuevo fue para ver al soldado alejándose con la garrocha ensangrentada; sintió los gritos del gentío y esta vez el asombro le hizo perder el conocimiento. Lo llevaron sin sentido al verdugo espontáneo, quien levantó los brazos al público y acto seguido, sin arte ni

miramientos, impulsó el hacha con toda su fuerza, asestando el golpe con el sólo ruido del filo contra la madera.

"Delirio en los graderíos. El verdugo, ya consagrado, recogió los elogios del ruedo, ida y vuelta al lugar de su magisterio.

" La dos víctimas siguientes no serían para él. Con Eucrocía y Latroniano los jueces habían sido magnánimos: morirían a espada. Saltó al terreno un verdugo *ad hoc*. Se parecía a Fálaris, si me fío de la imagen que nos dejaron los griegos del tirano de Agrigento: pequeño, rechoncho, barbas hirsutas y ojos negros bajo cejas tenebrosas. Pese a su aspecto feroz, este Fálaris mereció un abucheo estrepitoso del público, incondicional del matachín anterior.

"Fálaris trató de igualarlo. De entrada, se lució con el poeta Latroniano. Era inútil competir en pulcritud con su predecesor. Además, la espada no se prestaba, ni tampoco era eso lo que esperaban las fieras del graderío, ávidas siempre de chorros de sangre, despedazamientos y carne machacada

"Latroniano salió parsimonioso del encerradero y caminó a la cita musitando versos sacros. Cuando alcanzó el degolladero, le agradeció al verdugo que lo librara del mundo de la materia para abrirle el del espíritu. Le citó a Marco Aurelio: "El mejor don de la naturaleza es la brevedad de la vida", eximiéndolo de antemano por el cargo de conciencia que le pudiera causar.

"El cordero ofreció la cerviz. Fálaris lanzó una carcajada acompañada de un puntapié en el vientre que tumbó a la víctima como un pelele. Lo levantó, lo volvió a tirar y a recoger dos o tres veces; entre rugidos de la concurrencia lo colocó sobre el tronco, y en lugar de asestar un golpe seco, empezó a serrarle pausadamente el cuello con la espada. El delirio de la turba se prolongó durante los diez minutos de la cercenadura.

"Empezaba a anochecer y quedaban tres ejecuciones por cumplir. Con un coraje rayano en la temeridad, Macedonio anunció que al ponerse el sol suspendería el espectáculo. Otra vez el tumulto fue bestial. La chusma saltó las barreras y se abalanzó sobre él; amparándose en la oscuridad, Macedonio burló a sus perseguidores, salvó la vida encerrándose en el apartadero dejado vacío por Latroniano.

" Coso y arenas se poblaron de antorchas, que se agolparon ante la jaula de Eucrocía. La santa viuda, rodeada de teas, comenzó a andar, más que lenta, queda, con las manos en el vientre como si cuidase de un niño. Por su tardanza fue arrastrada con una garrocha en la nuca hasta el medio del Circo. No se le oía gritar, ni un lloro, ni un quejido. Mil personas habría en la arena, setenta mil en la gradería. Los energúmenos, los tahúres, los beodos, los tarados, los malolientes, los viejos, los desechos de la humanidad, los grasientos y los merecedores del fuego eterno llegaron a las manos por el privilegio de manosear a Eucrocía y a postremas, el placer supremo de cercenarle el gáznate con lo que fuera: navaja, hacha o espada."

Oye pa, ya no sé quien está hablando, si Instancio o tú. El que sea cae en lo melodramático.

Habla Instancio, Oscar. Te recuerdo que se lo está contando a un diácono en el Pico Sacro cuando trajeron los restos de Prisciliano a Compostela. Cómo quieres que lo cuente yo, si no estaba allí.

Vale, sigue, pero no derrames más hemoglobina.

- Una vez degollada Eucrocía, alguien propuso proseguir la velada con la cabeza de Aurelio. Advirtiendo la maniobra consistente en dejar a Prisciliano para otro día, Itacio arguyó que, no habiendo sido condenado a morir por hacha, la cabeza de Aurelio quedaría para otra sesión. Y sacaron a Prisciliano.

"Como a Egeria, a él lo arrastraron con una garrocha. La horda de borrachos había bajado el pulgar y el verdugo estaba echando aliento al filo. En esto, abriéndose camino entre aquellos hombres entregados a sus más bajos instintos, silenciosos a su paso, se acercó al altar de la degollación una anciana de pelo blanco y frágil, que había estado presenciando el acto desde la tribuna abandonada por Macedonio. El verdugo suspendió los preparativos, viendo como ella subía penosamente al palenque y se inclinaba hacia Prisciliano. Una vez ante él, se inclinó y le quitó del cuello unos pliegues de la toga que, a su entender, podrían desviar el hachazo. El verdugo se lo agradeció con una sonrisa. Prisciliano abrió los ojos, y si no lloró es porque había agotado las lágrimas. Pronunció en cambio unas palabras apenas audibles, que según los circunstantes fueron las últimas de su vida: *Hominum caritas et amicitia gratuita est.*

" ¿ Estaría aquella gente ahíta de violencia y de sangre ? ¿ O es que las antorchas palidecían en la noche cerrada ? Sea lo que fuere, dejaron a Aurelio para mejor ocasión, las puertas vomitaron a la calle a toda aquel maremagnum y yo me quedé con Tiberiano y con otros cofrades para velar los cuerpos de nuestros mártires. "

Del Pindo vamos contra el poniente, bordeando la costa por una carretera indigna de estos parajes. En una peregrinación se agradecen sudor y mortificaciones, y no una placentera paseggiata, pero como la FEDER de Bruselas está acabando con las vacas, le ha dado dinero a Galicia para arreglar caminos y corredoiras.

Por una pista de baile llegamos a Cee, pueblo donde se juntaban los peregrinos antes de terminar en Finisterre. Cee es uno de los enclaves habitados más antiguos de Galicia, y abundan en su entorno ruinas celtas y romanas. Había aquí un importante museo arqueológico, que saquearon las tropas napoleónicas.

Corcubión parece el origen del mundo. Su nombre surgió en una lengua anterior al vascuence, y significa Kotsko-Urbión, ensenada de buenas aguas. El mariscal Ney las embadurnó de sangre. Creo que ya va siendo de hora de dejar los datos históricos. En un bar llamado Pachanga, que tiene un pulpo en el letrero, tomamos sendos ribeiros y decidimos seguir en moto hasta la aglomeración de Finisterre. Desde allí a pie, que si no en el último tramo perdemos los resultados milagrosos.

De Finisterre al cabo o promontorio hay tres kilómetros ascendentes, que emprendemos a ritmo ligero. Son las siete pasadas y queremos presenciar el ocaso. Dejó de llover. La carretera se ha quedado desierta de coches y motos, pero la puebla mucha gente, toda de ida.

Adelantamos a campesinos, habitantes de la comarca y algunos extranjeros, no pocos con los pies descalzos. A la derecha sale un camino hacia la iglesia de san Martín. Por lo visto, me enteré por no sé quién después de hablar con Natalinda, al día siguiente de darle media capa al pobre, se le apareció Jesús a Martín y se la devolvió. Quién sabe cómo le habrá sentado al desgraciado el milagrito. El verde monte desaparece a cada paso y se van descubriendo grandes calvas rosadas en los altos de este límite devastado.

Termina la carretera. Asoma el pico del faro. Los últimos cien metros son de granito resonante, cuya solidez parece repercutir en el cráneo. Ha dejado también de orvallar y el fuerte viento se lleva las nubes al fondo del Atlántico. Nuestros acompañantes se dispersan por los numerosos senderos que hay detrás del faro. Cuando llegamos no vemos a nadie, como si hubieran seguido subiendo al cielo. En realidad van desapareciendo entre las zarzas que aquí llamamos silvas, bello nombre latino.

Las aguas del mar están tranquilas, con varios matices de verde y de azul y pequeñas ondulaciones que se cabalgan y avanzan hasta romper en espuma al pie del acantilado. Desde el faro vemos a la izquierda una larga playa con Corcubión al fondo; a la derecha Duio, ciudad medio sepultada de la que habla Estrabón. En el horizonte se

perfila el cabo Touriñán, más metido en el mar que éste de Finisterre. Arriba un cielo azul despejado. Empieza a ocultarse el sol. Las únicas nubes que quedan se han concentrado a su alrededor, con formas cambiantes y colores amarillos, rojizos y violetas.

Emprendemos la bajada por uno de los múltiples caminos pedregosos. Conforme bajamos crece el promontorio, se agranda la montaña y vamos dejando atrás, en cada saliente, en cada roca, recogidos y silenciosos en este ambiente de calma filtrada por los siglos, a los peregrinos que nos acompañaron en la última caminata.

El sol crece a medida que se hunde. Una nube en forma de caballo oculta la parte izquierda de la esfera. Sorteando grupos y parejas, llegamos al filo del agua y subimos en una de las grandes rocas en las que muere la tierra. El sol va por la mitad. Nuevos colores, ahora gradaciones de morado y añil, se extienden por la superficie del mar.

Visto desde abajo, el promontorio es un racimo humano que funde la noche en el granito. Ni un ruido. Sí, de tanto en cuando se despeñan guijarros y se oye el roce de las olas, el planear de las gaviotas. Este silencio, esta luz, muertos y resucitados, son los mismos que sienten y sintieron los que, desde hace miles de años, vienen a adorar el agua, la tierra, el fuego y la altura inmensa del éter, los cuatro elementos de todo lo que fue, todo lo que es, y todo lo que será.

La nube corrediza ha ido menguando y desplazándose a la izquierda. Sólo queda la coronilla dorada del sol. Permanecemos hipnotizados media hora bien cumplida una vez de expirado el último rayo. El aire que respiramos, la luna que nos alumbra no pueden provenir sino de más allá.

Volvemos la vista hacia atrás y descubrimos el promontorio poblado de velas encendidas, al tiempo que presentimos la aparición de una melopea tenue, monótona, sin que podamos discernir si es real o sale de nuestras alucinaciones. Las lengüecillas de fuego parpadean, avanzan, y van desapareciendo al llegar a lo alto. Nosotros, bajo el plenilunio, cerramos un peregrinaje que no es nuestro; que otro padre y otro hijo cumplieron quién sabe en qué año, en busca de sosiego y calma, del apaciguamiento de un deseo inalcanzable.

Al llegar a la planicie le pido dos cirios a uno de aquellos espectros, unna excusa para que Oscar y yo pongamos los pies en las mismas huellas de tantos como nos precedieron por este mismo camino desde tiempos remotos, nos unamos a la santa y peregrina compañía que entre cánticos sacros emprende la bajada del cerro.

En cuanto al canturreo, yo me adapto mejor que Oscar, pues le di al gregoriano macarrónico cuando era monaguillo y a veces voy a Solesmes a reverdecirlo; y él, mucho rock, mucha fusión, pero está pez cuando se trata de responsorios y música litúrgica.

De pronto oigo una voz familiar. Su tesitura de tenor me produce ese brinco, ese trémolo de la sangre, algo que trae a la memoria un instante de otro tiempo ya vivido. Le digo a Oscar que me siga. Nos acercamos a la voz cantante; y sí, es él, Girólamo el florentino dirigiendo a sus cincuenta seguidores de pies descalzos, exactamente tal como los descubrí en Chartres.

No es momento para abrazos estridentes ni tan siquiera saludos discretos. Reduzco el paso, Oscar lo mismo, dejando avanzar la procesión hasta quedarnos a la zaga. Desde aquí la imagen sobrecogedora de las llamas bajando por el sendero tortuoso, más que escena real parece obra de un cineasta demente, como las que viví en mi niñez allá por las lagunas de Cospeito.

En el pueblo de Finisterre se apagan las velas. Subimos todos, unos a sus coches y nosotros en las motos. Los italianos se dirigen a un autobús de la empresa Castromil,

llamado, bautizado... Cómo. Si se lo digo se lo van a creer. *Non é ben trovato, e verissimo*: el autobús se llama Prisciliano.

Oscar lleva un par de días desaparecido. Cuando se le busca ya no está, y cuando se le encuentra ya no es él. Debe de andar por el Pindo o en Vimianzo, allá en la Costa da Morte, regenerando vida. Yo regreso esta mañana a París con mi carné de pacotilla, y mucho me temo que haya de viajar solo.

Siempre me levanto temprano en Compostela. Muy temprano, las siete de la mañana; antes, ni un gato por las calles. Como a menudo llueve, y si no llueve queda orvallo en suspensión, los sonidos resuenan en armónicos, en especial los cayados de los peregrinos.

Una de mis mayores dichas en Compostela es ir a la plaza de Abastos parándome en las cafeterías. En una pido café solo y *La Voz de Galicia*; en otra café con leche y *El País*; en la tercera chocolate con churros y *El Faro de Vigo*.

Mientras tomo el enésimo café en la terraza de un bar, me apropio del cuarto periódico del día, que es ahora *O Correo Galego*. Antes de irme a cumplir las despedidas rituales me detengo leyendo un artículo sobre la Bella Otero, cuando veo a mis entrañables italianos por el paseo de la Herradura. Antes de verlos oí, y sigo oyendo, la voz carusiana de Girólamo; a los cuatro vientos, para que le llegue a toda su grey:

- Nos encontramos en el paseo de la Herradura, así llamado por su forma ovalada. Observen que en el medio hay un túmulo, formado por un amontonamiento de tierra, como construían sus cementerios los druidas. En la antigüedad estaba plantado de robles; todavía los hay, fíjense bien.

Tiene razón Girólamo: robles, castaños y otros árboles; habré de enterarme de qué familia botánica son.

- La herradura, encadena el guía, simboliza el eterno retorno, principio y fin, vida, muerte y renacer. Por otra parte, el hierro es de origen astral. Existe desde siempre una relación muy estrecha entre la metalurgia y la alquimia.

Me acuerdo de los acadienses. Qué razón tenía el de la pipa cochambrosa, cuando hablaba del libro de los condenados que tenían los herreros.

- En las civilizaciones primitivas, prosigue Girólamo, el oficio de herrero era sagrado y privilegio de reyes. En el Rig-veda, el creador del mundo es un herrero, símbolo de la relación entre el hierro y el cosmos. El primer hierro que el hombre conoció, fue el meteórico. Por eso, el herrero está asimilado al poeta maldito y al profeta despreciado.

Ni que decir tiene quién es, según Girólamo, el profeta despreciado.

- Para cristianizar este lugar, Diego Xelmírez, primer arzobispo de Compostela, fundó en el siglo XII una capilla con las reliquias de santa Susana, que le robó a la sede bracarense.

Este Xelmírez es una fotocopia de Clemente V. Es obvio que tampoco le cae bien a Girólamo.

Ahora esboza un ademán circular, dibujando con la vista la forma del paseo. Me embosco detrás del periódico. El grupo inicia la vuelta a la herradura por su lado izquierdo, donde abundan las especies vegetales. Permanezco en mi sitio, convencido de que, fatalmente, regresarán al punto de partida.

Al volver, pasan por delante de mí, así es, pies descalzos y silenciosos como siempre. Yo me enfrasco en la lectura del artículo sobre Carolina Otero, la mayor y más inteligente meretriz de la cristiandad, nacida a una carrerita de can de Bastavales.

Dejo veinte duros en la mesa del bar, rápido, y los sigo a distancia. Aunque me vean, seguro que no me reconocerán, ni Girólamo ni los demás, tanta gente más notable

que un servidor les habrá salido por esos camino de dios. Pese a todo, me pego a los muros, como en Chartres, esto sí que es cerrar el círculo.

Por la rúa do Vilar, con el eco ensordinado de los pies descalzos, los italianos parecen pintura de una procesión. Entran por Entrerrúas, uno a uno, debido a la estrechez de la calleja. Se paran delante del bar en el que debutó la Bella Otero, Carolina, cuando frisaba los catorce años años de su edad y la quería Valle Inclán. Y yo, pecador de mí, cerrando la marcha muy atrás, con palmoteo de chancletas.

Llegan a la Quintana. Desde la esquina de la calle Xelmírez los veo subir las gradas de granito imperdurable, y en ese espacio amplio, circundado asimismo por muros graníticos, me llega la voz de Girólamo mejor que por satélite:

- Lo que tendría que decir un buen guía a los turistas es que García Lorca escribió en gallego uno de sus más hermosos poemas, en el cual evoca el misterio de esta plaza. Se llama Quintana de los muertos, finca de los muertos. Posiblemente estuviera aquí la ciudad de Pría, anterior a Iria Flavia. Es uno de los grandes enigmas de Compostela.

"El nombre de Compostela viene del latín *compositum tellus*, que significa cementerio. Antes hemos visto un camposanto que se encontraba extramuros (me da la impresión de que me he perdido de la misa la mitad, y que Girólamo tiene un discurso circular; aunque, pensándolo mejor, debe referirse a la Herradura), y aquí estaba, en el centro de la ciudad y desde tiempos pretéritos, una necrópolis sagrada donde se enterraba a los druidas. La Quintana sirvió luego como sepultura de mártires, y aquí fueron inhumados Aurelio, Asaribo, Felicísimo y Armenio después de ser trasladados de Tréveris. De cualquier modo, esto nunca fue el Campo de la estrella, que se inventaron los partidarios del Suplantador.

Ahora Girólamo alza el tono, como enojado.

- Por eso, exclama llegando casi al do de pecho, cuando Sulpicio Severo escribe que a Prisciliano y a los suyos los trajeron para enterrarlos en un lugar de Hispania, no pudo ser sino aquí, pues Galicia era completamente priscilianista; sus obispos eran seguidores del Mártir, cuya doctrina tenía raíces tan hondas en el alma de este país que ni concilios ni anatemas pudieron impedir su extensión, como tampoco lograron extirpar las prácticas enseñadas por El. A partir del momento de su inhumación empezaron las peregrinaciones procedentes de Tréveris y de Tours, donde aún vivía el buen Martín. Después, con la invasión árabe, los cristianos necesitaban un talismán para oponerlo al genial Almanzor y se inventaron el cuento de la Suplantación.

El grupo se desplaza hacia la puerta de las Platerías.

- En esta iglesia - nos dice señalando el convento de monjas benedictinas de Antealtares o la iglesia parroquial, su gesto no es muy preciso - hay una inscripción romana que alude a la Reina Lupa, régula indígena que cuando llegaron los restos de Prisciliano autorizó que los enterraran en un monte libre del dominio romano, que dieron en llamar Libredón."

Siguen bajando la plaza hasta llegar frente a la puerta de las Platerías. Girólamo muestra con el índice una figura del siglo XII, que para mí fue siempre la representación de María Magdalena penitente.

- Esa mujer medio desnuda, con mirada perdida y un cráneo en el regazo, es La Doncella que parió un cráneo.

La doncella que parió un cráneo. Qué maravillas tenemos en Galicia. Hay tantas versiones sobre esta escultura... Yo me creí a pie juntillas la que me dieron de niño: el Dios Padre condenó a Magdalena, encinta por obra y gracia de su hijo, a dar a luz una calavera. Cabe preguntarse qué sería de la humanidad si esta mujer no hubiese

abortado un cráneo. Menos mal que el Dios Padre, igual que sacrificó a Jesús, sacrificó a su nieto. Qué habría sido de nosotros si nuestro Padre hubiera tenido preferencia por uno sólo de sus hijos. No cabía en Dios tal injusticia. O uno o todos. Y si fuéramos todos, él sería tan innecesario como mi nuevo carné de conducir. Por suerte, Girólamo me sigue desasnando:

- El significado alegórico de esta imagen nos pone sobre aviso de la muerte iniciática como estado creador de una cadena reveladora del Conocimiento trascendente. La muerte no es trance pavoroso, fuente de temores e incógnitas, sino un paso fecundo hacia la Sabudiría.

Pese a que estamos en zona peatonal aparece una camioneta soltando gases carbónicos y decibelios, lo que me impide ver la imagen y oír las últimas palabras de Girólamo. Cuando se evaporan los gases y amainan las explosiones, ya están bajando por Xelmírez hacia al Obradoiro.

Al doblar la esquina la procesión se transforma en grupo compacto, dirigiéndose, más despacio, al centro de la plaza. En un lugar tan amplio me resulta imposible seguirlos a escondidas. Va Girólamo en medio del grupo, mirando todos al Ayuntamiento. Me deslizo lejos de las conferencias del guía, pegado al palacio de Fonseca. Cuando se vuelven hacia el Hostal de los Reyes Católicos corro al palacio del alcalde. Desde aquí tampoco logro oír lo que cuenta. Al fin se colocan frente a la catedral. Esta lección sí que no me la pierdo. Avanzo a rostro descubierto, escondiendo la figura de Girólamo detrás del cuerpo de uno u otro peregrino.

Por suerte la plaza empieza a estar transitada. Amas de casa que van al mercado, guardias delante del palacio, algunos tenderetes de baratijas e incluso laúdes, bandurrias y panderetas de la tuna compostelana profanan el recinto sonoro, de lo cual los absuelvo por la confusión que originan. El grupo se detiene a unos veinte metros de las escalinatas, delante de una vendedora de botafumeiros. Girólamo exige silencio, manda incluso callar a los tunos:

- La catedral tiene una orientación de oriente a occidente. Esta puerta mira al ocaso, a Finisterre, el fin de la tierra, y el altar está enfrente. Es la síntesis de un mensaje iconográfico de los conceptos maniqueos de principio y fin, de vida y de muerte; el resumen de las ideas de Prisciliano ocho siglos antes de ser construida. Lo cual indica que al principio hubo aquí un santuario priscilianista.

Subimos la doble escalera, digo subimos porque se han entrometido tantos turistas que ya no tengo por qué ocultarme: soy uno más. Aún así, trato de alejarme del campo visual de Girólamo. Siempre detrás de él.

- En este Pórtico cada detalle es un símbolo, desde la postura de los pies, muchos en forma de X, posición de los druidas para ahuyentar a los malos espíritus, hasta la de las manos, que expresan un lenguaje para iniciados, como puede ser hoy el de los sordomudos. Percibimos también una cosmogonía con la idea de Vértice y de Centro, la reunión de los cuatro elementos de Empédocles y el símbolo del reparto del año en cuatro estaciones. El maestro Mateo conocía perfectamente el mundo oriental y aplicó su sabiduría tanto en el mensaje como en el tratamiento de los personajes. Las esculturas recuerdan el mundo iraní de Persépolis por su movimiento, por las ondulaciones de los pliegues y la posición de los pies, como dije antes. Con este lenguaje Mateo nos trasmite un mensaje oriental, la presencia de la muerte y de la vida, el eterno enigma que seguirá alimentando las religiones e inspirando a los poetas. Al mismo tiempo observamos una intercomunicación casi circular, a veces triangular, en las miradas de los personajes. Fíjense en Daniel, tan angelical, que parece sonreír con cierta

ironía o malicia por la gran copia de peregrinos que vienen a adorar al Suplantador y que, sin saberlo, a quien en realidad rinden culto de dulía, es a Prisciliano.

Nos miramos unos a otros. No podemos impedir que la sonrisa de Daniel descienda a nuestros labios. Girólamo insiste:

- Analicen ahora las miradas de tipo geométrico; noten su relación con el mundo astral. Cuando se pone el sol, los rayos penetran hasta el altar por la puerta de Finisterre, puerta de la Muerte, y el sol vuelve a dar en el oriente, por donde aparecerá Cristo el día del Juicio final. O sea, que aquí tenemos otra vez la dialéctica maniquea : Alfa, Omega; Vida, Muerte; Principio y Fin.

Este conjunto fue construido a finales del siglo XII. En el arco central, como figura, en torno a la que se ordenan las restantes, vemos a Cristo en Majestad rodeado de ángeles con incensarios, de evangelistas con sus símbolos, las herramientas de la Pasión y los veinticuatro ancianos del Apocalipsis con vihuelas y zanfoñas. Observen que algunos llevan botijos en las manos. Son, naturalmente, las redomas de los alquimistas.

- ¿Quién fue el maestro Mateo? pregunta una joven recién salida de la adolescencia; incluso desde aquí se le ven las erupciones pustulosas del rostro. Pero le agradezco la pregunta.

- Poco se sabe de su procedencia. Unos dicen que nació en Galicia, otros que era aquitano por la semejanza de esta catedral con la basílica de san Sernin de Toulouse; y otros que italiano, por los instrumentos de los músicos, desconocidos aquí. De lo que no cabe dudar es de que, como todos los maestros inspirados por el constructor del Templo de Salomón, llamado Iak, Mateo fue arquitecto y escultor iniciado en la expresión secreta de los símbolos. El edificó la cripta, levantó un coro y un claustro que se perdieron, y en esta catedral logró una de las obras cumbres del espíritu humano.

"Miren ahora las columnas de enfrente: del lado de la Epístola pueden ver a Marcos y a Lucas; en la central y en el mismo lado, a Juan el Bautista, y enfrente a Esther, de quien se dice que es la Reina Lupa cuyos pechos, profusos en demasía, mandó cercenar el cabildo.

"Por último, del lado del Evangelio, encontramos a Job y a Judit. En los ángulos superiores, los diez ángeles trompeteros. Esos monstruos que muestran las fauces bajo las columnas expresan el pensamiento del maestro Mateo: los pecados capitales, sostenes del mundo y de la vida. Sin embargo, su innovación más genial fue esculpir a los músicos en movimiento. Se miran dos por dos, dándose el tono para templar los instrumentos. Recuerden que según los presocráticos, Dios es un sonido. Ningún otro portal en el mundo refleja este momento de la organización del caos a partir de la música surgida de la nada para erigirse en expresión sublime de la divinidad: el bien triunfa sobre el mal, la luz sobre las tinieblas, el cosmos sobre el caos. Dualismo maniqueo, como todo en esta catedral priscilianista.

Rosalía Castro, gran poeta gallega, captó como nadie el sentido del grupo escultórico que tenemos delante:

*O sol poniente, polas vidreiras
Da soledade, lanza serenos
raios que firen descoloridos
da Groria os ánxeles i o Padre Eterno.
Santos e apóstoles - védeos - parece
qu'os labios moven, que falan quedo
uns c'os outros, e alá na altura
d'o ceo a música vai dar comenzo
pois os groriosos concertadores
tempran risoños os instrumentos.*

- ¿Qué simboliza la parte intermedia ? pregunta esta vez el rubicundo angelical que está a mi lado. En todo grupo siempre sale un inocente preguntando lo que uno no se atreve.

- Representa la vida de las viejas religiones, la del Nuevo Testamento y la Iglesia de los condenados para que los veinticuatro ancianos anuncien la tercera parte del pórtico, que es la del Cosmos. Se trata de una progresión, desde el Caos del origen de la Puerta, pasando por la ascesis, hasta llegar al Cosmos, representado por el rosetón; vale decir, el Dios geómetra del Universo. Ya ven ustedes que esto es puro pitagorismo, puro priscilianismo.

- Y por todas partes la concha. ; Qué usurpación ! irrumpe airada una joven morena de rostro afilado.

- Así es, Silvana, le contesta mi maestro Girólamo. Y yo pienso que , en efecto, la chica se parece a Silvana Mangano de *Arroz amargo* diosa de cereales y sensual como Exeria o la Reina Lupa. Sí; Silvana pudo muy bien haber sido priscilianista.

- La concha, nos explica Girólamo, reproduce el esquema de la pata de la oca, con sus tres dedos. Por su carácter de ave peregrina que reparte su vida entre el agua y la tierra, la oca es signo de iniciación. Las antiguas culturas la consideraban el Ave Fénix, capaz de renacer de sus propias cenizas cuando en su peregrinación era abrasada por el sol. Tal atribución simbólica la convirtió en imagen de todo lo que conduce a la meta de la doctrina ocultista. En Oriente fue guía de sabios bajo la figura del Kâlahamsa; en Occidente tiró de la barca en la que los caballeros del Grial navegaban al encuentro con lo sagrado.

"Todos ustedes han jugado a la Oca sin saber que se entregaban a una práctica iniciática. Este juego divulga la hermética Tabla de Cebes, que contiene los diálogos ético-morales de este discípulo de Sócrates. Piensen ahora que cuando el dado cae en una casilla en la que se encuentra el ave, y avanza hasta la siguiente - de oca en oca y a mí me toca - el jugador se va acercando al término de la espiral. En cambio, cuando caen en la casilla de la muerte, vuelven a empezar; es decir, que de la muerte se vuelve a la vida. Es el principio del eterno retorno. Y piensen que el camino de la Vía Láctea, desde los Pirineos al Finisterre, está jalonado de topónimos que se refieren a la oca o a alguna de sus variantes: el ánade, el ganso, el ánsar, el pato. Piensen en los montes de Oca, con su culto ancestral a Nuestra Señora de Oca; en el valle de Ansó; en el río Oja; en San Esteban de Oca; en Santa María de Loyo , l'oie, en francés; en Valdueza, valle de la Oca. Todo indica que este juego nació para los adeptos que habrían de emprender el Camino como parte fundamental de la búsqueda del Conocimiento.

"Si observamos las figuras del juego, veremos que en él se hallan los riesgos que deberá afrontar el peregrino: cárcel; aguas contaminadas de las que nos habla Aimery Picaud; muerte, así como castigos. Al final el triunfo, Gloria eterna."

Los argumentos de Girólamo parecen irrefutables. Le voy a enseñar a jugar a la Oca a Jaimito. Pero en un tablero antiguo, no de estos que traen patos sinsorgos yanquis. Tal parece que Girólamo haya adivinado otra vez mis pensamientos. Vuelve cinco casillas atrás:

- Y ahora - va modulando *in crescendo*, tanto el volumen de la voz como la tesitura y los gestos de las manos - ; y ahora, repito, de símbolo de los alquimistas la concha pasó a ser el logotipo del Suplantador y de la Shell Oil Company!

Nos lleva del otro lado del Pórtico, cabe una estatua que mira al altar mayor. Entramos. No hay canónigos en el coro ni acólitos en el presbiterio ni música de órgano ni salmos. Descansa la oración para dar paso a la piedad.

- Mateo se esculpió a sí mismo en dura piedra arrodillado frente al altar. Pudo haberse colocado entre las figuras más gloriosas. Sin embargo eligió un lugar oscuro, de espaldas a su propia obra. A este imagen le llaman *O santo dos croques*, el santo de los coscorrónes. Es tradición que un golpe con la frente en la suya provoca inteligencia. Y no andan descaminados, pues es éste un hábito semejante al de andar descalzos, como se nos reprocha a los seguidores de Prisciliano, para extraer energía de la tierra.

Nos ponemos todos en cola delante de maestro Mateo. Vamos chocando uno por uno la testuz contra la suya. Sin sentido de la medida, como siempre (cuando murió mi abuela fui el único hermano que la besó en los labios, tal como ordenó mi padre, quedándose los demás a unos centímetros de su piel) le arreo un cabezazo y me arden cirios, arden millares de cirios en la cabeza como estrellas del firmamento.

Vuelvo en mí cuando los peregrinos están transponiendo una puerta tan exigua que impone un amago de genuflexión. Los alcanzo comulgante y pensativo. Solamente la resonancia de mis chancletas degrada la sacralidad del recinto. Nadie me mira, nadie me va a censurar : quito las sandalias y las escondo debajo de la camisa.

Llegamos a la cripta. Sobre una sencilla mesa de piedra sin arrequives ni requilorios reposa un sarcófago que recuerda los antiguos relicarios. Alta, incrustada en la sombra, una estrella de oro pende sobre la urna.

Mis compañeros se arrodillan, Girólamo el primero y yo el último, qué le voy a hacer, no puedo quedarme de pie en medio del grupo. Ahora parece que me ve, Girólamo; me ve descalzo, de rodillas y no hace ningún aspaviento, como si hubiera recorrido yo los mil quinientos kilómetros con ellos. Creo detectar en sus labios una sonrisa que me ilumina durante la media hora que permanezco arrobado.

Vuelvo como entre nubes a casa de mi hermano. Cedo el paso a un tullido, doy veinte duros a un ex yugoslavo, firmo un documento contra el sida y compro un casete a los tunantes, impulso irreprimible de mi felicidad.

La Vespa me espera cabizbaja en la rúa das Hortas. Le beso el asiento, húmedo aún de rocío. Ya ves, hijiña. Hemos llegado a Compostela, pero nos falta el regreso. Oscar está en trance de resurrección y tendremos que volver solos. Qué te parece. Si hasta aquí ha sido un juego de niños, nos queda un camino largo, largo de recorrer, y tú y yo sabemos que ahora comienza la parte más dificultosa del viaje.

Terminado en Son Adelfas, Isla de Mallorca, el 12 de agosto de 1998.